

LUIS DEL VAL

VOLVEREMOS A
VENECIA



Lectulandia

Después de una adolescencia desdichada y los mejores años de su juventud consagrados a los estudios de Derecho, a punto de cumplir los treinta años, Licia Basantes toma posesión de su plaza como juez de primera instancia de Vallefrío, un pequeño pueblo del Pirineo aragonés donde casualmente también había comenzado la fulgurante carrera de su padre, ahora magistrado del Tribunal Supremo.

Allí Licia empezará una nueva vida, descubrirá la realidad de su trabajo como juez, y conocerá el amor en forma de pasión inconsciente y desatada, como antes nunca lo había sentido. Pero también acabará sabiendo de turbios manejos que amenazan la carrera de una juez novata, de una extraña muerte sucedida casi treinta años antes y, en definitiva, de lo doloroso que puede resultar el conocimiento, sobre todo el de uno mismo y el de aquellos a quienes creemos conocer.

Lectulandia

Luis del Val

Volveremos a Venecia

ePub r1.0
rednij 14.10.2018

Título original: *Volveremos a Venecia*
Luis del Val, 2005

Editor digital: rednij
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A Maika y Joaquín, Silvia y Alfredo,
siempre leales en este largo viaje que
emprendimos hace ya mucho tiempo
EL AUTOR

Ítaca te regaló un hermoso viaje,
sin ella el camino no hubieras emprendido,
mas ninguna otra cosa puede darte.

KAVAFIS

Capítulo Primero

La madre de Licia murió a nueve mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar, una madrugada de agosto del año 1989. Había transcurrido poco más de dos horas desde que el avión despegara del aeropuerto de Buenos Aires, y tan sólo unos minutos después de que las azafatas recogieran las bandejas de la cena y se amortiguaran las luces del interior de la aeronave. Proyectaban los últimos minutos de una película sobre un señor que fabricaba automóviles, y el pasaje mostraba esa pesadez del principio de las digestiones, unida a una cierta inquietud por la sospecha de una larga vigilia. Los más veteranos echaban sus asientos hacia atrás, se cubrían con la manta para aguardar con estoicismo la llegada del sueño, mientras los menos experimentados notaban la inquietud del abandono y la soledad, como si el avión se quedara a merced de unos manes extraños que lo guiarían por el espacio, por más que, en la cabina del fondo, la tripulación se ni upaba de recorrer la tela de araña invisible formada entre vertical y vertical por las estaciones de radio.

Al pasar la azafata por la fila diecisiete de la clase turista, y observar la cabeza caída de la mujer que ocupaba el asiento de ventanilla, pensó que pertenecía a la afortunada especie de los que duermen en cualquier parte y a cualquier hora, como esos adolescentes que se dejan caer en el más duro suelo sin sentido de culpa. Fue su vecino de asiento, un caballero más bien grueso y de respiración ruidosa, el que notó, poco antes de que sirvieran el desayuno, que el cuerpo de la mujer había resbalado hacia delante y presentaba un desmadejamiento bastante extraño, que le hizo pensar en un desmayo.

Cuando el sobrecargo solicitó la presencia de un médico que acudiera a la parte delantera del avión, y una mujer menuda y nalgona, y un hombre rechoncho y cuellicorto, avanzaron por el pasillo rodeados de la curiosidad y las incorporaciones a medias de los más desinhibidos para tratar de localizar al probable enfermo, al avión le faltaban unas pocas millas para llegar a las costas portuguesas, y al piloto —que se temía que el desmayo fuera definitivo— le sobraron improperios, porque sabía los problemas burocráticos que se derivarían del infeliz acontecimiento.

En efecto, al aterrizar el avión sobre la pista de Barajas, cuando el coche guía se detuvo lejos de los *fingers*, les esperaban una ambulancia y varios miembros de la Guardia Civil: uno de ellos, con graduación de teniente, subió hasta la cabina y comunicó al comandante que no podía desembarcar el pasaje hasta que no llegara el juez a proceder al levantamiento del cadáver.

Licia estaba desayunando con su padre y su hermano más pequeño, cuando se recibió la llamada, que su padre atendió desde el aparato de pared instalado en la misma cocina. Al principio, no prestó atención, pero ante las preguntas exentas de amabilidad de su padre y la observación de que los nudillos emblanquecían de sujetar

cada vez con más fuerza la caña del teléfono, Licia comenzó a intuir que algo desagradable ocurría.

Licia estaba en segundo de BUP, tenía quince años y unas cuantas preguntas que se hacía por las noches: qué estudiaría, qué rostro tendría cuando tuviera cinco años más, qué pensaba Oscar de ella, qué querían decir las miradas del profesor de Matemáticas, qué sería sentirse mayor, qué sucedería si le decía a su padre que le gustaría trabajar en la televisión... Esas preguntas pasaron enseguida a segundo plano, y durante todo aquel curso, incluso al siguiente, se interrogaba a menudo por qué había tenido que morir su madre, por qué el buen Dios del que le hablaban las monjas mataba a las madres de las chicas de quince años.

Licia era una quinceañera de mirada resuelta y pelo castaño oscuro, de melena larga, andares ligeros y movimientos de brazos y manos con un atisbo de brusquedad que, tras la muerte de su madre, se fueron apaciguando, como si el dolor íntimo no se agotara nunca, y supervivencia dotara de sosiego a las extremidades superiores.

Oscar, compañero de curso y amigo de la familia, tan amigo y tan presente que veraneaba en una urbanización cercana, en el mismo municipio de la costa almeriense en que lo hacía la familia de Licia, se convirtió en el receptáculo natural de las desesperaciones de los primeros días y el lamento de los meses posteriores. Poco a poco, y sin apenas darse cuenta ninguno de los dos, de las confianzas inocentes y el compañerismo compartido se pasó al amor, un latigazo que viene de improviso y que un día, como dicen que sucedió en la leyenda de la manzana, transformó las miradas amigables e inocentes en miradas amorosas.

Se dieron el primer beso al final de la primavera del 91, justo después de un examen de Filosofía, en el que les tocó escribir sobre la cueva de Platón, y las confianzas que Oscar hizo a su hermana pequeña, Marisa, y las respuestas sinceras que Licia proporcionó a su hermano Alex, convirtieron la amistad en un noviazgo que fue, no sólo rápidamente bendecido por ambas familias, sino impulsado con toda clase de facilidades y parabienes, como si aquello fuera una conjunción astral que volviera a poner en orden el desbarajuste que producen todas las muertes repentinas.

Por eso, cuando la familia de Oscar propuso una escapada a Venecia en la Semana Santa del curso siguiente, el padre de Licia concedió con gusto el permiso para que su hija mayor, invitada de honor, les acompañara, informado, claro está, de que compartiría habitación con Marisa, la hermana menor de Oscar, lo que permitía guardar el decoro de la novia.

Hay viajes inolvidables que se quedan para siempre prendidos en los bolsillos del alma, y que no se desprenderán nunca, aunque se descosan las costuras de los recuerdos; y el viaje a Venecia fue para Licia un viaje de iniciación. Por el amor, que el celestinaje de Marisa permitió en sus expansiones más genuinas, y por el encuentro con un paisaje distinto del habitual, un cosmos en apariencia semejante, pero con

idiomas variados, olores diferentes y, sobre todo, un decorado que no tenía nada que ver con la austeridad castellana de las plazas mayores, con la severidad de las piedras de granito y las verjas de lanzas soldadas, centinelas de hierro que invitaban a alejarse de los amurallados recintos.

Venecia era susurro y callejones. Murmuraba el agua y la conversación como sonidos intercambiables, y el laberinto de caminos que, de repente, se asomaban a un brazo del canal o a un culo de saco que obligaba a desandar lo recorrido, sugería leyendas misteriosas, amantes furtivos, conspiraciones de alto voltaje o traiciones inesperadas.

En España también existían dédalos medievales y barrios moriscos, llenos de callejas estrechas y plazas inesperadas, pero aquí, en Venecia, parecía todo dispuesto para la huida urgente o para la celada nocturna, para la transmisión de un secreto o para la conjuración de un escándalo.

Una noche, en la que los mayores se quedaron de sobremesa en un restaurante cercano a La Fenice, y los tres muchachos decidieron aventurarse por los alrededores, Licia se perdió y llegó a asustarse, convencida de que jamás saldría de ese enredo de rincones y callejas, hasta que el silbido de Oscar la liberó de la angustia del extravío en un laberinto difícil de dominar, y que en las horas nocturnas, con su silencio, casi parecía prevenir de la llegada inesperada de alguna suerte de minotauro, surgido de la oscuridad de un portal, del fondo de las balanceantes barcazas que se mecían en las misteriosas aguas, o de uno de los ensombrecidos recodos que no se sabía a qué nueva maraña conducían.

Y fue tal la alegría de Licia al encontrarles que abrazó a Marisa y al propio Óscar, con ese agradecimiento infantil y espontáneo que surge de la experimentación de la fragilidad, de la asunción de saberse vulnerable, la niña perdida y rescatada por la familia, porque Oscar era su novio, sí, pero algo así como un novio encontrado entre la familia, uno de esos primos con los que las mujeres de otra época se casaban tras pedir licencia papal.

Una tarde en la Academia, Licia vio un cuadro de Canaletto que la dejó subyugada. No pertenecía ni a los paisajes atormentados de la primera época, ni a las luminosas miradas de su obra póstuma, cuando los cielos se vuelven claros y soleados. Se trataba de una galería interior, que daba al jardín de una casa. En aquella galería de madera, una figura sentada en el suelo parecía pedir un óbolo para que la observación llegara al final del cuadro, donde una nueva puerta se abría otra vez al exterior, y la luz intensa, mediterránea, sin censuras, contrastaba en su brillante amarillo con la oscura galería. Había tantos planos, tanto contraste de luz y umbría, tal juego para poner de manifiesto lo que nunca puede tener la pintura, la tercera dimensión, que Licia quedó arrobada ante aquella muestra de perspectiva y sensibilidad, de juego de profundidades.

Licia nunca supo el título de aquella obra pintada por Canaletto, en Roma, mientras colaboraba con su padre en el decorado de *El triunfo del amor*, de

Alessandro Scarlatti. Ni que nació de una variación que partía de un boceto para *Griselda*, una tarde de amorosos desengaños y melancolías espantadas con el trabajo, ni que el artista se llevaría la tela, cuando abandonó Roma y regresó a Venecia, por motivos más bien sentimentales. Pero sí se grabó ese destello de luz que nunca empalidecería ante otras obras posteriores. Y aunque a poco de inaugurarse el museo Thyssen en Madrid, ya pasados unos años, se encontró con *El Bucintoro en Venecia*, en todo su esplendor barroco, de la misma manera que se había tropezado con *La regata sobre el canal*, en la National Gallery de Londres, ninguno le impresionó tanto como ese juego de planos donde no había aparecido todavía el recargamiento en los atuendos, ni la obsesión por la ortodoxia arquitectónica.

—Me gustaría robarlo —dijo en voz alta, a punto de bajar por las escaleras, puesto que el cuadro se hallaba en un rellano, sin ningún emplazamiento destacado.

El padre de Óscar observó a Licia con el cálculo de un juez en vacaciones que sopesa si la hija de un colega, también juez, podría convertirse en una delincuente, pero el rostro de Licia estaba tan arrobado ante el cuadro que desechó cualquier posibilidad.

A la mañana siguiente, en el modesto hotel en el que se alojaban, durante el desayuno, Licia se amustió acordándose de su padre, con el que no podía compartir ni intercambiar criterios sobre la visión del cuadro, y, sin venir a cuento, de su madre, desaparecida hacía ya casi cinco años, una pena inexplicable, como si se sintiera culpable de estar allí en Venecia sin ella, una presencia imposible, un dolor idiota, se decía ella, pero racionalizar el dolor es tan vano como resolver ecuaciones con pasión amorosa.

Óscar se dio cuenta de que algo le sucedía y se acercó a ella cuando se levantó a por otra taza de café, y Licia se sintió molesta con su proximidad, y dejó la taza sin llenar, y murmuró excusas sobre el equipaje, porque se marchaban por la tarde, pero tenían que dejar libres las habitaciones y depositar las maletas en la consigna del hotel, y le pidió la llave a Marisa para ir al baño a encerrarse, no fuera que Oscar la siguiera hasta allí.

La madre de Licia había ido a Buenos Aires para pasar unos días con su hermano y su familia. La abuela de Licia, que era la hija mayor del notario de Béjar, se enamoró de un tenor de la Compañía de Zarzuelas Maestro Chapí, que se presentó con su repertorio en el teatro Cervantes, el sábado de Gloria del año 1947. El notario, el bisabuelo de Licia, gustaba mucho de la zarzuela, y como su esposa se encontraba delicada desde el quinto parto, debido a las secuelas de una fiebre puerperal, decidió que le acompañara Alicia, su hija mayor.

Debido al éxito de público y a que el representante de la compañía había entrado en litigio con la empresa del teatro Liceo, de Salamanca, prorrogaron sus actuaciones durante diez días. Y durante diez días, el notario y su hija mayor, después de cenar, se encaminaban a la calle Olleros donde, desde mediados del xx, se levantaba este teatro costeado por la prosperidad bejarana, y que fue también Círculo Artístico y salón de

bailes sociales. Pero los esplendores pasados se habían evaporado, y las butacas del palco del alcalde eran incómodas, y la gutapercha se había cuarteado, y las alfombras estaban desflecadas, y las lámparas parecían aguardar la llegada del chamarilero que se las llevaría tras una oferta por el conjunto. Nada de esto impedía al notario acudir con plácido entusiasmo, como si se hallara en el Liceo de Barcelona, sin saber que su hija mayor, cada vez que salía al escenario el tenor, de nombre artístico Giuseppe Allegro, algo muy profundo y desconocido —o al menos, poco conocido para ella— sacudía su interior y la empujaba hacia un estado donde las lágrimas le acudían sin demasiado esfuerzo.

—¡Qué sentimental es esta niña! —exclamaba la mujer del alcalde, mientras se abanicaba, porque la hija del notario podía echarse a llorar hasta en las escenas cómicas, siempre y cuando apareciera Giuseppe Allegro en escena.

Cuando el representante logró limar las asperezas que le separaban de la empresa del teatro Liceo de Salamanca, la Compañía de Zarzuela Maestro Chapí dio por terminada su temporada en Béjar, anunció una función de despedida, y el alcalde, que compartía las aficiones zarzueleras del notario, aunque sentía todavía más afición por las marchas militares, decidió invitar a los principales artistas de la compañía, y a las autoridades, a un vino español al término de la última representación. El modesto refrigerio consistió en unas botellas de vino de Toro, morrillas, tortilla de patata troceada en cuadritos, aceitunas y platitos de sardinas en aceite, viandas que desaparecieron con gran rapidez, debido tanto al entusiasmo deglutidor de los actores como de las autoridades.

En la hora larga de conversación y esparcimiento en el vestíbulo del teatro, convertido en ambigú gracias a la colaboración de unos policías municipales que habían colocado previamente unas mesas de caballete en el centro, la hija mayor del notario tuvo tiempo de trabar conversación con Giuseppe Allegro, que no era italiano, sino argentino, pero hijo de una turinesa que se había casado con un bonaerense, al que había conocido en una exhibición hípica celebrada en Milán. En realidad, se llamaba José Suárez Dolvani, y, al contrario de lo que podía incitar a pensar su nombre artístico, resultaba un hombre más bien apagado, que le habló a la abuela de Licia de justicialismo, asunto que aquella chica de diecinueve años escuchó con embeleso, porque se había enamorado de Giuseppe, o sea de José, y le hubiera sonado igual de maravilloso una descripción de la acción corrosiva de los ácidos sobre los metales o una disertación sobre el funcionamiento del estómago de los rumiantes.

Cuando el alcalde consideró que ya bastaba de confraternización con la bohemia, los actores se retiraron a sus camerinos y las autoridades salieron al frescor de la calle Olleros, mientras la hija mayor del notario se enjugaba unos ojos llorosos con un pañuelo blanco de puntillas, que ella misma había bordado, y la alcaldesa le decía al notario:

—¡Qué sentimental ha salido esta niña!

Y el notario asentía con mecánico aburrimiento, mientras sonaba en su interior el preludio de La Revoltosa y observaba con asumida resignación que, al día siguiente, la fachada del teatro Cervantes estaría apagada.

Al día siguiente, tras una noche presa de convulsas emociones, duermevelas agitados y tristezas rebeldes, la hija mayor del notario tomó un autobús de línea y se fue a Salamanca, donde no tardó mucho en encontrar a Giuseppe Allegro, o sea, José Suárez Dolvani, en una pensión cercana al cuerpo principal de la Universidad Pontificia, y al que con toda la ingenuidad, con toda la pasión y toda la inocencia de sus diecinueve años le declaró su amor.

Giuseppe se quedó conmovido y asustado. Conmovido de la belleza e ingenuidad de la muchacha, y asustado porque sabía de las influencias de un notario, amigo del alcalde, en la España del general Franco.

Convenció a la muchacha para que pusiera un telegrama a su padre, en el que le indicara que no estaba en peligro y, por educada caballerosidad, se abstuvo de leer su contenido. De haberlo hecho, hubiera empleado todo su poder de convicción, porque Alicia le contaba a su padre que lo quería mucho, pero que había encontrado al hombre de su vida, y que moriría si no podía vivir con él.

El jefe de telégrafos de Béjar era hombre de probada deontología profesional, pero su discreción se derrumbaba ante su mujer, y su mujer gozaba de un inusitado éxito social, gracias a que, con aires de misterio y dilaciones que ponían nerviosas a sus comadres confidentes, contaba lo que le sonsacaba a su marido, que era casi todo. Es decir, que casi al mismo tiempo que el notario recibía el telegrama debidamente cerrado, y se enteraba del paradero de su hija, por todo Béjar se corría la noticia del enamoramiento de Alicia.

No es de extrañar que, cuando en compañía del secretario del Ayuntamiento, vino a recogerle el chófer de una de las fábricas textiles más importantes, este hombre, por hacerse el simpático, comentara tras abrirle la portezuela al notario en el asiento de respeto y mientras se acomodaba en el asiento del conductor:

—¿Qué? ¿A Salamanca a por la niña?

El secretario y el notario, acomodados detrás, se miraron con pesadumbre a los ojos, pronunció el secretario un seco: «Limítese a llevarnos a Salamanca», y en ese instante percibió el notario que la única manera de restituirse el honor, no era sólo traer a su hija, sino también al fementido tenor.

Desde el primer momento, por convencimiento propio, y por consejo del alcalde y demás notables, el notario cedió las negociaciones al secretario del Ayuntamiento, hombre ducho en leyes, que tardó poco más de dos horas en arreglar embrollo que parecía tan engorroso. Primero, se entrevistó con el representante de la compañía a quien sugirió la posibilidad de una denuncia por rapto de menor, en la que también quedarían acusados los miembros del elenco por presunta complicidad, y, luego,

llamado por el representante, acudió Giuseppe, y el secretario mantuvo con él una conversación en el despacho del director del teatro Liceo, al parecer bastante relajada.

El notario, que aguardaba en el interior de un café de la Plaza Mayor, sito cerca de la puerta de entrada de la casa consistorial, no se levantó cuando entraron el secretario, su hija y el tenor; rechazó el avance de Alicia para darle un beso, y les indicó a los jóvenes que se sentaran en una mesa de al lado, mientras el secretario le daba cuenta del resultado de las negociaciones. Una vez puesto al corriente, regresó a Béjar con la pareja, mientras el secretario se quedaba a pernoctar en Salamanca para realizar algunas gestiones pendientes en el Gobierno Civil.

Alicia y Giuseppe se casaron al mes siguiente, en Béjar, y a primeros de junio embarcaron en Barcelona rumbo a Buenos Aires. Iban a quedarse dos meses, pero se quedaron tres años, y allí nació, en 1950, la madre de Licia.

Contra lo que podría suponerse, en cuanto a las circunstancias que rodearon la formación del matrimonio, Alicia y Giuseppe, convertido ya en José, formaron una pareja estable y feliz. La última vez que Giuseppe ejerció de tal fue durante una escapada al Metropolitan de Nueva York. Regresó abatido, porque había perdido voz, o no había ensayado lo suficiente. En realidad, no podía ensayar. Se había convertido en un hombre de negocios, y explotaba, junto con sus hermanos, una industria frigorífica que había sido muy próspera, pero a la que le empezaba a afectar la rápida recuperación de una Europa que salía del túnel de la posguerra, y los excesos de un Perón embriagado de visiones y justicialismo.

El hermano mayor de José había trabado amistad con uno de los hombres de confianza de Juan Domingo Perón, un tal Jorge Antonio, que había visitado en un par de ocasiones la planta frigorífica. Al ser derrocado el dictador tras varios días de cabildeos con sus hermanos, José y Alicia se volvieron a España, según parece con objeto de que José estableciera contactos con el tal Jorge Antonio, que también había huido.

Licia había escuchado repetidas alusiones a estas historias en el salón del piso de la calle Lagasca, mientras ella hacía los deberes y su madre y su abuela se enredaban en los flecos del pasado, y nunca les había concedido ninguna importancia; sin embargo, la adquirieron tras la muerte de su madre, como si esas referencias pudieran guardar dimensiones nuevas, o el sortilegio que permitiera una recuperación ya imposible.

Su propio nombre, Licia, era una variante de Alicia, el nombre de su madre y de su abuela, pero a ella le gustó desde el principio y se preocupó de mantenerlo, pese a que sabía de antemano el diálogo previsible en cualquier lugar en el que tuviera que proporcionar su filiación: «Querrá decir Alicia». «No, Licia, por favor, sin la a». «¿Entonces, no es Alicia?», insistían, como si estuviera contraviniendo algún reglamento de peligrosas consecuencias. Y ella volvía a recalcar: «Es Licia, simplemente Licia».

En el fondo, esa incomodidad le gustaba porque le proporcionaba una singularidad que debía revalidar con los desconocidos, incluso con Oscar, que al principio, por desviación y, luego, para hacerla rabiar, la llamaba Li. «Dime, Os», contestaba ella con un punto de enfado, y así pudo neutralizar esa afición a fabricar diminutivos de exótico resultado.

La víspera del regreso, cuando volvían de Burano, y Licia tenía en la memoria la pureza añil y siena de las fachadas, se cruzaron con un entierro, un grupo de góndolas con crespones negros y gentes enlutadas. Los entierros en Venecia parecen entierros de ópera, de una exaltada teatralidad, y Óscar y ella se quedaron impresionados por el desfile, que parecía formar parte de un gran decorado. Y fuese por esa ansia de vivir que se agudiza en algunas personas tras visitar un cementerio o acudir a unos funerales, o fuese porque se acercaba la vuelta a Madrid, Licia sintió que Óscar le tomaba la mano, en un rincón del vaporeto, y le dijo, mirando el horizonte cárdeno: «Volveremos a Venecia». Ella le contestó oprimiéndole el dorso, y, luego muchas veces, cuando en Madrid pasaban por delante del escaparate de una agencia de viajes, o en el periódico venía un anuncio publicitario sobre la ciudad italiana, se miraban a los ojos y decían: «Volveremos a Venecia», como si fuera una consigna para iniciados, cuyo secreto nada más que ellos dos conocían.

En el último curso, los dos estudiantes de Derecho, novio y novia, ambos hijos de magistrado, proyectaban sus futuras dedicaciones. Óscar parecía decidido a preparar unas oposiciones, con objeto de seguir la carrera de su padre, mientras Licia, todavía sin estar muy segura, se sentía, atraída por el ejercicio de la profesión en una firma de abogados, posiblemente en un gran despacho internacional.

Pasada la Semana Santa, en el periodo que requería mayor esfuerzo académico, Óscar llamó a Licia un viernes, a poco de haberse despedido, para proponerle un viaje a un pueblecito burgalés, donde unos amigos iban a pasar el fin de semana. Licia dudó un momento, pero adujo que tenía que estudiar, y Oscar le aseguró que, si ella no iba, él tampoco.

¿Por qué cambió de opinión? ¿Por qué en lugar de ir por una calle un ciudadano va por otra, y en esa otra calle un tipo desquiciado por la droga le hunde la navaja en el hígado y lo mata? ¿Por qué una persona que jamás ha sido atraída por el juego de azar, compra un boleto y se convierte en millonario? ¿Es tan simple como dice Voltaire, que niega el azar y afirma que todo es prueba o castigo o recompensa o previsión? ¿O tan imposible de saber como señala Borges, que iguala el azar con las leyes para regir este sueño llamado Universo? ¿O tan determinista como lo es para Schopenhauer, que asume que es la suerte la que echa las cartas y que nosotros nos limitamos a jugar?

Licia se haría muchas veces preguntas semejantes. Preguntas como por qué Oscar se sentó en el asiento del copiloto, precisamente en la plaza donde murió el ocupante. Imaginaba el vaivén de adjudicación de puestos, tres chicas y dos chicos, en plena juventud, el asiento del copiloto parece el más cómodo, ¿por qué no se lo cedieron a

una chica —y aquí Licia sentía un latigazo estremecedor, puesto que esa chica estaría muerta— y Oscar, que solía ser cortés, ocupó ese lugar? ¿Por qué?

Dada la firmeza del noviazgo, los padres de Oscar incluyeron a Licia entre los miembros de la familia durante el protocolo de las exequias, una amarga deferencia que la colocó en el primer plano de las miradas y la obligó a ser consciente de que la habían empujado a ejercer de viuda sin serlo. Y en los funerales le dieron el pésame como si lo fuera, lo que le producía una confusa incomodidad, como si la estuvieran obligando a desempeñar un papel para el que no estaba preparada.

En el cementerio, terminada la despedida del duelo, marchó con su padre y su hermano Alex hacia el nicho donde se encontraban los restos de su madre. Tanta acumulación de desapariciones la dejó aparentemente insensible, con una serenidad extraña, como si aquello que estaba sucediendo le ocurriera a una chica que ella conocía muy bien, pero que no era ella misma. Casi llegó a asustarse de su frialdad a la vuelta de las clases, cuando los compañeros se acercaban con expresión artificiosamente compungida, y ella les sonreía y les daba ánimos, en cierta manera porque dominaba la situación, y, también, porque no soportaba algunas hipocresías sociales.

Pero un par de semanas más tarde, en vísperas de los exámenes finales, comenzó a abrirse paso una larvada e inquietante sospecha que le pareció tan espantosa que se propuso volcarse en los libros, aunque sólo fuera para no pensar en ella.

Aun así, al término de los mismos, la muerte de Oscar —o, mejor dicho, la tremenda injusticia de su muerte— se hizo más patente en los detalles precisos: no figuraba en la orla de la promoción, y su nombre desapareció de las listas oficiales, aunque seguía figurando en aquellos libros que habían comprado a medias, de la misma forma que en la caligrafía de los apuntes que se intercambiaban; pero, sobre todo, se hallaba presente en el vacío que sintió Licia al terminar la licenciatura, un final que nunca se imaginó de esa forma. Y volvió la sospecha a enzurizarla, a recomerle la razón, a ofrecerle la tesis terrible de que lodo lo que ella amaba se iba muriendo, lucra su madre, lucra Oscar. Porque a su padre le quería, sí, pero no tanto como a aquella mujer que volaba con frecuencia de Madrid a Buenos Aires y de Buenos Aires a Madrid, sin saber nada de lo que le hubiera revelado el más simple cardiograma.

Y, a pesar de que el raciocinio rechazaba una maldición como aquélla, y aunque reflexionaba consigo misma con mucha más frecuencia de lo que los demás podrían imaginar, para rechazar lo que constituía una barbaridad intelectual, cuanto más argumentos se daba a sí misma para evitar que la larva se desarrollara, más corrosivo era el gusano, más grande se hacía, y Licia sintió la necesidad de poner límites a sus afectos, de establecer una cierta frontera al cariño, no porque no quisiera dejarse arrastrar, sino por el miedo a que su amor a los demás concluyera por hacerles daño, como se lo había hecho a Óscar y a su madre.

Esta descabellada aceptación, que primero fue producto de un distorsionado sentimiento de culpabilidad que Licia intentó sofocar, se transformó en una especie de superstición, y la superstición alcanzó tal categoría que influyó en su comportamiento.

Puede que por ello, el viejo proyecto de incorporarse como pasante a un prestigioso bufete, para cuya consecución podría haber contado con la discreta influencia de su padre, fue sustituido por la preparación de unas oposiciones. Cuando se lo comunicó a su padre, al término de un verano bastante desolador, éste se la quedó mirando fijamente, y le oí recio un rosario de consideraciones sobre lo duro de la elección con el deliberado objetivo de tratar de disuadirla, Y al notar que el oscuro futuro de opositora que le había pintado, no hacía mella en ella, preguntó con esa suavidad del viejo magistrado que sabe más del alma humana por experiencia que lo que le pueda sugerir el legajo del juez instructor:

—¿Lo haces por Oscar?

Licia se quedó sorprendida por una pregunta que no se esperaba y que parecía remover el subconsciente. Dijo que no, demasiado rápido y demasiado enérgicamente. Si hubiera vacilado, si lo hubiera pensado unos segundos, su padre se habría quedado más convencido. Pero aquella celeridad le pareció sospechosa.

No obstante, le dijo que le buscaría un buen preparador, y que se aprestara a olvidarse del mundo y sus vanidades durante dos, tres o cuatro años; que se hiciera a la idea de que entraba en una orden monacal, sin priores y sin edificio conventual, pero con unas reglas duras, que exigían diez horas diarias de estudio, incluidos domingos, vísperas y fiestas de cualquier clase de celebración.

Tuvo ocasión de comprobarlo durante casi tres años. Su cerebro lo ocupaban los artículos y su desarrollo. Las visitas a casa de los padres de Oscar fueron espaciándose. Comprobó que no tenían mucho que decirse y que, pasado el tiempo, su aparición litúrgica los domingos por la tarde parecía recordarles a sus anfitriones la dolorosa obligación de rescatar algo que no dejaba de estar presente en la mente de unos padres. La hermana de Oscar, Marisa, ya salía con sus amigas, no solía estar presente, y las conversaciones de los tres naufragaban en naderías de la vida cotidiana, a la que ella poco podía aportar, a no ser que les dijera que había empleado la mañana en atornillarse en la memoria tres artículos del Código Civil, y que los podría recitar de corrido, y con las pausas suficientes que le indicaba su preparadora, porque era una preparadora, una juez, amiga de su padre, la que le guiaba por el difícil camino de los temarios. Parecía una viuda de guerra, en casa de los padres del soldado, estableciendo una especie de culto hacia el héroe desaparecido, sin tener otra cosa en común que las vacaciones en territorio compartido y un viaje a Venecia.

Un domingo por la tarde en que el padre de Óscar se había ausentado, y Marisa se había marchado al cine con sus amigas, Licia y la que podría haber sido su suegra se quedaron frente a frente sin hablar, porque era el padre quien solía llevar el peso de la conversación. Estaban en el cuarto de estar, que era muy parecido al cuarto de estar

de la calle Lagasca, posiblemente a la mayor parte de los cuartos de estar del barrio, con un tresillo, una mesa baja, y una mesa camilla vestida con tapicería de suave estampado, llena de portarretratos de plata, cajitas de plata, ceniceros de plata y un jarrón de cristal, que casi nunca tenía flores frescas.

Licia decidió que no podía atarse a una obligación que, sin querer, ella misma se había impuesto y, al domingo siguiente, sustituyó el culto al guerrero desaparecido por un paseo con una de las amigas de la Facultad que estaba trabajando de pasante, así que cuando entraron en una cafetería, y animada por su compañera se tomó un gintónic, sintió una mezcla de libertad y azoro por la transgresión cometida que la reafirmó en la necesidad de cortar los cumplimientos dominicales y aprovechar el escaso asueto que se proporcionaba: la noche de los sábados, desde la cena hasta la una de la madrugada, y un par de horas los domingos por la tarde.

Como le había anunciado su padre, el estudio era duro. Y monótono. Y sin un final previsible ni en el tiempo, ni en la preparación. Cada quince días iba a casa de la preparadora a cantar. Las tres paradas de metro o las cuatro de autobús, que la llevaban del barrio de Salamanca a una de las zonas de Chamberí, le parecían un viaje turístico, y lo miraba todo con esa curiosidad del prisionero cuando lo sacan para llevarlo a un interrogatorio fuera de la cárcel. Detalles que para los demás constituían accidentes en los que ni siquiera se fijaban se convertían para Licia en acontecimientos, como el cambio de los carteles publicitarios o la reparación de una escalera mecánica.

Los regresos tenían sus claroscuros. Si había estado bien, si la memoria había respondido con exactitud, si en la exposición no había vacilado en ningún momento y la preparadora la felicitaba y le daba ánimos, volvía a casa deseando que se convocaran cuanto antes las oposiciones porque le parecían un trámite que, dados sus conocimientos, superaría sin mayores problemas. Pero había tardes aciagas, tardes en que la preparadora le inquiría sobre un temario de Penal que ella creía superado —en realidad el Penal no era lo más difícil— y precisamente por esa suficiencia se embarrancaba, y la preparadora no decía nada, pero la decepción de su mirada era como un castigo que Licia captaba con perspicacia, y, amustiada, bajaba al metro se quedaba bajo la marquesina del autobús, como si aguardara un alma nueva que viniera a recambiarle la uva, lasa y desfallecida.

Su hermano Alex, que antes de terminar Químicas y tras un intento de entrar en el Instituto Nacional de Meteorología había puesto un bar de copas con otros dos compañeros de carrera, constituía el único refugio, a pesar de que no coincidían demasiado, porque ella madrugaba y él se acostaba bastante tarde.

Su abuela Alicia, que desde la muerte de su hija a bordo del avión no había querido volver a Buenos Aires a visitar a otro de sus hijos que vivía allí, se había vuelto monótona y previsible, y sus conversaciones con ella eran alimentarias: el zumo de naranja, el vaso de leche, tienes que comer más, estás muy delgada, fumas demasiado.

Observando a la abuela ceñirse una y otra vez al mismo cuestionario, le costaba imaginar a la muchacha rebelde y apasionada que se había escapado de casa en una etapa de la vida española en que la rigidez de las convenciones era casi imposible de evadir. Y, si en alguna ocasión, Licia, en esos descensos a la necesidad de recuperar a su madre, en la bajada hacia un pasado que le permitiera hacerse una idea algo más completa del paisaje en el que creció su madre, le hacía alguna pregunta directa, o le inquiría si había acompañado al abuelo a Nueva York, a la prueba del Metropolitan, la abuela Alicia daba un manotazo en el aire, como si quisiera espantar el mosquito de la pregunta, y decía que eso era agua pasada, y que lo que tenía que hacer era aprobar las oposiciones. Más aún: un viejo disco de pizarra, que Licia estaba segura de haber visto, y en el que había grabadas unas romanzas de zarzuela tal vez interpretadas por su abuelo, había desaparecido misteriosamente, como si alguien estuviera interesado en borrar la parte más divertida y bohemia de la familia, la que atraía el interés de Licia, porque su padre procedía de una modesta familia de tenderos, tenderos de buena posición, pero sin ninguna vinculación con las leyes, en el seno de la cual había crecido su padre, eminente miembro del Tribunal Supremo.

El coche negro entró por la calle Bárbara de Braganza, torció a la derecha por Marqués de la Ensenada, y se detuvo a pocos metros, junto a la entrada del Tribunal Supremo. El escolta se bajó rápidamente del asiento delantero, echando una ojeada profesional alrededor, mientras el chófer hacía lo mismo por su lado izquierdo y daba la vuelta por detrás del automóvil para abrir la puerta del ocupante, gesto inútil, porque siempre la abría el magistrado, antes de que el chófer lograra llegar hasta la manilla.

El escolta observó a otros dos colegas y un mecánico enfrente, en la sede del Consejo General del Poder Judicial, y tras comprobar la habitual tranquilidad de la calle, se unió al jurista, que ya había franqueado la entrada sin pasar por los controles de vigilancia.

Eran casi las diez y media de la mañana, pero el día anterior había llegado un poco antes de las nueve y, según el programa de la semana, a la jornada siguiente tenía previsto arribar sobre las diez menos cuarto.

Las elementales medidas de seguridad —cambio de horario y recorridos diferentes cada día, sin una cadencia previsible— sólo se imposibilitaban en el tramo final, porque quien conducía el vehículo no tenía otra alternativa que atravesar el tramo del Paseo de Recoletos hacia Cibeles, torcer por Bárbara de Braganza, y, nuevamente a la derecha, entrar a Marqués de la Ensenada. Claro, que se suponía que en ese trecho final, excepto los árboles y las farolas, cualquier presencia en las aceras no podía ser otra cosa que funcionario, chófer, escolta o policía secreta.

El presupuesto de la administración estatal sólo podía permitirse dotar con blindaje el automóvil del presidente del Tribunal, pero no a los magistrados, aunque

el incremento de las acciones terroristas había logrado que el Ministerio de Hacienda aprobara una pequeña partida presupuestaria para dotar de inhibidores radioeléctricos a todos los coches usados por los componentes del Supremo, con lo que, al menos, estaban a salvo de las explosiones activadas con teléfonos móviles o mandos a distancia. La terrible masacre del 11 de marzo de 2004, en la estación de Atocha, estaba muy presente en la memoria, y se habían incrementado las medidas de seguridad, incluso en un país tan mediterráneo y dado a la relajación de las reglas como España.

Cuando Fernando Basantes Ortiz, o, como decían los oficios, el Excmo. Sr. D. Fernando Basantes Ortiz, entró en la antesala de su despacho, acompañado del escolta, su secretaria particular le dio los buenos días y se levantó, no por pleitesía, sino para acercarse hasta la cafetera y preparar un café largo, casi americano, a cuya degustación dedicaba el magistrado los primeros minutos, fuera la que fuese la hora a la que llegaba. Y mientras Nieves entraba al despacho con el café y un plato con dos pastas de coco, el escolta se servía de la jarra de café en un vaso de plástico, de los dedicados al agua, acción que era observada con reprobación por Nieves. A Nieves nunca le caían bien los escoltas, o porque todos terminaban tomando café en los vasos de plástico sin su permiso, o por ese culto al escalafón que sienten algunos funcionarios y que les afina las exigencias de comportamiento.

—¿Por qué no toma usted el café en taza? —preguntó Nieves al salir para que se notara que censuraba esa costumbre.

—Porque si dejo una taza vacía —replicó el escolta—, dirá usted que vaya a limpiarla al lavabo. Así que tiro el vaso a la papelera y no mancho.

—¿También toma el champán en vasos de plástico?

—No bebo champán. No me gusta.

Dentro, el magistrado Basantes marcó un número y le dijo a su interlocutor:

—Dos mil cuatrocientos veintisiete.

Lo repitió otra vez y colgó.

Nada más dejar el teléfono, entró Nieves con una tarjeta.

—¿Hace mucho que espera? —preguntó el magistrado.

—Desde hace más de una hora.

—Bueno, dígame que pase.

Al poco penetró en el despacho, con bastante desenvoltura, un hombre en la cuarentena, muy repulido en su vestimenta, con una corbata amarilla de Hermés, zapatos de hebilla y un traje oscuro con una fina raya diplomática. El magistrado se incorporó a medias sin salir de detrás de la mesa para tenderle la mano, y le indicó que se sentara, aunque cuando llegó la invitación el hombre ya se había sentado.

—No me gusta que venga aquí a visitarme. Prefiero cualquier bar de cualquier hotel que no esté por la zona —le recriminó.

—Lo siento, don Fernando —explicó el hombre con una expresión en la que no se observaba ninguna incomodidad—, pero es que ya ha entrado el expediente.

—Dígame el número —ordenó.

El hombre le tendió una hoja de agenda donde estaba escrito el número y aguardó instrucciones.

—¿Es el caso de la autopista? —preguntó el magistrado.

El hombre afirmó en silencio.

—Por lo que recuerdo —dijo don Fernando—, el asunto estaba mal planteado jurídicamente. No soy quién para dar consejos, pero si yo estuviera en la Sala de lo Contencioso no me harían pensar ni un minuto los argumentos expuestos. Mi consejo es que cambien de abogados. Usted es de la carrera y les podrá aconsejar.

—Precisamente he venido a solicitarle consejo —matizó el hombre con cierto aire cansino, como si estuviera recitando un papel ya conocido.

—Dadas las características del asunto, pienso que esto podría salir airoso en el despacho de... No sé, creo que Fernández Arbeloa... Aunque Fernández Arbeloa no se mete en nada que vaya a suponer una cuantía menor de diez millones de euros.

—Es que la autopista ha destrozado todo el complejo deportivo y ha dejado el hotel inservible, incluso con mamparas. Reclaman setenta millones de euros.

—Entonces, Fernández Arbeloa es el indicado. Aunque tiene mucho trabajo, prometo hacer una gestión para que les haga un hueco.

—Muchas gracias, don Fernando —dijo el hombre incorporándose.

Esta vez, el magistrado se levantó, rodeó la mesa y acompañó al visitante hasta la salida. Luego, al quedarse solo, anotó en su agenda de bolsillo las iniciales f. a., a cuyo teléfono móvil llamaría desde uno público para anunciarle el envío de un cliente.

Mientras, Licia, a la que le había correspondido el número de opositor dos mil cuatrocientos veintisiete, se enfrentaba a la primera prueba, la prueba por escrito, primer cedazo por el que se eliminaba un importante porcentaje de aspirantes, casi cuatro mil, para cuarenta y cinco plazas que habían salido a concurso. No bastaba saberse los temas, poseer la preparación adecuada y exponerla con la requerida rapidez en el tiempo establecido, sino que había que hacerlo mejor que los tres mil novecientos cincuenta que se quedarían sin plaza, no porque fueran peores, sino porque habrían tenido una pequeña duda, se les habría acabado el tiempo o habrían caído en una mínima confusión en el apartado de un artículo legal. A veces, un cambio de adjetivo, aunque se tratara de un sinónimo, dejaba al aspirante en la cuneta, vuelta a empezar, de nuevo la programación de diez, doce horas diarias de estudio, durante un año o dos, hasta que se convocaran las próximas oposiciones, la trampa que le había predicho a Licia su padre, a una edad en que las hormonas y la energía física incitan a salir por la ventana, abandonar los libros y sumergirse en eso que hasta la mente menos refinada denominaría *la vida*.

Licia salió medianamente satisfecha de la prueba. En la anterior presentación también había aprobado el ejercicio escrito. Y junto a la tenue satisfacción al presentir que había superado el primer escollo, sentía los primeros ribetes de una

ansiedad que se iría intensificando a medida que le dieran la noticia de que pasaba a la prueba siguiente, y determinarían la fecha en la que debería volver a presentarse.

Por la tarde, se permitió el lujo de salir una hora a pasear, aunque no era sábado ni domingo. No llamó a nadie. El oficio de opositor —venía a ser un oficio en él se desbastaban códigos, se soldaban artículos y se empalmaban apartados— enseñaba a contar con la soledad como una vieja y conocida compañera, una amiga que nunca fallaba, ni antes, ni después de iniciar las sesiones de estudio. Se acercó hasta el bullicio de la calle Serrano, y se mezcló con la gente en aquella oscurecida tarde invernal, como si se entrenara para incorporarse a un mundo del que había permanecido alejada durante mucho tiempo. Las cafeterías estaban llenas, los escaparates de las tiendas brillaban como peceras de naturalezas muertas, y, de vez en cuando, una mano tendida pidiendo limosna entre la indiferente procesión del nerviosismo consumidor. Al llegar a la esquina con Goya, sintió el principio de un mareo. A su derecha, la plaza de Colón ofrecía una invitación de ágora vacía, circundada por ríos de automóviles, y, a la izquierda, la calle Goya era una lenta procesión de gente estabulada en las aceras, como si sus idas y venidas en ambos sentidos tuvieran por objeto encontrar la salida. Se sumergió por Goya, y al pasar por California 47 recordó a la abuela Alicia, con su café con leche y sus tortitas con nata, en una mesa del fondo, rodeada de otras mujeres de su edad, y, más adelante, el edificio de El Corte Inglés que, cuando todavía pertenecía a Galerías Preciados, había sido objeto de sus sueños, porque la abuela le había comentado con mucho misterio que los Reyes Magos tenían allí su principal depósito de aprovisionamiento. ¿Cuántos años tenía? ¿Seis o siete? El caso es que el desvelamiento del secreto le produjo una fuerte impresión, y hasta que la alevosa falta de tacto de las chicas más mayores y el pavoneo de algún chico presumido le deshicieran la más mágica e inocente de las creencias, cada vez que pasaba por delante de los almacenes sentía un ligero estremecimiento, no importaba que fuera en verano, tan lejos de las navidades, porque el hecho de que en las navidades pasadas hubieran estado por allí dentro los mismísimos Melchor, Gaspar y Baltasar, y volvieran a visitar ese lugar en las siguientes, bastaba para apretar el paso, como si detenerse ante los escaparates pudiera ser un acto que se confundiera con una cierta indiscreción que la pudiera excluir de los regalos. Otrosí, aun cuando entrara dentro en compañía de la propia abuela, la mismísima transmisora del secreto, si ésta se demoraba en exceso por las secciones, y prolongaba su visita más de lo que la niña percibía que debía hacerse en un lugar que tenía algo de sagrado, sentía la inquietud de que estaban cometiendo una especie de peligroso sacrilegio que la podía apartar de la lista de las niñas elegidas.

Sin venir a cuento, sintió una punzada de vértigo, asociando la decepción que sobrevenía al conocimiento de la verdad, a la que le podía alcanzar si, llegado el caso, aprobaba las oposiciones y se convertía en juez. ¿El ejercicio de la profesión vendría acompañado de insólitos e impensables desvelamientos? ¿Convertirse en adulto consistía en una cadena de desilusiones? Un poco antes de acercarse a la calle

Hermosilla, cuando ya iba a regresar hacia Lagasca, tropezó su mirada ya distraída y desinteresada con el escaparate de una agencia de viajes, que no recordaba haber visto antes. Invitaciones a escapadas al Caribe, fotografías luminosas de palmeras que le hacían una reverencia a la blanca arena, incitación a escapar del frío invernal, de las noches largas y las temperaturas gélidas. Y, en un rincón, en un cartel de pequeñas dimensiones, otro tipo de seducción bajo el epígrafe: «Europa para europeos». Y la fotografía del palacio del Dux de Venecia, tomada desde el ángulo del muelle del vaporeto. Reblandecida por el recuerdo de la infancia y agitada por el reciente examen, la tópica imagen de uno de los rincones más conocidos de Venecia la trastornó con el recuerdo de Oscar y la llenó de una emoción que no era tristeza en su sentido estricto, ni siquiera melancolía. Era más bien la extraña sensación de estar sujeta a las casualidades, a la casualidad de una agencia, de un paseo, del resultado de unas oposiciones, el encadenamiento al azar que le quita y te da, que te proporciona un barrio burgués y te quita una madre, que te regala unas posibilidades y te arrebató un novio, que te lleva a un lado u otro de la ciudad, y tan pronto te deja regostada en la niñez como se complace en presentarte las despedidas definitivas que parecían olvidadas.

Allá, al fondo de la fotografía, en la calle que parte del lado del Campanile y te aleja del bullicio de la Plaza de San Marcos, Marisa le había pisado sin querer y le había roto la tira de la sandalia, y estuvieron media hora preguntando por un talabartero: «¿Cómo se dice talabartero en italiano?», preguntaba Óscar. Y ella, Licia, que al principio se sintió contrariada por el incidente que le había dejado inservible la sandalia, observando los esfuerzos de Marisa por hacerse entender entre un inglés básico, un italiano macarrónico y unos gestos que intentaban remedar los de un zapatero remendón, comenzó a reírse hasta el punto de que la señora veneciana que atendía a Marisa, e intentaba comprender lo que le preguntaba aquella chica española, se sintió ofendida y los dejó plantados, lo que provocó todavía más hilaridad en Licia, tan intensa y contagiosa que a sus risas se unieron las de Óscar y Marisa, a pesar de los inútiles esfuerzos de ésta por mantener una cierta dignidad.

—Perdone, señorita, vamos a cerrar.

Licia miró con extrañeza al chico joven que, con una pértiga en la mano, se disponía a bajar la persiana del escaparate. Volvió con esfuerzo a la calle Goya, al invierno madrileño, a la desazonante situación de opositora, y encaminó sus pasos hacia casa, consciente de que tenía que estudiar. Las playas del Caribe y el palacio del Dux quedaron encarcelados tras la red metálica de una persiana que bajó rápidamente impulsada por el joven. Licia se estrechó el abrigo alrededor del cuerpo y se subió las solapas. Era posible que en la cercana sierra hubiera comenzado a nevar.

Capítulo Segundo

Vallefrío está situado en la ladera sur de los Pirineos, al borde de la antigua morrena de un glaciar, protegido por dos montañas de las estribaciones que le resguardan de los vientos del norte. Se encuentra a más de mil doscientos metros de altura, pero no es tan frío como otras poblaciones por encima de los mil metros, ni se puede decir que se halla precisamente en un valle, sino más bien al principio de lo que luego será el valle que formará el río Albiar, y que todavía es un arroyo pequeño, recién nacido y jugueteón al que se unen otros muchos, diminutos, con un apunte de lechos secos en verano y activos desde mucho antes del comienzo de los deshielos primaverales. En definitiva, a Vallefrío le denominan *el pueblo de las dos mentiras*, puesto que ni está en un valle, ni es especialmente frío, lo que irrita sobremanera a sus habitantes —como si la palabra *mentira* fuera algo que se aplicara a sus propias conductas— y, de paso, viene a compensar la discriminación que sienten otras localidades más pobladas cuyos vecinos, sin embargo, deben acudir con frecuencia a Vallefrío, que es cabeza de partido y dispone de juzgado comarcal, amén de notario.

Sus orígenes se remontan a vestigios iberos, pero su importancia real se inicia con la invasión de los visigodos, importancia que conservará al convertirse en un enclave de las peregrinaciones hacia Santiago, prueba de la cual es la iglesia románica del siglo XII, de una sola nave de cañón y torre cuadrangular, que sigue siendo el monumento más visitado y fotografiado, a pesar de que el edificio del Ayuntamiento, un sólido palacio de dos plantas, construido en la época en que Fernando el Católico concedió a Vallefrío el título de *villa*, es una muestra bellísima de la capacidad armónica que poseen muchos de los edificios de la arquitectura civil española.

Durante la desamortización de Mendizábal, el palacio, que había sido cedido por el marqués a una orden monacal, quedó confiscado y transformado en Ayuntamiento. Luego, los descendientes del marqués no tuvieron demasiado interés por unas tierras montañosas donde los pastos eran abundantes, pero los inviernos crudos y nevados obligaban a una estabulación costosa, aparte de que el transporte de las reses por intrincados caminos a los que denominarles cañadas hubiera sido una temeridad, presentaba tantas dificultades que la explotación ganadera se constreñía al ámbito de la comarca. Si el marquesado de Vallefrío no hubiera desaparecido por falta de descendencia y reclamación de derechos nobiliarios, los herederos del título se hubieran apresurado a volver a interesarse por esas tierras durante el siglo XVI y principios del XVII, cuando la fiebre naval llevó a los reyes de España a buscar maderas en cualquier bosque para la fabricación de unos barcos que ayudaron tanto a construir un imperio como a desforestar la Península.

Otro fenómeno inesperado volvería a contribuir al esplendor de Vallefrío a mediados de los sesenta: la fiebre por los deportes de invierno. Lo que eran cumbres

borrascosas evitadas por los pastores, cubiertas de nieve durante tres o cuatro meses al año, y áridas en el estío, incapaces de proporcionar ni siquiera leña, sólo pizarras y arenisca, se convirtieron de pronto en una inesperada fuente de ingresos con la inauguración de una estación de esquí, a quince kilómetros de Vallefrío y dentro de su término municipal, que, de repente, se vio desbordado con la edificación de dos hoteles, y la llegada, sobre todo los fines de semana, de una hilera de automóviles que aparcaban junto al telesilla y, cuando ese aparcamiento quedaba repleto, en cualquier cuneta, lo que contribuía a que hubiera atascos de tráfico impensables para cualquier habitante del pueblo hasta no hacía demasiados años.

A finales de enero de 1973, en plena temporada de esquí, llegó a Vallefrío el nuevo juez. Era un hombre de estatura mediana, muy joven, con cierta expresión de fatiga, que el alcalde y el notario, al principio, tomaron como una consecuencia de las dificultades del viaje, pero que pronto se percatarían de que era permanente. En lugar de alojarse en la casa del juez, que le pareció demasiado grande y triste, quiso hacerlo en el último de los hoteles construido, que al contrario de los otros dos, se había levantado en lo que habían sido unas antiguas eras, pero junto al pueblo y no cerca de las pistas. El alcalde le tuvo que explicar que estaba abarrotado, que sería muy difícil encontrar una habitación libre al menos hasta mediados de febrero y que, en abril, el hotel daba por terminada la temporada y cerraba, con lo que se encontraría otra vez con el problema del alojamiento. El nuevo juez, que a pesar de su juventud se mostraba firme y decidido, recalcó que no le gustaba la casa destinada al juez, que le parecía sombría en exceso y que, en caso de que no pudiera encontrar una habitación en Vallefrío, estaba dispuesto a tratar de buscar acomodo en alguno de los pueblos de al lado. Esa propuesta molestó al alcalde que, a partir de ese momento, mantendría con el juez un tratamiento tan frío como la nieve que les rodeaba.

Se encontraban en los soportales del Ayuntamiento, mientras el Renault-8 del juez, con el motor en marcha, aparcado junto a la puerta principal, lanzaba nubes de vapor y gases por un tubo de escape cuyo temblequeo indicaba que no andaba muy ajustado de mecánica, y fue el notario el que propuso que podría encontrar agradable una habitación en casa de la Tía Agustina. La Tía Agustina —con el tiempo el juez se acostumbraría a ese tipo de denominaciones— había tenido una posada, y se decía de ella que a los pocos viajeros que llegaban al pueblo les ofrecía algo más que reposo y comida; era ya mayor, y vivía con una sobrina que puede que fuera todavía más vieja que ella, pero disponía de un dormitorio amplio, con balcón a la calle Real, aunque es posible que tuviera todas las habitaciones alquiladas a los esquiadores, según arguyó el alcalde. El notario dijo que no, que hacía ya dos años que no admitía huéspedes, y el alcalde y el notario se enzarzaron en una discusión inútil que el juez intentó dirimir proponiendo que se acercaran hasta la casa de la llamada Tía Agustina para preguntárselo a ella. El alcalde se quedó mirando al nuevo juez con molesto asombro, pero no tuvo otro remedio que aceptar tan razonable planteamiento.

El alcalde, el notario y el juez —ataviados con tabardos de cuero forrados de merinillo los dos primeros, y con un abrigo largo y ciudadano el segundo, tan ciudadano como los zapatos negros, perfectamente inapropiados para andar sobre las calles nevadas— se acercaron hasta la antigua posada, cuya puerta se abrió casualmente antes de que llegaran, y en la que apareció una chica regordeta, armada de una pala de hierro con mango de madera, que se disponía a retirar la nieve de la puerta, acción que ni siquiera tuvo ocasión de comenzar, puesto que el alcalde, con esa autoridad espontánea de quien está acostumbrado a mandar, le preguntó quién era. La chica, con esa docilidad irreflexiva de quien tiene la obediencia como una norma de vida, le contestó que era la sobrina nieta de la Tía Agustina. La propia Tía Agustina, que desde el comedor de arriba había observado la llegada de los tres civiles mosqueteros hasta su casa, no tardó en aparecer, invitándoles a pasar al espacioso patio, que en tiempos era empleado para desenganchar las caballerías de las carretas, y que ahora se había convertido en una especie de antesala, con dos hileras paralelas de sillones de mimbre, en una disposición tan simétrica y perfecta que indicaba que nadie se sentaba en ellos, y unas viejas tinajas que ya no contenían agua, sino tierra para alimentar unas arizónicas de escaso lustre por la falta de luz solar.

La Tía Agustina poseía esa verborrea característica de muchas personas mayores, llena de meandros, paréntesis, disgregaciones, vueltas atrás, incluso circunloquios que le parecían elegantes, y que dejaban un tanto aturridos a los interlocutores, perdidos en detalles innecesarios y ayunos de lo fundamental. Claro que el alcalde, al que quizás no hubieran alabado sus modales en una escuela diplomática, atajó la larga historia del origen de la posada, con un antepasado muerto en un camino a mano de unos bandoleros, y le dijo sin remilgos que dejara de contar historias, y que les aclarara si le podía alquilar una habitación al nuevo juez, allí delante. La Tía Agustina reparó en el joven al que hasta entonces había observado sin concederle ninguna jerarquía, y según su costumbre, en lugar de afirmar o negar, narró las causas que le habían llevado a dejar el negocio, las amarguras que le había ocasionado el ejercicio del hospedaje, que teniendo algo de obra de misericordia no era comprendido por la mayoría de los clientes, excepto los de antes, claro, porque recordaba que en su juventud y hasta no hacía mucho, los clientes eran amigos, y como amigos se les trataba, y no los de ahora, que no daban explicaciones, apenas saludaban, pagaban y se marchaban, debido —y ésta era la tesis de la Tía Agustina— a que «los humanos nos estamos deshumanizando, ¿verdad Basilio?», concluyó con esa pregunta al alcalde, a quien no gustó el familiar y confianzudo empleo del patronímico, y menos en presencia del notario y del juez. Por eso, todavía con más brusquedad que antes, Basilio le exigió a Agustina una respuesta, si sí o si no, porque no podían perder el tiempo, y tenían prisa. La Tía Agustina pasó por alto la falta de delicadeza del alcalde, y como si éste se hubiese servido de una excusa para ofrecerle galantemente argumentos a su favor, corroboró que precisamente la prisa era la causa de los males del mundo.

El joven juez, al que comenzaba a asustar la probabilidad de encontrarse con frecuencia con una socióloga aficionada y una filósofa a tiempo parcial, reincidió en el objeto de la visita y preguntó claramente si podía o no podía darle acomodo. La Tía Agustina, como si la intervención de la autoridad judicial le incitara a renunciar a su charlatanería, contestó que sería un honor, porque, a Dios gracias y a la Virgen de la Ermita, contaba con el refuerzo de una sobrina nieta, huérfana desde hacía poco, siempre y cuando al señor juez le gustara la habitación.

La habitación era grande y hermosa, con un cuarto de baño independiente, una salamandra apagada en un rincón, junto al gran balcón que se abría a la calle Real, una gran cómoda de nogal con un enorme espejo, y una cama de matrimonio a la que un palmo más de altura hubiera provocado la necesidad de escaleras. Al otro lado de la salamandra, una mesa camilla con un sillón y una silla, y una lámpara de pie metálico, sedujeron al futuro huésped, que se imaginaba con los expedientes judiciales extendidos sobre la mesa, la luz de la pantalla reforzando la luz natural, y el calor envolvente y acogedor de la estufa. Por los cristales no muy limpios del balcón miró la calle que daba al río, el puente que salvaba el arroyo del Albiar recién nacido, y una ladera de abetos que parecían soldados castigados a mantener las ramas extendidas y cubiertas de nieve.

—Me gusta —sentenció el joven juez, y el alcalde suspiró de alivio, porque hubiera sido una afrenta que el nuevo juez residiera fuera del término municipal, y porque la Tía Agustina, si se le daba carrete y se le aplicaba cierta habilidad dialéctica, encaminada debidamente, era capaz de tenerle al corriente de las andanzas de la autoridad judicial.

Las peores suposiciones del juez no se cumplieron. La Tía Agustina, como si la desenvoltura de la que había hecho gala el día en que había llegado pidiendo alojamiento hubiese sido espoleada por la presencia del alcalde, y hubiera captado el deseo del nuevo y único huésped de encontrar silencio y tranquilidad, se convirtió en una mujer discreta y eficaz ante los deseos explícitos o sugeridos del importante pupilo. En cuanto al complemento gastronómico, aunque el joven no era muy exigente y a veces almorzaba cualquier cosa en la barra de la cafetería del hotel, se vio gratamente sorprendido por unas cenas sabrosas, preparadas con mimo, y mucho más variadas de lo que hubiera supuesto. Descubrió el queso del valle, una de esas rarezas sorprendentes por poco conocidas, y la constatación de que, a pesar de que Vallefrío ya conocía los vicios de la explotación turística, los precios distaban mucho de parecerse a los de Madrid, o a los de Barcelona, que tenía más presentes tras su reciente estancia en la Escuela Judicial.

La salamandra funcionaba con leña, y tras unos ajustes en el tiro que dejaron durante las primeras semanas un cierto aroma a fragua en el dormitorio, proporcionaba ese calor seco y acogedor de las tecnologías tradicionales y, cuando se levantaba por las mañanas, todavía la superficie de hierro fundido mantenía una temperatura más que tibia, hasta que tras su marcha la sobrina nieta metiera la

primera de las tres cargas de leña que mantenían la habitación con esa temperatura que él mismo evocaba cuando salía del juzgado, ya anochecido, y atravesaba las calles adornadas con los apilonamientos de hielo gris y sucio en los que se había convertido la nieve barrida.

Muchos de esos días, camino de la calle Real, se tropezaba con el Pipas, una mezcla de vagabundo, loco y borracho del pueblo, sin ser exactamente ninguno de esos tres personajes. No era un vagabundo, porque vivía permanentemente en Vallefrío, aunque no se le conociera domicilio fijo; no estaba loco, aunque su manera de vivir no era la de una persona normal; y tampoco podía ostentar el título de borracho del lugar, puesto que los fines de semana, tal como el juez había comprobado, quienes se quedaban en el pueblo no tenían otra diversión que visitar con regularidad, uno tras otro, los tres bares existentes, lo que provocaba numerosas intoxicaciones etílicas. El Pipas era denominado así porque solía fumar, en una cachimba de amplia cazoleta y caña curvada, el contenido de cualquier colilla que se hubiera encontrado por el suelo, y tenía esa edad indefinible de las gentes que puede que ya hayan cumplido los cuarenta, pero que por la escasa alimentación y el tipo de vida que llevan, aparentan veinte más. El Pipas era de un pueblo de al lado y en su juventud tenían fama sus habilidosas manos, autoras de muchos de los muebles que había en las casas de Vallefrío. Tanto montar dormitorios y comedores, terminó enamorándose de una chica de Vallefrío, con la que se casó y tuvo una hija. Seguía manteniendo la ebanistería en el pueblo de al lado, pero eran frecuentes los viajes a Vallefrío para montar una mesa de comedor, ensamblar un aparador o colocar la cabecera de una cama. En uno de esos viajes, una mañana de primavera maravillosa, su mujer y la niña, mientras él montaba una cómoda que le habían encargado, se fueron paseando hacia lo que luego sería la estación de esquí. Había sido una primavera muy fría y tardía, hasta el punto de que había nevado de manera inusitada durante casi una semana del mes de marzo. A medio kilómetro, en un estrechamiento del camino, la mujer y la niña fueron sepultadas por un pequeño alud. Fue tan pequeño que no provocó ningún ruido alarmante, ni llamó la atención de nadie, pero suficientemente letal como para arrebatar la vida de la madre y de la hija. Acabado su trabajo y extrañado de la tardanza de su esposa y de la niña, el ebanista preguntó a unos chicos que jugaban a la pizpirigaña si habían visto a su familia, y uno de los muchachos dijo que le parecía haber visto a una mujer y a una niña en el Camino de Arriba. Hacia allí condujo su furgoneta el alarmado hombre, hasta que se encontró con el pequeño alud. Y no lo dudó: se bajó del vehículo y con una tabla, consciente de que su peor intuición era acertada, comenzó a quitar la nieve que tapaba la carretera. Dicen que la mujer todavía respiraba, pero que murió camino del hospital de Jaca. El eficiente ebanista, tras la muerte de su esposa y de su hija, estuvo vagando por el Camino de Arriba durante más de una semana. Ni el médico, ni la Guardia Civil, pudieron convencerle de que se marchara a su casa, porque les respondía que ya no tenía casa. El ebanista se convirtió en el Pipas. Dormía en las cuadras, en una

cueva de la montaña, en cobertizos abandonados. Comía lo que le daban y bebía lo que podía.

El juez se interesaba por estas historias. Aunque estaba convencido de que no iba a pasar mucho tiempo allí, porque era ambicioso y tenía contactos en el Ministerio de Justicia que le ayudarían a obtener ascensos hacia plazas más importantes, quiso estar al tanto de lo que sucedía no sólo en el pueblo, sino en toda la comarca. Enseguida se percató de que existía un contrabando permanente de tabaco sobre el que no había ninguna denuncia. La proximidad de la frontera facilitaba otro tipo de contrabandos más domésticos e inocentes —vajillas, aparatos de radio transistorizados, pequeñas televisiones, cámaras fotográficas—, pero lo notorio era el tabaco americano, que se vendía con total impunidad sin los sellos de la hacienda pública, y a un precio mucho más barato que en el estanco. Los propios guardias civiles fumaban tabaco de contrabando, y cuando el nuevo juez se lo hizo saber al comandante de puesto, no como una admonición, sino como una circunstancia sorprendente, le informaron de que tenían órdenes superiores de ser blandos con el contrabando de tabaco, debido a que una persecución excesiva del delito de contrabando producía un efecto catastrófico, por el que las redes de distribución del tabaco se transformaban en redes de distribución de drogas peligrosas: hachís al principio y, en una entropía previsible, heroína y cocaína. Fue el primer choque de las teorías judiciales con la realidad. Por un lado, estaba la asepsia teórica de las leyes y, por otro, una aplicación pragmática de la persecución del delito, no por parte del juez, al que le daba igual la actividad que juzgaba, sino por los representantes del juez, que no eran otros que los policías.

No sería el primer conflicto ético con el que se tropezaría. En las afueras de Vallefrío, en un descampado que servía de almacén de desguace, había un viejo galpón ocupado por una familia numerosa, cuyo cabeza de familia era un hombre de facciones orientales al que denominaban el Coreano. Entre sus hijos había un par de mozalbetes malencarados que protagonizaban frecuentes broncas con los otros chicos del pueblo. A consecuencia de una de ellas fue presentada una denuncia por lesiones, y, en efecto, uno de los hijos del Coreano había estado a punto de hacerle perder el ojo a otro muchacho de parecida edad, vecino de un pueblo de al lado. Al existir antecedentes de un par de conflictos más, todavía sin resolver y de índole parecida, el nuevo juez sopesó la conveniencia de enviar al chico a un reformatorio, y así se lo expuso a su padre, al Coreano, en una breve conversación que tuvo lugar en el juzgado. A la media hora, recibió la llamada de un juez de la Audiencia de Madrid, quien tras pedirle disculpas y subrayar repetidas veces que la independencia judicial era lo más sagrado de la profesión, y que jamás él mismo, un juez de la Audiencia, se permitiría la más mínima presión sobre un compañero —y subrayó el término *compañero*, como si enunciado así elevara al joven y neófito juez a su categoría—, pero que, claro, todos estaban en el mismo carro, lo principal era combatir el delito, y daba la casualidad de que se hallaban al final de una operación —y eso, como es natural, se trataba de una confidencia—, a punto de culminar una delicada pesquisa

por la que se iba a detener a una importante organización de narcotraficantes. Pues bien, uno de los confidentes, una de las personas clave —uno de los chivatos se dijo a sí mismo el joven juez, aunque esa palabra no se le ocurrió pronunciarla al juez de la Audiencia—, era precisamente el Coreano, un hombre al que había que procurar evitarle cualquier distracción, preocupaciones añadidas, porque se estaba jugando la vida, la vida al servicio de los demás, de *toda la sociedad*, concluyó el juez de Madrid, como si cualquier cosa que se hiciera en Vallefrío y pudiera preocupar al Coreano fuera, precisamente, un atentado contra *toda la sociedad*.

No fue ésa la única presión. El comandante de puesto pidió verle, y con grandes apuros y circunloquios vino a insinuarle al juez lo que ya le habían contado por teléfono: que el Coreano era un colaborador de las fuerzas de orden público, *ergo* que no fuera muy duro con las tarascadas de su hijo.

—Ha estado a punto de dejar tuerto a un chico, y casi descalabra a otro, tirándole desde lo alto de una tapia —dijo el juez más para sí mismo, como una ayuda a la comprensión de la injusticia que se le solicitaba, que como un argumento contra lo expuesto por el guardia civil.

—Su Señoría sabrá resolver —comentó con respeto el comandante de puesto.

Dio orden al propio comandante de puesto de que le trajeran al padre del matachín, y antes de media hora, sumiso, casi servil, el Coreano estaba de pie ante el juez, que no le invitó a sentarse, y le abroncó por la conducta de su hijo. Luego, bajando la voz, y en «atención a los servicios que está prestando a la sociedad», le informó que no le iba a encerrar al chico en un reformatorio, pero que tuviera cuidado, porque a la próxima pendencia no sería tan magnánimo.

Tras la teatral puesta en escena salió a pasear. Necesitaba reflexionar, justificar el conflicto interno que le producía interpretar la ley en lugar de aplicarla, racionalizar el proceso mediante el cual las circunstancias de lo juzgado eran más determinantes que la sustancia, algo tan filosóficamente rechazable como ajustado a la lógica de un pragmatismo que nunca se había planteado, ni cuando estudiaba en la facultad ni, mucho menos, cuando memorizaba el temario para las oposiciones, y que parecía encajar con la precisión con que esas piezas dentadas industriales encajan en sus complementarias. Salió a las afueras del pueblo —y no había que andar demasiado trecho para encontrarse fuera del casco urbano—, pero en lugar de hacerlo por la carretera que comunicaba con la capital de la provincia, eligió el lado opuesto, un camino vecinal que llevaba a otros pueblos situados al principio del valle hermano del Albiar. Y allí, a medio kilómetro, se sentó en una roca húmeda, no confundido, ni receloso, sino más bien asombrado de su proceder, como un marino que descubre una manera nueva de navegar, algo diferente a la que le han enseñado en las clases teóricas. Su atuendo ya era distinto. También usaba zamarra de piel forrada de merinillo, y pantalones de pana, y botas de montaña —que dejaba en el palio de la antigua posada, sucias de barro y humedecidas de nieve, antes de subir al dormitorio, calzados los pies con gruesos calcetines—, y una gorra de lana azul, que le mantenía

la cabeza caliente, porque como le había dicho el médico de Vallefrío, y comprobó que era verdad, la cuarta parte del calor emanado por el cuerpo se escapa por la cabeza.

Se quedó bastante tiempo allí, mirando sin ver la zona oscura de una laguna pantanosa, una de esas rarezas geológicas que no tienen explicación, que se asentaba a pocos metros de la carretera, una laguna traidora, de limo resbaladizo, una extrañeza geográfica en un lugar donde lo que abundaba era el granito y la pizarra, y los ibones de aguas transparentes algo más arriba. Pero no contemplaba la oscura amenaza de su lisa superficie, ensimismado en doblar un cabo lleno de corrientes peligrosas, cuya superación pudiera suponer un hito a partir del cual el resto de la travesía sería mucho más apacible y despreocupada, un antes y un después, aunque siempre hubiera un después lleno de dificultades: después del bachillerato, después de la facultad, después de las oposiciones, después de... descubrir el lado pragmático e insospechado de la ley.

Al día siguiente, le volvió a llamar el juez de la Audiencia de Madrid, sin referirse en ningún momento a la conversación del día anterior, ni a las actuaciones que hubiera dispuesto, sino simplemente para comunicarle que estaba a su disposición como *compañero* —y de nuevo el término iba unido a un tono de camaradería reconfortante— y que esperaba poder servirle en cualquier requerimiento que el juez de Vallefrío necesitara. Asimismo, a los dos días, como si hubiera llevado a cabo una acción tan meritoria que su noticia se hubiera extendido más allá de lo previsto, su padrino en el Ministerio de Justicia, pariente de su novia, le dio a entender que se encontraba al corriente de lo sucedido, y sin proporcionar ningún detalle, le adoctrinó sobre la conveniencia de la estrecha colaboración entre jueces y policías.

Tantas palmadas en la espalda, aunque fueran palmadas telefónicas, halagaron su vanidad pero, al mismo tiempo, le alarmaron. Eran los últimos años de la dictadura de Franco, había inquietud y movimientos estratégicos de amplios sectores sociales que querían estar situados de cara al futuro, aunque nadie sabía cómo iba a ser ese futuro. Se encontraban personas, como su padrino, que abogaban por la continuidad de un régimen político similar, aunque un poco más flexible, pero también existían otros sectores, incluso en el propio ámbito de la judicatura, que preveían un cambio espectacular, un vuelco completo de la situación, es decir, la instalación de una democracia semejante a la que existía en otros países de Europa Occidental. Algunos viejos condiscípulos se habían puesto en contacto con él para sondearle, y él, tan astutamente oscuro como para que contaran con su colaboración sin comprometerse demasiado, había asistido a una de esas reuniones, donde todavía se hablaba en clave, como si se temiera que hubiera alguien infiltrado que diera cuenta de lo tratado, y, en efecto, el joven juez le había contado a su padrino, sin la conciencia de ser un informador clandestino, sino más bien como un método de autoprotección, el temario de la reunión y los nombres de algunas de las personas que habían asistido, porque todavía se practicaban detenciones, todavía se podía arruinar una carrera por el

terrible pecado de asistir a una reunión clandestina, todavía España iba a sorprender al mundo con la sentencia y aplicación de penas de muerte por motivos políticos.

Satisfecho de su prudente actitud, incluso de su tibieza, observó cómo Vallefrío se transformaba a partir del cierre de la estación de esquí y de los hoteles. El pueblo recuperaba su ambiente familiar; el supermercado era un lugar silencioso como la biblioteca, y casi tan desierto como aquélla; las calles parecían más anchas sin los coches aparcados, y olía a piedra húmeda y a leña quemada, a hierbas de pasto o a pan horneado en las cercanías de la tahona. Y las noches, sin el bullicio de los dos cafés, despoblada la plaza como si alguien hubiera avisado de que todos los habitantes se recluyeran en sus casas, parecían más tristes. Todavía lo eran más a partir de octubre y hasta las primeras nieves de mediados de diciembre, cuando los días se acortaban y el pueblo parecía un viejo animal aletargado que no se atreviera a moverse, aunque para aquel entonces al joven juez ya le habría llegado la noticia de su ascenso y forzoso traslado.

Pero eso sucedería meses después, algo casi inimaginable en marzo, cuando recibió con tanta alegría como desencanto la noticia de la esperada visita de dos de sus amigos, pero sin la compañía de su novia, Alicia, retenida al parecer por compromisos relacionados con los negocios de la familia. Este desencanto casi le alivió, porque había estado tan concentrado en su trabajo y en las correspondientes estrategias que sentía una cierta culpabilidad por no haberse acordado de ella, al menos no tanto como le aseguraba en las cartas y en las conversaciones telefónicas.

El cierre de los hoteles y el ambiente un tanto apagado de la primavera le instó a reservarles a sus colegas habitación en Jaca, una ciudad cercana, con mejor ambiente, pasada la obligada visita a Vallefrío, en la que por cierto mostró un cierto orgullo, ese secuestro anímico que ejercen en nosotros todos los lugares que hemos frecuentado alguna vez, y que con el paso del tiempo atrapan en calles y tejados las escamas de las almas que vivieron allí. Les mostró, más con satisfacción de propietario que con rutina de guía, la iglesia románica, el edificio del Ayuntamiento, incluso la antigua posada, donde una Tía Agustina con la asunción de responsabilidades de anfitriona, les insistió tanto en que volvieran a desayunar que no tuvieron más remedio que sentarse y, junto con un café con leche más bien flojo, engullir bajo la vigilante mirada de la posadera unos huevos fritos con torreznos, que le produjeron al juez una cierta somnolencia, amodorramiento que se hizo patente cuando los condujo en su Renault hasta la estación de esquí ya cerrada, pero que se ofrecía como incomparable atalaya para admirar el paisaje de los vecinos gigantes a un lado, y el comienzo de los dos estrechos valles al otro, sobre todo el del Albiar, que permitía contemplar su paulatino ensanchamiento hasta perderse en el lejano comienzo de una adivinada llanura.

Los tres amigos comieron en un pueblo, a mitad de camino entre Vallefrío y Jaca, y cenaron en esta ciudad, en una antigua bodega con bóveda de ladrillo, transformada en restaurante. Tras el café, vinieron las copas y los recuerdos compartidos, la

inevitable procesión de los nombres de los catedráticos, las anécdotas, la satisfactoria observación de las dificultades pasadas, esa confraternización de haber luchado en la misma trinchera, aunque el enemigo de antaño —profesores, miembros de los tribunales de oposición— fueran el ejército en el que hoy ya combatían, eso sí, en los rangos más modestos. ¿Rango era la palabra clave? Víctor, el más joven de los tres, y el más admirado por su acompañante y por el joven juez que hacía de anfitrión, habló precisamente de que el panorama judicial cambiaría en el futuro, que había que asociarse para poder decir algo en ese futuro, porque si se quedaban al margen de los acontecimientos, o bien la mayoría de los jueces conservadores, o bien las nuevas asociaciones afines a movimientos más aperturistas, se harían con el control de la carrera judicial, es decir, con la clave de los reconocimientos, de los ascensos, en definitiva, de su carrera profesional. «Apuntémonos a todas las listas», propuso el juez de Vallefrío, con una pronunciación algo espesa, porque no estaba acostumbrado a la bebida, y los dos whiskies que había tomado le comenzaban a hacer efecto.

—No sería mala idea —observó Víctor—, pero no sería honesto.

Callaron los otros dos en espera de cuál era la consigna que se iba a sacar de la manga el elegido implícitamente líder de la reunión. Y Víctor, como si percibiera el reto al que se le sometía, propuso colaborar con una asociación a la que ya pertenecía, les invitó a formar parte de ella, casi el privilegio de ser socios fundadores, naturalmente no por los hipotéticos beneficios que un cambio en la situación política les podía reportar, sino como una aportación al cambio de régimen político, tal como se producía en otros sectores profesionales.

—¿Y cuál es el peligro? —inquirió el joven juez de Vallefrío.

—Ninguno —le tranquilizó Víctor—. Vamos a darnos de alta como asociación en cuanto formemos un grupo cercano a los doscientos en toda España. Una asociación cultural, claro está, que organizará conferencias, seminarios, mesas redondas...

—Una tapadera —sintetizó el tercero de los contertulios.

—Exacto —corroboró Víctor—. Una tapadera hasta que la situación nos permita aparecer como lo que vamos a ser: un grupo de presión dentro de la judicatura.

—¿Y quiénes están ya apuntados? —inquirió el juez de Vallefrío, sin ninguna ingenuidad, porque tenía la deuda moral de contárselo a su padrino del Ministerio de Justicia.

Víctor desgranó una docena de nombres, de los considerados seguros, y otra docena de los probables, de los que se lo estaban pensando, entre los que incluyó, por último, al juez de Vallefrío. Éste, sorprendido por la manera de presentarle la propuesta, preguntó qué creía Víctor que respondería, y Víctor contestó que, como le tenía por inteligente, no iba a rechazar un ofrecimiento que era positivo en todos los aspectos.

—Me parece que podrás contar con él —opinó el juez de Vallefrío.

El acuerdo se selló en un *pub* lleno de humo, de música *country* demasiado alta, y de gente que hablaba con el intento de hacerse oír por encima de la música. Nadie les

conocía. Parecían tres jóvenes como otros tantos, tratando de alcanzar los seductores límites de la alegría alcohólica, informalmente vestidos, alegres y despreocupados, pero aun en la reconfortante disipación del momento, los tres tenían muy claros sus objetivos y sus ambiciones. El juez de Vallefrío, recordando de pronto que sus dos colegas se quedaban a dormir en la ciudad, pero que él tenía que conducir hasta la vieja posada, rechazó el quinto *whisky* de la jornada y pidió una coca-cola para despejarse. El camarero, al que no le habían pedido una coca-cola sin ginebra o sin ron a la una de la madrugada desde que se había abierto el *pub*, se la trajo con ron. El juez de Vallefrío, a esas horas de la noche, tenía las papilas gustativas aletargadas, y notó un gusto algo más raro del que recordaba, pero el entusiasmo del momento que estaba viviendo, nada menos que la organización del futuro del país y de ellos mismos, el abrazo cálido de la camaradería en pleno funcionamiento, la complaciente visión de un presente muy aceptable que sólo era la víspera de un mañana lleno de gloria, en fin, la resplandeciente amistad que los unía, anuló cualquier distracción sobre asuntos tan pueriles como el sabor de una bebida.

De regreso a Vallefrío, cuando pasados unos minutos la calefacción del coche invadió el interior del vehículo, un sopor irresistible se apoderó del conductor. Había madrugado bastante para recoger a sus amigos, y la copiosa comida, la no menos copiosa cena y, sobre todo, la ingestión de una cantidad de alcohol desmesurada para su costumbre, producían un efecto sedante y placentero en el joven juez, que daba gracias a que la carretera se presentaba llena de curvas, lo que le obligaba a no dejarse atrapar por el sueño. Dos veces estuvo a punto de irse por el lado izquierdo, donde unos frágiles quitamiedos separaban la estrecha carretera del abarrancado hondón por el que discurría el Albiar, y dos veces logró enderezar el automóvil y llevarlo por su sentido correcto. Por fin, cuando ya estaba a punto de ceder a la tentación de buscar un ensanchamiento que le permitiera echar una cabezada, distinguió, a la salida de una curva, las luces de Vallefrío. Aminoró la ya lenta velocidad, aliviado por llegar a su destino, y condujo muy despacio el tramo recto que le separaba de su destino. No cerró los ojos, pero miraba sin ver, envuelto en el consolador calorcillo del interior, o puede que sí se le cerraran los ojos, porque cuando los abrió había delante un tramo de carretera y oscuridad a ambos lados. ¿Dónde estaba? Miró por el espejo retrovisor y vio las luces, que debían ser las de Vallefrío. Se había quedado traspuesto y, en lugar de entrar en el pueblo, había seguido por la carretera que circundaba la laguna pantanosa y se dirigía al otro valle. No se alarmó. Más bien sentía una especie de regocijo inocente por la travesura, y recordó a un ilusionista de su niñez que había pilotado una motocicleta por las calles de Madrid con los ojos vendados. Los suyos se le volvían a cerrar con una pesadez a la que no se le podía oponer resistencia y cuando los abrió se asustó de ver la figura delante del coche, una figura que se hacía más grande a medida que se acercaba hacia el coche, o era el coche el que se acercaba hacia la figura, hasta que el rostro del Pipas —era el Pipas, no cabía duda— se hizo visible a la luz de los faros, a la vez que

se apartaba a un lado, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que el lado derecho del automóvil le diera un fuerte golpe en el costado y lo derribara. El joven juez estaba convencido de que iba despacio, pero cuando quiso frenar, lo hizo a casi cincuenta metros de donde se hallaba el cuerpo inconsciente del Pipas. Se bajó trabajosamente del coche y anduvo vacilante hasta el cuerpo tendido. Todo estaba muy oscuro. Las únicas luces, las de los faros, estaban muy alejadas y dirigidas en sentido contrario. Se encontraba asustado y, a la vez, distanciado de lo que sucedía, como si lo que acabara de pasar le estuviera ocurriendo a otra persona. Puede que por ello, tras un tiempo que no estaba en condiciones de precisar, no le sorprendiera la aparición del Coreano, que tomó el cuerpo del atropellado por los hombros y lo arrastró hacia el otro lado de la cuneta, cerca de la ciénaga.

—No debería moverlo hasta que no venga la Guardia Civil —advirtió el joven juez, pero sin ninguna muestra de autoridad.

Se dejó llevar por el Coreano hasta su propio automóvil, permitió que lo acomodara en el asiento del copiloto, y observó cómo este conducía hacia el pueblo.

—Hay que avisar a la Guardia Civil. Avise usted, porque estoy borracho.

—Luego. Ahora tiene que acostarse.

Le ayudó a salir, tras detenerse en un callejón anterior a la calle Real. Lo sacó del automóvil y, pasando uno de los brazos por sus hombros, lo llevó hasta la puerta de la posada. Luego, se dio cuenta de que no llevaba puesta la zamarra, porque se había quedado en el asiento de atrás. Lo dejó medio sentado en el portal y volvió con la zamarra. El joven juez era ya un saco de harina que se caía hacia cualquier lado si no se le apoyaba convenientemente. El Coreano encontró unas llaves en el bolsillo, abrió la puerta, y le dio un par de sopapos.

—Suba a dormir —ordenó al asombrado juez que, medio a gatas, vacilante, subió por las escaleras hacia su habitación. Y logró llegar. Y se quedó dormido encima de la cama, y así se lo encontró la sobrina nieta de la Tía Agustina, cuando entró a encender la salamandra, el lunes a primera hora.

El lunes se despertó confuso y llegó tarde a los juzgados. No había encontrado el coche en la plaza de España, justo a la entrada de la calle Real, que era donde solía aparcarlo, y comenzó a recordar detalles inquietantes de la noche anterior. Las facciones asombradas del Pipas tras el parabrisas y el golpe sordo cuando el automóvil le embistió eran detalles que se habían quedado grabados en su memoria. Pero no recordaba cómo había llegado hasta su habitación, aunque sí era consciente de la presencia del Coreano, no sabía si antes o después de la colisión.

El dolor de cabeza era tan intenso como la desazonadora sensación de haber atropellado a una persona. Debería comunicarlo de inmediato a la Guardia Civil, y ése era su propósito cuando vio su Renault aparcado en la puerta del juzgado. El oficial le informó que lo había traído el Coreano y que ya le habían puesto el

parachoques que le había dañado el tractor. ¿El tractor? No estaba dispuesto a ser rehén de un chivato, y ya iba a ponerse en contacto con la Guardia Civil — naturalmente no tenía por qué confesar que estaba borracho— cuando la auxiliar administrativa le dijo que le llamaban del Ministerio de Justicia. Era su padrino profesional, el amigo de su futuro suegro, con una voz optimista, que auguraba buenas noticias.

—Está hecho.

Y como no recibiera ninguna señal de comprensión de su interlocutor, volvió a repetir:

—Está hecho. ¿Me escuchas?

—Sí, sí —afirmó algo atolondrado el joven juez, porque su mente estaba ocupada en la elaboración de la versión más idónea de lo sucedido para ofrecérsela a la Guardia Civil.

—Creo que el concurso se decide dentro de quince días. Estás muy bien situado. Lo único que debes hacer es no hacer nada, absolutamente nada.

—No entiendo.

—Se nota que es lunes. Que no te metas en ningún lío, en ninguna sentencia polémica, en nada. ¿Has oído? En nada. Deja pasar dos semanas hasta que se hagan públicos los traslados oficialmente. Dedícate a pasear, y estudias los asuntos concienzudamente, pero abstente de tomar cualquier decisión. Es lo mejor. Te lo aconsejo por experiencia. Nada de líos, ni problemas. ¿Me has entendido?

Lo entendía perfectamente. Y así lo comunicó. Lo entendía tanto que lo que parecía un trámite administrativo hacía un instante se transmutaba en algo peligrosamente complejo.

No tenía más remedio que hablar con el Coreano. Dudó si hacerlo en el juzgado, en su despacho, con la coerción que ello suponía, o ir a su encuentro, lo que le colocaba en una posición más débil. Se decidió por la primera opción, aunque el hijo camorrista se había calmado y no existían excusas para una entrevista oficial.

A última hora de la mañana le dijeron que había llegado el chatarrero. Había pensado hacerle esperar, pero el escaso personal se iba a marchar a almorzar, y no quería estar solo con él, así que lo recibió enseguida.

—¿Qué es eso del tractor? —le preguntó sin saludarle, ni invitarle a que se sentara.

—Tenía el parachoques abollado y se lo he cambiado. Me pareció oír que le había dado un tractor en Jaca.

—¿Dónde está el Pipas?

El Coreano, que hasta entonces había permanecido con la mirada huidiza, fijó sus ojos en los del juez, y guardó silencio.

—Te he preguntado dónde está el Pipas —insistió el juez.

—¿Puedo hablar?

—Para eso te he llamado —insistió el juez con una convicción que no sentía.

—Bueno... —comenzó el Coreano, como si la historia que se disponía a relatar resultara demasiado larga—. El caso es que cuando volví... cuando lo dejé a usted en su casa y volví... pues, ya no estaba. Había desaparecido.

—¿Había desaparecido? —inquirió con incredulidad.

—Sí, había desaparecido. Como si nunca hubiera pasado por allí. Lo único que encontré fue esto —y metiendo la mano en el bolsillo de la holgada chaqueta, sacó la cazoleta de una pipa que depositó cuidadosamente en la mesa del juez.

—¿Y no miraste por los alrededores?

—Sí, sí, miré por todas partes —asintió el Coreano con mayor aplomo, como si la parte más difícil estuviera ya superada—. Registré las cunetas, la orilla del pantano, todo. Pero no estaba.

La expresión habitual de fatiga del juez se había acentuado. Miraba a la persona que estaba de pie, delante de él, con suspicacia y desconfianza. No obstante, le dijo que se sentara en uno de los dos confidentes que había enfrente de la mesa. Y una vez que el Coreano, cada vez más seguro, tomó asiento, le preguntó el juez con astuta habilidad:

—¿Y qué crees que le pudo suceder?

—No sé. Se debió asustar de ver las luces del coche a esas horas de la madrugada, dio un traspies y se cayó al suelo. Creo que estaba... que estaba borracho... —y al pronunciar la palabra *borracho* el juez creyó que le observaba con un punto de insolencia.

—¿Por qué aseguras que estaba borracho?

El Coreano se acomodó en el asiento sin inquietud y respondió:

—Lo solía estar a menudo, y sobre todo los domingos. Los domingos le invitaban o le daban dinero. Más de un domingo ha dormido dentro de alguno de los coches del desguace. Yo mismo me lo he encontrado a la mañana siguiente y lo he tenido que despachar, no por nada, sino por miedo a que viniera alguna grúa a mover el material y estuviera él todavía dentro.

—¿Crees que deberías poner en conocimiento de la Guardia Civil esa desaparición?

—Es que no ha desaparecido, simplemente no estaba anoche, unos minutos después de que... en fin, de que le acompañara a usted. Muchas veces ha estado ausente del pueblo, y nadie se ha alarmado. Va, viene, vuelve... Es que, según criterio mejor, no sé qué podría contarle yo a la Guardia Civil. ¿Que desde anoche no he visto al Pipas? Me van a tomar el pelo en el cuartelillo o, peor, se pueden pensar que les quiero hacer perder el tiempo.

El juez se quedó en silencio, se levantó, pasó al otro lado de la mesa, y se puso de espaldas al Coreano.

—Me gustaría volver a verlo. Sería lo mejor, ¿no crees?

El Coreano, sin volverse, dice:

—Sí, creo que sí. Pero con gente así nunca se sabe. Una vez marchó hasta Jaca y se subió a un tren, y dicen que estuvo en Bilbao. No sé, eso dicen.

El juez vuelve a sentarse y le habla con un tono más suave y conciliador:

—Me parece bien. Esperaremos a que pasen unos días... y esperemos que vuelva.

—¿Necesita algo más, Señoría?

—No, no. ¡Ah! Y gracias. Anoche me sentó mal la cena.

—Lo importante es que se haya recuperado —dice el Coreano, al levantarse.

Y cuando está ya en la puerta, a punto de abrirla, añade el juez:

—Una última cosa.

El Coreano se vuelve despacio, con la sospecha de que va a recibir alguna noticia desagradable. Y el juez, señalando la cazoleta de la pipa que ha quedado encima de su mesa, le dice:

—Me gustaría que te llevaras esto. El Coreano vuelve sobre sus pasos, toma la cazoleta impertérrito y se la mete en el bolsillo de la deformada chaqueta. Esta vez abre la puerta y, tras pasar el dintel, la cierra despacio sin volverse a mirar al juez, que observa la maniobra con el interés de un psicólogo conductista, con la intensidad con que los felinos observan una pieza que saben inalcanzable, guarecida tras un cercado imposible de saltar.

Hasta que no pasaron dos semanas, nadie mencionó al Pipas. Y tampoco era de extrañar, porque se trataba de alguien prescindible a cuya presencia se habían acostumbrado las gentes del pueblo, como se acostumbra el paseante por el bosque a que existan ramas bajas que dificulten el camino, pero si no las encuentra no indaga si alguien las ha podado. La primera en hablar de ello fue precisamente la Tía Agustina, que le echó en falta, porque solía ir los domingos por la tarde para aprovisionarse del pan duro que le daban, y que no era siempre, porque la Tía Agustina rallaba el pan con destino a los filetes empanados y otros usos culinarios. El joven juez, que estaba cenando un hervido con aceite de oliva, opinó que a lo mejor se había marchado, porque según había escuchado no era la primera vez que se ausentaba del pueblo. La Tía Agustina movió la cabeza de un lado para otro, con esa parsimonia rural de quien está convencido de su criterio y nadie le hará cambiar, y señaló que sólo se había marchado una vez, y que después de darle el pan, los domingos lo oía aullar por la noche, y ya hacía dos semanas que no aullaba.

—¿Aullar? —preguntó el juez intrigado.

—Yo lo llamo aullar —explicó la Tía Agustina—, porque cuando se emborracha, se acerca vacilante hacia la salida del pueblo, se instala en la curva que hay junto a la barranquera, justo al lado de donde el alud de nieve sepultó a su mujer y a su hija, y primero las llama, y, luego, da unos gritos lastimeros que, la verdad, rompen el alma, lo que yo digo, que son aullidos de desesperación. Al principio, es que me destrozaban la conciencia, pero, claro, a todo se acostumbra una, y ya lo escuchaba

como quien oye las campanadas del reloj de la iglesia: aúlla, luego es domingo ya anochecido. ¿Le pongo el filete?

—No, muchas gracias. No tengo apetito.

—Debería comer más —insiste la Tía Agustina, pero sin abrumar en exceso, respetando la voluntad del comensal—. ¿Quiere una fruta?

—No, gracias, de verdad. Voy a salir a dar una vuelta.

A raíz de un comentario de la Tía Agustina con el cartero, y tras la observación del cartero en el bar, donde a media mañana se solía tomar un carajillo, se empezó a hablar de la desaparición del Pipas, con más curiosidad que alarma, con más afán de recurso conversacional en un lugar donde sucedían pocas novedades que con preocupación auténtica por la suerte del personaje. En alguna medida, su presencia parecía una acusación permanente sobre su desgracia a quienes no tenían otra culpa que residir cerca de donde había ocurrido el desagradable suceso.

No obstante, el rumor se generalizó tanto que el comandante de puesto de la Guardia Civil solicitó ver al juez, con objeto de pedir instrucciones.

—No tengo instrucción que darle, puesto que no dispongo oficialmente de ninguna denuncia por desaparición. Si la tuviera, lo que haría sería cursarla oficialmente para que ustedes llevaran a cabo las pesquisas pertinentes. Pero no la tengo. No me puedo mover por conjeturas, por barruntos o por intuiciones. Y ustedes, por otro lado, tienen más trabajo del que pueden realizar. De todas formas, si se enteran de algo me gustaría estar al tanto —concluyó el juez con una leve sonrisa que no lograba apagar ese aire de fatiga que parecía ensombrecerle el rostro y añadirle a su apariencia más años de los que en realidad tenía.

—De acuerdo, Señoría. A sus órdenes.

A los cinco días, el comandante de puesto le puso al corriente al juez de que hacía tres domingos se había observado la presencia de un automóvil, cerca de la ciénaga, sobre las dos de la madrugada. Un automóvil que, al parecer, estuvo parado y regresó al pueblo. Y que, un poco antes, precisamente ese día, habían visto al Pipas deambular por aquellos parajes.

—¿Y estuvo aullando? —se interesó el juez.

No, parece ser que no.

—Tampoco parece probable que alguien estuviera interesado en raptarlo, o que hiciera autostop. ¿No le parece?

—Sería extraño, desde luego.

—Gracias por el trabajo, cabo.

—A sus órdenes.

Ésa fue la última vez que el joven juez supo de las investigaciones sobre el Pipas. Al día siguiente, recibió un oficio que esperaba desde la semana anterior, y en el que la subsecretaría del Ministerio de Justicia le comunicaba que, en orden a los méritos que se reunían en la persona del ilustrísimo señor don Fernando Basantes Ortiz, se le

trasladaba como titular del juzgado de instrucción número uno de Icod de los Vinos, cabildo insular de Tenerife.

Lo trasladaban desde las nieves pirenaicas al clima subtropical de las islas Canarias. El destino le serviría para pasar una larga luna de miel de tres años con Alicia, con la que previamente se habría casado sin excesivas alharacas, en Madrid. Y para estrechar los vínculos de colaboración con Víctor y su asociación, a través de esporádicos viajes a la península para asistir a reuniones cada vez menos clandestinas y menos peligrosas. Como no era un hombre sentimental, pronto se diluyó en su memoria la afectuosa figura de la Tía Agustina, su sobrina nieta, y la galería de personajes que le ayudaron y le proporcionaron amabilidades, e incluso afecto, durante su estancia en Vallefrío. Pero hubo alguien del que no era fácil olvidarse, ese acreedor que guarda una factura que nos tememos que la presente al cobro en el peor momento, cuando menos lo esperamos. Pero pasaron los años sin que se produjese una llamada de socorro, una petición de ayuda, una demanda de auxilio. Cada vez que cristalizaba un ascenso en su carrera y su nombre salía en los periódicos, temía que sonara el teléfono, que llegara una carta, que alguien le solicitara una entrevista. Prudente y cuidadoso, sin caer nunca en la prevaricación escandalosa, pero sabiendo aprovechar los hilos de una influencia cada vez más creciente en provecho propio o de amistades que se sentirían obligadas con él; dócil con el poder político, pero sin sumisiones, ni servilismos; colocado siempre en segundos planos que le permitían dar el paso hacia el proscenio ante la mínima falta de acuerdo, llegó a miembro del Tribunal Supremo a la temprana edad de cincuenta y dos años, justo cuando se estrenaba el siglo XXI.

Fue en aquellos días cuando comenzó a sentir un desasosiego inusitado, como si esperara que llamara al timbre la visita no deseada. No se deben contraer deudas y dejar al deudor en el camino. Es mucho más caro abonar los intereses, porque los intereses suben de año en año, y su acumulación puede resultar insoportable. Pero no sucedió nada. Hasta que en una mañana del año 2003, su hija, alegre y radiante, se presentó en su despacho para decirle, con un cierto rubor emocionado, que su primer destino como juez sería un hermoso pueblo que quizás él recordara y que se llamaba...

—¿A que no lo adivinas? —preguntó Licia con ilusión retadora.

Ya sabes que soy un adivino pésimo.

—Pues tengo el placer de anunciarte que estás ante la nueva juez de Vallefrío. ¿A que no esperabas una casualidad así?

No, el magistrado del Tribunal Supremo no esperaba una casualidad así, y, todavía peor, no creía en las casualidades. Sonrió con esfuerzo y abrazó a su hija.

—Enhorabuena, Licia.

Pero por encima de los hombros de la mujer se veía un rostro que más que alegría mostraba un tremendo cansancio, como si acabara de escalar hasta una cumbre y le hubieran anunciado que había que emprender una nueva ascensión hasta otro pico más alto.

Capítulo Tercero

A primeros de junio del año 2003, después de haber permanecido cerca de un lustro en el País Vasco, el sargento de la Guardia Civil Antonio Marcopán Iglesias llegó a Vallefrío acompañado de su esposa y una hija de trece años, muy tímida y muy callada, a la que las zalemas del cabo primero y de los otros números la obligaron a buscar refugio en una sonrisa defensiva, una media sonrisa que quería expresar un cierto y elegante desdén, pero que traslucía incomodidad y cobardía.

El sargento Marcopán se hallaba próximo a la cuarentena, pero era su esposa la que parecía mayor, a pesar de ser más joven. Y si, en una primera impresión, podía aparentar una timidez semejante a la de su hija, la mirada atenta, ciertos sobresaltos apenas perceptibles al ser llamada por su nombre, y la recelosa observación de las personas que se incorporaban al grupo, denunciaban una vieja y acostumbrada desconfianza, como si estuviera alerta por si alguien, al lado, fuera a decir, en voz no lo suficientemente baja como para no ser escuchada claramente, la frase «es la mujer de un *txakurra*».

El sargento Marcopán está satisfecho. Dos años de instancias solicitando el traslado han cristalizado en este nuevo destino, donde las laderas de las montañas le parecen mucho más protectoras que los montes que acaba de dejar. El mar está lejos, pero también se ha distanciado de cinco años duros, tensos, angustiosos, cinco años de confinación en el uniforme y en la casa cuartel de la Guardia Civil, una gavilla de meses en la que se han acumulado los sustos, las muestras de solidaridad y la muerte de un compañero, destrozado por una bomba colocada bajo su automóvil.

La casa cuartel es casi nueva y el piso al que le han destinado es el principal de los ocho, espacioso, casi demasiado para los pocos muebles que han traído en una furgoneta alquilada, y que aparecen huérfanos a los lados del salón, como si su estancia allí fuera provisional, y el diván de tres plazas y el armario-trinchante y los dos sillones orejeros quedaran allí sólo para aguardar un nuevo traslado.

En Vallefrío los meses de junio son frescos, pero los días suelen ser claros, porque las tormentas no llegan hasta el verano, que es cuando las bolsas de frío entran en contacto con el aire caliente que emana de la tierra, y se forman al mediodía unas nubes apelmazadas que se resuelven en lluvia y granizo al atardecer.

Entonces, cuando llegue ese tiempo, el sargento Marcopán sentirá el rugido de los truenos atravesar como un ogro furioso e invisible por las gargantas y las barranqueras, y extender su furia sonora hacia el valle, mientras la majestad del estruendo espanta a los animales que, una hora antes de comenzar a vislumbrarse los primeros relámpagos, debido a la atmósfera cargada de ozono, y a la intuición salvaje y ancestral, ya han dado muestras de nerviosismo e inquietud.

El sargento Marcopán ha nacido en Madrid, pero le gusta el ambiente rural, aunque Vallefrío, poco a poco, está transformándose en una localidad de servicios, y hay nuevos chalés que han crecido al otro lado de la orilla del Albiar, y otro hotel, y algunas de las antiguas casas se han acogido al programa de ayudas y, tras la incorporación de baños individuales en las habitaciones, forman parte de la oferta turística, pero todavía quedan un par de establos y una serrería familiar que, en las tardes, cuando los sonidos se oyen más claros, canta en el horizonte su mordisco a la madera, como una nana de bosque y acero.

Pero la atmósfera es limpia, transparente, tanto que, cuando por las mañanas se pone en marcha el todoterreno de la patrulla, llega una nítida vaharada de gasóleo hasta la ventana de la habitación donde el sargento, pasadas las siete, se asoma y saluda a la pareja que marchará por los caminos rurales. Y la mezcla de pizarra y piedra, y la ausencia de prisas compulsivas, y los olores prístinos —a güeña de vaca, a comida, a serrín, a pienso, a hierba reseca— le hacen recordar al comandante de puesto sus veranos de niño en casa de su tía Asunción, hermana de su padre, en Pinofranqueado, allá en plenas Hurdes.

En los años setenta ya no eran Las Hurdes que habían llamado la atención de Buñuel, ni el horror que Marañón le mostró a Alfonso XIII, pero todavía quedaban en algunas aldeas cercanas, como Mesegal, casas de estructura semejante a las pallozas gallegas, aunque ya no convivían en la misma habitación hombres y animales.

La niñez del sargento Marcopán fue mucho más feliz en los veranos hurdanos que en el resto del año en Madrid. La recolección de las cerezas era una aventura memorable, y aunque ya no se quedaban a dormir en las casillas, como había oído contar a sus primos que se hacía antes, para evitar que los ladrones se llevaran el fruto, constituía una fiesta para el nieto del Cabrero, porque su abuelo, muerto ya hacía tiempo, había cuidado cabras, y a su padre le llamaban el hijo del Cabrero, y a él, el nieto, y a toda la familia, los Cabreros.

La casa de la tía Asunción le daba miedo por lo oscura que estaba. Una vez, abrió el ventano de la cocina y su tía se enfadó muchísimo, porque entraban las moscas, y se puso a aventarlas con un paño, puesto que efectivamente había entrado un tropel de moscas, aunque Toño, como le llamaba su tía, no tenía nada contra las moscas, al contrario, le gustaban muchísimo, y se entretenía cazándolas, habilidad que adquirió observando a su primo Arsenio. Al principio, carente de toda técnica sofisticada, intentaba atraparlas poniendo la mano encima de donde se habían posado, y, o bien las escachaba, o bien, si hacía un hueco con la palma, la mosca terminaba por escaparse. Arsenio le enseñó que lo mejor era cazarlas de lado, al vuelo. Uno pone la palma abierta a treinta centímetros de la mosca posada en el suelo o en la mesa. Y la dirige hacia la mosca y hacia arriba, porque las moscas no rasan en el despeque, sino que, en cuanto se ponen a volar ganan altura. Sin saberlo se ponen al mismo nivel que la palma que avanza hacia ellas y que, en cuanto toma contacto, se cierra sobre los dedos. Luego, hay que tener la habilidad de saber extraerla del interior sin

apachurrarla y sin permitir que recobre la libertad. Pero Arsenio era un pozo de sabiduría y le enseñó la técnica del confinamiento. Para ello había que hacerse con un corcho de botella, cosa no difícil de encontrar en la parte trasera del café-bar, cerca de la carretera. Después, el corcho se horadaba longitudinalmente por la zona central, y esa oquedad se cerraba con alfileres que hacían de barrotes. Una vez que se lograba meter la mosca en el hueco del corcho, tras levantar la aguja, se volvía a clavar y la mosca quedaba aprisionada en una cómoda mazmorra.

Toño había encontrado una lupa de plástico que guardaba como un tesoro, y que sólo se la dejaba a su primo Arsenio en ocasiones muy señaladas. Gracias a la lupa pasaba mucho tiempo observando los ojos compuestos, el continuo frotar de las patas delanteras, como si se afilara las uñas, la enorme flexibilidad del cuello, que le permitía bajar la cabeza más de noventa grados, aunque en esa etapa Toño ni sabía que los ojos de las moscas eran en realidad ojos compuestos, ni los grados que medía un ángulo rectángulo, ni que el estudio de los insectos se denominara Entomología.

Pues bien, el aprendiz de entomólogo observó que cuando Arsenio les arrancaba las alas a las moscas con objeto de facilitar su entrada en la celda de corcho, ni salía sangre, ni chillaban. Arsenio le dijo que tampoco chillaban las madrillas cuando las pescabas con el anzuelo clavado en la boca, lo que provocó un conflicto emocional en el nieto del Cabrero, a partir del cual renunció a cazar moscas y a atrapar anuros en el arroyuelo.

El cuarto donde dormía con sus primos estaba formado por una sala y una alcoba. Los pequeños —Arsenio y Juanín, y él mismo— dormían los tres en la alcoba, sobre una gran cama de matrimonio que tenía unas bolas ornamentales de madera en los cabeceros, sujetas con un espigón, que se soltaba fácilmente. Los mayores —Pedro y José Antonio— lo hacían en la sala, y la única hija —Pilarín— dormía en la primera planta, en un cuarto abuhardillado que, cuando Toño se convirtió en Antonio, comprendió que había sido cuadra o establo, y que se metamorfoseó en habitación, a medida que los animales eran sustituidos por motocultores o tractores.

Para Toño lo más apasionante era la amplia cocina, el hogar donde la chimenea apagada recordaba pasados esplendores de extinguidas llamas y había sido sustituida por una cocina a gas butano, con patas, que parecía una señora gorda dispuesta a cocer sin interrupciones; el zaguán, que le parecía inmenso, con unas hornacinas llenas, no de adornos, sino de herramientas para él incomprensibles, y el hueco de la escalera, oscuro y lleno de misterios.

Y, en la cocina, en el paño ocupado por un gran armario, a un lado, junto a la puerta de entrada, serigrafiado o impreso sobre una delgada chapa metálica —y Toño sabía que era metálica, porque su curiosidad le había llevado a palparla y golpearla suavemente hasta escuchar el sonido que salía de la superficie— se encontraba una vista impresionante del puente de Rialto, con el Gran Canal al fondo. Y, en primer plano, en el ángulo inferior izquierdo, asomaba la punta de una especie de quilla

curvada, una barca que no era como las demás barcas conocidas, la punta de una góndola que parecía que estaba a punto de pasar bajo el arco del famoso puente.

Al principio, Toño no supo de qué puente se trataba, ni siquiera si existía en la realidad. El fotógrafo del pueblo, por ejemplo, conservaba un mural, que representaba la elegante balaustrada de un inmenso jardín palaciego, donde se habían fotografiado dos generaciones de hurdanos el día de la boda, y, sin embargo, ese jardín no existía. El mayor de los primos, José Antonio, había contado una noche que muchas de las cosas que se veían en el cine no eran verdad, y que lo que creíamos que era un castillo, a lo mejor era un castillo de cartón.

Durante algún tiempo Toño pensó que algo tan hermoso no podía existir en la realidad. Pero la visión del puente, el ancho río o lo que fuera, los bellos edificios de las orillas, parecían tan auténticos que era imposible que nadie se pudiera inventar algo tan fastuoso como aquella subyugante perspectiva.

En el resto de la casa había otros cuadros, y en el piso de Madrid existían reproducciones, con un barniz transparente por encima como si se quisieran imitar las texturas del óleo, de *La fragua de Vulcano*, de *Los borrachos*, y de *La maja vestida*, pero Vulcano se parecía al herrero de Pinofranqueado, los borrachos se asemejaban bastante a los vagabundos que se acercaban hasta la puerta a pedir limosna —y a los que su tía despachaba con un «Dios le ampare, hermano»—, y la maja vestida parecía hermana de la modista del pueblo, sólo que la modista del pueblo solía llevar casi siempre trajes de chaqueta, y no se tumbaba por los sofás, como no se deben tumbar las señoras que se tienen por honestas.

Ninguno de aquellos cuadros, ni siquiera los que había visto en el escaparate de alguna sala de exposiciones de Madrid, y ante alguno de los cuales su madre se detenía, le produjo la seducción de aquel puente, de esas aguas azuladas, de esos palacios que parecían salidos de un cuento, casi el deseo de conocer la historia del lugar, si es que el lugar existía.

La infancia es un espacio desconcertante del que quedan recuerdos que parecen seleccionados por un impenitente caprichoso, pero pocos años más tarde, en el libro de Geografía —no sabía el curso, pero sí que entonces contaba doce o trece años— apareció en las láminas del capítulo dedicado a Geografía Humana el puente de Rialto. No es que hasta esa edad no hubiera descubierto que el cuadro que había en la cocina de la tía Asunción era el Gran Canal de Venecia, pero sí era la primera ocasión que contemplaba esa imagen, que le había seducido desde muy niño, en su libro, como si la verdad científica, o lo que fuera que se impartiera en la escuela, le diera la razón, proporcionándole los profesores que habían escrito el libro la misma importancia que le había adjudicado él al puente de Rialto.

No, no era lo mismo un reportaje sobre Venecia, aparecido en la televisión, donde también aparecían partidos de fútbol, y corridas de toros, y aburridos documentales alrededor de catedrales, tan parecidas unas a otras como los propios partidos de

fútbol, que constatar que lo que uno ha admirado por intuición y de manera espontánea merece los honores de figurar nada menos que en los libros de texto.

Poco antes de casarse, le dijo a su futura mujer que estaba haciendo números para poder ir de viaje de luna de miel a Venecia, creyendo que la propuesta deslumbraría a su pareja, pero Juanita soltó uno de sus clásicos «¿Tú crees?», que si bien al principio le hacían gracia, terminarían por irritarle. No disminuyó sin embargo su entusiasmo, aunque luego, cuando los números ya le salían, y parecía posible una escapada de *cuatro días, tres noches*, resultó que, al habérselo pensado durante tanto tiempo, y estar ya avanzada la temporada, no hubo plazas, y aunque le ofrecieron otras alternativas, se trataba de paquetes turísticos más caros y fuera de sus posibilidades.

Hubo una segunda oportunidad, aunque pasajera. Recién nombrado cabo primero, y diplomado hacía tiempo en operaciones en zonas catastróficas, ocurrió un pequeño temblor en Turquía que ocasionó el derrumbe de unas viviendas, esas viviendas baratas para los pobres que hacen ricos a los que las construyen y a los políticos encargados de su inspección. El ahorro en los materiales había motivado el derroche de centenares de vidas humanas, y entre la ayuda humanitaria internacional hubo un contingente de militares, bomberos con perros especializados en rescates humanos, y un pelotón de guardias civiles españoles. El viaje de ida se hizo en un Hércules de la Fuerza Aérea Española, pero el regreso se llevó a cabo de manera escalonada, en vuelos de compañías privadas.

La experiencia no había sido agradable. Saber que existen personas vivas bajo los escombros y, a la vez, tener conciencia de que ni las máquinas, ni los esfuerzos de los que están en la superficie, serán capaces de salvarles de una muerte horrible y desesperada, es algo que puede resquebrajar la fe más sólida.

También, en el fondo, frente a una involucración excesiva en la misión, nacía en el mismo proceso mental un neutralizador instinto egoísta que le recordaba el bienestar de la familia propia, la ausencia de problemas, como un vendedor simpático que muestra la mercancía que ya hemos adquirido y de la que nos debemos sentir orgullosos.

En ese estado de ánimo agrídulce, donde no se acababan de difuminar los horrores vividos y se dulcificaban con la alegría del regreso a casa, se habló de que podrían hacer escala en Venecia, debido a esas incomprensibles logísticas de las compañías aéreas, merced a las cuales un vuelo con dos escalas diferentes y un montón de millas recorridas de más resulta más barato que un vuelo directo.

El comandante del Ejército de Tierra, que hacía de jefe de la expedición, había comentado que, debido a que los fines de semana había muchas plazas libres por no ser temporada turística, se barajaba la posibilidad de volar un viernes hasta Venecia y, tras la escala, recorrer el trayecto Venecia-Madrid el sábado, lo que les permitiría hacer una breve visita a la mítica ciudad italiana. El entonces cabo primero Antonio llegó a sentir escrúpulos, porque una desgracia tan horrible como la que acababa de ocurrir en Turquía le sirviera para realizar, aunque fuera de manera rápida, uno de sus

sueños permanentes, pero a pesar de sus reparos no se resistió a la tentación de acariciar la visión real, en vivo y en directo, como se decía entonces en los programas de televisión, del puente de Rialto y el Gran Canal.

Fueron demasiado madrugadores sus escrúpulos, porque al final viajaron hasta Frankfurt, y, en Frankfurt, tras seis horas tediosas en su laberíntico aeropuerto, tomaron un vuelo a Madrid pasadas las dos de la madrugada, que les dejó en Barajas adormilados, cansados y muertos de sueño, cerca de las seis de la mañana. Apenas había ya marcialidad cuando subieron a unos todoterrenos que los llevaron a un pabellón de suboficiales, donde les dejaron dormir hasta la hora del rancho. Y, cuando sonaba la trompeta para despertar a instruidos e instructores, y el cabo primero Antonio comenzaba a hundirse en el sueño, su último pensamiento no fue para Juanita, su mujer, ni siquiera para la niña de dos años, sino que se vio fugazmente, a bordo de una góndola, precisamente la que había en el cuadro de la cocina de la tía Asunción, a punto de pasar por debajo del puente de Rialto.

—¿En qué piensas? —le preguntó su mujer, derrengados los tres en la sala, tras el esfuerzo de la mudanza, a punto de pasar su primera noche en Vallefrío, con un semblante inquisidor.

El sargento dejó la góndola, a punto de pasar bajo el arco del puente, y decidió que no era el momento apropiado de hablar de Venecia, ni de confesar los pensamientos auténticos. Sintió una cierta incomodidad por verse obligado a mentir, como si le hubieran pillado cometiendo un acto reprobable, e intentó disimular con aplomo:

—Me parece una comarca acogedora. Creo que nos vamos a encontrar bien aquí.

—¿Tú crees?

La mulletilla le irritó, y como no podía demostrar enfado por una nimiedad semejante, viendo que había una caja con libros de su hija en medio de la sala, aprovechó para censurar que no se la hubiera llevado todavía a su cuarto.

La adolescente se levantó airada de uno de los sillones, y arrastró la caja hasta su habitación. Luego cerró la puerta, no de un portazo excesivo que podría provocar un tedioso sermón de su padre, pero sí lo suficientemente fuerte como para advertir su desprecio hacia lo que quedaba fuera de su recinto privado.

El sargento clavó su mirada en la puerta presumiendo que, si aceptaba el reto, su hija le diría que no había dado un portazo, sino que simplemente se había cerrado algo más fuerte, y entonces comenzaría la espiral de reproches, y su hija terminaría con una llantina incomprensible y él con la desazón de no saber cómo tratar a una esclava del desarrollo de sus hormonas. Se limitó a decir:

—Está insoportable.

—No la sabes tratar —comentó su mujer.

A su marido le pareció injusto el reproche, partiendo precisamente de ella, que alguna vez había llegado a las lágrimas diciendo que su hija parecía su propia enemiga, pero no quiso comenzar una discusión inútil.

Muy pronto, el nuevo comandante de puesto se daría cuenta de que Vallefrío y los alrededores eran una zona tranquila. Algún caso de violencia doméstica, imprudentes quemas de rastrojeras que podían poner en peligro los bosques, tráfico de clembuterol en las ganaderías, pequeñas estafas, peleas entre mozos, generalmente durante las fiestas patronales, y el consabido contrabando que, desde el ingreso de España en la Unión Europea, quedaba constreñido a la trata de blancas, el paso de trabajadores del área subsahariana hacia Francia, y los asuntos importantes de verdad: drogas y armas.

La pequeña guarnición estaba formada por un cabo primero y ocho números, de los cuales dos eran mujeres. El área asignada comprendía no sólo el término municipal de Vallefrío, que llegaba hasta la frontera, sino las áreas de siete pueblos más, pequeños en población, pero que abarcaban un amplio territorio.

Al principio, el sargento Marcopán impuso a los paisanos un riguroso sistema de acceso al cuartel, pero pronto advirtió que lo que eran medidas imprescindibles en el País Vasco causaban extrañeza en Vallefrío e incluso podían contribuir a distanciar a la población de sus garantes de la seguridad. No comprendían que hubiera que mostrar el carné de identidad cada vez que accedían al cuartelillo para una consulta o para proporcionar alguna información útil, y el cabo primero convenció a Marcopán de que, en algunos aspectos, había que relajar las medidas que había querido imponer al principio y adaptarse al ambiente que los rodeaba.

—Pero no hay que bajar la guardia —insistía Marcopán—. Quiero que se mire debajo de los coches de patrulla y debajo de los coches particulares de cada uno, antes de abrir las puertas y encender el motor. Lo digo especialmente por usted, guardia Cabofrío, porque el otro día, a las siete y cinco de la mañana, no cumplió usted con ese requisito, y tómelo como una amonestación verbal, que no figurará en su expediente, pero que quiero que le sirva de aviso.

La guardia Cabofrío, parpadeó levemente, molesta casi más consigo misma que con su jefe, y aguantó el chaparrón con entereza. Juanita, la mujer del sargento, sentía una punta no confesada de celos por la número Cabofrío. A Juanita no le había gustado la incorporación de mujeres al Cuerpo, y menos mal que su marido no salía de patrulla, salvo en raras ocasiones, pero no le hubiera agradado nada que le hubiera tocado de pareja con la número Cabofrío, una morena a la que la camisa del uniforme no le impedía ocultar un pecho generoso y, a juicio de Juanita, provocador. La otra número, en cambio, una rubia teñida y desgalichada, no le producía ninguna inquietud, pero la Cabofrío suscitaba no pocos recelos, y cuando le tocaba turno con alguno de los guardias casados, no faltaban bromas entre las mujeres, y aun entre los propios compañeros, a, pesar de que una de las obsesiones de Marcopán era no caer en las discriminaciones, y cortaba resuelto cualquier ironía o la más leve broma.

La número Cabofrío, como todas las mujeres que habían pasado a formar parte del Cuerpo, sabía que se encontraba en minoría, y que los jefes, o bien las protegían

en exceso, o bien, obsesionados por el trato igualatorio, al final les exigían a ellas más que al resto, y, sobre todo, las faltas leves cometidas, que en el caso de los hombres solían pasarse por alto, cuando las protagonizaban ellas eran objeto de una especial atención. En realidad, en Vallefrío nadie miraba los bajos del automóvil antes de entrar en él, ni se vivía con la obsesión de que había un terrorista detrás de cada conífera, ni de que fueran a ser diana de un atentado, aunque la machaconería del comandante de puesto —lo que sus subordinados comenzaron a denominar *la obsesión*— lograba sobreponerse a la distensión dominante, y evitar negligencias o descuidos que, según el incansable Marcopán, podían producir fatales consecuencias.

La número Cabofrío se llamaba Elena y tenía un novio, que era cocinero en un conocido restaurante de Zaragoza, con el que se iba a casar al año siguiente, según las previsiones que habían hecho de común acuerdo, y, tras la pública bronca, se dijo a sí misma dos cosas: que Vallefrío no era el País Vasco y que, a pesar de ello, nunca le volverían a llamar la atención por algo tan fútil.

En medio de estas pacíficas incidencias, que se deslizaban entre lo doméstico y lo rutinario, y donde los «a sus órdenes, sin novedad», eran auténticos, además de responder a la liturgia de la disciplina, un insólito descubrimiento vino a sacudir el sosiego del lugar.

Primero, pareció una broma de chicuelos, y es que uno de los mozalbetes, persiguiendo un urogallo que decía que había caído en la zona pantanosa conocida como la Laguna Negra, y tropezando el pie con algo que no era el limo pegajoso, metió la mano y sacó un par de huesos, que se llevó consigo como un trofeo. Y es probable que no hubiera trascendido el suceso y hubiese quedado constreñido a una mera anécdota, a no ser porque hubo una discusión entre el hallador de los huesos y otros dos muchachos sobre a qué animal pertenecían y, cruzadas las apuestas, le preguntaron al veterinario.

El veterinario era un hombre grueso y de ademanes sosegados, al que le gustaban mucho más los animales en la olla que en el establo, pero al mismo tiempo resultaba serio, concienzudo y con prestigio comarcal en su cometido. Nada más ver los dos huesos adoptó un rictus grave y preguntó dónde los habían encontrado. El descubridor, un poco preocupado por el talante severo que mostraba el albéitar, se excusó con toda clase de explicaciones y preámbulos hasta que concretó el lugar. A continuación, el veterinario llamó por teléfono al médico, y contaron los tres muchachos que el médico se presentó enseguida en casa del veterinario, antes incluso de que ellos se marcharan o, mejor dicho, fueran despachados a la calle, mientras los dos hombres se reunían, intrigando a los apostadores.

De la reunión, el galeno y el albéitar se marcharon al cuartel de la Guardia Civil, donde dejaron cuidadosamente los dos huesos encima de la mesa del número de guardia, y le explicaron que aquellas dos piezas eran huesos humanos, deteriorados, roídos por el tiempo y la humedad, pero huesos humanos, encontrados por un chaval en la Laguna Negra.

Ante la importancia de lo denunciado y la jerarquía de los visitantes, el guardia civil llamó al sargento Marcopán que se encontraba en su piso, y que bajó de inmediato para requerir detalles de lo que le habían anticipado.

A la hora en que salió el todoterreno hacia la Laguna Negra, todavía no se había extendido ningún rumor, mas cuando se dijo que iba a venir un forense, pero que como no había llegado el nuevo juez —que, según los enterados, no era juez, sino jueza—, no se podía cursar la orden, ya en el café La Montaña se habló del hallazgo de un antiguo cementerio, en el bar Las Cumbres de que había un cadáver, y en todo el pueblo de que algo pasaba, porque habían acordonado la zona próxima a la carretera.

En efecto, al sargento Marcopán se le planteaba un problema administrativo, porque aunque él podía obrar de oficio, en cuanto el rescate de los restos óseos, no tenía facultades para reclamar al forense, por muchos otros restos que aparecieran en esa especie de carcavina bajo las aguas, porque lo cierto era que, calzado con unas botas trucheras, uno de los guardias se había metido hacia el sitio señalado por el mozalbete, hurgado por entre el barro y sacado otro hueso, que el médico y el veterinario identificaron como una de las cinco piezas de un metacarpo, humano sin lugar a dudas.

Hasta el alcalde —un chico joven que había salido elegido en las elecciones celebradas hacía poco— llamó al gobierno de la provincia para recibir instrucciones.

La llegada de la nueva juez sosegó los problemas administrativos, pero no las especulaciones que rondaban el parentesco con las posibilidades más macabras, incluido el protagonismo de la bruja de un pueblo vecino, que no era bruja, sino mujer mayor de comportamiento extraño y escasamente social, pero tanto en Las Cumbres como en La Montaña, comenzó a cobrar verosimilitud la venganza de la tal bruja, y hasta llegó una doña al cuartel, que pidió ser recibida por el comandante de puesto, porque tenía algo importante que decir.

Marcopán, con la flema que proporciona la experiencia, aunque sin adormecer la atención por si saltaba alguna pista, escuchó una intrincada historia de la sancionada popularmente como bruja, y de una ceremonia de la que la doña decía haber sido testigo.

—Porque una no es murmuradora, ¿sabe usted, mi sargento?, pero había salido yo a pasear con mi nieto, que ya sabe que mi hija trabaja en el supermercado y está sola, que ese sinvergüenza ni le pasa una mala peseta, o euro, como se dice ahora, Dios le dará el castigo que se merece, donde quiera que esté... Y era buen tiempo, que creo que sería por ahora; por ahora, pero el año pasado, y andaba yo haciéndole angulemas al cachorro, que es muy rico, me parece que lo vio usted en las fiestas, y le hizo una carantoña... y en esas que me veo yo a la bruja...

—Nadie ha dicho que sea una bruja —interrumpió el sargento, para que el silencio no fuera a ser interpretado como aquiescencia.

—Bueno, ya lo sé, pero tampoco se dice que el Coreano, bueno, sus hijos, que el Coreano está ya muy mayor para esos trotes, sea, no sé... el contrabandista del pueblo, pero todo el mundo sabe a lo que se dedica, y, si es usted fumador, esté seguro que tiene tabaco más barato que el del estanco, y si quiere...

—Me parece que no ha venido para hablarme del Coreano —volvió a interrumpir Marcopán, al que ya le habían dado referencias e informes de lo que sucedía en el galpón del desguace.

La doña se quedó un momento sorprendida, como si le invitaran a bajar repentinamente de un vehículo en el que se encontrara a gusto, y permaneció indecisa, sin saber muy bien por dónde continuar. Marcopán, ayudándole, retomó el hilo del discurso:

—Había salido a pasear con un nieto...

—¡Ah, claro! Había salido a pasear con el cachorro, que da gloria verlo, que no sé cómo ese padre se pudo marchar de casa... Claro que ése, ni es padre, ni sabe lo que quiere decir esa santa palabra... Y entonces la vi.

—¿A quién?

—A la bru... Bueno, a esa mujer.

—¿Dónde?

—Cerca de la Laguna Negra... Allí estaba, como si acabara de arrojar algo a las aguas y, luego, haciendo una especie de conjuros.

—¿Qué clase de conjuros?

—¡Y yo qué sé! ¡Yo no he sido nunca bruja! Bueno, quiero decir que yo no tengo conocimientos de brujería, claro. Pero se quedó mirando mucho rato a las aguas, como si sospechara que lo que había tirado fuera a salir de nuevo, y al poco empezó a bailar.

—¿A bailar?

—Daba vueltas sobre sí misma. Y movía los brazos, no sé, muy raro...

—Podía haber estado tirando basura y bailar de alegría por haberse desprendido de ella. O de algún trasto viejo. Me han dicho que en la Laguna se han encontrado cosas muy extrañas.

—¡Hasta un armario de luna! Pero se supo que era de la Malcasada, que no sé si sabrá usted la historia, porque no es de aquí, pero la Malcasada, llamada así porque se tuvo que casar con el padrino que la había dejado preñada...

—Volvamos a la laguna. Me ha dicho que fue el año pasado. ¿Sobre qué día, qué hora?

—La hora me acuerdo bien, porque estaba el sol cucando detrás del Pico Menor, pero el día no se lo puedo decir.

Y, tras una pausa, y como si la reflexión del sargento estuviera a punto de proporcionarle la categoría de detective, añadió a manera de conclusión:

—Seguro que fue ella la que arrojó el cadáver.

—¿Qué cadáver? —se sobresaltó el sargento—. Tenemos un par de huesos humanos, y nada más, y... —arrepintiéndose de haber hablado demasiado, pero tratando de neutralizar las hipótesis— y es inverosímil que esa señora, a la que usted por su cuenta denomina *la bruja*, llevara ella sola un cadáver. Es muy mayor para recorrerse los seis kilómetros desde el otro pueblo. Porque usted no vería un carromato, una carretilla, por allí...

La confidente espontánea se quedó un momento pensativa, más que tratando de rescatar detalles de la memoria, considerando que la presencia de una carretilla hubiera sido el dato que podría haber confirmado sus sospechas.

—No, no vi ninguna carretilla, pero podía haberla escondido.

—Ya —comentó el sargento al que la conversación comenzaba a fatigar—. Tampoco ha habido denuncias de nadie que haya desaparecido en el pueblo de al lado, ni en los alrededores. A no ser que se tratara de alguien que viniera de noche, lo asesinaran, y, luego, lo arrojaran a la Laguna.

—¿Podía ser, no?

—No, porque los huesos no son de alguien que muriera el año pasado, sino que llevan allí, según dicen el médico y el veterinario, bastantes años —concluyó Marcopán con premeditado cálculo para que su visitante propalara la noticia por el pueblo, por si alguien recordaba alguna desaparición ocurrida años atrás.

No obstante, y como era concienzudo, encargó al cabo primero que preguntaran a la vecina del pueblo de al lado, apodada *la Bruja*, qué había estado haciendo por la Laguna Negra hacía un año.

El encuentro entre la nueva juez y el comandante de puesto de la Guardia Civil no pudo ser más desafortunado. Al sargento Marcopán, que acudió a los juzgados con el alivio que suponía la normalización de las exigencias burocráticas, no se le ocurrió otra cosa que comentar, tras estrechar la mano de Licia:

—Ya era hora de que viniera.

Y la nueva juez, que venía cansada del viaje, y con la irritación consecuente, porque se le había pinchado la rueda del Peugeot antes de llegar a Jaca, lo tomó como una impertinencia, y quiso poner en claro la separación de misiones:

—He venido cuando debía hacerlo. Me parece que no tengo que darle explicaciones.

—Perdone, Señoría —rectificó el sargento, que poseía una larga experiencia con jueces de todas clases, incluidas dos juezas—, pero me refería a la tranquilidad y a la alegría que nos ha deparado su llegada. Por supuesto, estoy a sus órdenes.

Y como Licia, suspicaz e irascible, hubiera notado un cierto retintín, un soniquete irónico en lo de «la alegría de su llegada», decidió segar cualquier conato de burla, y subrayó:

—Me consta que está a mis órdenes: lo dice la Ley, que yo represento; y usted me representa a mí, pero por delegación mía.

—¿Desea que me retire? —inquirió el sargento.

Se había puesto firme y marcial. Licia no pudo por menos de observar que era un hombre al final de la juventud o al principio de la madurez, en plena forma física, rígido por la tensión que se había provocado, y de la que ella comenzaba a sentirse culpable.

—No, por favor, no lo tome a mal —añadió conciliadora—. Estoy bastante cansada. No me interprete mal. Siéntese. Quisiera que me pusiera al corriente de lo que me voy a encontrar aquí.

—Como usted decida —comentó tomando asiento el sargento, dispuesto a no traspasar ni un milímetro de distancia su cometido.

Marcopán informó con frialdad profesional a la nueva juez, y la nueva juez, ante la persistencia de esa distancia profesional que ella misma había exigido al inicio del primer encuentro, se enojó consigo misma, y molesta con esa regañina interior, proyectó el enfado en su interlocutor, el cual, hacia el término de la conversación, y quizás recapacitando que la oficialidad a la que se estaba sometiendo era demasiado severa y algo injusta, propuso a la nueva juez una visita para que conociera a los miembros del cuartel. Y lo hizo en ese momento en que ella había regresado a la excoriación inicial, por lo que sin ser receptiva al tono conciliador de la propuesta, respondió secamente:

—No me parece una buena idea.

Horas más tarde, cuando se acostó y su mujer le preguntó qué le había parecido la nueva juez, el sargento Marcopán contestó sin vacilaciones:

—Es una hija de puta.

Juanita se sorprendió al principio, pero luego notó cierto alivio, como si algo desconocido se apaciguara en su interior, una sensación en verdad diferente a cuando surgía alguna referencia a la guardia Cabofrío, una calma que le ayudó a conciliar el sueño sin perturbaciones.

El hombre que se encontraba a su lado, en cambio, tardó en dormirse. El encuentro con esa mujer le había provocado un profundo desagrado, Pero, a la vez, extrañamente, cuando estaba a punto de dormirse, recordó que los pantalones que llevaba parecían vestir unos muslos plenos, unas piernas que se adivinaban sugerentemente pulposas. Y eso le suscitó una incomodidad añadida, que le obligó a dar varias vueltas en la cama hasta que logró sumergirse en los acogedores algodones de la noche.

La mujer de los muslos cargados observó con preocupación su anchura y el almohadillado que se formaba en la parte superior de las rodillas. A la falta de ejercicio durante los años pasados en la preparación de las oposiciones había que

añadir los excesos de la comida basura durante su estancia en la Escuela Judicial, en Barcelona. Tendría que hacer ejercicio, pero si en la misma calle Lagasca de Madrid había dos gimnasios, aquí se las tendría que arreglar por su cuenta. Seguro que había senderos forestales por los que se podría correr, o hacerse con una bicicleta, aunque los repechos y frecuentes desniveles de calles y caminos le incitaban a renunciar al ciclismo. Una cosa es que la vieran correr para mantenerse en forma, y otra que observaran cómo resoplaba en la subida de una pendiente, mientras los mirones apostaban en qué momento se iba a tener que bajar de la bicicleta.

La casa destinada al juez le gustaba. Era amplia y antigua, pero habían pintado las paredes hacía poco, y una mujer, que ayudaba en la casa del alcalde, había quedado en venir todos los días con objeto de realizar las faenas domésticas.

Dejó de observarse en el armario de luna —¿cuántos años hacía que no veía un armario de luna?— se embutió en un camisón de algodón casto y monjil, y se metió en la cama, cuyo embozo, Dolores —¿Dolores la llamaba la mujer del alcalde?— le había abierto, detalle que denotaba el aprendizaje en los hoteles nuevos, donde Dolores solía trabajar durante la temporada alta de esquí.

Las noches eran todavía frescas —comprobaría que eran frescas siempre, excepto un par de semanas al año— y comenzó a sentir el cansancio de la jornada, sobre todo la fatiga física, la tensión que lleva consigo el inicio de un nuevo trabajo en un escenario desconocido.

Se censuró el exceso de énfasis que había puesto en su primera entrevista con el sargento, y se sintió incómoda por no haber encontrado el tono adecuado y normal. Siempre había criticado el feminismo que trata de imitar los defectos de los hombres, y ella no quería ser autoritaria, pero también es cierto que le había provocado una molesta inseguridad la forma que el guardia civil había tenido de dirigirse a ella.

Había permanecido demasiado alejada del mundo. El propio curso en Barcelona la había anonadado al principio, como si llegara, no a otra ciudad del mismo país, sino a otro mundo. Y no mantenía relaciones sociales con naturalidad. Ni con las mujeres, ni con los hombres. Los hombres,... El último hombre con el que había estado había sido Óscar. A veces, incluso su rostro se difuminaba, como si una capa de agua turbia borrara sus facciones. El sargento parece que practicaba algún ejercicio físico. No había dejado de notar que la camisa del uniforme se ajustaba a la cintura y no se percibía ese exceso de peso que los hombres suelen pillar pasada la treintena. Y la habían inquietado —ahora se atrevía a confesárselo, ahora que estaba sola, y se iba a dormir, y no se iba a enterar nadie— esos ojos oscuros, negros, que la miraban con intensidad y —debía reconocerlo— sin insolencia y sin miedo.

La siguiente ocasión en que se vieron frente a frente el sargento y la juez fue de madrugada. La despertó el aporreamiento de la puerta de la calle, y creyó que se trataba de alguien que golpeaba la puerta del vecino, pero los golpes se volvieron a

repetir, así que se echó una bata y abrió la ventana de la cocina, que era más pequeña y discreta que la del dormitorio. Antes de asomarse, ya advirtió el parpadeo azulado de las *luces* de *emergencia* del vehículo, y vio al presunto guardia aporreador dispuesto a echar la puerta abajo si no se producía una respuesta.

—¿Qué ocurre? —preguntó amparada en la defensa umbrosa de la ventana.

—Lo siento, Señoría, pero ha habido un accidente. El automóvil ha caído al río, y dice el médico que uno de los ocupantes está muerto —explicó el guardia, sin atreverse a acercarse mucho a la ventana.

«Levantamiento del cadáver». El cerebro le funcionaba todavía como a una opositora, y le traía el temario a través de esa memoria fotográfica donde podría decir si la página en la que se encontraba el articulado era par o impar.

—Salgo enseguida.

La envidiable vida de juez no era tan envidiable. Además, había corrido por la tarde casi una hora y se encontraba cansada. Iba a vestirse adormilada, pero recordó que era incapaz de salir a la calle sin darse antes una ducha, así que se puso directamente bajo el agua fría y sintió las agujas finas recorrer la piel, un masaje húmedo que la terminó de despertar. Cuando subió al vehículo estuvo a punto de reclamar un sitio en el que pudiera tomar un café, pero carecía todavía de la flema de los jueces veteranos, que tardaban a veces dos y tres horas en acudir al lugar del accidente... o del crimen. No, había dicho un accidente.

Al llegar, el propio sargento Marcopán le ayudó a bajar del vehículo, y el galeno la puso en antecedentes:

—El coche ha volcado y se ha clavado el volante en el vientre, pero creo que ha muerto del aplastamiento de la chapa sobre la cabeza.

Había una ambulancia, dos chicas pálidas envueltas en una manta, y otra con restos de sangre en la cara.

—A las demás no les ha pasado nada —intervino el sargento—. Las ocupantes son de Jaca. Ya hemos llamado a las familias.

La llevaron hasta el pretil de la curva, donde el automóvil, seguramente por un exceso de velocidad, había arrancado el quitamiedos y se había precipitado al lecho del Albiar, que era allí apenas un arroyuelo empotrado en una barranquera de unos cinco metros. Los suficientes para que el automóvil hubiese dado media vuelta de campana, yendo a estrellarse contra una roca de la orilla que se había empotrado en el techo del conductor.

Parte del mismo estaba serrado, seguramente porque había sido la única manera de sacar el cuerpo, que yacía bajo una manta.

—No es agradable —advirtió el médico cuando levantó la punta de la manta y descubrió la cabeza ensangrentada, y un hedor terrible, un olor putrefacto a excrementos que les envolvió como si se hubiese abierto la puerta de una cloaca.

—Ya le he dicho que el volante se le ha hundido en el vientre y lo ha reventado... Los intestinos... —y el médico dejó la frase en suspenso, porque consideró suficiente

la explicación. «Los jueces serán de letras, pero tienen que saber que los intestinos están llenos de mierda», meditó el galeno mientras observaba el rostro espantado de la nueva juez.

Licia sentía deseos de vomitar. Unos faros de campaña iluminaban el lugar y se dio cuenta de que junto a la sangre de la cabeza había una especie de abultamientos rosáceos que le habían extrañado hasta que comprendió que eran parte de la masa encefálica. Sin prestar demasiada atención a lo que le decían, se preguntó si así habría sido la muerte de Óscar, si también había estado inerte en el suelo, bajo una manta, mientras la maquinaria burocrática se ponía en marcha, aunque en este caso era ella quien tenía que ponerla en funcionamiento.

—Mándeme un informe, por favor —le pidió al médico—, y usted —dirigiéndose al sargento— cumpla los trámites para que trasladen el cuerpo al Instituto Anatómico Forense.

A la subida se apoyó en el brazo del médico, no debido a lo empinado y dificultoso de la subida, sino a un nuevo vahído, menos intenso que el anterior, pero suficiente para hacerle dudar si el espasmo que notaba iba a provocarle un vómito. Cuando volvió a la carretera estaba pálida, y el sargento, tras dar las órdenes que ella le había comunicado, se ofreció a llevarle de vuelta a casa.

No se acordaba de haber dicho que sí, ni de haberse negado, cuando se descubrió a sí misma sentada junto al sargento, que conducía despacio hacia el pueblo. Percibió, asimismo, una congoja en el estómago semejante a la que había sentido al ascender del lecho del río. Se esforzaba en olvidar las repulsivas imágenes que había tenido que contemplar, pero hasta el terrible hedor que emanaba del vientre del cadáver parecía haberse fijado en la pituitaria. Bajó la ventanilla, pero no se calmaba aquella pelota rebelde que rebotaba en su tripa y trataba de salir al exterior.

—Pare, por favor. Pare.

Le dio tiempo a abrir la portezuela y acercarse a la cuneta; ni siquiera pudo alejarse demasiado, porque el vómito surgió con urgencia, y los espasmos se apoderaron de su cuerpo.

Se sintió humillada por aquella muestra de fragilidad física ante un desconocido. El desconocido, que no lo era tanto como le atribuía el pensamiento enfático de Licia, estaba de pie, a una respetuosa distancia, con un immaculado pañuelo blanco que tendió a la juez cuando ésta volvió hacia el coche.

—Gracias.

Y, un poco más adelante, tratando de justificar su inadecuado comportamiento, añadió:

—He debido de comer algo en mal estado.

El sargento no respondió, giró el volante a la izquierda, y rodeó el pueblo.

—Por aquí no está mi casa.

—No, vamos al hotel.

Aparcó el automóvil en la parte trasera del hotel y llamó a una pequeña puerta de servicio. Abrió una chica que le reconoció enseguida:

—Hola, sargento... Pasen, pasen —añadió al ver a Licia.

Cuando se quiso dar cuenta, Licia estaba sentada en la esquina de una gran mesa de cocina, mientras un par de personas trasteaban hacia el comedor, preparando el bufé del desayuno. Observó que su reloj marcaba más de las seis de la mañana.

—¿Viene mucho por aquí? —le preguntó al sargento, cuando volvió con una taza de agua caliente y una bolsita de manzanilla.

—Cuando estamos de patrulla. Yo no salgo muy a menudo, pero de vez en cuando me impongo un turno. Me gusta el trabajo. En las noches de invierno, si la cellisca azota, llegar hasta aquí es casi obligatorio. A los guardias les invitan a café. Supongo que no le parecerá una corrupción —concluyó con una observación amistosa y una media sonrisa.

—Espero que me inviten a mí también a la manzanilla.

A las dos chicas se había añadido otro muchacho, que comenzó a moler café.

—Mi primera vomitona fue después de una decapitación —comenzó a contar el sargento—. También en la carretera. Fue una carnicería. El motorista se empotró con un coche que acababa de colisionar y salió despedido, yendo a dar con una pletina de acero que sobresalía de la caja del camión que había provocado el primer accidente. Si se hubiera dado en la cabeza, como llevaba casco, posiblemente se hubiera salvado, pero fue a dar en el cuello, y le separó la cabeza del tronco casi totalmente.

—¿Qué años tenía usted?

—Acababa de cumplir los veintiuno. Había visto fotografías, muchas fotografías, pero aquello era distinto. La realidad no se parece a las fotografías. El olor de la sangre, por ejemplo. Ese golpe fuerte, ácido, no sé cómo explicarlo. Y la impotencia. Llegas después de que ha sucedido lo irremediable. Intentas reconstruir lo que ha pasado, y la mayoría de las veces ha sido por la desidia, por la locura, por una distracción. Y generalmente el provocador sale ileso, y allí está, cómo si no creyera lo que ha ocurrido, pensando que es un truco de televisión y que todo volverá a ser como antes. Y, después de un accidente, nada es como antes.

Licia sintió una punzada y se acordó de Óscar. Casi para sí misma, sin fijarse demasiado en que hablaba en voz alta, repitió:

—Nunca es como antes.

—No es que te acostumbres. Nunca te acostumbras. Pero aprendes a controlar el estómago. Es más difícil no llorar. Hace tres años, hubo un incendio en un caserío de Vizcaya, ardió una casa y se abrasó dentro una niña de dos años. No hubo manera de rescatarla. Tuvimos que sujetar entre tres guardias a la madre, que se quería arrojar a las llamas. No había manera de entrar. Cuando vinieron los bomberos ya no pudieron poner remedio, ni rescatar a la niña. Después, la madre, con la mirada perdida, se ponía delante de nosotros y decía con voz muy suave: «Mi hija, es mi hija», y nos miraba a los ojos, y nosotros, claro, nos echábamos a llorar.

Licia le mira a los ojos negros y los ve más brillantes. ¿Se emociona al recordarlo?

—Vámonos —casi ordena la juez levantándose.

Comienza a amanecer. Los perfiles de las montañas quieren dibujarse, y el aire parece recién puesto en el cielo.

—¿Le apetece pasear un poco?

Por la parte trasera del hotel, en la linde del aparcamiento, hay un camino que serpentea entre los abetos. Como el sargento la sigue a un paso de distancia, Licia se vuelve y le comenta con expresión afable:

—No es una orden.

—Lo sé. Es que, a veces, después de estos momentos, hay personas a las que les apetece estar solas.

—No es mi caso —sentencia la juez y camina despacio junto al sargento que se ha puesto a la par.

—Por cierto —comienza el sargento con aire de duda—, he visto que va a correr por el barranco que da al Pino Menor.

La juez le interroga con la mirada, pero el sargento no vislumbra un arranque de censura, y prosigue:

—Yo antes también iba a correr por ahí, porque el camino parece ancho y bastante igualado al principio, pero enseguida se nota que las lluvias han destrozado el piso y es una zona incómoda y demasiado pedregosa.

—¿Y qué lugar me recomienda?

—Al final de la Laguna Negra hay un sendero que parece muy estrecho, pero enseguida se ensancha y va a parar a una pista forestal, muy bien drenada en las cunetas, que aguanta las tarascadas de las lluvias torrenciales.

—¿Corre usted por ahí?

—Todos los días. Sobre las siete y media de la mañana. Por eso la he visto.

—Ya ve que no soy muy ducha en encontrar caminos rurales... Si quiere, mañana podíamos quedar a correr —la juez no mira al guardia civil, y permanece con la cabeza baja mientras habla—. Si pasa a las siete y media por la puerta de mi casa, dé un timbrazo y saldré ya preparada.

El sargento se queda un poco sorprendido y no dice nada. Ante su silencio, pregunta la juez:

—¿O se lo impide el reglamento?

—No, no —dice aturdido el sargento—, tocaré el timbre.

—Tampoco esto es una orden —apostilla la juez, dando media vuelta y dirigiéndose hacia el coche, satisfecha por fin de sí misma, aunque no sabe por qué, puede que por haber superado la tensión, por haber resuelto un problema, o porque se siente agradecida por el tacto que ha demostrado el sargento, no sabe hasta qué punto auténtico. Pero la humedad de los ojos cuando contaba el incendio del caserío no se

debía a ningún artificio, y parecía sincero en su evocación, que ha logrado producirle tanto beneficio para el espíritu como la infusión de manzanilla para su estómago.

Al dejarle en la puerta de su casa, la juez impide con un gesto de la mano que el sargento se apee del vehículo, y le dice mirándole a los ojos:

—Gracias por todo, sargento.

Y cierra la portezuela.

La aurora ya ha comenzado a pintar de rosa las cumbres. El sargento regresa pensativo al cuartel, recreando lo sucedido. No sabe qué pensar de la nueva juez. Pero, desde luego, su primera opinión estaba equivocada: no es una hija de puta.

Capítulo Cuarto

El hotel Crowne Plaza, de Madrid, ha pasado por diversos dueños, pero sigue ocupando la mayor parte del alto edificio que preside la plaza de España. Desde su puerta principal, tras el arbolado de los jardines, se ve cómo emerge el monumento dedicado a Don Quijote y Sancho Panza. En las primeras horas de la mañana, antes de emprender viaje al monasterio de El Escorial, los autocares contratados por las agencias aparcan unos minutos en un lateral, bajan los turistas con las cámaras y los tomavistas colgados en bandolera, y se dirigen al monumento siguiendo con obediencia al guía, que les habla en un inglés con acento segoviano de Cervantes y su novela. Los más eficientes son los japoneses que, en apenas diez minutos, llegan hasta el monumento, impresionan las fotografías o graban sus vídeos y, con una rapidez soldadesca y una disciplina impensable en un grupo español, ya están sentados en sus asientos. Viéndoles tan disciplinados, rigurosos y obedientes, uno no se explica que, asociados a los alemanes, fueran derrotados en la Segunda Guerra Mundial, aunque hay que reconocer que unas bombas atómicas explosionando en medio de las ciudades tienen una gran poder persuasivo.

Un automóvil gris de ventanillas ahumadas se detiene a la puerta del hotel, y un hombre mediada la cincuentena sale del vehículo y se introduce en las puertas giratorias, sin darle tiempo a reaccionar al portero de librea, que mantiene el recuerdo de la liturgia que todos los grandes hoteles van perdiendo gracias a los touroperadores y los ajustes de precios y plantillas.

El hombre llega hasta la entreplanta, donde se encuentra un bar discreto, con una pequeña barra y una docena de mesas. En una de ellas se levanta ceremonioso a saludar al recién llegado, el eminente abogado Fernández Arbeloa.

El juez del Supremo saluda con afecto al abogado y ambos se sientan, después de que el abogado le tienda al juez un pequeño paquete metido en una bolsa de El Corte Inglés.

—La corbata —comenta el abogado.

—Gracias —replica el juez poniendo el paquete sobre un lado de la silla.

Al juez le agrada este bar recoleto que no suele visitar ningún madrileño. No es el bar del Palace, lleno de diputados del cercano Congreso que se alojan allí, ni el salón del Ritz, que con cualquier convención se llena de caras conocidas, ni siquiera el amplio salón-bar del hotel Villamagna, que es el preferido por los grandes tiburones financieros. Este bar, en cambio, de bajo techo y casi escondido en la entreplanta, podría ser el bar de un hotel de tres estrellas francés, o uno de esos bares para fumadores que instalan ahora en los barcos de cruceros, una de esas salas vergonzantes que se colocan en un rincón como concesión a los últimos drogadictos oficiales.

—Gracias a ti. Estaba duro. El abogado del Estado echó el resto. Parecía que le iba el puesto en la vista.

—Es joven —comentó el juez indulgente.

Un camarero mayor, que parecía arrastrar el ansia de jubilarse, se acercó a tomar nota al recién llegado.

El juez observó la taza de café que había apurado el abogado, dudó un momento, y decidió optar por la abstención:

—Gracias, no voy a tomar nada.

El camarero asintió, como si sus peores sospechas se hubieran cumplido, y se alejó con más lentitud si cabe que a la ida.

El abogado, bajando la voz innecesariamente, puesto que no había nadie más que ellos, le comunicó al juez la posibilidad de mantener una entrevista con el ministro de Interior.

—Podría ser en mi casa —se apresuró a explicar ante el gesto renuente del juez—. En el chalé de la sierra. Aparte de los fines de semana, no hay nadie. Os dejaría solos, por supuesto.

El juez asintió y solicitó antecedentes.

—Se trata del asunto del comisario —le adelantó Fernández Arbeloa.

Nada más escuchar la palabra *comisario* el juez movió la cabeza de un lado para otro:

—Eso no tiene solución. Y cuanto más intenten salir del barro, más se les van a hundir las ruedas.

—Bueno, yo me limito a trasmitirte lo que me han dicho. Y creo que no puedes decir que no.

Y como si estuviera obsesionado, prosiguió el juez:

—Se les ha ido ya de las manos. Y está en la Prensa. Y no lo van a poder parar. Además conozco al juez del caso.

—Precisamente por eso te quiere ver el ministro.

—Para que te hagas una idea: es amigo de Víctor. El *incorruptible* Víctor —añadió con énfasis irónico.

—Ya lo saben. Y también saben que es amigo tuyo.

—Más de Víctor. Y Víctor no confía en mí. No es que sospeche nada, pero no se explica lo que él llama *mi fulgurante carrera*. El verano pasado, en Marbella, a pesar de su educada discreción, me preguntó directamente cuál era mi truco.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. Me puse serio y le contesté que no sabía de qué me estaba hablando. Reaccionó enseguida y me pidió que le perdonara.

El abogado recordó la obviedad de que Víctor había sido uno de los fundadores de Libertad y Justicia, y el único del grupo fundador que se había quedado atascado en el escalafón.

—Admiro la sobriedad. Y el rigor —comentó el juez—. Pero Víctor es, amén de sobrio, riguroso, y el efecto multiplicador que produce es devastador. Todos sabemos que un juez no puede ser un jefe de relaciones públicas, pero Víctor lleva su austeridad a plantearse si debe o no debe asistir a la inauguración de una exposición a la que le han invitado, especulando sobre las personas con las que se va a encontrar... De verdad —insistió ante la mirada de extrañeza de su interlocutor— es algo excesivo.

—¿Fuisteis compañeros de facultad?

—De la misma promoción. Fue delegado de curso en cuarto y quinto. Y la verdad es que fue él quien me animó a que me asociara a Libertad y Justicia. Lo hice, después de pedirle que me jurara que la asociación no estaba dominada por el Partido Comunista, y me lo juró. Y me mintió.

—Pero él nunca perteneció al Partido Comunista.

—No, pero fue compañero de viaje de los comunistas hasta que, tras el triunfo de Felipe González, los socialistas se hicieron con las riendas de la asociación.

Fernández Arbeloa está a punto de comentar que el juez fue compañero de viaje de los socialistas, pero no tiene suficiente confianza en esos aspectos, ni le conviene ser mordaz. Y, el juez, perspicaz, como si le estuviera adivinando el pensamiento, prosigue:

—Yo, en cambio, no fui compañero de viaje de los socialistas. Les fui útil en muchos momentos, porque al no estar tan vinculado a ellos, les servía de pantalla de imparcialidad. Y, gracias a mí, y a otros como yo, lograron atraer a muchos otros profesionales de la Justicia. «No sólo hemos arrinconado a los comunistas, sino que están con nosotros gente tan imparcial como Fernando Basantes Ortiz», explicaban como argumento. Y nuestra integridad se convertía en la bandera que garantizaba la equidad de la asociación.

—No te fue tan mal... —apunta el abogado.

—No, no me fue mal... No nos ha ido nada mal —concluye con un plural conciliador que incluye al abogado, puede que con la molesta sensación de haberse dejado llevar hacia terrenos personales que nunca le ha gustado exhibir ante terceros.

Los dos son hombres ocupados y prácticos. Han venido para una cuestión puntual, y deben resolver otra. Retoma el asunto el abogado:

—Respecto al ministro...

—Iré, claro. Pero no quiero hacerlo en el coche oficial, con el mecánico y el escolta asignado. Prefiero que me recojas tú, en casa, por ejemplo. Diré que ya no voy a salir más, los despido y aguardo a que vengas.

—¿Podría ser mañana?

Ante la propuesta, el juez sonríe levemente, lo que convierte su expresión de cansancio perpetuo en una mueca, y comenta:

—Tiene prisa, el señor ministro.

—Sí. Más de la que te imaginas.

El juez asiente, y el abogado, tras pagar su consumición, se levanta y se marcha. Nunca salen juntos. Nunca han entrado juntos. El juez aguarda unos minutos a que desaparezca el abogado y luego, despacio, tras saludar con un leve movimiento de cabeza al camarero que permanece tras la barra tan inmóvil como si fuera una figura de cera, y que se agita levemente ante el saludo, puede que descendiendo de reflexiones muy alejadas de la botillería que queda detrás, marcha hacia el vestíbulo y, a continuación, en vez de dirigirse hacia la puerta principal, con la bolsa de El Corte Inglés en la mano, desciende hacia la zona de los lavabos. Una vez allí, abre una de las cabinas, baja la tapa del inodoro, comprueba que está limpia, se sienta encima y procede a sacar el paquete de la bolsa. Viene envuelto en vulgar papel de periódico, que desdobra con parsimonia, sin prisas, hasta que aparecen los billetes de 500 euros. Los cuenta con cuidado, comprobando que no hay dos demasiado pegados, una primera vez. A continuación, lo hace una segunda. Tras comprobar que se trata de sesenta billetes, vuelve a plegarlos en el papel de periódico, y a introducir el paquete en la bolsa.

Cuando atraviesa la puerta giratoria del Crowne Plaza le envuelve el calor seco de primavera. Luego vendrán las vacaciones oficiales de agosto. Al juez no le gusta el mes de agosto. Desde que murió su mujer, la llegada del mes de agosto le recuerda que es un hombre viudo, un impar, algo que no encaja demasiado bien en la vida social del verano. Además, no le agrada el sol, ni la playa. Su destino es siempre el mismo. Unos días en Andorra y un par de jornadas en Zurich. Allí no visita balnearios, ni refugios de montaña, sino un par de bancos, donde guarda sus ahorros logrados con mucho esfuerzo, con paciencia y con astucia. Le gusta el dinero, sí, pero no haría nada repulsivo por conseguirlo. En realidad, le atrae el dinero, pero le emociona mucho más el refinado ardid que hay que poner en marcha para lograrlo; la tensión que genera desplegar las precauciones imprescindibles para burlar el sistema, los pequeños sobresaltos, las alarmas mayores o menores ante el recuerdo de un descuido. Comprende a los espías. Podría haber sido un buen espía, un honesto espía, sin importarle demasiado la causa. Pero le tocó defender el sistema. Un sistema corrompido, pero no por él, sino por el cinismo de unos y el egoísmo de los más. Es lo que hay. Dejó de creer en la Justicia cuando descubrió que su padrino era un aliado de Víctor, incrustado en el régimen franquista, y Víctor juró en falso sobre el auténtico poder de los comunistas; y dejó de creer en la sociedad, cuando una mañana, a la hora de desayunar, le comunicaron que había pasado a la categoría civil de viudo. Sólo cuando teje maniobras con alguno de los Fernández Arbeloa con los que trata, o es llamado para intentar tapar una de esas cloacas que el sistema ha dejado a cielo abierto, encuentra alguna justificación a lo que hace. O cuando abre un paquete y comprueba que sus desvelos han recibido una recompensa más merecida que la que la Administración le tiene reservada de manera oficial.

Al día siguiente, la autovía de La Coruña, casi siempre atascada, se mantiene en unos flujos aceptables de circulación, y el abogado Fernández Arbeloa conduce el Jaguar con sosiego, mientras cuenta una anécdota judicial que el juez del Supremo, sentado a su lado, escucha con protocolaria cortesía. Siempre se ha mostrado hábil para salir de situaciones comprometidas, pero el caso del comisario es demasiado denso y oscuro. Sabe que el gobierno no desea que se profundice en las investigaciones, pero las filtraciones que se han producido a la Prensa no pueden ser sino obra de miembros del propio gobierno, que son los únicos que tienen acceso a lo que en la jerigonza policial se denomina *material sensible*.

Los periodistas españoles no investigan nada. Se limitan a hacer de buzones de las venganzas internas de los partidos, y a publicar el material que les proporcionan. Los *gargantas profundas* suelen ser resentidos por el último reparto de poder, o sagaces calculadores que se postulan de futuros salvadores para desastres que ellos mismos provocan. El juez sabe lo que le va a pedir el ministro de Interior: que influya a su vez en el juez instructor para que no se entusiasme con el sumario, y que lo deje más o menos donde está. Pero tiene que haber alguien, dentro del propio gobierno, o del partido del gobierno, que pertenezca a un sector que desea que el asunto del comisario estalle y el daño llegue a las alturas. Al juez eso no le importa. Ha presenciado maniobras similares en otros gobiernos y con otros partidos. Lo que le molesta es que si ayuda a una facción se encuentre como blanco de ataque de la otra.

Fernández Arbeloa ríe él mismo la situación, al parecer chusca, con la que concluye el chascarrillo que ha contado, y se vuelve levemente hacia el juez que se muestra partícipe con una mueca deferente.

Los dos saben que son cómplices, pero no amigos, y cuando se encuentran a solas, una vez resueltos los trámites pendientes, no tienen mucho que decirse.

—¿Cómo es el ministro? —pregunta el magistrado.

Fernández Arbeloa tarda unos segundos en contestar, como si estuviera buscando la definición precisa, pero no parece encontrarla, y contesta vagamente:

—Joven.

—O sea, impaciente, nervioso y mandón.

—Te caerá bien —añade el abogado que, a pesar de que la responsabilidad de sus servicios al poder se constriñe a facilitar la entrevista, sabe por experiencia que los agradecimientos suelen ser proporcionales a los resultados conseguidos.

Cuando toman el desvío hacia El Escorial, y el protagonismo de la autovía da paso a una carretera de dos únicos sentidos, las estribaciones de la sierra se hacen más visibles, como si asomadas a la autovía formaran parte de un decorado secundario.

Las jaras y las encinas, los peñascos de granito y la tierra, esa mezcla de verde oscuro, gris y pardo, que en realidad es la síntesis del color de la España interior, proyectan una imperturbabilidad ambiental, una seriedad lógica, como si la naturaleza fuera la antonimia de la frivolidad.

Se comprende la austeridad de líneas del monasterio que ordenó levantar Felipe II con el leve esfuerzo de observar el paisaje, un monasterio que hoy es tumba de reyes, y hasta es capaz de entenderse el ciclópeo Valle de los Caídos, muy cerca de él, levantado por un militar pragmático que soñaba con pasar a la Historia, y creyó que lo ciclópeo era la mejor manera de seducir el futuro. Por eso, el juez no se fía de los austeros. Teme que, en cualquier instante, ordenen construir un panteón asirio o una pirámide que les recuerde cuando ya no estén aquí. Prefiere a la gente como Fernández Arbeloa, con sus coches de lujo, como el que ahora conduce, y sus propiedades inmobiliarias, que él se encarga personalmente de decorar, y sus trapicheos con obras pictóricas de dudosa procedencia, que cuelga en discretos lugares para su propio solaz.

El magistrado conoció al abogado en uno de esos sumarios enrevesados, donde al principio aparecen unos cacos de poca monta, luego surge un chamarilero del montón, y detrás viene una recua de anticuarios de postín, inversores de la burguesía, marchantes de fuste y galeristas de selecta clientela. Uno de esos sumarios que hay que tomar con pinzas, porque el juez instructor se enfrenta con gente de agenda poderosa. El magistrado sabe que el dinero y la política generan influencia, pero que el poder de verdad lo dan las agendas. Si se tiene mucho dinero, pero la agenda está vacía de personas prominentes, entonces sólo se tiene dinero. Si se está al frente de un gran cargo político, pero la ascendencia queda constreñida a los funcionarios que están por debajo en el escalafón, sólo se posee un poder tan parcial como caduco. En aquel enrevesado sumario apareció Fernández Arbeloa, y el entonces juez le ordenó un careo con uno de los implicados. En cuanto le vio con su traje a medida, su comedida desenvoltura que neutralizaba con un exquisito y disimulado servilismo hacia el instructor, llegó a la conclusión de que era uno de esos abogados listos y marrulleros, que unen al conocimiento de las leyes una gran imaginación para burlarlas, o sea, un sinvergüenza simpático. Y con una profusa agenda. El careo quedó en tablas, porque resultó ser la palabra de un chamarilero contra la palabra del abogado, pero volvieron a aparecer más flecos y tuvo que volver a citar a Fernández Arbeloa. Y en esta segunda ocasión, el abogado echó mano de la agenda. Al principio, al juez le irritó que empezaran a llamarle personas importantes y de distinta laya interesándose por el abogado y proclamando sus virtudes, y estuvo tentado de enviarle un auto que le llevara a prisión, pero sabía que esas pruebas de fuerza eran disparos al aire, porque enseguida intervendría el Colegio de Abogados, se revocaría el auto, y el instructor lo único que habría conseguido sería la calificación de incompetente en alguna emisora de televisión o en algún periódico.

Como la avalancha proseguía —cenas que eran trampas para hablar de Fernández Arbeloa, recados de potentados e incluso la llamada de un obispo de la Conferencia Episcopal— decidió invitarle a desayunar. Llegó nervioso a las nueve de la mañana, y mientras el juez le invitaba a unas galletas de coco, tras ordenar que nadie les

molestara, se mostraba muy inquieto. Y todavía se inquietó mucho más, cuando el juez, después de ponerle un poco de leche en la taza de café, le dijo:

—Estoy muy extrañado con usted. Me tiene desazonado... Estoy en ascuas. ¿Cuánto hace que no nos hemos visto?

—Tres días... Sí, me citó a declarar el lunes, y hoy es jueves.

—Tres días ya. Pues eso. En estos tres días he seguido recibiendo muestras de interés por la suerte que va a correr usted en el sumario, pero ni ha llamado el Papa, ni el presidente de Estados Unidos. ¿Cree que Su Santidad llamará antes del mediodía? ¿O la llamada vendrá desde la Casa Blanca?

—Señoría, le pido disculpas. Si el afecto que me tienen algunos amigos les ha llevado a cometer la torpeza de ponerse en contacto con usted, le aseguro que lo lamento. De verdad. Sinceramente.

Y había tales muestras de compunción, que hasta parecía sincero.

—Usted, ¿qué haría en mi caso?

Fernández Arbeloa se quedó observando al juez tratando de dilucidar dónde estaba la trampa, y respondió resuelto:

—Me molestaría, claro. Y entiendo que esté usted molesto. Pero no crea que he intentado atentar contra su criterio y su imparcialidad y su independencia, se lo aseguro. Es que... Bueno, hace uno alguna confidencia a un amigo, le muestra su preocupación por lo que sucede... Y el destinatario de la confidencia se piensa que estás pidiendo ayuda. Y, sin encomendarse a nadie, sin consultar contigo, intenta ayudarte, sin saber que con su acción a lo que está contribuyendo es a perjudicarte.

El juez, que comenzaba a divertirse con el desparpajo del personaje, siguió con el latigazo dialéctico:

—¿No creerá que esas llamadas han influido en mi objetividad? ¿No pensará usted que soy una persona que les pille manía a los encausados?

—No, no, desde luego —comentó tan rápido como preocupado, porque la palabra *encausado* era muy definitoria de que las cosas estaban peor.

—Y respecto a las confidencias personales, sus confidencias —le señaló el juez con el dedo índice—, no soy quién para explicarle su manera de obrar en la vida privada. Ahora bien, si nos atenemos al número de llamadas, cartas y notas que he recibido, así como los encuentros personales en los que me han aludido a usted, tengo la impresión de que ha debido llevar a cabo sus confidencias en un banquete multitudinario en el que ha reunido a la mayoría de sus amigos y conocidos, porque le aseguro que de uno en uno no le habría cundido tanto.

El abogado parecía apesadumbrado. Y cuanto más apesadumbrado lo veía, más se regocijaba el juez, un regocijo intelectual y exento de sadismo, aunque le constaba que el abogado comenzaba a sufrir.

—Debo hacer una confesión —y parecía derrumbado.

—¿Quiere que llame al secretario? —preguntó solícito el juez.

—¡No, no! —exclamó Fernández Arbeloa—. Se trata más bien de una confesión personal.

Y, ante la desconfiada mirada del juez:

—Usted me ha dicho al principio que se trataba de un desayuno...

—Bien, pero sigo siendo el juez instructor, y si me hace una confesión, y no la tomo en cuenta, estoy cometiendo una irregularidad y una dejación de mis deberes profesionales.

—Bien, bien —asiente el abogado, reconociendo la cantinela oficial—. Lo siento. En realidad, quería hacerle una confidencia personal.

—¿Como la que les hacía a sus amigos para que luego me persiguieran? —interrogó el juez con un punto de aticismo.

—*Touché*, Estoy en sus manos. De cualquier manera, le pido disculpas si le han molestado mis... Bueno, las impaciencias de mis amigos. ¿Me puedo retirar? —concluyó muy serio.

—No. No se puede retirar —ordenó el juez en un tono calculadamente frío.

Y al comprobar que el rostro del abogado parecía agrisarse, añadió conciliador:

—Todavía no se ha terminado el desayuno. Ni yo. ¿De verdad no le apetece una galleta de coco?

El abogado, muy serio, negó con la cabeza. El juez, como si no hubiera notado el cambio de actitud, le comentó la curiosidad por la confidencia anunciada, y la consideración de que, al fin y al cabo, escuchar algo oficioso podría ayudar en la instrucción del caso.

El abogado quedó desconcertado, pero calculó que, si no aceptaba la invitación, se había creado un enemigo y, si la aceptaba sin demasiadas cautelas, quedaría todavía más en sus manos. Decidió arriesgarse y narró cómo había sido engañado por el chamarilero. Le habían llamado para hablarle sobre un cuadro de Solana, procedente de una testamentaria, y fue a verlo. Tenía todas las trazas de ser un Solana auténtico. Estaba pintado sobre el cuarterón procedente de una puerta desguazada. Fernández Arbeloa sabía que el pintor, cuando no tenía dinero para comprar telas, utilizaba lo que tenía más a mano, y había muchos cuadros de formato pequeño, pintados sobre la madera de antiguas puertas. El motivo del cuadro era una cabeza de viejo con mirada huidiza y vencida, muy oscuro, muy Solana. El chamarilero le pidió diez millones de las antiguas pesetas, que le pareció un precio razonable, dado el escaso tamaño del cuadro. Entregó una señal de un millón de pesetas, en espera de que un experto, amigo suyo, viera la obra. El experto le aseguró que el cuadro era auténtico y Fernández Arbeloa quedó en cerrar la operación al día siguiente, porque el chamarilero quería dinero en metálico y no admitía transferencias o cheques. A Fernández Arbeloa no le suscitó ninguna sospecha esa exigencia, puesto que era bastante frecuente en el mundo de los anticuarios el manejo de dinero negro. Y, cumpliendo su palabra, a la mañana siguiente se dirigió a la chamarilería y se encontró con que el chamarilero no estaba, y un tipo, entrado en la cuarentena, le

sugería que cualquier recado que le diese se lo transmitiría al dueño de la chamarilería. El abogado sospechó enseguida, porque nadie desaparece cuando está a punto de cerrar una operación de sesenta mil euros, ni deja referencias de la misma, aun cuando se haya tenido que ausentar de manera urgente. Así que le dijo al policía —porque se trataba de un policía de la Brigada de Evasión de Capitales— que, simplemente, quería mirar un juego de café para un regalo que había visto hacía un par de días. Y fuese, y no hubo nada, hasta que el chamarilero lo mencionó en su declaración. En realidad, lo que había sucedido era —y aquí el abogado resumió su confesión al juez— que le habían estafado un millón de pesetas por la señal de compra de un cuadro que resultó que era robado, como otros más que se habían encontrado en un chalé de Puerta de Hierro.

El juez lo miró con cierta misericordia, porque él mismo, como coleccionista de monedas, había sufrido incidentes semejantes, aunque nunca tropiezos que le pudieran involucrar *en una* compra ilegal. Pero todavía guardaba una moneda de oro de cincuenta pesos mejicanos, comprada como si tuviera valor numismático, y producto de una acuñación tan reciente como fraudulenta. Era de oro, sí, pero el precio que pagó decuplicaba el valor del oro. Conocía el estupor y la impotencia que provocaban estos incidentes, tanto más dolorosos cuanto te demostraban que había otras personas más listas, porque lo humillante no era el dinero perdido, sino el engaño padecido. Para el juez suponía la *expiación del procedimiento*, algo así como el pedrisco para el agricultor o el porcentaje de robos asumido por los grandes almacenes.

En todo ser humano duerme un fenicio que pretende sacar provecho del comercio. Esos burgueses acomodados que en sus viajes por los países pobres compran avariciosamente zapatillas deportivas de marcas prestigiosas, auténticas o no, a un precio irrisorio, pero producto del trabajo de menores de edad que trabajan en sucios barracones durante nueve o diez horas diarias, y se aprovechan de la moderna esclavitud infantil, son los más rigurosos peticionarios de justicia en sus países, e incluso llegan a echar de menos la pena de muerte si ha sido abolida. Claro que algunos de estos savonarolas aducirán que, en caso de que el abuso laboral se descubra y los niños se queden sin su trabajo de esclavos, rápidamente serán aprovechados para otra esclavitud todavía peor, la esclavitud sexual, a veces amparada en emergentes industrias turísticas, de tal forma que el aumento de la renta per cápita en muchos países del Tercer Mundo pasa por el sexo de sus niños.

El juez, que siente nacer un principio de camaradería hacia este comprador de obras de arte ilegales, hacia este sinvergüenza simpático, como le pareció en su primera comparecencia, decide acortar el sufrimiento que le ha infligido y le comunica que no está imputado, que no hay pruebas que le relacionen directamente con el delito, y que pasa por alto su negación a que hubiera tratado con el chamarilero, a pesar de la declaración de éste afirmando lo contrario, porque, al margen de que sea verdadero o falso, no añade, ni aporta nada, al esclarecimiento del

caso, que no es otro que el tejido que lleva hasta la acumulación de obras de arte en el chalet de Puerta de Hierro.

Tras una despedida excesivamente larga, donde los agradecimientos de Fernández Arbeloa llegaron casi a un punto tan hiperbólico como molesto, el juez pensó que nunca más volvería a encontrarse con el personaje, pero a la semana siguiente recibió una nota para la invitación a una cena que se iba a celebrar el viernes siguiente en casa de Fernández Arbeloa. El juez consideró que no le convenía verse con él, que no sabía qué otras personas acudirían y decidió declinar la invitación con otra nota. Cuando la estaba redactando, le llamó Fernández Arbeloa para decirle que no podía faltar de ninguna manera, porque también acudiría el vicepresidente del Gobierno. El juez se excusó con debilidad manifiesta, mucho más encaminada a ofrecer la oportunidad de una insistencia que a reafirmar la negativa. Y, claro, Fernández Arbeloa insistió, y el juez asistió a la cena, que se celebró en el amplio piso que ocupaba el abogado en un edificio del paseo de la Castellana. Entonces todavía vivía Alicia, a la que le gustaban estos encuentros, incluso le excitaban, y aquella excitación era también uno de los estímulos del juez, un acicate que le impulsaba a la conspiración profesional.

Además del vicepresidente del Gobierno, un tipo bastante gris, al que todo el mundo escuchaba con reverencia las pocas veces que abrió la boca, se encontraba una nutrida representación del poder en todos sus variados aspectos. No faltaba el presidente de un banco, un destacado diputado de la oposición, un director de periódico, y tres parejas más, relacionadas con el mundo profesional del anfitrión, en el que destacaba una mujer, catedrática de Derecho, que había sido designada, hacía poco, miembro del Tribunal Supremo.

Al principio el juez pensó que se trataba de una cena-exposición que tenía como objeto demostrarle que no se había equivocado al ayudar a una persona con agenda, pero luego, en la disposición de la mesa, en la vecindad calculada entre la magistrada y la mujer del director del periódico, notó el juez el detalle y la preocupación del abogado no tanto por sorprenderle, sino por mostrarle que ponía sus amistades a disposición del juez.

De aquella cena saldría la invitación a un debate sobre Legislación y Ciencia, patrocinado por el periódico, cuyo director no sólo le incluyó entre renombrados jueces y abogados, sino que le dedicó una entrevista, la primera que al juez le hacían en un medio nacional, y la buena relación con la magistrada del Supremo y su marido, que provocó otra cena, esta vez en casa del juez, y con la presencia de Fernández Arbeloa.

Pasó mucho tiempo hasta que volvieron a encontrarse. En una de esas cenas de los viernes, en otro escenario, alguien le pidió consejo al juez sobre las cavilaciones de un contencioso-administrativo y la desconfianza que había surgido con el abogado elegido. El juez le sugirió el nombre de Fernández Arbeloa y, al cabo de un par de años, recibió una llamada de éste para verse, fuera del despacho. Aquélla fue su

primera cita en el Crowne Plaza a la que el juez acudió con el temor de que le fuera a pedir nuevos favores, esta vez en beneficio de terceros. Había pasado tanto tiempo que el juez ya tenía experiencia en su nueva condición de viudo, y afrontaba estos compromisos con tanta desgana como descreimiento. Contra lo que había supuesto, en el corto encuentro no le planteó ninguna solicitud de ayuda, y, simplemente, le dijo que le quería regalar una corbata, como mero agradecimiento por el cliente que le había enviado.

—¿Qué cliente? —preguntó el juez con absoluta sinceridad, porque no recordaba el comentario, ni las circunstancias que lo habían motivado.

Fernández Arbeloa le recordó la recomendación que el juez ya tenía olvidada, y le tendió una caja de cartón alargada, con el ruego de que la aceptara y de que no la viera hasta que no llegara a casa.

Al juez le pareció una propuesta lúdica prescindible, pero aceptó el juego y se despidieron. Más aún, de regreso a casa dejó el paquete con la corbata encima de una descalzadora que había a los pies de la cama, y se olvidó de abrirlo. Fue la señora que se encargaba de las tareas de limpieza la que colocó el paquete envuelto como regalo apoyado en el almohadón y, al día siguiente, al acostarse, fue cuando miró el contenido, que era una corbata, una corbata de tonos amarillentos que no le gustó, y un sobre bastante abultado que, al abrirlo, para su sorpresa, contenía setenta y dos mil euros. Era demasiado dinero para una recomendación y aquella misma noche llamó desde el teléfono de su casa a Fernández Arbeloa para comunicarle que se había olvidado algo y que tenía que verlo urgentemente para devolverle la corbata.

Fue la última vez que le llamaría desde su casa. En el bar del Crowne Plaza, Fernández Arbeloa le dijo que era el porcentaje que correspondía de la minuta, y que podía destinarlo a una organización benéfica, o a una orden religiosa, pero que, expresado de manera textual: «La corbata ya no es mía, haz lo que quieras».

El juez, que no pasaba por un momento de exaltación profesional —en realidad estaba desanimado anímica y socialmente— percibió algo semejante a un aliciente provocador en aquella cita con el estuche de una corbata de Loewe que contenía setenta y dos mil euros, y sintió ese vértigo seductor por la intriga que parecía haber abandonado. Y optó por una resolución que intuía de antemano, un poco después de que hubiera llamado por teléfono para devolver el regalo: se quedó con la corbata.

Tras haber tomado una estrecha carretera alquitranada, pero que tiene el trazado de una vía forestal, y después de bordear una urbanización de adosados, a un par de kilómetros el camino se estrecha todavía más entre dos hileras de cipreses y desemboca en una amplia explanada presidida por una casa de piedra de dos plantas. El ministro no ha llegado todavía, porque los dos coches que hay aparcados a la entrada son de escasa cilindrada, pero los tres tipos con gafas de sol y traje gris de verano, a los que se les nota el cordón del auricular encastrado en una de las orejas en

cuanto vuelven la cabeza, son policías, no cabe duda, y el juez piensa si los policías plagian a los actores que salen en las películas o son los actores los que copian a los policías de verdad. Tiene ya la edad suficiente para haber visto la transformación del cuerpo policial. De aquellos hombres maduros, rutinarios, experimentados, y normalmente honestos, se ha pasado a una generación de polis universitarios, jóvenes, a veces impulsivos, y, en algún aislado y desagradable caso, indecorosos, o sea, delincuentes. No es lo normal, por fortuna, pero en la delicada frontera del narcotráfico, en la confusa aduana que separa al criminal del confidente, al colaborador del camello, al informador del profesional, en esa raya difusa y necesaria —y el término *raya* no es peyorativo— ha habido y seguirá habiendo desviaciones clamorosas y pérfidas.

Los tres polis les dedican un frío y casi imperceptible movimiento de cabeza, tras haber observado sin ningún disimulo la matrícula del Jaguar, y el abogado y el juez entran en la casa, casi al mismo tiempo que sale un cuarto policía con un perro sujeto de la correa.

—Se cuida el ministro —comenta el juez.

—Nos deberíamos cuidar más todos —dice el abogado, poco antes de poner unos hielos en dos vasos.

Conoce los gustos de su invitado y derrama unas gotas de Bombay sobre tres cubitos de hielo. Luego, añade la mitad de un bote de agua tónica. El resultado es un líquido levemente azulado, como si una piedra agua marina se hubiera vuelto fluida en contacto con el hielo.

Apenas han iniciado un brindis, y el pálido azul sale al encuentro del vaso dorado con el *whisky*, cuando entra uno de los policías de paisano y les anuncia que está llegando el ministro, con ese tono de orgullo que chambelanes y gentilhombres han mostrado siempre sintiéndose heraldos de un anuncio importante.

El ministro es un hombre bajo y con gafas, que el juez reconoce de los telediarios y de las fotografías de los periódicos. Últimamente —y el juez se imagina que muy a su pesar— aparece bastante en los medios, a causa del caso del comisario.

Saluda con efusión, se sienta en uno de los sillones frente al juez, pide agua mineral, sin hielo, y agradece que haya podido acudir, porque sabe de su mucho trabajo. Hace una pausa para tomar un sorbo del agua que le ha tendido Fernández Arbeloa, y este aprovecha para decir que se retira. El ministro asiente y, una vez que se quedan solos, el magistrado aguarda el largo preámbulo en el que el ministro hablará de las razones de Estado, de la necesidad de preservar el Estado de los enemigos; de que, en ocasiones, la Democracia, con mayúscula, claro, debe defenderse por procedimientos no ortodoxos del todo; que desde luego él no es partidario de que el fin justifique los medios, ni mucho menos, pero hay ocasiones en que...

Sin embargo, el ministro le ahorra el proemio y le dice de una manera tan sincera que le sorprende:

—Estamos metidos en un gran lío con lo del comisario, y necesitamos toda la ayuda que podamos recabar.

—No quisiera desilusionarle, pero me temo que no sea la persona más adecuada.

—Creemos que sí —interrumpe el ministro con una gran seguridad—. En caso contrario, no le hubiera molestado.

A continuación, y para sorpresa del juez, el ministro apenas hace referencias al caso del comisario, y se centra en un asunto de tráfico de armas, que comenzó siendo una operación controlada y que ha derivado en el escamoteo de dos kilos de plutonio enriquecido.

—Han entrado en España. Por los Pirineos. Como las armas. La ruta comienza en Rusia, claro, sigue por el Mar Negro, pasa el Bósforo, y se descarga en algún lugar de la Costa Azul. La Costa Azul es el sitio donde existen más yates por milla cuadrada y la policía, antes de solicitar una orden de registro, se tiene que tocar muy bien la ropa, porque las meteduras de pata provocan venganzas irresponsables. Todos estos millonarios, que claman por la falta de seguridad, y que veladamente culpan al sistema democrático de la inseguridad existente, y piensan que faltan policías, en cuanto les joden una cena con invitados, y entran unos perros buscando droga o armas, como el registro se haya producido por un error, el pobre ministro de interior del país que corresponda tendrá que escuchar las mayores gilipolleces, incluso de los propios compañeros de gabinete... ¿Nos podemos tutear? —pregunta de repente.

El juez asiente, y el ministro, que se descubre como perteneciente al género de los peripatéticos, se levanta del sillón y comienza a pasear, mientras sigue hablando:

—Y lo peor de este asunto es que yo apenas pinto nada... Bueno, casi nada, porque en cuanto ha aparecido el plutonio han metido las narices los militares y sus servicios de inteligencia, muy crecidos porque se intercambian información con la CIA. Bueno, ellos le dan información a la CIA, y la CIA les da a ellos una mierda... Perdona el desahogo.

De no ser porque el juez aguardaba con impaciencia cuál iba a ser el incómodo papel que le habían asignado, se hubiera divertido.

—¿Y el comisario? —se atreve a preguntar, preocupado por perderse en una esquina del Bósforo.

—El comisario es un sinvergüenza, que se ha quedado con dinero de los fondos reservados, pero es un tipo al que no podemos tirar, porque tenía contacto con un confidente de los traficantes de armas y, se supone, del plutonio. Si lo dejamos caer, y empieza a soltar que existen dos kilos de plutonio enriquecido en poder de alguna banda terrorista... y no quiero explicarle cuál podría ser... o de que esa banda lo pueda vender a un país a cambio de sofisticado armamento... En fin, me echan a patadas primero a mí, y luego al gobierno entero, amén de arruinar el turismo. ¿Qué te parece?

—Feo asunto —conviene el juez—. Pero te advierto que yo apenas tengo ascendencia con el juez del caso del comisario...

—No, no —vuelve a interrumpirle el ministro—, ese flanco está más o menos asegurado, en la medida en que pueden estar aseguradas estas cosas...

Una sospecha crece en el interior del juez, y le produce tanta sorpresa que, en lugar de domeñarla con la discreción habitual, le impele a soltar un nombre, algo poco recomendable en el libro de estilo del buen conspirador:

—¿Víctor?

El ministro se detiene en el paseo un tanto sorprendido, pero recapacitando que no está ante un intruso, vuelve a caminar asintiendo con la cabeza.

«El incorruptible Víctor», piensa el juez, y añade un principio de moralejas pintorescas, que interrumpe para seguir escuchando al ministro.

—A mí me toca la parte menos brillante de esta historia, como es habitual en un ministro de Interior. Si no hay problemas, los criminales son buenos. Si hay problemas, el ministro de Interior no tiene puñetera idea de cómo se debe organizar a la policía. El plutonio... ¿Te he explicado que estamos locos buscando dos kilos de plutonio enriquecido, no? —y ante el asentimiento del magistrado, continúa—. Así que hay un momento en que parece que podemos seguir la pista. Como ya te he dicho, estos tipos descargan en la Costa Azul, y, luego, intentan introducir el cargamento a través de los Pirineos. Hasta hace ocho o diez años lo hacían fundamentalmente por Irún, pero los acuerdos entre la policía francesa y española sobre eta los ha desviado hacia Port Bou, menos tenso, más tranquilo, aparte de que la entrada de España en la Unión Europea ha difuminado las fronteras. Teóricamente no existen, aunque en la práctica los camiones sean discrecionalmente vigilados... Claro, que no es sólo Port Bou... Existen otros puntos de penetración, como las fronteras en el Pirineo Central, quiero decir las pseudofronteras...

El ministro hace una pausa y se sienta, lo que es interpretado por su interlocutor como que está ya en condiciones de enviarle el recado y de llegar al meollo de la entrevista.

—Y nuestra pista se pierde en un lugar que sí que conoces y que se llama Vallefrío.

Un punzada de aprensión sacude al juez. Sabía que lo desagradable estaba por llegar, pero no mueve un músculo, como si el ministro le siguiera hablando de lugares tan lejanos como Estambul o el Mar Negro.

El ministro calla, porque sabe que ha dado en el blanco, y no conviene atosigar al colaborador, sino irle cercando, poco a poco, dejando que él mismo se convenza de que no tiene más remedio que cooperar.

—En Vallefrío —prosigue el ministro, con la voz más pausada, como si le costara un gran esfuerzo seguir hablando— nos ha surgido un pequeño problema... Y es que ha sido detenido, y puesto a disposición judicial, sin que la Guardia Civil estuviera en antecedentes, ¿cómo la íbamos a poner en antecedentes si se trata de una operación de Inteligencia?, un tipo, precisamente amigo del comisario, clave en la búsqueda del plutonio, al que sería conveniente poner en libertad sin cargos.

El ministro, ahora sí, opta por el silencio, y aguarda a que la persona que se halla frente a él con un gintónic en la mano, como si estuviera en una animada fiesta social, valore la información que se le ha proporcionado.

El juez mira al ministro, que se concentra en el vaso de agua, como si se tratara de una taza de café a la que luego le fuera a leer los posos, y sopesa que si había supuesto que era desagradable la misión de convencer a un amigo de Víctor de la necesidad de no ser riguroso, no va a ser menos amargo entrevistarse con su propia hija para decirle que todo lo que le ha venido predicando sobre la independencia judicial, y el carácter objetivo e insobornable de los jueces, era una teoría romántica que no tiene que ver mucho con la realidad.

—No es nada agradable... Mejor dicho: creo que no estoy en condiciones de poder llevar a cabo esa clase de misión. Sería pedirme demasiado.

El ministro asiente comprensivo, como si fuera la respuesta que se esperara, y nada objeta. El juez, ante su mutismo, se ve obligado a reforzar sus razones:

—Creo que he demostrado que soy una persona comprensiva. Yo diría que muy comprensiva. Y si hubiera que arriesgar mi pobre fama, dudaría, tendría vacilaciones, pero sabes que, al final, concluiría por colaborar. Pero me pedís demasiado. Me exigís nada menos que me ponga en pelotas delante de mi propia hija y, en esa guisa, le recomiende que todo el aparente ejemplo que le he dado en estos años, todos los sermones que me ha escuchado, todo principio recalcado, lo eche a la bolsa de la basura, se olvide ello y comience una nueva etapa de cinismo. Y esa operación de madurez inyectada en vena, antes de cumplir los treinta años.

El ministro vuelve a asentir y torna a levantarse, como si permanecer más de tres minutos seguidos sentado tuviera alguna contraindicación para su salud.

—Se lo advertí al presidente —insinúa para que el magistrado se percate de que actúa en delegación y no en nombre propio—. Le sugerí que perdiáramos el tiempo, y que a un padre no se le puede solicitar que actúe de... de... —y dudaba para encontrar el término adecuado— de desvirgador de la deontología de su propia hija... Quiero decir —al juez el tropo no le había parecido muy feliz— que parecía que elegíamos al mensajero más inapropiado.

—Desde luego, al menos adecuado a las circunstancias.

El ministro insiste en sus movimientos de cabeza, como si diera a entender que no hay que convencer a un convencido, y a la vuelta de uno de sus paseos, que van del sillón al mueble bar, y del mueble bar a la puerta, con regreso incluido, plantea si el juez conoce a alguien, que no sea él, claro, que pudiera tener alguna influencia con su hija.

El tono de suplicante ayuda comienza a tranquilizar al juez, pero le parece demasiado rápida y demasiado fácil la aceptación de su excusa. Sabe que estas negociaciones son largas y correosas, y que se encuentran todavía en la fase del peón-4-rey, en la apertura clásica, sin que nadie se haya comido una pieza fundamental. Más aún: tras el inicio de sosiego, surge una alarma todavía mayor, porque no es

normal recoger el muestrario sin ningún tipo de insistencia, la aceptación sin que medie siquiera la petición de reconsiderarlo unas horas. Y el padre, que se impone al juez, no sólo se mantiene en su postura, sino que añade un nuevo elemento que le aleja todavía más de las pretensiones que le han pedido:

—Espero que mi hija no sufra presiones de ningún tipo.

El ministro niega con la cabeza y vuelve a sentarse. De un bolsillo de la chaqueta saca un sobre de papel castaño, uno de esos sobres del tamaño de medio folio, y lo pone sobre sus rodillas. Sigue hablando con tono amable:

—Creo que no hay nada que temer, pero ha surgido un pequeño problema. No tiene mucha importancia, pero es un elemento que debemos valorar. Ya sabes que en todas estas operaciones los elementos que intervienen son tantos, que se tiene la sensación de un cierto descontrol. Y eso es lo que nosotros valoramos, el descontrol. El problema está aquí.

Y le tiende al juez el sobre de papel castaño.

Con la renuencia propia de quien sabe muy bien que no se trata de un regalo agradable, el juez toma el sobre y quiebra el sello de papel de celo. En el interior debe de haber alrededor de una docena de fotografías, del tamaño de una postal. La primera que ve le impide seguir mirando las otras. En primer plano se ve el trasero de un macho cabalgando sobre una hembra. Hay una diferencia evidente entre las peludas piernas del macho y las carnosas y lampiñas piernas de la hembra. Al fondo, un rostro con una mueca que puede expresar igualmente dolor o placer, un rostro dolorosamente familiar para el magistrado: el rostro de su hija.

—Se trata de un repugnante ataque a la intimidad —comenta con indignación el juez, mientras vuelve a meter la fotografía dentro del sobre, junto a las otras.

—Desde luego —corroborra el ministro, con la misma tranquilidad con que un forajido le daría la razón a un cómplice que aportara argumentos de ética alrededor del reparto del botín.

—No sabía que el Ministerio se dedicaba a espionajes tan repugnantes.

—No, no —ataja el ministro—, no hemos sido nosotros. En realidad, aunque quisiéramos, no disponemos de material tan sofisticado. Yo ni siquiera las he visto, pero me consta que están tomadas con una cámara digital de última generación, según el informe. Nosotros todavía usamos la viejas Leycas en la Brigada Criminal, o unas Canon, procedentes de una partida que llegó como consecuencia de algún acuerdo comercial... No, nosotros no nos dedicamos a estas cosas. Han sido los servicios de inteligencia... O la CIA.

—De todas formas —interviene el juez, intentando calmar su despechado enfado—, esto no sirve para nada. En un juicio sería irrelevante. Y en un expediente.

—Nadie habla de incoar expedientes, ni de acciones tan feas como la coerción... No te equivoques. Puede que me haya tocado el papel del malo, pero no soy un chantajista, ni me gusta nada el mal rato que te estoy haciendo pasar. Pero el caso es

que el caballero de las fotografías no es otro que el comandante de puesto de la Guardia Civil...

El ministro hace una pausa para darle tiempo al magistrado de registrar el dato, y continúa:

—De momento, es un pequeño escándalo en el pueblo y un poco menos en la comarca. En el Consejo General del Poder Judicial todavía no tienen noticias de este caso, porque si las tuvieran ya te habrías enterado, pero ya se contemplan un par de casos semejantes, porque tampoco es tan extraordinario, ni tan inconcebible... Quiero decir que ninguna de esas imágenes puede dañar la carrera profesional de... —mira hacia el techo intentando recordar— de Licia Basantes. No es ése el meollo del lío. Eso no es más que una tontería. Pero en asunto tan embrollado lo problemático es que ese material, repugnante, desde luego, te doy la razón, sea empleado como arma arrojadiza para tratar de desprestigiar a la juez que lleva el caso y tratar de forzar su inhibición de la instrucción o su inhabilitación temporal, y el traslado del guardia civil. Si no lo consiguen por las buenas, tratarán de conseguirlo por las malas. Las malas son la prensa escandalosa, internet, el correo electrónico, el buzoneo con las fotografías... hasta que el escándalo sea de tal calibre que sea recogido por los periódicos más serios, y un día, cuando la juez de Vallefrío quiera salir a la calle, se encuentren con que delante de la puerta de su casa hay media docena de cámaras de televisión y otra media docena de periodistas, todavía más jóvenes que ella, preguntándole si se va a casar con el comandante de puesto, si el guardia civil piensa separarse de su mujer, porque es casado, y otras lindezas por el estilo, como alguna pregunta de índole directamente sexual... Ése es el auténtico peligro.

—Y me lo das a conocer para que me porte bien e intente neutralizarlo —añade el juez con enojo evidente.

—Te equivocas —responde el ministro con la aflicción de quien ha sido acusado de haberle dado a un ciego un billete falso—. No es mi misión presionarte, sino comentar contigo la situación. Te puedo asegurar que tu hija es importante porque está a cargo del sumario, pero con dos kilos de plutonio en paradero desconocido, ni siquiera yo soy otra cosa que una pieza que se puede recambiar en cualquier momento. Ya sé que estás molesto por la situación, pero te aseguro que no soy el enemigo, sino que quiero colaborar para salir de este atolladero de la forma más digna. La más digna para todos.

Capítulo Quinto

Cuando transcurrió el tiempo suficiente que le distanció de aquel torbellino que fue su relación con Antonio, cuando la lejanía le permitió contemplar con suficiente perspectiva aquella tolvanera que amenazó con arrebatarla y que la sacudió por dentro y por fuera, después de aquel brote tan lleno de vértigo y carnalidad, es decir, cuando se serenó su cuerpo y su espíritu, Licia recordaría las primeras correrías, los proemios de su relación, como una estampa tan llena de formalidades corteses que no cabía otra cosa que afirmar que llegaron al ridículo. Si Antonio, durante la primera semana, no le apeó el tratamiento de *señoría*, pese a que ella le dijo que le podía llamar *señorita Basantes*, ella seguía llamándole a él *sargento*, incluso después del primer beso, justo el día en que se torció el tobillo, el bendito día o el malhadado día en que se rompió el tobillo, y Antonio la tuvo que llevar en brazos, y el olor de su pecho, que atravesaba el tejido de algodón de la sudadera, y el aroma de loción de afeitado, y sus brazos firmes sujetándole por la espalda y por la parte anterior de los muslos, se enlazaron al recuerdo de aquellas pesadillas, de aquellas ensoñaciones en las que ella había mezclado, a partes iguales, el romanticismo y la masturbación, las ansias de lírica con la realidad onanista y solitaria.

Porque todo comenzó antes del tobillo, y del crujido del tobillo —o la sindesmosis astragalina, que parece que dictaminó el médico—, cuando de manera no muy detectable al principio, a la hora de dormirse, en el momento del sopor, la imagen de Antonio se mezclaba con la de ella en una confusión que le tranquilizaba y donde, que ella recordara, sólo existía el resultado de una lógica asociación.

Pero a comienzos de la segunda semana, cuando la llamada a la puerta de Antonio, embutido en el chándal, parecía que se había convertido en algo así como un ritual o una larga tradición, tuvo un sueño turbador, uno de esos sueños no tan confusos ni tan enigmáticos como para no detectar su claro contenido sexual. Puesto que ella se caía al hoyo, y acudían a salvarla la guardia civil Cabofrío y Antonio —¿por qué la más guapa de las dos agentes que prestaban servicio en el puesto?— y todo transcurría dentro de la normalidad hasta que la mano que le tendía Antonio no era una mano, sino un palo, y el palo se transformaba en un falo evidente, porque aunque Licia tenía una experiencia sexual liviana y no muy extensa, poseía conocimientos suficientes para distinguir, por rigidez, textura, resistencia y sensaciones táctiles, un palo de una polla. Y aquello que, en la parte final del sueño, asía con una mezcla de entusiasmo y repugnancia era un miembro viril, no cabía duda, y la transposición de que se tratara del miembro de Óscar, cuya cara ni siquiera recordaba con nitidez en muchos momentos de la vida real, no cabía duda de que era producto de una profunda censura que funcionaba más allá del subconsciente, y que la intentaba tranquilizar con un detalle que la rescatara de la trasgresión.

Porque con la ayuda de la tila del tiempo, con ese brebaje que permite contemplar los acontecimientos sin la premura del momento vivido, se podía concluir que lo ocurrido era parte de una ecuación —en realidad la mayor parte de las cosas que nos suceden forman parte de una ecuación—, pero compuesta de tantos factores imposibles de prever que sólo nos la podemos explicar cuando los hechos ya han ocurrido y nos han dejado el sedimento de las consecuencias. Y se habían acumulado demasiadas variables, que aisladas no hubieran ejercido apenas influencia, pero que juntas y sumadas actuaron con una fuerza demoledora, como esos tenues hilos de acero que sueltos apenas poseen fuerza de arrastre, pero que unidos y sucesivamente trenzados forman cables capaces de arrastrar un funicular hasta la cumbre de una montaña.

La soledad que sintió en Vallefrío no fue culpa de ella. El médico era un viudo misógino que la observó como una apestada y que, en la primera cura del tobillo, le echó una bronca nada encubierta sobre los peligros de andar corriendo por los bosques. Seguro que a los esquiadores que se rompían una pierna les sometía a alguna especie de castigo. De cualquier forma, la halitosis del galeno ya era suficientemente punitiva. El alcalde era un hombre de mediana edad, casado, con dos hijos varones, ya mozos, que gruñía como forma de saludo, uno de esos hombres de apariencia tímida, pero que a poco que una mujer perspicaz observara —y Licia era una mujer perspicaz— podía darse cuenta de que lanzaba miradas calculadoras sobre la convexidad que los pechos formaban sobre el tejido de la blusa, como si fuera a ofrecer una oferta al peso, u ojeadas furtivas a las piernas, y eso que el clima de la montaña y la comodidad casi habían desterrado las faldas de su guardarropa. No obstante, en la primera entrevista que tuvieron en el despacho de la alcaldía, ella, por cortesía protocolaria, se puso un traje sastre, con una falda ceñida, que le llegaba recatadamente hasta la rodilla. El alcalde renunció educadamente a parapetarse detrás de la mesa, y la invitó a sentarse en un sofá aparentemente más acogedor. Aparentemente. Cuando Licia se sentó, notó con preocupación cómo el asiento y los muelles que lo sustentaban, gastados por el uso, la absorbían hacia abajo, y a medida que su culo se hundía se alzaban las rodillas, que quedaron casi justo enfrente de la cara del alcalde, en el que percibió un claro interés por sus rótulas, lo que la obligó a esa molesta preocupación de las reinas en los actos al aire libre en los que están sentadas frente al público: mantener las piernas juntas. Después de aquella entrevista, procuró excusarse cada vez que le sugería una cena en su casa, con su familia, hasta que las disculpas fueron tan frecuentes y reiteradas que el hombre desistió de sus propósitos.

Había una concejala de cultura, muy simpática, pero con una vida complicada con demasiados niños y un marido celoso; un veterinario, que era accionista de una fábrica de piensos compuestos, y que apenas paraba en el pueblo; y, el más simpático y agradable, la persona con la que más le gustaba quedarse a charlar cuando los acontecimientos le hacían coincidir con él, era el notario, un hombre casi tan joven

como ella, pero casado con una chica de Santander, a la que siempre le dolía la cabeza, o estaba a punto de dolerle la cabeza. El médico misógino le había recetado un fármaco hemicraneal para quitársela de encima y, aunque en algunas ocasiones había estado en su casa, el final de la velada, terminada la cena, era muy abrupto porque comenzaba el dolor de cabeza, una especie de consigna que significaba que había que marcharse, y aunque el notario insistía en que se quedara, a Licia no le parecía correcto permanecer en el salón mientras la campeona de migraña de los Pirineos gemía quedamente en el dormitorio.

Descartadas otras posibilidades de relación por timidez, por falta de interés o por ausencia de motivaciones, se refugió en la lectura y en la audición de música. Nunca había sido una melómana, como su abuela o su madre, pero el poco tiempo libre que le permitía el trabajo en el juzgado —mucho más denso de lo que ella había esperado, y bastante más absorbente de lo que le había anunciado su padre— lo dedicó a dos géneros aparentemente contradictorios: la música barroca y el flamenco. Si la primera le provocaba en determinados instantes una exaltada ensoñación avecindada con la alegría, la segunda, sobre todo en determinados palos, le originaba inquietudes desconocidas, apuntes de desgarros difíciles de explicar.

A la escasa vida social de Vallefrío había que sumarle los casi cuatro años de vida monacal en Madrid, y si su padre, a la muerte de su esposa, había delegado en su abuela y en ella misma —a pesar de contar sólo con quince años— la función social de consorte, de tal forma que la hija acompañaba al padre a determinados actos, y la abuela ejercía de anfitriona femenina en las escasas ocasiones en que se organizó alguna reunión en la calle Lagasca, pronto estas actividades entraron en un declive paulatino e imparable, hasta que su padre se sumergió en sus deberes profesionales y en su afición por la numismática, mientras ella quedaba atrapada en la vida monacal de la opositora ejemplar. Y si, en un principio, salía alguna vez con Bea, su amiga más íntima, que había estudiado Biológicas, pero con quien tenía la suave e inexplicable complicidad de reírse de las mismas cosas y compartir un cierto desdeño estético hacia el género masculino, aquello se quebró cuando Bea cambió el desdeño por el enamoramiento, y se casó, y se quedó preñada, y parió una niña que a Licia le pareció asquerosamente colorada y gorda cuando fue a visitarla al hospital.

Punto y aparte era su vida amorosa, que la pilló como juez titular de Vallefrío en una etapa de gran madurez teórica y absoluta inexperiencia práctica. Al llegar a su primer destino, las últimas relaciones sexuales completas habían tenido lugar con Óscar, en Venecia, tan lejos en el tiempo que hasta se le habían olvidado algunos detalles. Por honradez empírica había que descartar los achuchones esporádicos de algún fin de semana con los amigos comunes de Bea y de ella, que nunca llegaron a alcanzar el conocimiento bíblico, y una culminación frustrada en una celebración de Barcelona, tras una cena de hermandad profesional a punto de terminar el curso, con un compañero de las islas Canarias, que se malogró por el pequeño detalle de que carecían de preservativos, y cuando él propuso salir un momento hasta una farmacia,

que disponía de una máquina expendedora adosada a la fachada, junto al escaparate, y a ella le pareció bien, en la espera se preguntó qué hacía una chica como ella en el cuarto de la pensión de aquel tipo al que apenas había tratado, y se vistió, y se escabulló del cuarto, justo cuando el canario venía de obtener su valiosa pieza, y la miró con esa expresión de desencanto que sólo es posible encontrar en los hombres a los que se les escamotea un rato de divertimento sexual, y en las mujeres a las que se les confirma que no hay tallas adecuadas del modelo que han elegido.

No fue extraño que los primeros contactos con el comandante de puesto de la Guardia Civil hubieran pecado de una cierta soberbia por parte de ella, un excesivo subrayado de las diferencias jerárquicas, quizás motivado, según se confesaba a sí misma Licia, pero sin decírselo jamás a Antonio, por un instinto de protección, esa defensa que muchas mujeres ponen en práctica para no quedar inermes ante la atracción del macho, y que suscita alejamientos indeseados e interpretaciones literales de complicada reparación, esa complejidad de las relaciones entre hombres y mujeres, cuya interpretación todavía suscita la creación de sinfonías, poemas, novelas, películas y obras teatrales, por mucho que hayan avanzado las ciencias médicas y antropológicas.

Puede que por ello, por la misma inseguridad que, más tarde, le provocó la cita para correr, cuando se quedó sola en casa, fuera por lo que el primer día la juez estuvo seca y displicente. Tan seca y displicente que el sargento, a los quince minutos de trotar por una pista forestal cuyo piso se encontraba en bastantes buenas condiciones, le sugirió que podían volver. Ella entonces lo interpretó como una condescendiente superioridad, y le explicó, sin pararse, que llevaba años corriendo casi una hora diaria por el parque de El Retiro, e incluso aceleró el ritmo. Al poco, el guardia indicó un sendero por el que se introdujo y, tras sortear unas estrechuras no muy apropiadas para conservar el ritmo, llegaron a un claro, presidido por una pared casi vertical de la que caía un chorrillo de agua.

Llevaban ya unos veinte minutos corriendo y ambos sudaban. El sargento puso las manos bajo el agua y se chapuzó la cara, el cuello y la nuca. Un poco avergonzado, como si hubiera cometido una grave falta de cortesía al adelantarse, le cedió el sitio a ella, que hizo lo mismo.

El sol comenzaba a salir y la vegetación agrisada hasta entonces por la falta de luz comenzaba a recuperar los diferentes tonos verdes bajo los reflejos rojizos del cielo.

—Le llaman la fuente de la Salud —explicó el sargento, sentándose en una roca plana y respirando ruidosamente por el esfuerzo realizado y por la agitación que le había producido el agua fría.

—Debe de haber una fuente de la Salud cada cuatro o cinco pueblos —comentó la juez.

—Y un bar El Cruce, cada seis —añadió él, y sonrieron los dos, porque a la salida de Vallefrío, en el cruce con la carretera que subía a las pistas, había un café-bar que se llamaba así.

Licia, que había imitado al sargento en el reconfortante contacto con el agua, se sentó junto a él, porque estaba más relajada y porque el presumido acelerón anterior la había cansado y necesitaba recuperar fuerzas.

Esa parada se convirtió en una costumbre, y pasado el tiempo, fue allí donde se conocieron en todos los aspectos, se sinceraron en los porcentajes que ambos consideraron convenientes, y fue allí también donde Rufino, el guarda forestal, los sorprendió semidesnudos, porque no estuvieron atentos al ruido del motor y la juez, a la que sólo le dio tiempo de subirse las bragas y ponerse la sudadera, tuvo que fingir una contracción en los muslos que el sargento intentaba investigar, y Rufino, convencido a medias, porque el desorden del chándal del sargento parecía lejos de confirmar dicha versión, se ofreció a llevarla al médico, pero ella se apresuró a decir, poniendo la pierna bajo el agua, que aquello le estaba aliviando, y que podría regresar, si no corriendo, al menos andando.

A partir de entonces, y advertida del inconveniente que supondría el alimento del rumor, o peor aún, su esclarecimiento, fue cuando decidió alquilar el apartamento en Jaca, en un edificio, cerca de la Ciudadela, y que también fue el motivo de su primera pelea seria.

Pero todo se inició con el tobillo, con el quebranto de un tobillo que a la vuelta de la fuente, le produjo la pisada en una piedra muy redonda, sobre la que patinó el pie, hasta que la piedra fue por un lado, el pie por otro y el tobillo se torció y dio con ella en tierra. El sargento, que iba delante, no se dio cuenta, y ella, que gemía por el intenso dolor, ni siquiera estaba en condiciones de pedir ayuda. Al cabo de unos minutos volvió con cara de susto, se alivió al verla e insistió en la alarma al observar su dolorida expresión. Le subió la pernera del chándal y observó el tobillo, que ya comenzaba a hincharse. Le ayudó a incorporarse, pero cuando intentó apoyar el pie, notó una sacudida que le hizo aferrarse con más fuerza al brazo del sargento, quien dadas las relaciones formales habidas hasta entonces le dijo a la *señorita Basantes*, y pronunció el término con toda formalidad, que sólo cabían dos soluciones: o que él volviera hasta el cuartelillo para ver si alguno de los dos coches de patrulla no habían salido todavía y venir a recogerla, o tomarla en brazos y acercarla hasta que vieran el primer vehículo que pudiera prestarles auxilio.

Habían salido algo más temprano, todavía la noche no acababa de irse, y a ella no le apetecía nada quedarse sola en medio de un sendero solitario, así que musitó un «Prefiero que me lleve usted», que dio paso a su izamiento y a tener que aferrarse al cuello del sargento con las dos manos, mientras él la sujetaba por la cintura y por las piernas.

El dolor era intenso, pero no tanto como para narcotizar la sensación de estar en brazos de un hombre, estrechamente unida a él, y sentir en la mano las tensiones de los músculos del cuello por el esfuerzo, y los vahos que escapaban por el escote de la sudadera, y la sensación de firmeza de su pecho, y la mórbida excitación de notar cómo, poco a poco, la cadera se deslizaba por debajo de la cintura hasta que llegaba a

la pelvis, momento en que el sargento la volvía a impulsar hacia arriba, y ella se notaba frágil, y dolorida, claro, porque el tobillo cada vez se resentía más.

Al entrar en el pueblo, vieron la furgoneta del panadero, que apartó una cesta llena de barras que había en el asiento del copiloto, y le hizo sitio a la juez, mientras el sargento seguía a pie la furgoneta, que cambió su rumbo habitual para dirigirse a la casa del médico.

Capítulo Sexto

Antonio Marcopán siempre había sabido quién era. Tenía constancia de ello cuando un fanfarrón fatuo y jactancioso, desde el interior de un coche lujoso, obedecía con displicencia a sus indicaciones, y cuando un mendigo, en el declive de su dignidad, atrapado por el alcohol, le observaba con ojos turbios, sin comprender lo que le estaba diciendo. Sabía que su abuelo era cabrero, y que su padre huyó de un porvenir semejante y se trasladó a Madrid, donde se matriculó de peón en el mercado de aluvión laboral, y llegó a albañil, un buen oficial que sacó adelante a sus tres hermanas y a él, el mayor, como si con su nacimiento se hubiera acabado la reserva de varones. Sólo hubo dos instantes en que su identidad había estado confusa por algunos momentos o en determinados días: cuando Juana se quedó embarazada, siendo novios, él recién salido de la Escuela de Baeza, y cuando murió en un atentado, a cinco kilómetros de Bilbao, un compañero llamado Pedro, un murciano de su misma edad, al que acunó en sus brazos, después de que el coche se incendiara, tras el estallido de la bomba que habían colocado bajo el chasis.

A partir de ahí las cosas nunca fueron las mismas. No por lo que se refería al desempeño de su misión, porque precisamente sabía quién era, un simple cabo de la Guardia Civil, sino por las consecuencias más allá del ámbito institucional. Antonio Marcopán nunca perdió los nervios ante la cercanía física de los etarras tras su apresamiento, y aún tuvo que calmar la ira o el arrebato de algún compañero, que se dejaba arrastrar por la pasión más vengativa que vindicadora, pero ese control dentro de sus cometidos se desarreglaba en lo que se refería a la familia. Y cuando Juanita tardaba, o no se encontraba a determinadas horas en la casa-cuartel, o cuando su hija se había entretenido y regresaba algo más tarde de lo previsto o, simplemente, él llegaba a la vivienda y no encontraba a ninguna de las dos, le principiaba un desasosiego que sólo se calmaba con la presencia de las dos mujeres.

Precisamente porque sabía de sus responsabilidades se casó con Juana, a pesar del embarazo no deseado, y contraído por descuido, y precisamente por ello no se permitió nunca un reproche con la madre de su hija. Y si es cierto que, al principio, las condiciones de vida del País Vasco sirvieron para que la familia permaneciera fuertemente unida, puesto que al fin y al cabo existía fuera un enemigo común cuyo rostro no se conocía, pero sí sus intenciones y sus letales efectos, también era cierto que cuando ese peligro se evaporó con el nuevo destino, o al menos se alivió en gran parte, debido a que la presión cotidiana era diferente e ingresaban en una sociedad que les admitía y, no sólo eso, sino que se mostraba afectuosa con su misión, se desflecó esa unión y comenzaron los tres a distanciarse de una manera bastante perceptible.

Su hija, que meses antes ya se había enfrentado de manera sistemática con los dos, pareció redoblar su actitud nada más llegar a Vallefrío; y Juana, que al principio parecía ilusionada con el nuevo destino, logrado tras muchas instancias y acumular años de espera, se afoscó de manera paulatina, como si las dificultades con la hija fueran la causa de un ensombrecimiento que se proyectaba sobre el piso y que contribuía a unas relaciones frías y contenidas que sólo se rompían cuando la hija y la madre se ponían a discutir: si él se mantenía al margen, no era extraño que Juana se lo reprochara —«No descendas a saber lo que pasa», «Tú eres el huésped», «Parece que vives en otro lugar»—; pero cuando intentaba participar, todavía era peor, porque inevitablemente las dos acababan volviéndose en su contra.

Los motivos para el inicio de una bronca podían ser desde la potencia de los altavoces del miniequipo de música de Juani, hasta la cintura del pantalón vaquero.

—Si te bajas tanto el pantalón vaquero se te van a ver las bragas —observaba la madre.

—Todas las chicas los llevan así.

—Todas las chicas que quieren enseñar la cinturilla de las bragas —corregía la madre.

—Todas las chicas de este pueblo —remachaba la hija con tono desafiante.

—Pregúntale a tu padre si está bien que salgas así.

—Yo no tengo que preguntarle nada. Él no me pregunta a mí cómo le sienta el uniforme.

Entonces el sargento tomaba cartas en el asunto y rogaba a la hija que obedeciera a la madre. Y la hija, a punto de echarse a llorar, inquiría si tenía que obedecerla también si le ordenaba que se tirara por la ventana o que saliera a la calle cubierta con un saco como las mujeres de Afganistán. A continuación, se iba a su habitación, a llorar en la intimidad. Y, ya solos, Juana le miraba con reproche, dándole a entender que no entendía a las mujeres, ni a las pequeñas, ni a las mayores, con lo que el sargento se quedaba descontento por su actuación, sintiéndose impotente. Pero si optaba por no mezclarse en la discusión, e intentaba no inmiscuirse ni meter baza, era su mujer la que le buscaba para reprocharle su inhibición, y subrayaba que ella sola no podía educar a una niña tan rebelde, y no era raro que también se echara a llorar.

Había ocasiones en que el sargento sentía compasión por cada una de ellas, y comprendía los problemas hormonales de la una y la impotencia de la otra; pero también había momentos en que se irritaba y maldecía que, no existiendo razones objetivas para la infelicidad, aquel hogar pareciera presa de la desgracia.

Sin apenas darse cuenta, estos segundos momentos acabaron por imponerse, y cada vez era más frecuente que, después de una discusión tan penosa como larga sobre el volumen de los altavoces en el cuarto de la hija, o sobre el ordenamiento de los objetos en su habitación, el sargento sintiera una furia interna bastante desproporcionada. Este exceso de rabia, que tampoco se correspondía con la situación, mejor dicho, el reconocimiento de su propia falta de moderación interna, le

provocaba un desasosiego que comenzó a relacionar peligrosamente con su estancia en la casa. Así que mientras desempeñaba su trabajo era un hombre relajado, en tanto que cuando llegaba a lo que se consideraba el lugar más acogedor, su propio hogar, comenzaba a tensarse y a notar un enfado soterrado, cuyo reconocimiento producía un efecto multiplicador. ¿Y cuándo era feliz? Un día, sin querer, mientras iba de patrulla con uno de los números, un aburrido servicio por los pueblos de alrededor, se hizo la pregunta a sí mismo y se sorprendió al responderse que, en realidad, sin ser feliz, se encontraba en un estado bastante parecido cuando conversaba con la juez, después de la carrera matutina. Le produjo tal sorpresa el curso de su pensamiento, que se quedó mirando a su compañera temeroso de que los mensajes neuronales se hubieran manifestado de alguna manera. Pero el rostro de la número Cabofrío, con la mirada fija en la carretera, absorta en la conducción, le tranquilizó en su infantil temor.

El sargento sabía quién era, por supuesto, pero el descubrimiento de que la juez conociera Venecia y que le hablara de la ciudad como si un día fueran a visitarla juntos, o al menos con la sencilla convicción de que ir hasta allí constituía una tarea sencilla, le ayudaba a soñar, a la vez que los planes de ir a la capital del Véneto en compañía de su mujer y de su hija, posibilidad que también había estudiado, se quedaba estacionada en el pasado, como una oportunidad perdida. Y, sin dejar de saber quién era, como a través de la televisión, y de un par de libros, y hasta de una guía de Venecia que había comprado en Bilbao, se veía recorriendo los pequeños canales, el laberinto de callejas, las plazas inesperadas, observando los ocre, los sienas, los azules y los granates de las fachadas de los palacios, como algo familiar, experimentado anteriormente. Había oído a un tipo por la radio —le pareció que era un director de cine— decir que cuando fue a Nueva York tuvo la sensación de que ya había estado allí alguna vez. De la misma forma, él había estado en Venecia muchas veces, antes incluso de que supiera que pertenecía a la ciudad el puente de Rialto, grabado en una chapa en casa de sus tíos, en Pinofranqueado, con esa quilla de góndola —cuando tampoco sabía que se denominaba *góndola*— a punto de penetrar bajo el arco. Quién sabe quién iría dentro, posiblemente él, él y Arsenio, incluso Juanín, él y Juana... él y la jueza, ¿él y la jueza? Se pasó la mano por la frente y miró el rostro de la número Cabofrío, a la que le faltaban unos meses para casarse, y que iba a cambiar el uniforme de la Guardia Civil por una falda negra y una blusa blanca, porque le había comentado que su marido había buscado un local en un barrio de Zaragoza, e iba a dirigir su propio restaurante. Era una chica lista, disciplinada. Se la imaginaba tomando nota de la comanda con una sonrisa que no prodigaba cuando se hallaba de servicio, y tuvo una comezón de envidia, no por la suerte de ella, sino por el enroque de su propio ambiente familiar, que objetivamente no parecía revestir ninguna gravedad, pero que cada día le alejaba más de su mujer, a la vez que le empujaba a observar a la adolescente como si en lugar de ser su padre fuera un vecino interesado en los fenómenos de desarrollo.

La madrugada en que ocurrió el incidente del tobillo, y tuvo que sujetar a la juez para ayudarle a salir del bosque y buscar ayuda, le sorprendió que pesaba más de lo que había imaginado —los muslos turgentes que había intuido observando las perneras de los pantalones, o la tensión de las faldas en las raras ocasiones que llevaba esta prenda, correspondían, pues, a la realidad— y asimismo fue una sorpresa que, pese al esfuerzo notable que representaba llevarla en brazos, y que la situación no era demasiado alegre, porque había visto el gesto de dolor cuando ella había intentado levantarse, sintió cómo con el baqueteo de los pasos, y a medida que la cadera de ella descendía hacia su pelvis, comenzaba a notar una inesperada erección, por eso no consentía que resbalara demasiado, y por eso agitaba y empujaba hacia arriba el cuerpo, porque le hubiera avergonzado que ella lo hubiese notado. Resultaba insólito, además, que no hubiera percibido ningún aviso mental, esas vísperas que suelen anteceder a las reacciones físicas, y la imprevista excitación le desconcertó, porque consideraba que para llegar a ello precisaba de bastantes estímulos. Nunca había entendido bien a esos compañeros que sólo necesitaban pensar en el sexo para sentirse en forma, ni tampoco comprendía la exhibición verbal de la fortaleza viril. En ese sentido puede que fuera demasiado pudoroso, pero rehuía contarse entre los oyentes de quienes presumían de sus vigorosas hazañas sexuales, y aun cuando no faltaban jefes y oficiales dados a esas fanfarronerías, si no era demasiado ostensible su retirada, procuraba no encontrarse entre la parroquia, y mucho menos participar.

Claro, que peor fue la tarde de la libreta, la tarde en que volvió para recuperar el talonario de partes, y ella estuvo a punto de caerse y la tuvo que sujetar, y se abrió la chaquetilla del pijama y aparecieron las suaves redondeces de los pechos, sin el ornamento de puntillas, vulnerables a su visión, libres, sobre todo el derecho, como un animalillo que quisiera salir a retozar, un pecho pequeño, no tan pesados como los de Juana, tampoco tan aplastado. En fin, el mundo de los pechos era como el de las corbatas, muy parecidos y todos desiguales. A veces, en las ocasiones en que iban de vacaciones a la playa, después de tantos años de acudir a Pinofrankeado, le gustaba dar largos paseos, porque le fatigaban las recomendaciones constantes de su mujer a Juani y las protestas de Juani contra los dos, y, ayudado de las gafas de sol para no parecer descarado, se fijaba en la abundante exhibición de torsos de mujer. No sólo era cuestión de tamaño, sino también de modelaje. Aparte de los pellizcos breves de las pubescentes, o de la perfección idílica en algunas adolescentes cuyo busto parecía trazado por un estudiante de Bellas Artes, existían lo que él llamaba *ensaimadas*, abundantes, pero como si se hubieran aplastado contra el torso; los pechos de pera, que parecían dos frutos; los operados, que eran como dos pelotas de tenis forradas de piel, rígidas y desafiantes, y que a Antonio le producían dentera; los de cabra, que se alargaban y caían, por la insoslayable fuerza de la gravedad; los maternales y generosos; los de atleta rusa, elusivos y soviéticos, casi vergonzantes, como los que dejaban de tener las corredoras atiborradas de hormonas; los bizcos, donde un pecho se inclinaba más hacia un lado que el otro, en una asimetría peculiar; los *disgustados*,

que tendían a buscar el exterior, y los que él llamaba *amistosos*, que tendían a juntarse, a rozarse entre ellos, como si buscaran compañía unos con otros. Rápidamente advirtió que el pecho derecho de la juez pertenecía a los de copa de champán, no de las de flauta, sino de copa baja, pero con ese bamboleo que tienen los pechos y los flanes, ese movimiento suave de gelatina con vida propia, ese desplazamiento desmayado por el interior de la chaquetilla, que le excitó sobremanera, como hacía tiempo que no le sucedía.

Y cuando ella puso sus labios sobre la mejilla, y notó la boca rozar con la aspereza de su barba incipiente tras el afeitado de temprana hora, estuvo a punto, más que de ayudarla a acomodarse en el sofá, de arrojarla allí mismo para explicarle que él también tenía labios, y boca, pero para posarlos en la suavidad de ese pecho que reclamaba libertad y luz, y una caricia que él podría proporcionarle. Y dudó durante un par de segundos. Un par de segundos en los que se imaginó que podían ocurrir dos cosas: o el grito y el rechazo de ella, o sea, el gran desastre, o la aceptación que su mirada, y su tono de voz, y su beso, porque aquello había sido un beso, presagiaban.

Pero se contuvo, se contuvo. Le costó, claro. En aquellos dos segundos no pensaba él, pensaba por él la rigidez de su miembro, o más bien era esa dureza la que le impedía pensar, y al pedirle ella que se marchara, esa voz ronca le indicó que le habría recibido sin demasiadas vacilaciones; esa voz ronca pidiéndole, suplicándole que se fuera, estaba solicitando también espacio para pensar. No entendía mucho de mujeres. Al contrario, estaba convencido de que eran muy difíciles de entender. Y sin embargo, existe una clarividencia ancestral para interpretar los tonos de *voz más que los gestos* explícitos, una hermenéutica natural, que no precisaba de investigaciones previas, que no requería largos estudios, sino que venía aprendida desde la oscura noche de los tiempos primitivos, cuando el lenguaje entre machos y hembras no era otra cosa que gruñidos que soñaban ser fonemas.

Se marchó de la casa sin rencores ni amarulencias. Si había existido alguna coquetería por parte de ella, habría sido por esa innata facilidad femenina para despertar admiraciones. Y si no había sido así y, en efecto, podía deberse a lo que él algunas veces había fantaseado, tampoco tenía de qué arrepentirse, porque sabía quién era él y quién era ella.

Se arrepintió al llegar a casa y encontrarse con la clásica bronca doméstica, esta vez debida a un programa de televisión. Juani se marchó a su cuarto enfurruñada y su mujer, exaltada, le dijo, mientras todavía llevaba la libreta recuperada en la mano, que no podía soportar que su hija la mirara como si fuera su enemiga, que resultaba insoportable y que estaba harta, pero harta de vivir. Desistió de ir al dormitorio porque su mujer se había refugiado allí. Juana, la madre, seguramente estaba lloriqueando encima de la cama, y Juani, la hija, sin duda hacía algo parecido.

Depositó la libreta a un lado del sofá y se arrepintió de haber dejado de fumar. En estas ocasiones un pitillo era como tomar un tren de humo a un sitio lejano. Se pasó la mano por la cara y percibió el olor de ella. Olisqueó la libreta como un perro y notó

esos efluvios familiares, esa mezcla de perfumes y colonias que denuncian el contacto con una mujer. Pero esa mujer era la titular del juzgado.

No es de extrañar que fuera ella la que tomara la iniciativa. Tampoco le sorprendió a él. Le había hablado a la juez de la existencia de un ibón de aguas azuladas, montaña arriba. A veces, por la mañana, cuando hacían un alto en la fuente de la Salud, o terminaban de corretear cerca de la Laguna Negra, comentaban la posibilidad de organizar una excursión. Se trataba de un proyecto sin plazo y, posiblemente, sin fecha, como en las grandes ciudades se habla de encuentros para una comida que nunca llega a celebrarse. Pero un día, poco después del incidente de la libreta, la juez insistió en concretar los pormenores de la excursión. En ningún momento dio muestras de que hubiera otros participantes aparte de ellos dos, aunque el sargento, prudente, insinuó la posibilidad de que les acompañara alguien más.

—¿Como quién? —preguntó la juez tal que si se tratara de una causa judicial.

—No sé, alguien a quien le pueda apetecer a usted que nos acompañe. No sé... El notario.

—El notario iría si se pudiese, subir en automóvil o, al menos, hubiera una parada de taxis allá arriba para bajar. Y no me traiga a nadie del cuartel, porque entonces quien venga parecerá un ayudante de campo, sobre todo suyo. Vamos, a no ser que sufra usted por su reputación —concluyó con una mirada entre irónica y divertida.

Un sábado de primavera salieron a la misma hora en que se citaban para correr, pero la víspera el sargento le había hablado de las botas que debía ponerse, y de que pasarían frío y calor, por lo que le recomendaba que llevara prendas de las que pudiera desprenderse fácilmente: antes de la partida, la inspeccionó con autoridad de jefe de expedición.

—Son dos horas de caminata, pero bastante dura —advirtió el sargento.

Durante la primera media hora no se lo pareció a la juez. Transitaban por un camino forestal bastante amplio y, aunque en algunos lugares se estrechaba el camino y las ramas tejían impedimentos fugaces, parecía tratarse de un paseo, un tranquilo paseo, mucho más cómodo que el esfuerzo de las carreras habituales. Pero tras dejar el collado por el que ascendían, bajar hacia un pequeño cañón, y volver a ascender, el terreno pedregoso, las piedras sueltas —y Licia tenía mal recuerdo de una piedra suelta—, obligaban a un paso más lento, amén que el abandono del cañón suponía pasar por senderos muy estrechos, a cuyo lado izquierdo cada vez había más altura sobre el lecho del arroyo. Hicieron una parada cuando dejaron el cañón y el sargento sacó un termo con café con leche y unos vasos de plástico. Licia sopesó si el contenido del termo lo habría hecho el sargento o su mujer, una de esas cuestiones irrelevantes que incluso a ella le sorprendían.

Bebieron el líquido caliente, y el sargento hablaba de arvejas plateadas, de sisimbrios, de especies endémicas, como si fuera un ingeniero agrónomo.

A Licia los asuntos vegetales le interesaban más bien poco. A lo que era un poco más alto le llamaba árbol, y a lo que era un poco más bajo, planta o matojo, y al resto, arbusto. Distinguía un olivo de una acacia, desde luego, y una higuera de un platanero, pero excepto los castaños del parque de El Retiro, que parecían saludarla cuando salía de la calle Lagasca y, jugándose el tipo, cruzaba cerca de la estatua de Espartero, no sentía mucha curiosidad por la flora. No obstante, por no parecer indiferente, y aunque lo intuía, preguntó qué eran las especies endémicas.

—Bueno —explicó el sargento un tanto sorprendido de verse desempeñando el papel de profesor—, son especies que no han recibido injertos de otras plantas, ni mezclas de semillas y, pese a ello, en un esfuerzo por adaptarse a las condiciones climáticas y a las características del terreno, evolucionan y cambian ellas mismas. Algo así como si pusiéramos un matrimonio sueco en el África meridional y, sin mezclarse con otros individuos de raza negra, ellos mismos se reprodujeran en unos niños morenos y de piel oscura, y éstos, a su vez, tuvieran unos hijos que parecieran mestizos. Claro, eso es a base de siglos y siglos...

Y, como Licia le mirara esperando algo más, un tanto indeciso, continuó:

—También... también sucede con los animales. Leí una historia sobre unos tordos muy blanquecinos que había en Manchester, a finales del siglo XIX, y entre los cuales aparecían algunas crías grises. Estas crías grises se adaptaban peor al color ambiental, por lo que los ejemplares grises eran más fáciles de avistar tanto por los seres humanos como por las rapaces, y por tanto estaban más desprotegidos. A medida que la revolución industrial fue propagándose por la zona y las casas tomaron un aspecto gris, y todo fue agrisándose con los humos de las fábricas, los pájaros grises pasaban más desapercibidos que los blancos y, al final, la colonia fue predominantemente gris, apareciendo de cuando en cuando algún ejemplar blanco, que tenía muchas menos posibilidades de sobrevivir.

—Lo cuantitativo es la norma.

—¿Cómo? No entiendo...

—Que ese ejemplo de supervivencia es también un ejemplo de que lo que marca la norma es la cantidad, el porcentaje. Incluso la costumbre. Y de ahí nace la regulación. Si en Manchester vas conduciendo por la derecha, te multan. Y aquí ustedes multarían a una persona que condujera por la izquierda.

El sargento estaba algo desorientado y propuso continuar. Había salido ya el sol y anduvieron por una zona sombría de abetos, pero luego salieron a una ladera abierta donde las paredes pizarrosas comenzaban a calentarse. Licia se descorrió unas cremalleras de las perneras del pantalón largo que quedó transformado en uno corto, se quitó la chaquetilla del chándal, y lo colocó todo en una bolsa de la pequeña mochila. El sargento, por su parte, que ya había salido equipado con un pantalón corto y un suéter de algodón, se despojó del suéter y continuó caminando el primero.

Licia suponía que habían ascendido bastante porque el sol pegaba fuerte, pero la atmósfera era fresca.

Se introdujeron en un bosque claro de pino negro, y él sargento pareció dudar un poco ante la difuminación del sendero, pero determinó seguir por uno de los lados y la senda volvió a acentuarse.

Licia notaba los gemelos tensos por el esfuerzo, pero aguantaba bien. De vez en cuando aparecían rincones bellísimos que a ella le hubiera agradado contemplar con placidez. No obstante, la obcecada marcha del sargento y el cuidado que debía tener en fijar la vista en el suelo y procurar colocar cada pie en el lugar adecuado, y sobre todo el del tobillo casi convaleciente, no dejaban demasiado tiempo para distracciones estéticas.

Por eso, cuando tras atravesar una zona en la que el sargento señalando aquí y allá, decía palabras como *rododendros* o *abedules*, que a Licia no le decían nada, llegaron a una especie de desfiladero en miniatura por el que pasaron y siguieron subiendo hasta llegar al ibón. Licia se quedó maravillada del espejo oscuro del agua, de los sombreros de nieve de las montañas no tan lejanas reflejadas en él, y del sonido de la altitud, esa percepción del viento como si fuera una persona que murmurara a nuestro lado, un rumor que no está mezclado con ningún otro, y que parece recién salido de la fábrica del aire.

Licia, a pesar de que había hecho excursiones por los alrededores de Vallefrío, donde no faltaban ni los paisajes pintorescos, ni los lugares hermosos, estaba maravillada. Puede que la majestuosidad del ibón consistiera también en el conocimiento de que aquel agua debía ser hielo, o de que el propio entorno poseía algo primitivo que impregnaba al visitante y le hacía creer que era, no uno de los primeros en llegar hasta allí, sino uno de los primeros pobladores de la Tierra.

Sudorosa, con el sol ya en alto, le preguntó al sargento si se podía bañar allí.

—Sí, claro. Pero el agua debe de estar a unos cuatro o cinco grados. Lo único que hará será entrar y salir.

Y, mientras el sargento le respondía, ella se frustró al darse cuenta de que no llevaba ni traje de baño, ni toalla, dos prendas que uno no suele coger para una excursión por la montaña. Pero el espejo oscuro parecía tan seductor, tan invitador a que se quebrara la superficie, que comentó:

—Lo que ocurre es que no llevo traje de baño.

Y, el sargento, creyendo que su propuesta sería tomada a broma, propuso sonriendo:

—Si quiere, me puedo volver de espaldas.

—Por favor —aceptó Licia resuelta.

El sargento, algo turbado, se volvió hacia el camino por el que habían venido, colocó la mochila tras él y se tendió sobre las lajas, con la cabeza apoyada en la mochila.

Licia estuvo a punto de arrepentirse, pero se trataba una ocasión única. Se despojó de la camiseta y se bajó el pantalón. Dudó en quitarse o no la ropa interior, pero si el sargento se volvía o sucedía un contratiempo, un resbalón a los que últimamente ella

parecía propensa, una hidrocución, o cualquier incidente que requiriera su ayuda, no le parecía bien estar desnuda del todo, así que se dejó el sostén y las bragas puestas, se acercó hacia el limo oscuro de la orilla, metió los pies, hurgó desconfiada, y se introdujo con rapidez hasta que el agua llegó un poco más allá de las rodillas y se zambulló estirada. Tenía razón el sargento: el agua estaba helada. Sintió un latigazo, como si cientos de finas agujas se clavaran en la piel sin hacer excesivo daño, pero con la suficiente intensidad como para saber que el cuerpo tocaba a rebato y se protegía ante la baja temperatura. Ni siquiera dio unas brazadas. Salió deprisa, comprobó que la piel estaba amoratada en las piernas y en los brazos, y se arrepintió de haberse dejado puesta la ropa interior, porque ahora tenía que despojarse de ella, y cubrirse con el pantalón y la camiseta. Cuando estuvo lista, le avisó al sargento de que ya podía volverse, y Antonio tardó bastante en incorporarse, como si quisiera retrasar el momento, y lo primero que vio, extendidos sobre una pizarra azulada, fueron las bragas y el sujetador, puestos a secar, orientada la piedra a mediodía, como habría hecho una buena *girl scout*. Pero la *girl* tenía casi treinta años, se suponía que era fértil, y su aspecto no resultaba nada aniñado.

Extendió el sargento una manta que llevaba arrollada con cintas de cuero en la mochila, y ambos descargaron las provisiones que habían llevado, unos filetes empanados que aportó Licia, obra de Dolores; un par de tortillas francesas que llevaba en un envase de plástico el sargento y que volvió a incitarle a la juez a preguntarse si las habría hecho él o su esposa; dos manzanas que fueron la contribución al postre de ella, y una petaca de *whisky* que le ofreció él, y que ella rechazó, porque apenas probaba bebidas que contuvieran alcohol.

Tras el almuerzo, comprobaron que el termo todavía conservaba el café en una temperatura agradable, menos tibia de lo que habían pensado, y Licia admitió un chorrito de *whisky* con el café.

Hacía calor. El sargento le había prestado a la juez una de las dos gorras que llevaba, pero soplaban unas ráfagas periódicas, más intensas unas veces, más cortas otras, que evitaban la sofocación, y unas nubes algodonosas se encargaban de ocultar el sol con intermitencias. Entonces, casi se notaba fresco. En uno de esos nublados, Licia acudió al improvisado tendedero para comprobar si la ropa estaba seca. Antonio observaba con qué mimo tomaba las prendas, palpaba con cuidado en busca de humedad por todos los rincones hasta que comprobaba que estaban completamente secas, y cómo le volvió a rogar que se volviera de nuevo, porque a las orilla del ibón donde se encontraban no había arbustos, ni roquedales, ni umbrías donde ocultarse.

Antonio, que durante la comida había observado de reojo las dos prendas blancas con un lacito o una flor minúscula azul en el centro de la cinturilla de las bragas y en medio de las copas del sujetador, se sintió molesto, nada dueño de la situación. Comenzaba a preguntarse qué hacía él allí, si no habría sido más atinado tratar de acercarse a su hija Juanita, intentar poner algo de sentido común en su casa, en lugar de permanecer allí, como un huido. Pero a la vez, no dejaba de reconocer que le

gustaba estar cerca de esta mujer, que le atraía su mirada cuando le explicaba algo, porque miraba como si estuviera deseando escucharlo. Su mujer, por ejemplo, no le miraba nunca. Le hablaba él a ella, le contaba cualquier cosa, pero ella no le miraba nunca. Se suponía que le oía, pero mientras le oía doblaba ropa, o planchaba, o cocinaba, o ponía derecha una cortina. Incluso en las relaciones íntimas, cada vez más espaciadas, no se miraban. Ni siquiera se hablaban, siempre con el temor de que la niña les pudiera escuchar.

—Ya está —advirtió Licia a modo de autorización.

Antonio propuso recoger y descansar un poco más abajo, cerca de la sombra de los pinos negros. Recogieron lo que habían colocado sobre la manta que había hecho de improvisado mantel y tapiz, cuando Licia tomó del antebrazo a Antonio, que se sobresaltó, perdido entre las tareas que llevaba a cabo de manera automática y sus suposiciones, y oyó que le susurraba:

—Una rata.

En efecto, un animal parecido a una rata había salido del interior del ibón, se había sacudido levemente, y se marchaba hacia una zona de matojos.

—No es una rata —rectificó el sargento—. Las ratas no viven a esta altura.

—Entonces ¿qué es?

—Un desmán.

—¿Un qué...?

—Un desmán... Es una especie de topo, aunque no es normal verlos tan arriba. Suelen vivir en sitios húmedos donde haya aguas limpias.

—Tenía el aspecto de un rata de agua de esas repugnantes. Y tenía una cola larguísima.

—Son inofensivos. Bueno inofensivos para nosotros, no para los pequeños seres que viven en el agua. Y es raro que lo hayamos visto de día, porque suele estar más activo durante la noche.

Licia estaba algo sorprendida de los conocimientos del sargento, y se lo comentó con sincera admiración. El sargento le reveló que le gustaba la naturaleza, que le había gustado siempre desde los veranos de su infancia en Pinofranqueado, y que cuando llegaba a un lugar procuraba conocer el entorno. «Bueno, la flora y la fauna», confesó con timidez, como si el empleo de aquellos términos supusiera una pedantería.

En esos momentos a Licia le gustaba la forma de actuar de Antonio y sentía nacer un afán protector que no sabía cómo proyectar. Ese impulso que la hubiera llevado a concederle una beca o un ascenso si hubiese estado en su mano. Era el Antonio relajado, el mejor Antonio, como cuando le confesó su sueño veneciano, su ansia infantil que, por cierto, constituía todavía un proyecto pendiente.

La escasa cantidad de *whisky* en el café le había suministrado a la juez una ligera euforia, un deseo de convertirse en camarada de su acompañante, al margen de sus posiciones oficiales, pero no quería ser incorrecta, ni pasar por osada. En realidad se

confesaba a sí misma que el trato que tenía con el sargento, siendo agradable, no tenía la naturalidad con la que se desarrollaban las otras relaciones, las que podría tener con el secretario del juzgado o con el notario, o con la cajera del supermercado, como si hubiera algún pecado original de su primer encontronazo.

Le despistaban sus propias reacciones, o mejor dicho, sus desviaciones, porque cuando le había tomado del brazo para indicarle la presencia de la rata, o sea, del desmán, no asustada, no, pero con un atisbo de repugnancia, había percibido de inmediato la robustez de la extremidad de él por encima del codo, la dureza de los músculos, lo que le había provocado una cierta admiración, admiración por la fortaleza descubierta, o más bien comprobada, porque a simple vista se podía apreciar su vigor.

Tan reciente todavía su cuadrículado mundo de opositora, donde las seducciones del entorno quedaban desalojadas por la propia disciplina de la tarea, debía confesarse que aún estaba en periodo de adaptación a un ambiente distinto, donde lo superfluo, es decir, el decorado, la ambientación y el vestuario, no sólo no era accesorio, sino que formaba parte de la propia tarea, y así la instrucción de una causa no estribaba sólo en el relato de los hechos objetivos, sino que, en aras de esa objetividad, un juez necesitaba conocer los detalles y hasta calibrar el gesto, la ropa del declarante, la expresión del rostro para evaluar sinceridades y traiciones, verdades y mentiras.

Llegaron al lugar elegido por el sargento, y éste colocó la manta que no había enrollado y llevaba doblada sobre uno de los hombros por encima de un tapiz de agujas secas. La juez utilizó la mochila de almohada y se tendió en decúbito supino. El sargento la observó y se sentó a su lado. No se atrevía a echarse. Le parecía aproximarse a una intimidad que no le resultaba correcta.

—¿No estará más cómodo tumbado? —le instó la juez.

El sargento se tendió junto a ella, poniendo un cuidado exquisito en no rozar con su brazo izquierdo el brazo derecho de ella, mucho menos la pierna, y colocándose, en fin, en el borde mismo de la manta.

—Cuénteme algo de Pinofranqueado. Nunca he estado en Las Hurdes.

Antonio duda, por si se trata de la sugerencia amable que se hace al invitado para que tenga su momento de gloria, y no se atreve a volverse porque sabe que ella le está mirando, e intuye que en sus ojos hay el mismo interés que advierte en la fuente de la Salud, aunque la luz allí es muy tenue en la madrugada. Aquí, en cambio, ya ha reparado en ello antes, en el ibón, donde los ojos de ella, ojos de miel clara del azahar, casi del color del albariño, le han mirado con un brillo que le turba en determinados momentos.

No se vuelve, pues, porque sabe que le haría daño, y obedece a la invitación, y le habla de su primo Arsenio, y de las lagartijas a las que emborrachaban con tabaco, de la movilidad de los rabos una vez cortados, y aunque ella, de vez en cuando, expresa alguna observación sobre su brutalidad infantil, lo hace sin censuras, casi como si

accediera a representar el papel de hembra asombrada ante las hazañas del macho. Repasa sin querer su infancia en Carabanchel, primero de una manera mecánica —la admiración por su padre, la distinta relación con las hermanas, la callada actitud de su madre— y, luego, como si hiciera una confesión general de sus primeros años en Madrid, ya no sabe si para ella o para él mismo. Se siente a gusto, porque sabe quién es y de dónde viene. Y advierte que es comprendido, aunque por conversaciones anteriores ya conoce que mientras la llegada al parque de El Retiro es para él un acontecimiento extraordinario que tiene lugar cada mes y medio o dos meses, tras una larga excursión en metro, pero que por eso mismo constituye todo un acontecimiento, para ella es la visita habitual, casi diaria, con su madre o con su abuela, o con las amigas de la casa o de alguno de los portales de al lado. Ella habla de su hermano, un químico echado a perder, ni siquiera un empresario de hostelería, porque abre y cierra bares y *pubs*, garitos que, una vez que gozan de cierta clientela en la zona, traspasa para comenzar en otro lugar, una especie de empresario trashumante, y en realidad casi un desconocido para su hermana, aunque no sea mucha la diferencia de edad. El sargento, por su lado, se refiere a su hermana pequeña y a la facilidad para enredarse en conflictos sentimentales que la llevaron a noviazgos tan apasionados como complicados, a una temprana unión, tan desastrosa como prolífica, con dos niños en dos años, la separación, el acogimiento en casa, la huida sin sus hijos hacia el mundo marginal donde la droga se apodera de las voluntades y los destinos. En ningún momento habla de su esposa, ni de su hija, ni ella le pregunta, como si fueran materia reservada.

La primera gota es gruesa y le cae a ella en la cara. Enseguida vienen las otras. Es algo más que un chaparrón porque el cielo parece muy oscuro. El sargento coge la manta y la echa sobre la cabeza de los dos como un capote, y dice algo referente a un refugio y que deberían retroceder para encontrarlo. Caminan deprisa, codo a codo, hasta que la juez toma del brazo al sargento con una mano, mientras con la otra sujeta la manta de su lado, cerca de las sienes. La manta no es un impermeable y se cala, y cada vez pesa más. Suena un trueno sordo y largo, como si mugiera uno de los macizos. Muchos de los tramos por los que transitan se han transformado en pequeñas barranqueras sobre las que chapotean como si vadearan un río. Bajo los árboles llueve tanto o más que a cielo abierto, y cuando llegan al refugio, y el sargento empuja la puerta y se introducen dentro, se dan cuenta de que más que huir de una tormenta de primavera están tan empapados que parece que han salido del ibón después de haberse metido vestidos.

La temperatura ha descendido y la juez siente escalofríos. Nunca ha estado en un refugio de montaña y observa con curiosidad. Es un espacio pequeño, de unos diez metros cuadrados, con una chimenea en la que hay un haz de leña seca y dos alacenas en las que, según el sargento, que parece un experto, debería haber latas de conserva, pero no hay nada. Murmura algo de los gamberros, de la falta de civismo, y enciende el fuego. Enseguida se caldea el lugar. De sus ropas empapadas sale vapor. Los dos

saben que se secarían antes si se las quitaran, y los dos se inhiben con pudor. Lo que sí hacen es descalzarse. El sargento, con el resto de la leña, organiza un sombrero justo al lado del fuego y tiende sobre las ramas hábilmente entrelazadas la manta, los calcetines y la chaqueta. La juez, al cabo de un rato, dice que es una estupidez quedarse con la ropa puesta, que se consumirá la leña antes de que se sequen, y que son dos personas adultas, y propone quedarse en ropa interior, si el sargento no tiene inconveniente. Asiente Antonio y alarga el sombrero para que quepan más prendas. Hay dos piedras, a modo de taburetes, sobre las que se han sentado. La juez, tras quedarse en bragas y sujetador, reflexiona que es la segunda vez que se desnuda en esta excursión.

Antonio mira al frente, como si temiera que, al volver la cabeza, le fuera a suceder lo mismo que a la mujer de Lot, pero por motivo contrario: por dejar de mirar las llamas. No hablan. El sargento hurga en la mochila todavía empapada y extrae la petaca que ella antes le entregó y se la tiende. Ella acepta, porque la mojadura le ha destemplado. Cuando le devuelve la petaca, observa sin querer las musculosas piernas del sargento, muy peludas, y, de forma involuntaria, establece una comparación rápida y casi subconsciente con las piernas lampiñas de Oscar. Antonio tampoco deja de observar que los azules y los rojos de las llamas iluminan con suavidad la piel de la mujer, y teme que tal como está él, sin la protección del pantalón, se haga evidente la impresión que eso le produce. Durante un rato beben en silencio, como si cumplieran un rito. El sargento vuelve la manta de lado y la juez observa que el ejercicio matinal ha surtido efectos beneficiosos en su estómago, que aparece mucho más plano de lo que es normal en los hombres maduros. La juez decide comprobar si los pantalones están secos y se los pone. Antonio apuesta contra él mismo a que cabe la posibilidad de que ella se enrede en una de las perneras y caiga entre sus brazos, pero el *whisky* ingerido, al contrario de lo que cabría suponer, le ha proporcionado mayor seguridad. Litúrgicamente van poniéndose las prendas a medida que se van secando. El sargento se acerca hacia la puerta y la entreabre para otear el cielo. Ya no llueve y las nubes que quedan no albergan la amenazante oscuridad de antes, y vuelven a ser blancas y algodinosas. Propone seguir y la juez asiente, pero no se levanta.

—¿Le sucede algo? —pregunta solícito y un poco extrañado el sargento.

Licia niega con la cabeza, pero no se levanta. El sargento espera respetuosamente de pie. Recoge tierra de fuera para apagar el fuego y es entonces cuando se da cuenta de que ella está con los ojos brillantes, como si fuera a romper a llorar.

—¿De verdad no le sucede nada?

Fue entonces cuando le miró a él e intentó una sonrisa que se quedó en esbozo. Y se levantó. Y dijo con voz clara y firme:

—Antonio, esto puede ser una locura.

Y le abrazó, y le besó como si fuera un castigo, y el sargento le respondió sin demasiadas sorpresas, como si hubiera estado aguardando ese momento desde los

lejanos tiempos en que se prometió llegar al puente de Rialto, donde fuera que estuviese ese lugar; desde el día en que se torció el tobillo y la tuvo en sus brazos; desde ese instante confuso, impreciso, en que la simple palabra *mujer* produce en un hombre la elaborada abstracción de un estímulo que durará hasta la muerte, no se sabe si como una maldición o como un premio.

Y tendieron la manta, y ella volvió a desnudarse por tercera vez en esa jornada, y el sargento se olvidó de quién era. Y Licia, también. Y aunque se habían dejado abierta la puerta del refugio, y el fuego estaba apagado, no notaron el frío hasta que volvieron a darse cuenta de quiénes eran, y se volvieron a vestir, y regresaron a Vallefrío.

Encima de la cama había una nota que había dejado Dolores y en la que con una letra bastante difícil de entender y alguna falta de ortografía le decía que había llamado varias veces un abogado llamado, según parecía escrito, Arboleda, o algo así.

No le concedió ninguna importancia. Tenía demasiadas emociones que destilar y racionalizar como para preocuparse de la llamada de un abogado, a su casa, y en sábado. De momento, era un impertinente.

El impertinente volvió a llamar. Era una voz ronca y seductora que pidió disculpas por molestarla en sábado y en su casa, pero el asunto era urgente y le solicitaba la fijación de una fianza para el lunes, con objeto de presentarla él mismo. Sabía que era incorrecto lo que hacía, pero Su Señoría sabría disculpar...

—Llámeme el lunes, al juzgado, por favor —le interrumpió ella muy seca, al comprobar que se trataba de la detención del hijo del Coreano, el Core, como le llamaban, aunque el Core iba camino de cumplir los cuarenta.

—Le pido disculpas, pero si me concediese albergar la posibilidad de que iba a establecer una fianza, yo mismo me trasladaría desde Madrid...

—Llámeme el lunes al juzgado —volvió a cortar la juez.

—Está bien, disculpe —se avino el abogado que dijo llamarse no Arboleda, como había escrito Dolores, sino Arbeloa, un apellido que ella sabía que pertenecía a un importante despacho. Precisamente por ello, y por la referencia a Madrid, como si eso concediera un plus de superioridad, Licia se reafirmó en su decisión.

Había hecho ingresar al Core en prisión sin fianza. Las armas incautadas presumían la conexión con alguna peligrosa banda armada o, peor, con algún grupo terrorista. No quería que saliera y comenzara a avisar a sus cómplices, o que desapareciera para siempre.

Ya le había advertido Antonio que tendrían problemas con este detenido. Pero si todos los problemas iban a ser como éste, no había ningún problema.

No tardaría mucho tiempo en demostrarse que estaba equivocada.

Capítulo Séptimo

Antonio le podía haber explicado el fenómeno del brote, la acción más bella y más violenta de la naturaleza, la fuerza imparable de lo germinal. Porque cuando se produce el brote y aparece una yema en la rama de un árbol o el bulbo comienza a despertarse con un filamento que atraviesa la tierra, y sería capaz de atravesar una roca, es difícil oponerse a esa fuerza inusitada, pujante y maravillosa, que no es otra cosa que la fuerza de la vida. Licia estaba sacudida por el brote, por el ancestro germinal, como si todos los años pasados en una castidad asumida y tranquila se hubiesen acumulado en un embalse, y el embalse hubiera roto una de sus compuertas, y avanzara con una pujanza tan avasalladora que agotaba a Antonio con una pasión irrefrenable, casi devoradora.

El domingo siguiente a su primer encuentro se despertó con ansias de Antonio. No con ganas de estar con él, no: con auténtica codicia de su presencia. Y paseó por la casa, y salió a correr para ver si el cansancio la aquietaba, y, después de una ducha, sintió una especie de dolor, dolor por su ausencia, y le llamó al cuartel. Tardaron en buscarle. Al cabo de un buen rato se puso al teléfono. Se imaginaba a uno de los números llegando hasta su casa, y él bajando desde casa a las oficinas.

—¿Dígame? —preguntó protocolariamente.

Y nada más escuchar su voz sintió una sensación agradable, como si acabara de encontrar a alguien muy querido, después de mucho tiempo.

—Quiero verte.

—El lunes, a primera hora. Siempre a sus órdenes —dijo el sargento.

Se lo imaginaba de pie, junto al número de guardia, y esa imagen le agradaba, mientras el rechazo de un encuentro por la tarde del domingo la sumió en un doloroso desencanto.

—Está bien, a primera hora. Ven un poco antes.

Durmió mal y se despertó antes de que sonara la alarma del reloj. Paseó como una pantera enjaulada hasta que sonó el timbre y salió a abrir. Allí estaba, como siempre, con su chándal y una pequeña toalla al cuello. Reprimió los deseos de abrazarlo y comenzó a correr hacia la fuente de la Salud. Mucho antes de llegar, en un recodo, se volvió y le hociqueó el cuello, mientras se estrechaba contra él, y le instaba con susurros a que la tomara. Lo hizo de pie y con brusquedad, pero aquella brusquedad le gustaba, y ella se sintió plena y feliz, y hasta se permitió unos gruñidos de placer en el momento del espasmo. No tenían muchas fuerzas para correr. Se arreglaron las ropas y anduvieron al paso, pero antes de llegar a la fuente optaron por volver, porque se hacía tarde.

Nacieron complicidades que sólo ellos conocían. Licia, para instarle al coito, le susurraba prudente: «Tengo ganas», y esa frase operaba en Antonio el reflejo de

Paulov, y nada más escucharla, se sentía excitado. Licia lo sabía y comenzó a jugar en público, al coincidir en el juzgado o en un acto social. Y cuando, por ejemplo, la concejala de cultura, la de los ojos verdes y el marido celoso, comentaba algo sobre la preparación de algunas fiestas próximas, entonces la juez decía, mirando fijamente a los ojos al sargento:

—Tengo ganas.

Y Antonio sentía la comezón del deseo oculto en una apariencia hierática y educada.

—*Tengo muchas ganas* —volvía a repetir la juez, y aprovechaba para pasar la mano suavemente por algún lado de su cuerpo.

La concejala le decía que se alegraba, que no tenía duda alguna de lo mucho que Su Señoría se iba a divertir en los festejos, y la juez insistía:

—Pues tengo muchas ganas.

El sargento se removía inquieto, pedía disculpas para retirarse a consultar algo, y Licia juntaba los muslos y ponía una sonrisa de mecánica cortesía, mientras intentaba provocarse unas contracciones que le recordaban el placer pasado o le anticipaban el que iba a llegar.

La salacidad de la juez en aquellos primeros días tenía al sargento sorprendido y fatigado. Licia se contenía hasta llegar a la fuente de la Salud, pero una vez allí había mañanas en que le exigía una segunda cópula para cuya consecución no ahorra ninguno de los típicos trucos lujuriosos que obraban el milagro de la reanimación, incluidos los estímulos orales en sus dos acepciones, porque descubrió que el lenguaje soez reanimaba a su pareja, y que musitar determinadas expresiones conseguía el rejuvenecimiento de su vigor más rápidamente que con otro tipo de manipulaciones. Además del «Tengo ganas», al glosario de su apasionante relación se incorporó el «Estoy cachonda como una perra», que representaba algo así como pulsar un botón que ponía automáticamente en acción una poderosa palanca. En esa espiral de groserías para uso íntimo, Antonio descubrió que, en los momentos anteriores al orgasmo, constituía para ella un aguijón que la precipitaba de una manera desbocaba oírse llamar *puta*. Y cuando notaba que la angustia del placer estaba llegando a su desembocadura, se inclinaba hacia su oído y le susurraba un imperativo «Córrete, puta», que era obedecido casi con instantaneidad, como si las convulsiones estuvieran aguardando para irrumpir la pronunciación del epíteto.

Aquel enardecimiento no se constreñía a los aspectos mecánicos y tradicionales de la fisiología, también inundaba los no menos tradicionales terrenos de la emotividad. Licia se enamoró de Antonio y, al margen de la gratificante sexualidad, sentía un golpetazo cuando lo veía llegar, o escuchaba su voz, o notaba su mano, o aguardaba a que viniera. Y Antonio sufrió una transformación que le llevó a una esquizofrenia aparentemente controlada, mientras cumplía su cometido en el puesto, o interpretaba un papel de esposo y padre desganado, pero que seguía desempeñando,

hasta que le tocaba ser él mismo, el que se reconocía como auténtico, y que únicamente nacía al lado de Licia.

El control de la esquizofrenia llegó a perfeccionarse de tal modo que podía estar en el juzgado, delante del secretario, exponiendo cualquier asunto, dirigiéndose a la juez con un respeto mayor si cabe que en los meses anteriores y, al salir éste y quedarse a solas, sin moverse del sitio, expresar con toda crudeza que sentía deseos de verla con los muslos abiertos y el coño oferente. Vuelto el secretario, el sargento seguía como si estuviese hablando de la misma cuestión.

—Como le digo, Señoría, vamos a establecer en el itinerario un desvío hacia esa finca, a ver si le podemos ayudar.

—Está bien, sargento. Muchas gracias.

Y ella jugaba también a la esquizofrenia, y lo miraba seria a los ojos, a no ser porque brillaba una lucecita al fondo, o no tan al fondo, que denunciaba otros sentimientos.

Aquellos días de locura, aquel frenesí amoroso que los inundaba como si les hubiera sumergido en un ibón de aguas cálidas donde se podía hablar y respirar, les empujaba al delirio y al sexo en situaciones comprometidas, como cuando ella, en su despacho, después de estar tres días sin verlo, le dijo que *tenía ganas*, y el sargento calmó sus deseos, tras cerrar ella la puerta, detalle que no pasó inadvertido a la auxiliar administrativa y al secretario. Y la más osada, la más atrevida, la que parecía olvidarse de la dignidad administrativa que representaba, y de las consecuencias escandalosas que podría provocar el descubrimiento de la relación, era ella. Antonio procuraba calmarla, eludirla en público, disimular, pero ella, como le confesó una vez, sentía unas ansias tan profundas, tan animales, que no es que no pudiera, es que no quería contenerse.

Unos días después de que les sorprendiera el guarda forestal en desvestimientos difíciles de explicar, se encontró con la concejala de cultura, que salía de la peluquería, y que le propuso, con aires conspiratorios, si podían tomar un café. Licia se temía una de las muchas confesiones que ya llevaba escuchadas sobre los celos del marido, pero fuera por caridad, porque no tenía muchas cosas que hacer, o fuera que, en el fondo, esos recovecos de la posesión enfermiza le interesaran más que antes, aceptó la propuesta.

Entraron en el café La Montaña, que a esa hora del mediodía estaba lleno de viejos que jugaban al guiñote y al mus sobre las mesas de formica. Se sentaron en una de las tres mesas libres que quedaban, la más apartada de los jugadores, y acudió enseguida una chica muy vivaracha, hija del dueño, que había comenzado a estudiar Derecho por libre, pero a la que el padre viudo había encadenado a unos horarios y deberes poco compatibles con el estudio. La concejala merodeó por asuntos triviales que estaba claro que no correspondían al sigilo ceremonial de la convocatoria; cuando la chica les trajo un café con leche para ella misma y un café cortado para la juez, hizo una pausa ceremoniosa mientras echaba el azucarillo, y comenzó diciendo:

—Espero que no te enfades por lo que te voy a decir.

Licia, que no era persona a la que le gustaran ni los misterios, ni los circunloquios, repuso con una sonrisa que escondía la sequedad de la respuesta:

—Espero que no digas nada que pueda enfadarme.

—Lo que voy a decirte es de amiga a amiga.

La palabra *amiga* le sonó a Licia a tónica. En realidad ella tenía una amiga, Bea, a la que apenas veía; tenía conocidas de las aulas y vecinas con las que había fluido un cierto afecto; había sido amiga de la hermana de Óscar, o mejor dicho, ella le había dado muestras de amistad; pero no se podía decir que tuviera muchas amigas y, entre las que pudiera tener, desde luego, no se contaba la concejala de cultura de Vallefrío.

—Te escucho.

—Bien. Ha sido en la peluquería. Al principio no he querido intervenir, porque no me gustan los chismorreos, pero luego no me ha quedado más remedio, y espero que no desapruebes lo que he dicho.

—No sé lo que has dicho —comentó Licia.

—Bien, no te quiero embarullar. Ya sabes cómo es la peluquería de Fina... —y atajó la negativa de la juez—. En fin, como casi todas las peluquerías de los pueblos pequeños, donde afloran lo peor de las mujeres, que es la tendencia a la murmuración y al chismorreos. Y se ha hablado de ti, y se te ha relacionado con el sargento: que si se os veía mucho juntos, que si había romance, que si íbamos a tener divorcio y boda por ese orden.

Licia se la quedó mirando seria, y le instó, mientras pensaba cómo debería reaccionar ante lo que se avecinaba, a que le explicara qué había dicho ella.

—Como es natural, les he dicho que me parecía muy mal que chismorrearan de esa manera, y a continuación han protestado con un aluvión de detalles, ya sabes, esos detalles que se pueden interpretar de mil maneras.

Licia tomó un sorbo de café, dejó la taza con tranquilidad, y decidió que la mejor defensa sería un buen ataque:

—¿Tú estás enamorada de mí?

La concejala la observó como si la juez se hubiera vuelto loca.

—No entiendo la pregunta.

—La pregunta es muy sencilla. He preguntado que si tú estás enamorada de mí, y la respuesta, por si te es incómoda, te la voy a adelantar yo: no, no estás enamorada de mí. Bien. Otra pregunta que podría formularte es si eres lesbiana y te has enamorado antes de alguna mujer... Y como por la mirada de asombro que veo en ti, me doy cuenta de que te parece algo inconcebible, voy a responder también por ti: no, no eres lesbiana.

La concejala se había quedado tan aturdida que permaneció en silencio, mientras la juez daba otro sorbito a la taza, volvía a dejarla en el platillo, y se limpiaba la comisura de los labios con la punta de una servilleta de papel que había extraído de un cartucho metálico, antes de proseguir.

—Sin embargo, supongamos que una de esas... —dudó un momento antes de definir las— ciudadanas, que te has encontrado en la peluquería, cualquiera de ellas, aparece un día diciendo que tú vas mucho por mi casa; que cuando estuve con el tobillo lesionado eras de visita diaria; que en los actos públicos enseguida estamos juntas, y que se dice, se comenta, se rumorea, que yo soy lesbiana, o que tuve un lío con una compañera de facultad, y que a ver si tanta amistad, tanta amistad... lo que resulta es que somos dos tortilleras. ¿Cómo te sonaría eso?

—Sería una calumnia.

—Claro. A pesar de que se va a reconocer a las parejas de hecho, y de que la opción sexual en este país es libre. A pesar de eso, tú sabes que ese rumor llegaría hasta tu marido, tu marido te preguntaría, y si es celoso sabiéndote heterosexual, no quiero suponer cómo reaccionaría ante la sospecha de homosexualidad.

—Pero es que...

—Y, fíjate —prosiguió la juez sin hacer caso de la interrupción—, que hay datos objetivos. Es verdad que siempre acabamos juntas, porque somos las dos únicas mujeres en un puesto oficial o representativo. Es verdad que has tenido el afecto de venir a verme y de ocuparte de mí, como lo hubiera hecho mi mejor amiga. Pero no es cierta la calumnia. ¿Me explico?

—Licia, te prometo que yo, en ningún momento...

—Y de la misma forma que sucede en este supuesto, pasa con el sargento de la Guardia Civil. No es que nos veamos a menudo: es que nos vemos todos los días, porque salimos a correr juntos, y gracias a eso, cuando me caí, tuve alguien que me recogiera, y me auxiliara, y si hubiera alguna de las... ciudadanas de la peluquería que quisiera correr a las siete de la mañana, pues podría venir a correr... Bueno, no, el ejercicio que hacen las ciudadanas de la peluquería es de lengua, y para eso no hace falta madrugar: para eso es suficiente con ir a ponerse unas mechas a las once de la mañana.

—Sí, es lo que les he dicho.

—Me lo imagino —corroboró Licia con un punto de ironía que le daba igual que la concejala captara o no—. Y, además, me veo muchas veces, con él, y con el cabo, y con los números, y con el secretario del juzgado... Fíjate, con el hombre con el que estoy más horas es con el secretario del juzgado. A lo mejor les parece raro a las... ciudadanas, pero a pesar de eso no hemos follado nunca.

La concejala podía ser algo simple, pero no era tonta, y adujo con cierta tristeza:

—Sabía que, en estos casos, la culpa se la lleva el mensajero, pero me parecía una traición no tenerte al corriente.

—Y te lo agradezco de verdad —resumió Licia, alargando un mano y dándole un golpe amistoso en el dorso—. Si me he excitado un poco no ha sido por ti, sino por... las ciudadanas.

A raíz de aquella conversación, concluyó que podrían derivarse consecuencias desagradables para Antonio y para ella misma. Lo que se comentaba en la peluquería

se hablaba en los corrillos, y lo que se murmuraba en los corrillos se comentaba en las casas. No era ninguna ingenua para no suponer que el asunto debía de ser ya la comidilla de Vallefrío, y si la concejala había dado el apurado paso de abordarla, puede que le hubiera animado una buena intención, aunque la juez sospechaba que, en el fondo, estas advertencias podían esconder el deseo de corroborar la murmuración en boca de la propia advertida.

Sin decirle una palabra a Antonio, rebajó sus impulsos, obró de manera más contenida, y comenzó a observar a los observadores, un divertido juego del que se derivaban ambigüedades que sabía manejar con soltura.

—Ha venido el sargento —le anunciaba la auxiliar con un cierto matiz confidencial.

—Que espere —ordenaba la juez, sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—Dice que tiene prisa —insistía la auxiliar, como si no hubiera entendido bien el mensaje—. El sargento tiene prisa.

Y subrayaba la palabra *sargento* como si dijera *príncipe*.

—Que espere. Entre sus deberes se incluye el de esperar.

Y la auxiliar se retiraba perpleja, achacando la situación a una riña de enamorados, pero luego, cuando pasaba el sargento, y dejaba la puerta abierta, se podían escuchar risas, lo mismo que siempre, lo cual no dejaba de resultar desconcertante para la auxiliar.

Otras veces era el alcalde el que le pedía que asistiera a alguna reunión convocada por el Ayuntamiento con las fuerzas vivas para unificar criterios de cara a la temporada de esquí, o para someter a su consideración alguna iniciativa, y añadía, como si fuera un acicate para que ella asistiera:

—Vendrá también el sargento.

—Pues ya sólo falta que acuda también el secretario del juzgado y me parecerá que todavía no he terminado de trabajar —comentaba con fastidio, segura de que ese comentario sería analizado, sopesado y estudiado por el alcalde y los concejales de su partido.

Hizo algo más. Como los fines de semana en general, y los domingos en particular, no podía verse con Antonio, y la vida social de Vallefrío no se podía decir que le produjera arrebatos de entusiasmo, se acostumbró a tomar el Peugeot y bajar a Jaca. Allí nadie le conocía, podía pasar por una turista más de las que cruzan la ciudad camino de los valles pirenaicos, sacaba una entrada para alguna de las dos películas que proyectaban en el cine Astoria, daba paseos y —uno de sus secretos— entraba en la pastelería Echeto, al lado de la catedral, donde se compraba dos pasteles jaqueses. Aquellas maderas ennoblecidas por el tiempo, envueltas en el aroma untuoso del obrador, la amabilidad del personal que le atendía, y el conocimiento de quienes eran los clientes y sus gustos respectivos —la tercera vez que entró le preguntaron directamente si iba a tomar un jaqués, lo que por un lado le satisfizo,

pero por otro le intranquilizó, puesto que no le agradaba perder su anonimato— le producían una sensación de ambiente grato y familiar, sin necesidad de abonar el peaje de pariente, puesto que ella era una desconocida.

Fue en uno de esos domingos por la tarde, antes de regresar a Vallefrío, en esa hora melancólica de los domingos que saben a ocaso y despedida, como si la gente antes de volver a sus casas hubiera desparramado parte de su tristeza por las aceras, cuando se le ocurrió la idea de alquilar un pequeño apartamento que pudiera servir para sus encuentros con Antonio. Un uniforme más, aunque fuera de guardia civil, en una ciudad donde tan frecuentes eran los uniformes militares, no iba a llamar la atención, y de esa manera evitaba que los rumores de Vallefrío terminaran por devorarles y por causar algún estropicio irremediable en la vida familiar de Antonio.

Licia aceptaba la situación sin plantearse problemas de futuro, ni exigencias de ningún tipo. Se encontraba feliz y no quería complicarse la vida. Precisamente por ello entendió que un apartamento, lo que los chicos llamaban un picadero —y, en realidad, eso iba a ser— solucionaba las zozobras de los encuentros, las posturas gimnásticas dentro del automóvil, o las desairadas derivaciones de ejercitar el amor al aire libre, en lugares donde podía pasar un pastor, un buscador de setas, un paseante o un mirón.

Una vez que la decisión fue tomando cuerpo, y a medida que se alejaba de Jaca y se acercaba a Vallefrío, comenzó a sopesar que sería ella quien lo alquilara, porque conocía el salario que ganaba el sargento. No es que el sueldo de juez permitiera derroches, pero podía permitírselo, puesto que el gasto de su vivienda, por uno de esos extraños y antiguos convenios administrativos, corría por cuenta del municipio, y ella era morigerada en sus gastos o, al menos, se atribuía la virtud de saber administrarse.

¿Cómo se lo tomaría Antonio? Decidió que lo más conveniente sería formalizar el alquiler y no explicarle nada hasta que, con alguna excusa, lo llevara hasta Jaca y lo enfrentara a los hechos consumados.

La elección resultó más complicada de lo que parecía al principio. Había muchos edificios nuevos de apartamentos, y se seguían construyendo más, pero no le gustaban las urbanizaciones que solían tener guarda o portero, y detestaba los edificios que se ubicaban en las afueras de la ciudad, porque buscaba precisamente lo contrario, una cierta sensación urbana, el contraste con Vallefrío, donde al final de cualquier calle se contemplaban las laderas o los picos de las montañas.

Por fin, entre el cuartel de la Victoria y la Ciudadela, cerca de un instituto de enseñanza, en una calle dedicada a San José de Calasanz, encontró el cartel de alquiler, en un balcón de la segunda planta. Anotó el número y, a continuación, llamó desde su móvil. Era una calle tranquila a aquella hora del mediodía del domingo, y excepto una furgoneta gris que pasó muy lenta y sin prisas, no se veía a nadie.

Le contestó una voz algo cascada, una voz de mujer mayor, que tosía con frecuencia, y que se disculpó por ello. Resultó que vivía en el primer piso, y desde el portero automático le abrió ella misma la puerta del portal.

Olía a limpio y, al llegar al primer piso, unos ojos de color azul brillaban tras una puerta entreabierta cuya apertura se amplió cuando Licia llegó al rellano.

—Pase, pase.

Los techos eran muy altos y el piso tenía aspecto de ser demasiado grande para lo, que ella buscaba. Casi iba a marcharse para no hacerle perder el tiempo a la anciana, pero ésta se había aferrado a su brazo y la conducía al cuarto de estar, donde había una mesa camilla a un lado del balcón, seguramente el mismo que tenía el cartel de alquiler.

—Sólo tengo café descafeinado, porque si tomo del otro no duermo, pero es muy rico, y apenas se nota la diferencia.

—No, muchas gracias —Licia correspondió a su gentileza con una sonrisa—, pero es que todavía no he comido.

—¿Y qué hora es? —inquirió la viejecita, a la vez que achicaba los ojos para observar un reloj diminuto, muy antiguo, que llevaba en la muñeca y cuyas agujas debían de ser difíciles de descifrar para una vista cansada.

—Son algo menos de las dos de la tarde.

—Claro, claro —asentía la anciana—. Es que yo madrugo mucho y como a la una. Por eso le ofrecía café. ¿Quiere un refresco? Tengo refrescos de piña y de melocotón.

—No, no, de verdad —agradeció la juez—. En realidad creo que la voy a molestar inútilmente, porque buscaba un apartamento pequeño, y veo que el piso que tiene en alquiler debe ser muy grande.

—No, no. Es cierto que era muy grande. Pero los pisos grandes son difíciles de alquilar y, cuando se alquila, nunca sabes cuántas personas se van a meter. Así que hice unas obras y la planta que tiene casi trescientos metros la he convertido en cuatro estudios, con entrada independiente. Se han perdido muchos metros de pasillo, pero ha quedado muy bien. Eso sí, los baños me costaron una fortuna, pero ya decía Fermín que la inversión en mejoras siempre produce beneficios...

Y como se quedara un momento buscando el hilo del discurso, aclaró, por si se le olvidaba:

—Fermín era mi marido. Muy buena persona. Coronel del Ejército. Esta casa la compró con la herencia de su madre, porque no se crea que un sueldo de coronel da para adquirir fincas.

La anciana, como todas las personas que viven solas, aprovechaba la presencia de alguien que estaba a su lado, aunque le constara que era por unos intereses bien concretos, para alargar la conversación.

Licia pensaba que esta familiaridad pondría en peligro el anonimato que buscaba, pero le alivió mucho saber que la anciana, en realidad, vivía en una residencia, y que

una sobrina la traía a su casa de siempre los domingos, porque le gustaba recorrer las habitaciones, abrir los cajones y olear los armarios, o tal vez ensimismarse con algún objeto.

—En fin, los viejos tenemos más pasado que futuro, y es el pasado el que nos alimenta el presente.

Y, de repente, como si temiera lo peor, preguntó:

—No será usted estudiante, ¿verdad?

—No, no, ya no tengo edad —confesó Licia, con un poso de ternura hacia la que podría ser su futura casera.

—Se le ve tan joven... No me gustan los estudiantes, ni los escritores, ni los profesores de esquí. Tuve un profesor de esquí que era muy... ya me entiende usted. Claro, que ahora las mujeres... Bueno, no lo digo por usted, pero creo que me explico. A lo mejor hacen bien, no sé, que nosotras hemos sido demasiado pacas, pero es que el profesor... ¡Ah! Y el escritor se emborrachaba. ¿Usted cree que los escritores son muy borrachos?

—No sé. En realidad, no conozco a ninguno. Me imagino que habrá de todo.

Y, aprovechando una pausa, inquirió:

—¿Podría enseñarme el apartamento?

—¿El apartamento? ¡Ah, sí, el apartamento! Pues me parece que no. Es que hay un administrador que lleva los papeleos... Su padre era amigo de Fermín. Y no sé si tendré alguna llave...

Se levantó la anciana con más agilidad con la que se había sentado antes, como si el encuentro con un posible inquilino le hubiera insuflado una dosis extraordinaria de energía, se acercó hacia una enorme cómoda, y del primer cajón extrajo una caja de madera. La abrió y se oyó el tintineo de varias llaves. También debía de tener más vista de la que aparentaba, porque sacó un llavín con una etiqueta y se la tendió sin dudar.

—Es el señalado con la letra be. Está encima de esta habitación, pero al otro lado.

—Es interior —comentó Licia.

—Sí, pero los interiores son mucho más tranquilos —refutó la viejecita con ese impulso innato en cualquier arrendador—. Mire, me parece una persona de confianza. Suba usted misma, y véalo. Está amueblado sin lujos, pero es cómodo y lo encontrará agradable.

El apartamento tenía unos cuarenta metros cuadrados, y disponía de un estudio que podía hacer las veces de cuarto de estar, un dormitorio, una cocina-armario y un baño completo.

No es que estuviera amueblado sin lujos, es que resultaba verdaderamente espartano, excepto el sofá, que habría llegado allí procedente de alguna ventajosa oferta, y que en sus tres plazas contenía espacio suficiente para uno de los deportes preferidos de Licia: tumbarse a leer o a escuchar música o, muy raramente, a ver la televisión. El televisor era pequeño y posiblemente su diseñador había muerto hacía

tiempo. Se imaginó que unas cortinas, algún cojín, en fin, algunos pequeños detalles, le despojarían de aquella sensación de habitación de hotel barato, y, animada porque una propietaria ausente y un administrador que tampoco debía vivir en la casa le garantizaban una tranquila clandestinidad, decidió apalabrar con la anciana el alquiler del apartamento.

A la salida, tras dejarle una señal de cien euros que la anciana se empeñó en reflejar en un recibo escrito a mano mientras procedía a una nueva entrega del carácter y forma de ser de Fermín, el coronel fallecido, y después de anotarse el número de teléfono del administrador para formalizar el correspondiente contrato, salió a la calle satisfecha del descubrimiento y apenas reparó en la furgoneta gris, aparcada en la esquina.

Fue un poco más tarde, después de montarse en el Peugeot, y mientras se alejaba del centro y se dirigía al nudo donde arrancaba la carretera de Vallefrío, cuando antes de dar un giro miró por el espejo retrovisor y vio la furgoneta gris: le pareció que era la misma que estaba aparcada en la calle, y receló de su presencia. Siguió el camino de siempre, y al llegar a la rotonda, tomó el ramal derecho, incorporándose a la carretera que le llevaría hasta Vallefrío, mientras observaba qué hacía la furgoneta gris. Al ver que giraba en sentido contrario y que no la seguía, se tranquilizó e incluso, un poco más tarde, conduciendo por la solitaria carretera, se reprochó la desconfianza, y llegó a la conclusión de que, desde la conversación con la concejala de cultura se había vuelto excesivamente suspicaz, y no era posible que todo el mundo a todas horas estuviera pendiente de ella, y menos que la siguieran para comprobar la verdad de sus amores con el sargento.

Unos días más tarde, un hombre con un buzo azul de trabajo se apeó de una furgoneta gris y con una caja de herramientas sujeta de la mano derecha y una escalera ligera de aluminio de la izquierda, enfiló hacia una casa de la calle de San José de Calasanz, donde ya había desaparecido del balcón del piso segundo el letrero de «se alquila».

Abrió con la llave del portal, lo cerró, y subió por las escaleras hasta la segunda planta, donde se dirigió al apartamento señalado con la letra be. Una vez allí, sacó un llavín y penetró en el interior. Tras cerrar la puerta, hizo una llamada desde su teléfono móvil y murmuró algo, abrió la caja de herramientas y se dispuso a trabajar.

Parecía muy eficaz. De la falsa moldura del techo serró una porción del tamaño de una lata de conservas, introdujo en el hueco una pequeña caja negra de la que colgaba un hilo tenso rematado por lo que parecía una cabeza de alfiler, y volvió a colocar la moldura, después de hacer un minúsculo orificio por el que asomaba el remate del cable. Luego, con pasta blanca repasó las juntas de la moldura, se sentó en el sofá, abrió un ordenador portátil, manejó el teclado y, al poco, apareció en la pantalla parte del sofá. Desde el teclado del ordenador manejó el control remoto hasta

que la cámara le enfocó a él en el centro, amplió el campo de visión hasta que alcanzó la perspectiva del sofá en toda su longitud y apagó el ordenador.

Volvió a hacer una operación semejante en el dormitorio, y, tras comprobar que la segunda cámara abarcaba toda la cama, sacó un pequeño aspirador de batería y lo pasó por la pared y por el suelo, tanto del dormitorio como del pequeño cuarto de estar, evitando que quedaran rastros del polvillo originado por los orificios y las hendiduras.

Retomó el teléfono, aguardó unos minutos, vibró el aparato telefónico y salió del apartamento, bajó hasta el portal y, nada más salir, subió a la furgoneta gris de la que se había bajado media hora antes, el tiempo que había necesitado para llevar a cabo su delicada operación.

Hay un instinto ancestral en las mujeres, que puede venir de los tiempos del acomodo en la caverna —es posible que sin llegar a desarrollarse en todas ellas—, pero que florece en la mayoría a la hora de estrenar una habitación.

En cambio, el cazador nómada que duerme en el interior de los machos parece que observa cualquier sitio en el que va a habitar como una habitación de hotel, un lugar de paso, mientras que hay mujeres que, aunque se pasen la vida de vivienda en vivienda, de ciudad en ciudad, en cada sitio que recalcan proyectan todo su instinto de ambientación, como si ese lugar fuera el definitivo hasta el fin de sus días.

Licia nunca había sido una persona interesada en la decoración o en los detalles ornamentales. De pequeña, veía que en el piso de la calle Lagasca su madre y su abuela se enzarzaban en amables y largas discusiones sobre el cambio de lugar de una cómoda, sobre el papel más adecuado para el paño que iba a quedar detrás del bargueño italiano, o si los visillos de color crema del salón admitían mejor unas cortinas de color verde o sería más apropiado un tono burdeos.

Observaba con indiferencia cómo un macetero de marquetería cambiaba de lugar, y unas veces estaba en el pasillo, meses después en un rincón del salón, y un buen día pasaba al cuarto de estar, exhibiendo a veces una maceta y otras un busto de bronce o una terracota que su padre había traído, no sabía bien si de un largo viaje o de una corta excursión a alguna de las cercanas galerías que había en el barrio de Salamanca.

Licia consideraba que no eran asuntos en los que debiera intervenir, e incluso su propio cuarto fue ornamentado de acuerdo con los gustos de su madre, primero, y de su abuela, después, sin que ella le concediera mayor importancia a si la alfombra debería ser clásica o moderna, japonesa o de dibujo árabe. En lo único que fue exigente cuando cumplió los trece años fue en lograr una silla funcional para su mesa de estudio, con altura y respaldo regulables, silla que a su madre le pareció horrorosa, y comentó algo de que la habitación parecía la antesala de una enfermera en lugar de la habitación de una señorita. La madre de Licia se refería a su hija con bastante frecuencia en tercera persona a través del estereotipado *señorita*. Así, para

reprenderle sobre su intención de bajar a jugar con otras chicas al Retiro mientras se iba comiendo una manzana, no le decía que no saliera a la calle comiéndose la manzana, sino que advertía de manera genérica sobre ciertas normas universales bajo la fórmula «Una señorita no come por la calle». Allí se incluía la manzana, bocadillos, pasteles, aunque se supone que quedaban excluidas las pipas de calabaza, las de girasol, los cacahuets y las palomitas de maíz. Y si volvía del Retiro, sobre todo en verano, con los pies tan polvorientos como las sandalias abiertas, y se le olvidaba pasar por el baño, allí estaba su madre para recordar, no a ella, sino a las futuras *mademoiselles* en general que «Una señorita no se va a la cama con los pies de un peregrino», lo que le sugería unas imágenes fantásticas de aspirantes a santos que recorrían los caminos sin protección en los pies, expuestos a cortaduras, cristales, pinchos, piedras afiladas y demás incomodidades que aguardaban en el suelo.

Pero esa pasada indiferencia, que se había corroborado en el piso que el municipio reservaba al titular del juzgado de primera instancia, donde ella apenas aportó algún detalle superficial, entre ellos un par de cojines para el viejo sofá, desapareció mientras preparaba el apartamento de Jaca, que la impregnó de una inquietud desconocida y que la llevó a buscar una lámpara de pie, una mesita baja, una descalzadora para el dormitorio, unos carteles abstractos y —fue de casualidad, pero un auténtico hallazgo— una impresionante fotografía, de más de un metro de largo por medio metro de ancho, de la plaza de San Marcos, que colocó enfrente de la cama, «para que cuando te despiertes, creas que estás en Venecia», según le dijo a Antonio tras la adquisición de la fotografía panorámica.

Fue lo que más le gustó, y en la mirada que puso Antonio al descubrir el cartel, Licia observó en el rostro del hombre maduro un vestigio del niño que, según le había contado, observaba aquella imagen del puente de Rialto en casa de su tía.

Lo que menos le gustó, tal como había previsto Licia, fue saber que aquel apartamento no era un préstamo de una amiga, una cesión temporal de un compañero juez, sino un alquiler que corría por cuenta de ella, algo que el guardia civil no estaba dispuesto a consentir, porque le hería en su orgullo y le colocaba en una situación de *querido*, ése fue el término empleado, y la frase exacta: «Yo no soy ningún querido». Y ella, que era muy hábil dialécticamente, le dijo que supusiera que la situación era la contraria: él era un juez soltero y ella una guardia civil casada. ¿Podía hacerse él a la idea? Contestó que sí enfurruñado. Entonces Licia le preguntó:

—¿Te parecería bien que tú alquilaras el apartamento y yo me reuniera aquí contigo?

Antonio la observó con dudas, intentando saber dónde estaba la trampa, y, tras un largo rato de meditación, concluyó que, en ese caso, se sentiría cómodo.

—¿Me debería sentir cómoda yo también, en esas circunstancias?

—Creo que sí —comentó él.

—¿Y eso me colocaría en el papel de *querida*? ¿Sería tu *querida*?

—No es lo mismo —protestó Antonio.

—Claro que es lo mismo. Los que no son los mismos son los prejuicios de los hombres, o sea, tus prejuicios, porque lo que te parece mal para ti, te parece bien para mí.

—No es lo mismo —se obcecó él.

—Porque yo vivo este sentimiento de una manera directa, espontánea, mientras tú parece que racionalizas como si esto fuera un parte de incidencias dirigido a tus jefes.

—Eso es injusto.

—Posiblemente. Pero también es injusto que yo lleve diez días haciendo viajes, recorriendo tiendas, imaginando detalles, aguantándome las ganas de contártelo, porque, además, si no te lo cuento a ti no tengo a nadie a quién decírselo, aguardando como una estúpida este momento, y resulta que este momento se convierte en una discusión sobre dinero.

»Muy bien, yo no he llegado hasta aquí para discutir sobre consideraciones sociales. Creí que estaba aquí porque me gustaba estar contigo, pero para ti tiene menos importancia estar conmigo que lo que llegue a pensar no sé quién, porque se supone que esto es un secreto entre los dos».

—No es por lo que piensen los demás: es por lo que pienso yo.

—¡Ah! ¡El pensador! ¿Y qué piensa el gran pensador? —dijo indignada Licia, levantándose del sofá e intentando pasear por un cuarto de estar que no tenía más de seis pasos de ancho, y, por tanto, con escasas condiciones peripatéticas—. ¿Que yo le estoy pervirtiendo? ¿Que una chica de veintinueve años le está llevando por el camino de la perdición? ¿Que te estoy convirtiendo en un chulo, en un querido? ¿Es eso lo que piensas? ¿Tu inteligencia te lleva a ese tipo de consideraciones?

—Estás nerviosa.

—¡No estoy nerviosa! ¡Estoy cabreada, que es diferente! ¡Si estuviera nerviosa, se supondría que tendría dudas sobre lo que hacer, lo que decir, y de qué manera obrar! Pero no tengo dudas. Y no estoy en vísperas de que me venga la regla, ni sufro trastornos gástricos, como tú, ni tengo las ideas confusas. No estoy nerviosa. Estoy desalentada, frustrada, jodida, porque después de tres semanas de idas y venidas, de hacerme la carretera Vallefrío-Jaca, y viceversa, casi diez veces, me imaginaba que esto iba a ser de otra manera, ¿sabes? No sabía que terminaríamos discutiendo sobre el precio de un alquiler. ¡Joder! Yo creía que era un acto de amor y resulta que se convierte en una operación de contabilidad. Estaba equivocada. Debe ser el nefasto romanticismo en el que caemos las mujeres.

Antonio estaba de pie, frente a ella, en silencio. Se sentía incómodo, pero no culpable, y no tenía claro cuál debía ser el paso siguiente.

Licia le miró enrabiada y le dijo al borde de las lágrimas:

—Ya has visto qué apartamento me he procurado para venir aquí los fines de semana, mientras tú, si no tienes servicio, los pasas con tu familia. Ya lo has visto, y ya te puedes marchar, si quieres, porque no estoy de humor para pasar la tarde discutiendo.

Y se derrumbó sobre el sofá, y hundió el rostro en uno de los almohadones que había comprado, con la cara de un gato bordada, y comenzó a sollozar, y a sacudir los hombros con los espasmos del llanto.

Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y redoblaron los hipidos desconsolados, y se aferró al almohadón como si fuera el último refugio. Poco a poco, remitió la llantina y se fue apoderando de ella un letargo tan triste como adormecedor. Por eso, cuando sonó el móvil que había dejado en el dormitorio, no se levantó. Le producía una inmensa pereza incorporarse, llegar hasta la mesilla del dormitorio, tomar el teléfono y tener que mantener una conversación. Seguramente sería Antonio, arrepentido, que había dado un corto paseo y quería pedirle perdón. En realidad, no estaba en condiciones de volver a considerar una situación, cuyo desenlace le había dejado desfondada y sin fuerzas. No estaba segura de si se había quedado dormida o en un estado de sopor cercano al sueño, cuando después de la segunda o la tercera llamada, oyó unos fuertes golpes en la puerta que la sobresaltaron. Intranquilizada por los golpes se acercó a la puerta y volvieron a sonar enérgicos, mientras escuchaba la voz de Antonio que la llamaba —«¡Licia! ¡Licia!»— con un toque de angustia.

Abrió la puerta y Antonio la abrazó, tras asegurarse de que no le sucedía nada, pero ella dejó los brazos caídos, porque no estaba dispuesta a perdonar. Pero sintió el aliento y los labios de él en el cuello, cerca del lóbulo, y comenzó a erizársele la piel, y a notar que la congoja se marchaba, y aunque dijo que no con cabezonería infantil cuando él comenzó a bajarle la cremallera de la falda, y aunque no colaboraba con la torpeza de él, a pesar de saber muy bien cómo aligerar el trámite, permitió que se enredara en corchetes y botones, que tuviera que domeñar la rudeza y las prisas ante la fragilidad de costuras, ojales y cremalleras, para jugar a sentirse un poco atropellada, avasallada por él, como una dama antigua que disimulara sus deseos y ocultara cualquier huella de lascivia, y seguía diciendo que no mientras sus manos y sus labios decían sí, y llegaron hasta el dormitorio en torpe unión, y la liviandad de ella y la incontinencia de él y la lujuria de los dos se volvió un remolino de blusas desabrochadas, camisas abiertas, manos trémulas que buscaban entre el revoltijo de tejidos la calidez de la piel, y piel que deseaba ser descubierta y salir de la cárcel de la ropa. A Licia le gustaban estas vísperas tanto o más que la sinfonía completa, y disfrutaba de la obertura con delectación, no porque le fuera a desilusionar la fase siguiente, sino porque en los preludios cabían todos los futuros, todas las ensoñaciones. Después, la partitura se ejecutaría con sencillez o con maestría, con vulgaridad o con excelencia, pero en estos proemios se podían albergar las ilusiones más fantásticas y los palpitos más disparatados, y por eso había una lucha soterrada, muda, implícita, entre las prisas funcionales de Antonio y las demoras de Licia, ese aplazamiento para que no llegaran enseguida los compases finales.

El bosque, el Peugeot, la fuente de la Salud, no eran los lugares más propicios para las dilaciones, pero aquí no iban a llamar a la puerta, ni los veía nadie. Y Licia se valía de trucos sencillos y antiguos para diferir el coito, y alargaba los trámites, y

cambiaba de postura, y usaba la ropa todavía puesta como efugio, y se volvía golosa, mientras Antonio, enardecido como un toro, excitado como un potro, buscaba cumplir el trámite ancestral, el mandamiento de la especie, y se desconcertaba ante lo que con error interpretaba como falta de pasión, como aplazamientos motivados por falta de apetito. No tardaría en comprobar que estaba equivocado. Y es que, cuando Licia dispuso que ya bastaba de prólogos, y decidió exponer su celo con impúdico abandono, el sorprendido fue él, que no esperaba tanta furia, ni ese mordisco en el labio que le provocó una herida en la boca, y que puso entre sus caras carmines vicarios de sangre compartida, y que a Licia le hizo reír y a él le asustó, porque en la enmarañada lucha creyó que ella se había herido, sin saber que manaba de él, y que habían sido los ávidos dientes de ella los que habían abierto la piel, los que buscaban ansiosos devorarlo, engullirlo, absorberlo por todas sus cavidades, succionarlo por completo para luego volverlo a nacer, quién sabe, parirlo de nuevo, y ya siempre suyo, nunca más de nadie.

Fue una tarde ardorosa hasta la fatiga para los amantes, y muy atareada para los dos hombres de la furgoneta gris que, a través de un ordenador, captaron las imágenes que creyeron más convenientes para sus objetivos. En las indicaciones del mayor de ellos, y en la obediencia del más joven —que se parecía extraordinariamente al hombre que con una caja de herramientas y una escalera de aluminio había estado en el apartamento diez días antes—, en la discusión sobre las elecciones y los encuadres de las imágenes, no había asomo de voyeurismo o delectación, ni siquiera curiosidad. De la misma manera que las bailarinas profesionales de *striptease* no sienten el placer del exhibicionismo, tampoco estos esculcadores caían en otra curiosidad que no estuviera relacionada con el oficio. La furgoneta se alejó caída la noche, mucho antes de que los dos amantes, exhaustos por la energía derrochada, laso el cuerpo y el espíritu, salieran del apartamento y se dirigieran cada a uno a su automóvil, conviniendo en que Antonio saldría unos minutos más tarde hacia Vallefrío, para que nadie, si los veía llegar casi juntos, hiciera cábalas sobre la coincidencia.

Capítulo Octavo

Le extrañó el paquete que había encima de la mesa, envuelto en la funda de plástico de una empresa de mensajería que no era la habitual del Consejo, y tampoco se trataba del sobre de grueso papel marrón claro que servía para las comunicaciones internas. Llevaba el sello del servicio de seguridad, como garantía de que había pasado por el escáner y no se habían detectado hilos de metal, pilas, baterías y demás elementos que precisaban los paquetes bomba. Le extrañaba que la secretaria no lo hubiera abierto, porque pese a que ponía en el exterior, en letras grandes y subrayada, la palabra «personal», toda la correspondencia que llegaba allí era oficial, y tenía orden de abrirla. Si alguien poseía la suficiente confianza con el magistrado sabía su domicilio o su número de teléfono particular o el de su móvil.

Dio un mordisqueo distraído a la galleta de coco, dejó algo más de la mitad encima del platillo, y preguntó por teléfono cuándo había llegado el paquete.

—¿Qué paquete? —interrogó a su vez la secretaria.

Al cabo de pocos segundos, había entrado en el despacho y el magistrado, nada más verla, le señaló el paquete.

—Sería ayer, pero después de marcharme, y me marché muy tarde, porque esta mañana todavía no ha llegado la correspondencia —explicó ella un tanto sorprendida.

El magistrado Fernando Basantes Ortiz llamó al escolta para solicitarle que pasaran el paquete de nuevo por el escáner, y el escolta palpó por los bordes, paso los dedos y dictaminó:

—Son papeles.

—De acuerdo, serán papeles, pero que lo miren de nuevo en seguridad —reiteró el magistrado.

Los asuntos rutinarios le absorbieron el resto de la mañana y se olvidó del paquete, o más bien la preocupación de mantener un encuentro con su hija le mantuvo con una atención mecánica sobre la rutina. No sabía muy bien cómo enfocar la entrevista, pero era necesaria, porque sabía cómo podrían reaccionar las fuerzas combinadas de los servicios secretos y del Gobierno con una chiquilla que acababa de comenzar, y que podía ser triturada por la engrasada mandrinadora, antes de que pudiese reaccionar al primer horadamiento, antes incluso de que intuyera cuál era el origen de los ataques.

Sus relaciones con ella eran correctas, pero ni especialmente afectuosas, ni pasadas por la experiencia de grandes enfrentamientos. Antes de que muriera la madre recordaba algunos momentos gratos con su hija, como por ejemplo un viaje que hicieron los cuatro —también venía su hijo— a Londres, una visita en Chelsea, a una chamarilería en la que le iban a enseñar una moneda, que estaba fuera de su alcance, pero de la que le había hablado un numismático de la calle Mayor, de

Madrid. Se trataba de una moneda bizantina, en cuyo anverso se veía el rostro del emperador Filípico Bardanes, y, en el reverso, la cruz bizantina sobre un pedestal escalonado. No había durado en el trono ni siquiera tres años, pero le dio tiempo, como hacían todos los emperadores bizantinos, de fundir monedas de oro con su efigie. Había derribado a Justiniano II y lo derribaría a él una sublevación militar. Si a Justiniano II, una vez derrocado, lo asesinaron, Filípico tuvo más suerte, porque los sublevados se limitaron a arrancarle los ojos y a desterrarle. El magistrado había visto la moneda en un libro —*La iconoclastia bizantina*, de André Grabar— donde se reproducía la moneda en blanco y negro. Allí, se veían los ojos del emperador, grandes y abiertos, sin saber que se los arrancarían, puede que no por sus escasas dotes militares, sino por inclinarse hacia los monotelistas, empeñados en que Jesucristo sólo tenía una voluntad divina, aunque dispusiera de dos naturalezas. Roma repudió al emperador por hereje y no estuvo muy lejos de la sublevación.

Dejó a su mujer y a los dos niños —puede que entonces Licia no tuviera más de doce años— en una *tea shop*, con unos vasos de leche, un té, y unas porciones de tarta, y se marchó al encuentro de la moneda, dos calles más allá. Su inglés no muy inteligible y la desconfianza del anticuario se combinaron para que éste negara que tuviera en su poder moneda alguna, y el desencanto del magistrado estuvo a punto de consumarse allí, cuando se acordó de una tarjeta que le había dado el numismático de la calle Mayor. La sacó de la cartera y se la tendió al anticuario londinense. Parece que había hecho algún negocio o intercambio con el colega español, porque enseguida cambió su actitud, le hizo pasar a la trastienda, le invitó a sentarse en una silla de respaldo muy alto, tan bella como incómoda, y desapareció por unas escaleras disimuladas tras unas cortinas. La atracción por la intriga de Fernando Basantes Ortiz, que se desarrollaría tras el fallecimiento de su mujer, se sintió seducida por el comienzo de la visita, aunque sabía de antemano que no tenía dinero suficiente para la compra. Al cabo de poco tiempo, el anticuario volvió con dos estuches de cuero azul marino, envueltos en una bolsa de plástico. Cuando quitó éstas, todavía hubo de retirar unas gomas anchas que protegían cualquier fallo del cierre, y, por fin, abrió el primer estuche y apareció en un ajustado hueco redondo, la efigie del armenio que llegó a emperador. Fernando Basantes se sabía de memoria aquel rostro, pero al ver la moneda original, el brillo del oro, ese fulgor por el que el secretario de Filípico había conspirado contra su emperador para poder acuñar otra nueva moneda con el nombre de Anastasio II, que es el que eligió el antiguo secretario para reinar, se sintió conmovido. Anastasio II no tuvo la suerte de que le arrancaran los ojos, porque sus enemigos llevaron a cabo una labor mucho más completa: lo decapitaron. Era fascinante el ambiente de aquel imperio donde un emperador era asesinado por su sucesor a la espera de que a él le ocurriera algo semejante con el siguiente, una conspiración permanente, y era fascinante esa moneda que habría servido para comprar y para vender, para llevar la felicidad y la desgracia, desgastada en las aristas, perdida la exactitud de la circunferencia, porque las muchas manos por las

que había pasado desbastaron sus bordes hasta que derivó en esta forma irregular y bellísima. Le pidió permiso al anticuario para tomarla en la mano. Su alma de coleccionista tembló cuando el frío metal se unió a las yemas de los dedos, y luego en la palma de la mano izquierda, cuna improvisada donde la dejó para admirarla más de cerca.

—No es muy cara. Se la puedo dejar en 12 000 libras.

El magistrado asintió, pero contra lo previsto por el anticuario, no hizo ningún comentario protestando por el precio, ni preguntó por algún otro ejemplar. El anticuario quiso quitar la goma del segundo estuche, al que se refirió como «muy interesante», lo que significaba que serían monedas mucho más corrientes y de menor valor. Fernando Basantes atajó con un gesto la apertura del otro estuche y se quedó con la vista prendada en su palma izquierda, donde se había acomodado Filípico Bardanes. Le dio la vuelta para contemplar el motivo de la cruz, que se repetiría en la mayor parte de las monedas, excepto cuando el emperador de turno quería immortalizarse junto a algún hijo suyo. Basantes, viendo al emperador con el cetro en la mano, se preguntaba si a él también le habrían insultado los azules o los verdes en el hipódromo que construyó Septimio Severo mientras sostenía el cetro, esa contradicción de un imperio teocrático y magnicida, que se permitía con el emperador, durante su asistencia a las carreras, mayores familiaridades que las que hoy se permite la afición con el presidente de un club de fútbol del siglo XXI, cuando mira hacia el palco responsabilizándole de que no gane el equipo.

Se quedó absorto durante tanto tiempo que el anticuario de Chelsea se alertó con la sospecha de si no estaría ante un perturbado o, lo que sería peor, ante un delincuente. Pero el magistrado le devolvió la moneda con un medio suspiro desencantado, y se despidió con educada cortesía, agradeciéndole la visión inolvidable de la moneda.

Cada coleccionista presenta un cuadro morboso diferente. Fernando Basantes no pertenecía a los obsesivos, ni a los bulímicos, ni a los defraudados crónicos. Tenía algo de cada uno de ellos, pero no sufría por la falta de poder adquisitivo para aumentar su colección, ni sentía fijada la mente en una determinada moneda o en una época específica, ni acumulaba desengaños por observar cómo piezas que le gustaría poseer pasaban de largo, proporcionándole la limosna de una ojeada gratis. Se conformaba con ello. Y salió contento, y Alicia le regañó porque había tardado mucho y dos niños en una *tea shop* de Chelsea llamaban demasiado la atención, mucho más que si hubiera estado con dos perros, y su hija Licia se le abrazó como hacía tiempo que no lo había hecho, y el padre, que no era muy propenso a las demostraciones afectuosas, y ella, que era pudorosa en los gestos de cariño, se sorprendieron mutuamente, y se le quedó grabado el abrazo cálido tanto como la moneda que, más tarde, y por caminos inesperados, llegó hasta sus manos. Alicia le dijo que ahora le tocaba esperar a él, mientras ella iba a una tienda en la que se iban a aburrir, y se quedaron paseando por un mercado al aire libre, donde tanto Licia como

su hermano pudieron desprenderse del hieratismo y la formalidad de permanecer sentados frente a una mesa en la que ya no quedan rastros de tarta.

Cuando murió Oscar sintió deseos de acercarse a ella, pero se lo impedía la aparente seguridad de su hija, el temor a que pensara que actuaba por lástima, y luego, al zambullirse en la preparación de las oposiciones, en esa mecánica infernal que él conocía muy bien, no quiso distraerla, y se limitó a buscarle una preparadora que no tuviera compasión con la aspirante, porque nadie tiene compasión del opositor.

¿Cómo era su hija? ¿Era la chica disciplinada en el estudio, ordenada, convencional que conocía? ¿O las fotos turbadoras que le habían mostrado denunciaban un carácter apasionado, especialmente lujurioso? En realidad, todos podríamos aparecer como lujuriosos si nos tomaran pruebas de lo que hacemos en la intimidad. Aquella canallada, aquella violación, era lo que más le dolía de todo el asunto, porque sabía que *ellos* no se pararían en nada, y lo sabía puesto que, en el fondo, él mismo, en alguna ocasión, había sido parte de *ellos*.

Se encontraba en el peor de los lugares, a caballo entre las dos trincheras, con intereses en los dos lados, y a la espera de no salir perdedor de ambas. No, no era envidiable su posición, y tuvo ocasión de comprobarlo enseguida, cuando regresó el escolta y le dijo que en el interior había un periódico o una revista.

—¿Quiere que se lo abra?

Negó el magistrado con la cabeza, porque parecía una transferencia del peligro potencial al propio escolta, aunque hubiera comprobado que el paquete era inofensivo, y porque no eran funciones propias de un agente de seguridad.

A solas, terminó de comerse la galleta de coco, y se mojó los labios con el café con leche, porque estaba frío.

Abrió el paquete con aprensión. Dentro había un ejemplar de uno de los periódicos de Madrid, uno de los más conservadores, pero no observó en los titulares nada que le llamara la atención. Pasó la primera página y tampoco encontró nada especial. Pero en la quinta página había una pequeña sección, firmada por *El Indiscreto*, ese tipo de sueltos de algunos periódicos, donde se recogen rumores y chismes, verdades a medias y mentiras incompletas. Rodeado con el semicírculo de un rotulador verde, que alguien había trazado en la sección, leyó el siguiente párrafo: «Las relaciones entre el poder judicial y la Guardia Civil no siempre han sido afectuosas. No es necesario recordar desencuentros recientes de todos conocidos, a pesar de que las dos instituciones se caracterizan por su discreción. Pero en algún lugar cercano al Pirineo las relaciones son afectuosas de verdad. Muy afectuosas, nos dicen».

El rostro cansado del magistrado se acentuó. La piel agrisada parecía más oscura, a pesar de que la luz del sol primaveral entraba a través de los cristales blindados. «Tienen prisa —pensó el juez—. No pueden esperar y temen que algo les estalle, y no creo que sea el plutonio».

Sonaron unos golpes y entró la secretaria con un pequeño paquete en la mano:

—Ésta es una mañana de paquetes inesperados, don Fernando. Hay en el control de seguridad un señor mayor, que ha insistido en que le hiciéramos llegar este paquete. Ya está escaneado —se apresuró a aclarar, por los antecedentes—, pero no tiene cita, y en Seguridad esperan instrucciones.

—¿Cómo se llama? —preguntó el magistrado.

—Antonio Méndez Chang. Eso es lo que me han dicho. Debe ser de madre china.

—Ahora le digo algo.

Era una manera educada de solicitar que le dejara solo, y la secretaria se apresuró a volver al antedespacho, tras cerrar cuidadosamente la puerta.

Estaba tan seguro de lo que iba a encontrar en el paquete que lo abrió sin emoción y sin temblores. Sabía cómo actuaban *ellos*, y era previsible que lanzaran golpes continuos y contundentes para mostrar su influencia y su fuerza. Cuando abrió la caja de cartón y apareció la cachimba del Pipas, el ebanista que se volvió loco tras perder a su mujer y a su hija en un alud, no mostró ninguna sorpresa. La única incomodidad consistía en que debía decidir si recibía o no recibía al Coreano.

Sintió lástima por su hija. No la dejarían en paz hasta que no soltara al preso, y ella no tenía experiencia para moverse fuera de la aplicación teórica de lo que había aprendido en la Facultad, la ortodoxia de la independencia judicial que le habrían recalado en la Escuela, e incluso la insistencia sobre lo mismo que le habría escuchado a él, argumento recurrente cuando Alicia, su madre, venía con la petición de alguna recomendación sobre los negocios de Jorge Antonio, o más bien habría que decir, los negocios de Perón, manejados por el tal Jorge Antonio y alguno de los cuñados del magistrado.

Era un pichón, una ingenua que no sabía que lo era, y allí radicaba la peor de las circunstancias. El mismo no sabía muy bien cuál era el meollo de la cuestión. En efecto, podría tratarse de los cinco kilos de plutonio. Cabía esa posibilidad. No era necesario ser un experto en criminología para intuir la inestabilidad que podría causar esa noticia, no sólo en España, sino en el resto de la Unión Europea. Pero la entrevista con el propio ministro de Interior no era frecuente. Hubiera entendido el mensaje con el subsecretario del Ministerio. Las circunstancias extraordinarias no le agradaban al magistrado, porque podían suponer motivos extraordinarios e impredecibles, y lo que más le preocupaba —con ser todo eso preocupante— no era la presión que estaban ejerciendo sobre él, sino la etiología de la misma, puesto que, además, había un silencio absoluto sobre el caso del comisario.

Le preocupaba mucho más Licia que el maleante que venía a ensayar sobre él la coerción. Era curiosa la manera de relacionarse los padres con los hijos, porque Licia, que había sido una chica lista y formal, casi excesivamente formal, le había inquietado siempre, como si hubiese querido compensar la falta de demostraciones de cariño, y con Alex, en cambio, mucho más irregular e impredecible, versátil hasta la exasperación, mantenía una confianza casi permanente. Mudable Alex hasta el punto

de dejar colgada una carrera de Químicas por un puesto de tabernero, porque eso le soltó a aquel hijo de conducta inestable, cuando le comunicó que se hacía cargo de un bar: «¡Ah! ¿Vas a ser tabernero? Es un oficio complicado. Los borrachos son complicados».

Alex se le quedó mirando, la sonrisa casi perenne algo más aquietada, y le soltó:

—Los delincuentes y los criminales también son complicados.

El juez-padre, porque era tratado como juez y no dejaba de ser el padre de aquel insolente, replicó rápido, con la familiaridad que le proporcionaba la experiencia dialéctica:

—Mucho más complicados. Y bastante peores —reconoció.

Y, en cuanto Alex recuperó la sonrisa, remató:

—Pero ellos no me pagan. No son mis clientes. En cambio, a ti te pagarán los borrachos.

Alex no era rencoroso, ni suspicaz. Y, secretamente, a su padre, sin querer reconocerlo, le gustó siempre esa rebeldía, la determinación irreflexiva de salirse del camino trillado de la burguesía, aunque en aquel momento temiera lo peor. Había visto pasar ya a muchos despojos de veintipocos años, que se habían iniciado en la nocturnidad alcohólica, habían pasado a las drogas mal llamadas blandas, y se habían despeñado por la rápida ladera de la autodestrucción. De vez en cuando, caía por las dependencias una chica joven y de aspecto descuidado, demacrada, con la mirada brillante y la actitud hiperactiva o lasa y desmayada, según se le hubiera pasado o no el efecto de la droga, y en la filiación sospechaba la relación con alguno de los apellidos ilustres, sospecha que se veía enseguida confirmada porque el padre, la madre, la familia, se movilizaban hasta que él recibía la llamada de un compañero, de un conocido, de alguien que pedía clemencia o una encubierta prevaricación.

Cuando aquel muchacho a punto de terminar la carrera de Químicas dejó colgados los estudios, porque había decidido que la rentable actividad de los fines de semana, la explotación de un bar de copas, se convirtiera en su medio de vida, sintió el miedo responsable de cualquier padre, pero no le duró demasiado. Había algo desconocido que le merecía la confianza en Alex, de la misma forma que respecto a Licia siempre había percibido una especial fragilidad de la que ningún espectador objetivo hubiera notado síntomas.

En apariencia, delante de Licia mostraba una preocupación exagerada por Alex, e incluso le preguntaba a ella noticias de cómo le iba, por intentar alguna complicidad, pero Licia, en ese aspecto, mantenía la misma posición que su padre y consideraba que su hermano podía cuidar de sí mismo sin ninguna ayuda.

Por eso, en aquella mañana de paquetes y sorpresas, su obsesión era la manera en que podría abordar con Licia una conversación inaplazable, más que los modos con los que recibir a un chantajista.

Sopesaba la conveniencia o no de dejar él mismo algún suave recado. Estaba un poco harto de ser el polichinela sobre el que caían todas las bromas pesadas de esa

fiesta que podía tener un final macabro, y disponía de algunas piezas de mucho valor. Como si supiera que llegaría un momento similar a éste, disponía de una documentación, no muy abundante, pero de calidad, entre la que figuraba desde una nota manuscrita de un presidente de Gobierno —aparentemente inocua, pero que relacionada con otros documentos podría constituir un escándalo— hasta una detallada relación de cuentas numeradas que una vez pasó por sus manos, y cuyo desvelamiento de titulares podría causar estragos.

Sopesar no era decidir, ni mucho menos. Él sabía que la guerra, en cuanto se declara abiertamente, proporciona una información exacta del momento en que empieza, pero se desconoce la fecha de su terminación. Y las guerras sólo finalizan después de que haya víctimas, desgaste y tanta desolación que conviene su conclusión tanto al vencedor como al vencido.

A *ellos* era muy difícil vencerles. Se les podían causar bajas y molestias, destrozos parciales e incluso hacerles sufrir con el miedo que *ellos* repartían con tanta desenvoltura como destreza, pero era una locura pensar en la victoria.

No le desalentó esta reflexión más de lo que ya estaba, y puede que espoleara su curiosidad por recibir al Coreano, que sería una manera de tantear a las huestes del campo contrario, un procedimiento para sopesar la moral del otro lado, aprovechando que todavía no se descartaba que el magistrado no fuera a formar parte, como tantas otras veces, de *ellos*.

Pulsó el interfono y le ordenó a la secretaria que recibiría al... casi estuvo a punto de decir «al Coreano», hasta que tras una pausa pronunció los dos apellidos que ya había olvidado, «al señor Méndez Chang», y se dispuso a un encuentro tanto más desagradable cuanto mayor iba a ser la cortesía de ambos, porque estaba seguro —y ahora lo recordaba— del papel falsamente humilde que sabía interpretar el Coreano.

No era lo mismo intuir de antemano los acontecimientos, prever las situaciones que pueden producirse, a encontrarse inmerso en ellas. Al principio, le costó distinguirlo. Recordaba a un individuo más rudo y áspero, más vulgar, y, también, más domesticable, a pesar de que en el fondo de la mirada había una resolución firme, un aviso de entereza ante las decisiones tomadas. El individuo que entró en el despacho vestía unas ropas discretas y elegantes, y andaba con una pausada desenvoltura que, sin llegar a ser exquisita, indicaba un cambio notable no sólo achacable al vestuario.

El magistrado no quiso parecer grosero y tenerlo de pie, mientras fingía repasar unos papeles, pero tampoco estaba dispuesto a mostrarse afable con el enemigo, así que optó por seguir mirando unos papeles y le indicó con un gesto que se sentara. Al cabo de los minutos que consideró pertinentes, levantó la vista y adelantó la barbilla hacia delante, mientras dejaba que el otro moviera el peón de salida con un «Usted me dirá».

El hombre adelantó ligeramente el tronco y, al darle la luz que se filtraba por las cortinillas, se pudo contemplar un rostro de septuagenario avanzado que no tardaría

mucho en adentrarse en el imprevisible campo de la ancianidad.

—Le quiero pedir disculpas por haberle molestado. Posiblemente no me recuerde... —y dejó una pausa intencionada, aguardando un desmentido que la impertérrita expresión del magistrado no parecía dispuesta a proporcionar—. Pero si he cometido la impertinencia de venir a verle ha sido por un hijo. Ya sabe que los hijos son para siempre, y siempre nos producen inquietud.

Hablaba mucho mejor que antes. Se notaba que el contacto con los delincuentes dedicados al robo de coches de lujo producía efectos distintos que la relación con el mundo de la chatarra y el desguace.

—No tengo que señalarle a usted lo importante que son los hijos para todos los padres —prosiguió el Coreano, y aquí el magistrado comenzó a percibir una alusión a su propia hija—, y lo que nos obligan a hacer, y lo que seríamos capaces de hacer por ellos.

Ellos, no los hijos, sino *ellos*, le habían dado un cursillo acelerado. No era posible que él mismo hubiera hilvanado un discurso tan certero y tan apropiado.

—Me imagino —intervino de manera algo brusca el magistrado— que no ha venido a interrumpirme el trabajo esta mañana, y se ha presentado aquí, sin solicitar una cita previa, para hablarme del amor paternal.

—No, no, por supuesto —pareció disculparse, pero la manera mecánica de negar y la falta de nerviosismo o desconcierto evidenciaba que se trataba de una fórmula retórica—. No me lo perdonaría —continuó con la indulgencia suficiente para demostrar que no se lo perdonaría, porque ni siquiera se llegaría a plantear que aquello constituyera una falta, por más que no dejara de pedirle perdón y de justificar esta intromisión en su despacho.

—Si me quiere ayudar, tal como dice —intervino el magistrado con la misma expresión seca—, lo mejor será que me diga cuál es el motivo de esta extraña visita.

Al hombre no pareció afectarle el tono distanciado, y él siguió hablando, como si le hubiera recibido cordialmente:

—Yo le estoy muy agradecido a usted, mucho. Porque usted me ayudó cuando mi hijo estaba a punto de echarse a perder, y me auxilió cuando más lo necesitaba, y me echó una mano cuando comenzaba a ir por malos caminos.

De no ser porque el rostro de su interlocutor permanecía completamente serio, hubiera pensado que le estaba tomando el pelo. Habían pillado a su hijo con unas metralletas y unas pistolas bajo el capó de su automóvil, o sea, nada, unas niñerías que sirven para atracar y matar a personas inocentes, y se trataba de un hijo que había vuelto por el camino del bien.

—De no ser por usted —reanudó su discurso, como si todo lo expuesto fuera la más elemental de las coherencias— se habría convertido en un desgraciado.

«Y no es un desgraciado: es sólo un traficante de armas», pensó el magistrado desconcertado por el descaro de su visitante. Y decidió seguir el juego:

—Entonces, ¿qué fue de él? ¿Entró en el seminario? ¿Ha profesado en alguna orden religiosa?

—No me hubiera disgustado —consideró el Coreano, sin inmutarse por la ironía—, pero me parece que no tenía disposición para ello. Recordará lo travieso que era...

—No, si le soy sincero, no me acuerdo. Casi podría asegurar que incluso de usted me acuerdo muy vagamente.

El Coreano asintió, como si esa explicación fuera algo que estuviera esperando:

—Es lógico. ¡Han pasado tantos años!

—Demasiados —corroboró el magistrado.

—Pero no tantos como para que se me olvide el agradecimiento. Si de bien nacidos es ser agradecidos, yo le estoy muy agradecido a usted.

—Y ha venido a demostrarme su agradecimiento, por lo que veo. Precisamente esta mañana. Pues me satisface, pero si no tiene nada más que añadir, le aseguro que hay un montón de asuntos de los que me tengo que ocupar, y todos urgentes. Se dice que la Justicia es lenta, y puede que lo sea de puertas para afuera, pero de puertas para adentro casi todo es urgente.

E hizo ademán de levantarse a medias, no con la esperanza de que el Coreano le fuera a imitar, pero sí con la curiosidad de contemplar algún tipo de desconcierto. No lo hubo. El Coreano permaneció sentado, sin decir nada, pero expresando en su gesto que no se había terminado la entrevista.

El magistrado volvió a sentarse y aguardó a que el otro abriera el muestrario de las amenazas. A pesar de que pudiera guardar en algún sitio el parachoques del automóvil, que tal vez conservara rastros de sangre del Pipas, y todo eso suponiendo que hubiera muerto, porque nunca se supo lo que sucedió, tampoco se había encontrado en ninguna parte el cadáver. No desechaba la posibilidad de que el Coreano, una vez atendido, le hubiera proporcionado al pobre alcohólico algo de dinero con la condición de que desapareciera de Vallefrío. O le amenazara de alguna forma. O ambas cosas a la vez.

Era curioso lo que había temido este encuentro, el nerviosismo con que lo había aguardado en muchos momentos de su vida, y el escaso temor con que lo estaba afrontando. Lo que sí sentía el magistrado era ansiedad por saber con qué nuevas coacciones le iban a sorprender.

—Mi hijo no es un delincuente. Colabora con la Policía. ¿Sabía usted que colaboraba con la Policía?

—No, por supuesto. Me sorprende lo mismo que si me dijera que se había marchado a Australia.

—Pues sí —prosiguió machacón—, colabora con la policía y anda metido en una operación muy peligrosa. Con traficantes de armas. Mala gente.

Hizo un gesto de repugnancia al decir *mala gente*, como hubiera hecho un inocente y casto párroco al referirse a un grupo de macarras que explotaran a pobres y

desamparadas putas. Si no hubiera sabido perfectamente que el tipo que estaba enfrente había sido un delincuente habitual, padre de delincuentes, que trapicheó con la chatarra, con el tabaco, con el robo de automóviles de lujo, con la droga y, ahora, al parecer, con las armas, podía haberle convencido de que en realidad estaba dialogando con un representante de la asociación de padres cristianos.

—Le ha podido costar la vida. Infiltrarse con esos tipos le ha podido costar la vida. Por fortuna, no lo descubrieron, pero hubo un malentendido y está detenido.

—No se preocupe. Si ha estado colaborando con la Policía, la Policía sabrá cómo ponerlo en libertad. Creía que tenía usted algún problema, pero estando la Policía de su parte no tiene nada que temer. Tenemos una buena Policía, se lo aseguro. Bueno, desde hace algunos años no estoy en contacto directo con ellos, pero se trata de gente que no deja tirados a los suyos. Y le felicito por el buen camino de su hijo... Ahora empiezo a recordar. Era un chico bastante violento.

—No es tan fácil como parece. Lo ha detenido la Guardia Civil y lo ha puesto a disposición judicial; y el juez, bueno, la juez, ha ordenado su ingreso en prisión sin fianza.

—Será algo momentáneo. Bastará con que la Policía aporte el informe correspondiente al sumario, acredite que se trata de un colaborador, y el juez sobreseerá la causa.

El Coreano suspiró con paciencia. Cada vez que se incorporaba y levantaba el rostro, la luz denunciaba un rostro viejo y cansado, donde sólo las pupilas oscuras proyectaban una dura fuerza.

—No es tan sencillo. Yo no entiendo de estas cosas, pero se trata de una operación muy complicada, muy... secreta, y no van a presentar ningún informe.

—Los jueces se basan en hechos, no en presunciones. El juez que sea necesita hechos y pruebas. Debe usted insistir con la Policía. A un juez no se le puede contar la historia de un viaje, sino que hay que llevarle el billete del ferrocarril o del avión y la declaración de un testigo que vio al viajero en el tren o en el avión. Y entonces el juez anota que hubo un viaje. Así funcionan las cosas. Así es la legalidad.

—Usted sabe —y la voz del Coreano sonó esta vez demasiado ronca— que existen ocasiones especiales, momentos en la vida en los que, como a veces hace Dios, se pueden escribir con renglones torcidos cosas derechas.

—Eso está muy bien para Dios. Pero un juez no es Dios. Se limita a interpretar las leyes y a aplicarlas. Si escribiera con sentencias torcidas, el que iría a la cárcel sería el juez.

—No estoy pidiendo una barbaridad. Estoy solicitando que me concedan la posibilidad de abonar una fianza, por alta que sea, para que mi pobre hijo no esté en la cárcel. Porque... Porque yo sabré esconderle hasta que lo llamen a juicio.

—Puede que lo que tema el juez sea que, una vez abonada la fianza, haya escondido usted a su hijo en un lugar tan oculto que no comparezca el día del juicio.

El Coreano se levantó indignado. Por un momento, el magistrado temió que se abalanzara sobre la mesa e intentara agredirle. Luego volvió a sentarse con aspecto desalentado. Si era una actuación, merecía un premio de interpretación, pero se bosquejaba algo sincero, porque el temblor de la mano derecha no podía ser consecuencia de una teatralización. Al fin y al cabo, el Coreano no provenía del Actor's Studio, sino de un desguace de un pueblo de los Pirineos.

—No se lo tome a broma, don Fernando —y al pronunciar su nombre, la frase parecía revestirse de un tono testamentario—. Se trata de algo muy serio, y a mi hijo lo quiero fuera de la cárcel, no para que esté más cómodo, creo que ni siquiera para proporcionarle una huida para siempre, como usted barrunta, y conste que lo he pensado, sino por algo mucho más grave y más urgente: por salvar la vida de mi hijo, porque a mi hijo me lo pueden matar en la cárcel.

El magistrado estuvo a punto de argumentar que a los colaboradores de la Policía nunca los mataban en la cárcel, acaso fuera, y que dentro gozaban de tratos de favor, pero se había pasado el juego dialéctico y las palabras del Coreano sonaban tan dramáticas como francas.

El magistrado decidió dejar de parapetarse tras la mesa, salió fuera y se sentó en el sillón confidente vacío. Se inclinó hacia el hombre abatido y preguntó con más dulzura que antes:

—¿Qué le hace pensar que vayan a matar a su hijo en la cárcel?

El Coreano le observó con desconfianza inicial. Casi se había acostumbrado al despego anterior y recelaba de este cambio de actitud tan repentino. No obstante, había perdido ya el dominio de la situación; en realidad había mostrado sus cartas, y no podía echarse atrás.

—Es verdad que ha estado trabajando para la Policía. Y supongo que para él. Pero ha estado trabajando para la Policía. Es un turbio asunto de tráfico de armas. Yo no sé demasiado, pero sí lo suficiente como para no albergar dudas de que hay juego sucio dentro de la Policía. Y mi hijo sabe bastantes cosas. Tantas, que le podrían costar la vida.

El magistrado no hizo ningún comentario. Estaba pensando con toda rapidez sobre el cambio de actitud, porque creía que este hombre venía a presionarle, y en realidad parecía que le estaba pidiendo ayuda sincera. Claro, que esa sincera ayuda que le solicitaba coincidía con los objetivos de *ellos*, y ahí era donde chirriaba el montaje; o a lo mejor, no era un montaje. No sabía si adentrarse en el paternalismo, en la cercanía, o volver al hostigamiento anterior, a la distancia sin afecciones. Adoptó una actitud neutra:

—En realidad, no sé que espera usted de mí. El Coreano pareció despertar del abatimiento, se inclinó hacia delante, y le solicitó con energía:

—Que me ayude, don Fernando, que me ayude. Una vez le ayudé a usted. Y no debía decir esto. Pero necesito su ayuda. De verdad. No entiendo mucho cómo funcionan las cosas entre ustedes, porque yo siempre he estado en la otra parte, en el

banquillo o con el abogado defensor, pero alguna manera habrá de que... de que no me maten a mi hijo.

—Parece darlo como seguro. —Soy viejo. He visto muchas cosas. De pronto, el magistrado sintió una mezcolanza de fatiga y de irritación. La enojosa visita le empujaba a justificarse a su pesar, a repasar su conducta, como si en lugar de hallarse ante un facineroso padre de otro facineroso, se le presentara un investigador especial, un colega solicitándole cuentas del pasado.

Había sido un juez justo y eficaz. Había entendido que la aplicación estricta de la legalidad no siempre es lo mejor para preservar a la sociedad de los criminales, y no había cerrado los ojos ante nada, pero los había entrecerrado en algunas ocasiones puntuales, porque era la única manera de permitir que se cumpliera el espíritu de la ley y evitar que la ley se convirtiera en el parapeto de los malhechores. Y, luego, tras la muerte de su esposa, había admitido gratificaciones, sí, pequeñas desviaciones por un asesoramiento puntual, por la búsqueda de un punto de vista diferente que podía cambiar una sentencia, pero dentro de la más estricta legalidad. No había alterado el precio de las cosas, ni había manipulado, ni había prevaricado, eso jamás, porque se consideraba incapaz de dictar una sentencia injusta. Había sido un fiel guardián de la Justicia, y si se había aprovechado de las amistades, de los contactos para su promoción personal, había sido siempre sobre la base de su propia y reconocida valía, y estaba seguro de que jamás había pasado por delante de alguien con méritos superiores. Si acaso, los mismos, pero eso era lícito y constituía una conducta normal en cualquier profesión. Él no era como Víctor, que se consideraba el guardián de la pureza, pero que militaba ideológica y permanentemente en un comunismo trasnochado, reciclado en ecología y anticapitalismo de los sesenta. Su ideología, en cambio, era el bien de la sociedad, y si para eso debía colaborar con la Administración, colaboraba dentro de unas reglas aceptables. Y, si eso se traslucía en alguna recompensa —económica en el ámbito particular, social en el político—, no lo convertía en un bandolero.

Él no se reunía con los comités electorales de los partidos de izquierda como Víctor para redactar programas políticos. En el fondo, sentía desdén por la mayoría de los políticos que había conocido. Salvo dos o tres, con altura de miras, con elegancia, con vocación de transformar y de servir los intereses de la nación, la mayoría formaban un ganado con necesidades urgentes de mejora. Hombres y mujeres que en la vida civil apenas habrían podido escalar hasta unos modestos niveles profesionales, gozaban del poder que concede la Administración, del poder litúrgico —escortas, coches oficiales, reconocimiento social— y del poder efectivo, es decir, de traducir sus pobres y raquílicas ideas en órdenes ministeriales y decretos que cambiaban la vida de los ciudadanos y les obligaban a reformar las puertas de sus ascensores, a estudiar una u otra carrera, a pagar más o menos por sus viviendas, a encontrarse con trabajo o en el paro, dependiendo del porcentaje de tonterías económicas que les diera por ensayar. Cuando un juez dictaba una sentencia, la

sentencia era pública y se podía criticar, o disentir de ella, o recurriría. Cuando el político dictaba una norma, se podía protestar, pero la norma seguía vigente, condicionando, influyendo y disturbando la vida de los obligados por la normativa. Las equivocaciones de un arquitecto se pagaban con la cárcel; las de un juez, con el desprestigio; las de un político, en la mayor parte de las ocasiones; con el olvido indiferente. Y, sin embargo... Debía confesar, a su pesar, que se sentía halagado cuando el político le pedía ayuda, un eufemismo pactado, porque los políticos nunca piden: exigen o mandan. Pero en esas ocasiones la ceremonia exigía humildad formal en el ordenante, mientras el ordenado buscaba la manera de disfrazar la irregularidad en una razonada gestión, dentro de los cauces, en una explicación argumentada que abriera la posibilidad de entrar a saco en la normativa. Existía, asimismo, una vanidad más imprecisa y de imposible definición, que como todas las vanidades no se traducía en beneficio concreto, y era hallarse en el meollo de las grandes cuestiones, participar del secreto de esos asuntos que aparecían encabezando los noticiarios de televisión, sentirse miembro de la exquisita secta de los que deciden. Cuando en una reunión social, un alto cargo le tomaba del brazo, y lo llevaba hasta un rincón, mientras alrededor se creaba una cierta expectación por la naturaleza de las conversaciones, y sentía la atención centrada en su persona, aunque simplemente se le trasladara el agradecimiento del ministro de turno y, en ocasiones extraordinarias, del propio presidente, volvía a los grupos con la aureola de los iniciados, y con la seguridad de saberse envidiado y respetado en proporciones semejantes.

Había prestado buenos servicios al país. Se había arriesgado, también, porque en caso de error, los políticos, como las ratas, son los primeros que huyen. Y había aplicado su sapiencia y su inteligencia al servicio noble de la sociedad. ¿Qué hacía allí con el antiguo chatarrero, indigno testigo de un episodio casi juvenil, donde la fatalidad se alió con la mala suerte?

—A pesar de todo —insistió el magistrado, mientras la habitual fatiga de su rostro parecía acentuarse—, creo que exagera.

El Coreano le observó como si no acabara de creerse lo que le decía su interlocutor. Despacio, echó mano a uno de los bolsillos interiores de la chaqueta, y extrajo un sobre de color manila. Dentro había un papel blanco que tendió al magistrado. Éste alargó el brazo para ponerse las gafas que había dejado sobre la mesa, y leyó con aprensión preocupada la citación judicial a Antonio Méndez Chang, en relación con la aparición en la Laguna Negra de un cuerpo todavía sin identificar. Con arreglo a las leyes vigentes, el citado podía acudir a prestar declaración solo o en compañía de un abogado. Y la citación estaba firmada por la juez titular del juzgado de Vallefrío, por su propia hija.

—¿Lo comprende ahora, don Fernando? Me quieren acorralar a mí. Pero es posible que lo que busquen sea acorralarle a usted. Ayúdeme, don Fernando.

El magistrado se hallaba sorprendido. Y confuso. No entendía con claridad el motivo de la citación, ni se explicaba muy bien el papel que podía desempeñar el

desgraciado que tenía delante. Desde el principio de la entrevista había logrado casi alejarse de sí mismo, excepto cuando se irritó por verse envuelto en la maraña del chatarrero, pero aquel elemento nuevo le desconcertó. Preguntar por el cuerpo aparecido en la Laguna Negra, «todavía sin identificar», según decía literalmente la citación —aspecto que le parecía una ingenuidad, porque el testigo o el imputado no tenían por qué conocer detalles del sumario—, le parecía una peligrosa obviedad, y no inquirir sobre el origen y las circunstancias de la citación le dejaba al margen. Se decidió por un comentario neutral, envuelto en una pregunta:

—¿Qué ha pasado para que le citen?

—¿De verdad no lo sabe? —repreguntó extrañado el Coreano.

El magistrado volvió a experimentar la molesta sensación de que la situación dejaba de estar dominada por él. Dar explicaciones sobre la ignorancia de las actuaciones de su hija era humillante desde cualquier punto de vista, porque ni tenía la obligación de dar explicaciones, ni era el momento de impartir lecciones sobre deontología profesional, que excluye, lógicamente, a la familia de las actuaciones profesionales. Por otra parte, aceptar que se encontraba ignorante de todo lo ocurrido, le colocaba en una posición desairada frente a su visitante. Optó de nuevo por una fórmula ambigua:

—Me gustaría escuchar la versión de lo ocurrido en sus propias palabras.

El Coreano le observó con cierta incredulidad, pero la expresión del magistrado se mantenía flemática, como si en efecto se dispusiera a prestar atención a su versión de los hechos.

—Poco más o menos, todo empezó cuando unos chiquillos, jugando en la Laguna Negra, encontraron unos huesos que llevaron al veterinario para que les dijera a qué animal pertenecían. El veterinario, en cuanto los vio, acudió a casa del médico, porque parecían los huesos de una mano humana, no sé si de hombre o de mujer. Y, luego, pues ya se puede imaginar, el revuelo, dragaron la laguna y encontraron una tibia y unas vértebras con algunas costillas...

El Coreano había bajado púdicamente la cabeza hacia el suelo y parecía que le estaba hablando a la desgastada alfombra.

—¿Por qué le citan a usted?

El hombre no responde, mira hacia la bandera española que se encuentra sobre el mástil, a la derecha y detrás del sillón, como si acabara de descubrirla en ese momento, y parece dudar sobre lo que debe decir. Se decide y comenta:

—Creí que lo sabía usted.

¿Le tiene que dar explicaciones? ¿De nuevo tiene que justificarse o declarar su ignorancia? ¿Sería mejor pasar al antedespacho y hablar por teléfono con su hija?

—No, no lo sé.

—Lo sabrá su hija.

El magistrado resuelve aclarar el escenario en que se desenvuelven los acontecimientos y expone rotundo:

—A los efectos que nos ocupan, no es mi hija. Y si fuera una ingeniero que estuviera diseñando un nuevo modelo de automóvil, tampoco sería mi hija, ni yo debería influir en si el modelo debe tener dos puertas o cuatro, o tres o cinco. Es mi hija si viene a mi casa, y recupera su habitación, o si nos vamos de paseo. ¿Entiende? Hay decenas de mujeres ejerciendo de jueces, y no le comentan a sus padres ni una sola palabra de lo que hacen. ¿Está claro? Volvamos a las causas. ¿Por qué le citan?

El Coreano inicia un gesto de impotencia que ataja el magistrado:

—Vamos, vamos, usted siempre ha sabido lo que ha ocurrido en esos juzgados. Lo sabía hace años y lo sabrá mucho mejor ahora, porque tiene más influencia, más dinero y más poder. ¿Por qué lo citaron?

De repente, en el Coreano aparece una expresión acobardada, y los ojos duros parecen ablandarse, y buscan presencias fantasmales detrás de la bandera. Dice en un tono más bajo:

—Un anónimo.

—¿Un qué?

—Un anónimo. Su hija... quiero decir, la juez, recibió un anónimo en el que se le indicaba que la persona que podría dar datos sobre los huesos encontrados era yo.

La peor de las hipótesis se cumplía. El magistrado quedó un momento en silencio y, luego, se puso a pasear por el despacho. No hacía falta ser un detective para deducir la etiología del anónimo. El padre, en algún momento, le habría comentado al hijo el suceso del Pipas. Y el hijo, en esas oscuras relaciones, en la diluida frontera entre el delito y el servicio, en algún momento en que estuviera en deuda y no tuviera nada que ofrecer, precisamente cuando algo le tendrían que perdonar, habría soltado lo del Pipas. Pero a un policía corriente un suceso de hace muchos años, aunque pueda afectar presumiblemente a un juez, le sirve de muy poco. Necesita material que pueda traducirse en una detención brillante, en la desarticulación de una banda, en la detención de algún tipo peligroso, en algo concreto. Ese otro material requiere el esfuerzo de abrir una línea de investigación sobre una base insegura para desbrozar un camino que puede conducir a ninguna parte. A no ser que el policía tenga otro tipo de contactos. O el jefe del policía. Y a esos contactos sí que les interesan estas historias, y las agradecen, porque *ellos* son especialistas en esa clase de material. De no ser tan grave y tan peligroso, de no afectarle a él directamente, el magistrado podría esbozar una sonrisa, porque la deuda sin cobrar del Coreano puede que no se la pague nadie o puede que se la abonen a través del rocambolesco procedimiento de presionar al padre del encarcelado para que el padre de la juez se percate, con absoluta nitidez, de que le tienen atrapado por los cojones.

El magistrado lo supo en cuanto oyó mencionar el anónimo. Todo era anónimo cuando intervenían *ellos*. Lo malo era que él tenía nombre y apellidos. Y su hija, también.

Después del breve paseo, decidió sentarse en su sillón, se parapetó tras la mesa, y le soltó al inoportuno visitante el mensaje correspondiente a uno de los variados

formularios al uso:

—No se preocupe. Haré todo lo que esté en mi mano. No le puedo prometer nada, porque sabe usted que se trata de un asunto delicado, pero no dude que me voy a tomar todo el interés.

Se levantó para indicar que la entrevista había terminado, mientras el Coreano, que parecía mucho más viejo que cuando entró, parecía un poco desconcertado del desenlace de la reunión y no se decidía a marcharse.

—Créame —añadió el magistrado—, que yo también soy un hombre agradecido, no le quepa a usted duda. Y que tengo memoria. Espero que todo concluya felizmente.

El Coreano alargó la mano diestra que el magistrado tomó sin mucho entusiasmo y presionó con esa fuerza que tienen algunos viejos en determinadas ocasiones. El magistrado se quedó sorprendido del vigor del saludo, mientras escuchaba otra frase del formulario, esta vez desde el otro campo:

—Eso espero, don Fernando.

Y la mirada volvía a ser dura y penetrante.

Se volvió despacio y caminó hacia la puerta. Fernando Basantes dudó en acompañarle, pero algo consciente o subconsciente le indicó que puesto que el recibo al cobro ya no pertenecía al visitante, podría ahorrarse el esfuerzo. Puede que por eso, cuando el hombre ya estaba cerca de la puerta, le advirtiera:

—Perdone, pero se deja una cosa.

El Coreano se volvió despacio, y observó cómo el magistrado le indicaba algo que había encima de su mesa y que no alcanzaba a distinguir. Volvió sobre sus pasos y, al llegar al borde, el dedo del magistrado le señaló una cachimba.

—Puede servirle de tarjeta de visita la próxima vez.

—Si hay una próxima vez, será que no han ido las cosas bien, y no harán falta tarjetas.

El magistrado pasó por alto la aparente amenaza y se limitó a contemplar cómo el Coreano tomaba la cachimba y se la introducía en el bolsillo de la bien cortada americana. Recordó nítidamente la ocasión anterior en que había hecho lo mismo. Entonces él era un juez asustado, y el otro, un delincuente con experiencia. Pero ahora, por distintos motivos, estaban asustados los dos, aunque la elegante americana del Coreano no se pareciera en nada al tabardo que llevaba en Vallefrío, y el despacho, esta vez, fuera mucho más amplio, elegante y poderoso. ¿Poderoso? Parecía una acepción demasiado optimista a la vista de los acontecimientos.

Capítulo Noveno

Varias semanas antes de tomar la decisión de alquilar el apartamento en Jaca, Licia se vio algo trastornada por la aparición de los restos óseos en la Laguna Negra, que la obligaron a presenciar parte del macabro rescate, y que le hicieron frecuentar de nuevo el círculo social de Vallefrío, puesto que no había persona relevante o no, joven o vieja, que no se acercara a ella, como si tuviera la llave del misterio y fuera a ilustrarle sobre la enigmática clave de una historia espeluznante. Hasta el notario, y la mujer del notario, la campeona de jaquecas del Pirineo español, le instaron a una cena a la que acudió también el misógino del médico para desagrado de Licia, cuyo objetivo no era otro que conocer de primera mano lo que ambos sabían de los huesos humanos hallados de forma tan casual. En cuanto el médico se declaró incompetente para emitir juicios, y Licia confesó que lo único que se sabría de nuevo llegaría con el informe del forense, la mujer del notario, hasta entonces vivamente interesada, y al parecer curada de su dolencia crónica, sufrió una de esas migrañas repentinas que precipitaron la conclusión de la velada para alivio del médico y de la propia Licia, que se despidieron con alegría contenida en cuanto la doliente se retiró a sus habitaciones.

El anónimo arribó al día siguiente de la llegada del informe del forense, y Licia consultó con el secretario del juzgado. Se trataba de una hoja din A 4 de ordenador, en forma de carta, que decía así:

Señora juez:
Cerca del juzgado, empadronado en Vallefrío, vive el ciudadano Antonio Méndez Chang. Posee información suficiente para desentrañar el misterio del cuerpo encontrado en la Laguna Negra.
Suerte.

La impresión era limpia, el sobre blanco y normal, la dirección puesta con etiqueta, también de ordenador, es decir que sería inútil dársela a Antonio en busca de huellas, porque no existirían. Le consultó al secretario, un hombre de edad mediana, escéptico para la vida y el trabajo, un escéptico a tiempo total, que le dio su opinión sin dudar:

—Depende de lo que quieras complicarte el trabajo. Un anónimo es un anónimo. Puede ser un envidioso. O alguien que quiere molestar al mencionado. Si quieres complicarte la vida, llámalo. Es un pájaro. No creo que le saques nada.

Nada hizo de momento. Pero el segundo anónimo le inquietó. No tenía trazas de ser un vecino envidioso, o una de esas venganzas pueblerinas. El redactor sabía algo más de lo que decía, y la insinuación de que también podría preguntar a un juez que estuvo destinado allí, cuando ella todavía no había nacido, le produjo una

desazonante sensación que decidió sanar de una manera directa y contundente, aunque la solución supusiera hacerle el juego al autor del anónimo: llamar a declarar al señor Méndez Chang.

¿Por qué no habló con su padre? Es probable que lo desechara fundamentado en el anónimo. Alguna conversación recordaba, alguna opinión de su padre había escuchado y se había refugiado en la memoria con el sigilo con el que se guardan y se archivan opiniones y doctrinas, como animalillos frágiles que buscan cobijo por los entresijos neuronales y aparecen, de pronto, asociados a otros sucesos de los que se consideran parientes o allegados. Puede que en los preludios de las cenas que se organizaban cuando todavía vivía su madre, y en las que era de obligado cumplimiento salir de su habitación para saludar a los invitados, hubiera escuchado a su padre adoctrinar al respecto, a pesar de que la liturgia de su aparición solía quebrar el temario de lo que se hablara para centrarse en su protagónica y odiada comparecencia. Ella tendría doce o catorce años, se sentía insegura, por dentro y por fuera, y tenía que escuchar educadas admiraciones sobre su desarrollo, y melifluos adjetivos sobre su doncellez, entre los que se clavaba como un patinete en el tobillo lo de «está hecha toda una señorita», malvada mentira que le obligaba a reflexionar sobre el asunto que más le desconcertaba y era, precisamente, el de que no era una *señorita*, porque las *señoritas*, o sea, las chicas mayores, se pintaban la cara y salían por la noche, y vestían de otra manera que las estúpidas faldas y los jerséis llenos de dibujos horribles con los que tenía que transigir para poder, de vez en cuando, lograr que su madre accediera a comprarle unas botas, una falda estrecha, alguna concesión compensatoria a las suyas.

Miraba a las mujeres con una mezcla de envidia y de desprecio, a los hombres con timidez; se quedaba un rato, no demasiado, hasta que una señal de su madre, un mero gesto de la cabeza que hacía brillar el pendiente de perla, le indicaba que debía despedirse.

Que fuera menor de edad no significaba que fuera estúpida y, poco a poco, se fue percatando de cómo las incitaciones a ella y a Alex para seguir la *brillante carrera de tu padre* no eran estímulos dirigidos con afecto, sino halagos al anfitrión, una manera indirecta de alabarle en la persona de sus hijos. Asimismo, observaba cómo su padre se mostraba más desdeñoso, o más frío, entre iguales o colaboradores, y algo más inquieto y más vivaz cuando los invitados tenían una jerarquía superior. No es que resultara muy evidente, pero si con la aparición de su hermano y de ella su padre se mostraba indiferente era que no había ningún personaje de relieve. Ahora bien, si asistía alguien a quien había que causarle una impresión irreprochable, notaba la mirada de su padre sobre ella, pendiente de sus palabras, como el domador que comprueba si el perro amaestrado, fuera de la sujeción de la correa, se comporta conforme a lo enseñado.

Y, sin embargo, su padre nunca se había mostrado como un domador. Su educación, tanto la de ella como la de su hermano, había recaído en las dos Alicias,

en la madre y en la abuela, mucho más permisiva la madre que la abuela, parece que al revés de lo que suele suceder según le habían contado a Licia, quién sabe si —y esto era una teoría elaborada por la propia Licia— debido a la imposición de un rigor mayor a sí misma por parte de su abuela, como si su aventurera escapada, el inicio insólito y bohemio de su matrimonio, hubiera sido una vacuna que la alivió de cualquier tentación frívola, como si la novelesca huida rematada con final feliz, y que escandalizó en su tiempo a toda la población de Béjar, hubiese consumido todas las rebeldías que albergaba la hija del notario.

Cuando estudiaba la eso, en un viaje de estudios, o en una excursión organizada por el colegio, visitaron Salamanca. Posiblemente ya había muerto su madre, porque estuvo a punto de no ir, y era un curso o dos antes de la selectividad. El caso es que, con la excusa del plateresco o de lo que fuera, los introdujeron en un autocar y los llevaron a Salamanca. Y cumplieron con el tópico recorrido por la ciudad.

De aquel viaje le quedaron tres recuerdos. Uno, la explicación del profesor de Lengua, de pie, al fondo del pasillo del vehículo, de espaldas al conductor, refiriéndose a la cita del historiador Polibio, nombrando al lugar al que se dirigían como *Helmantike*, en —según entendió— una mezcla o traslación del latín al griego, que daría después el nombre de Salmantia al sitio y de helmánticos a los pobladores o cosas de los alrededores. Dos, la visita al posible jardín de Calixto y Melibea, porque habían acudido, también el curso entero, a una representación de *La Celestina*, en el teatro María Guerrero de Madrid. No le importó que aquello fuera una leyenda sobre dos personajes irreales, es decir, que poseyera todos los ingredientes para que fuera falso, pero entonces estaba sumida en ataques de romanticismo súbitos, que surgían con la misma falta de rigor con la que desaparecían, y debería estar tocada de uno de ellos, porque le pareció que el invento del jardín era verdad. Y tres, la Plaza Mayor, tan armoniosa, tan acogedora, con la fachada del Ayuntamiento que parecía cuidar del resto porticado, como si vigilara los soportales y el discurrir de las gentes, por cierto animadas, muy jóvenes y con lenguas de muchos países, según captaban los oídos de Licia. Y, bajo el Ayuntamiento, la cafetería-restaurant Las Torres, con unas mesas al aire libre que la temperatura no invitaba a ocupar, precisamente el lugar en el que su bisabuelo se sentó a la espera de las gestiones del secretario del Ayuntamiento de Béjar, y al que llegarían después un atribulado tenor y una Alicia mucho más enamorada e inconsciente, tanto de lo que había llevado a cabo, como de las consecuencias que se irían a derivar. Caía una lluvia fina, apenas perceptible, pero que dejaba una pátina en las losas, en la mesa y en las sillas, una especie de calabobos, y ella, sin importarle la humedad, se permitió sentarse en una silla, y mirar hacia el fondo, y observarlo todo con ese intento de recuperación del pasado que suele ser común en la adolescencia, cuando ataca por primera vez la comezón de los orígenes, no por curiosidad científica, sino como salvaguarda de la inestabilidad propia, de la inseguridad que lleva consigo todo adolescente, como búsqueda de asideros en los que la persona quiere saber quién es. Y se sintió importante cuando

los compañeros se burlaron de ella por mojarse el abrigo y sentarse allí, dejándose humedecer por la fina lluvia, porque ellos no conocían el secreto, no estaban al tanto de lo que ella conocía y recordaba, lo que le proporcionaba una manifiesta superioridad sobre las burlas de los ignorantes.

La muerte de su abuela, ocurrida después de la de Oscar, no la sacudió de una manera especial, pese a que, dado que el cuidado de su educación y de la de su hermano había quedado bajo la encomienda de las dos mujeres de la familia, la desaparición de la abuela le acercaba al estado de orfandad. Quedaba su padre, claro, pero siempre había estado en un segundo plano, en el de la responsabilidad civil subsidiaria, por aplicar uno de los términos que comenzaba a manejar. Alex, en cambio, pareció preso de una tristeza que se prolongó durante mucho tiempo, y que, de alguna forma, le hacía a ella sentirse culpable, como si careciera de sentimientos, y es que, en realidad, la desaparición de su abuela fue contabilizada dentro del terrible principio que había asumido y por el que las personas que amaba tendían a morir.

Sentada en aquella silla mojada de la Plaza Mayor se propuso indagar algo más sobre su abuela. Preguntarle por aquel novelesco arrebato, saber algo más de su abuelo, el tenor, que en los escasos retazos que le habían llegado, cuando las dos mujeres comentaban algo en el piso de la calle Lagasca, mientras ella pintaba echada sobre una alfombra, apenas era mencionado, como si se tratara un personaje secundario. Sin embargo, por mucho que le preguntó a su abuela, e intentó llenar su ignorancia, se encontró con que no le tomaba en serio, o lo disimulaba, y con un «¿Pero a qué viene ahora ese interés?» se la quitaba de encima. Incluso llegó a sospechar algún secreto familiar, algún detalle que quisiera ocultar. Pero ni en la estancia en Buenos Aires, ni en la sencilla vida de sus tíos, captó nunca ningún detalle que fuera más allá de un comportamiento estrictamente convencional. Lo único extraordinario fue pasar unas navidades en la playa, pero eso no era debido a la rareza de la familia, ni a brujería, sino al fenómeno astrofísico, porque en Buenos Aires era verano cuando llegaba el invierno a Madrid.

La muerte de su abuela dejó a su alcance todos los papeles, por delegación de su padre, que le dijo que tenía que familiarizarse con el aspecto procedimental, y ella fue al notario, archivó los documentos de su cuarto, comprobó facturas, recibos, cartas y notas, que no animaban a la especulación, ni siquiera a la más entusiasta de las fantasías, y llegó a la corroboración de su teoría, de que, en efecto, la dosis de bohemia de su abuela se consumió con aquel rapto al revés, como si el resto de su vida se hubiera visto abocado a neutralizarlo con una formalidad y una cordura escrupulosas.

A veces, cuando la pasión por Antonio le dejaba un poso de sosiego, esas pausas que los alpinistas se permiten en la cumbre, aunque dentro de nada tengan que volver a esforzarse en el descenso, se preguntaba si el arrebato que sufría no sería su cuota

hereditaria de locura, el peaje que estaba abonando para poder ser una mujer sensata, pero eso duraba unos segundos escasos, no porque no dispusiera de capacidad de pensar, sino porque no quería pensar en ello, ni tampoco en esos términos.

Más bien al contrario, comenzó a maquinarse un viaje a Venecia. Durante mucho tiempo había considerado que volver a Venecia hubiera sido una traición a Óscar. Mientras ella evitara volver a la ciudad, mantenía una cierta fidelidad al temprano novio. Pero preservar una fidelidad virtual, tras varias semanas de apasionados encuentros con Antonio, resultaba ridículo.

Ella había captado la sinceridad de él, cuando le narró su frustración a la vuelta de Turquía, e incluso el desencanto de que era un viaje que no podría hacer nunca. No por falta de dinero o de oportunidades, sino porque, al compartir con ella su anhelo, al encontrarse con alguien que sí había estado allí y que admiraba esa ciudad, la única manera de cristalizar el viejo sueño nacido en Las Hurdes sería arribar a la capital del Véneto acompañado de ella. No es que se lo hubiese dicho de esa manera tan explícita, ni siquiera confusa. No había dicho nada al respecto, pero Alicia pertenecía a esas mujeres que interpretan al hombre y no necesitan corroborar sus deducciones, y, por tanto, obran en consecuencia.

Cerca del Ayuntamiento, en la Calle Mayor, y antes de llegar a la Torre del Reloj, había una agencia de viajes en la que una chica de mirada vivaz, tras enterarse de que no tenía una fecha prevista, ni tampoco pensada la modalidad del viaje que pensaba realizar, le proveyó de folletos y programas donde elegir. En uno de esos fines de semana blancos, en los que Antonio atendía sus obligaciones de marido y padre, y los derivados de la comandancia de puesto, Licia aprovechó para estudiar las posibilidades que se ofrecían. La mayor parte de los viajes eran de ocho o diez días y comprendían varias ciudades de Italia, oferta que descartó, porque Antonio no podría ausentarse durante tanto tiempo. Había viajes de cuatro días, tres noches, pero para Londres y París. Por fin, en el marasmo de papeles encontró un fin de semana en Venecia a un precio razonable. Se salía el viernes, a primera hora, de Madrid o Barcelona, se dormía en Venecia durante las noches del viernes y del sábado, y se regresaba al mediodía del domingo. El aeropuerto más cercano era el de Barcelona, pero aun así habría que salir en la noche del jueves o pernoctar en la propia Barcelona.

Licia comenzó a excitarse con la idea del viaje y a notar, a la vez, un principio de temor al rechazo de él. A veces, entre esas mujeres que interpretan al hombre y manejan con soltura la hermeneútica apropiada al caso, surgen vacilaciones sobre la corrección traductora.

No obstante, el martes siguiente, que era día de encuentro convenido, llegó mucho antes que él. En cuanto salió del juzgado se fue a Jaca, comió allí, y, ya en el apartamento, dispuso los cuadernillos y folletos abiertos por las páginas donde se veían rincones de Venecia, encima de la cama.

Para dejar a salvo el honor del sargento habían llegado al acuerdo de que él no tendría llave del apartamento. Puesto que ella había decidido alquilarlo, a ella le correspondía su usufructo, y la posesión de una llave hubiera supuesto una irregularidad en el acuerdo, salvo si aceptaba que él abonara el cincuenta por ciento del alquiler.

Esta formalidad ya les había ocasionado algunos desencuentros, salvados por la rápida comunicación a través de los teléfonos móviles, en ocasiones en que Antonio se había adelantado y Licia, sin saberlo, salía a callejear, pero se trataba de una formalidad que a él le tranquilizaba y le convencía de que, en realidad, estaba de visita.

En cuanto sonó el timbre de la puerta, Licia corrió a abrir, y le abrazó en el umbral. Los primeros días, tras cerrar la puerta, entrelazados, atravesaban a tropezones el trecho que les separaba de la cama, o se desnudaban con nerviosa urgencia sobre el sofá, pero la sedimentación de la costumbre había impuesto otros ritos alejados de la urgencia necesaria en la fuente de la Salud, puede que disminuyendo el ardoroso primitivismo, pero dando paso a un placer más refinado. Al sargento le gustaba tomarse una cerveza, y Licia, a la que el sabor amargo de la cerveza no le agradaba, tomaba una copa de vino blanco. En esos minutos comentaban las novedades, se intercambiaban información, y, por parte de Licia, se alimentaba el deseo al mismo tiempo que lo contenía, lo que producía después una explosión más gratificante.

Cuando los dos llevaron los vasos al fregadero minúsculo, y se enlazaron por la cintura, sabían lo que venía a continuación, aunque en esta ocasión, al llegar al dormitorio, él preguntó:

—¿Te vas a Venecia?

—Nos vamos —afirmó ella muy segura.

—¿Nos vamos?

Licia comenzó a desabotonarse la blusa blanca con rápida precisión. Antonio admiraba esa facilidad que a él se le negaba, porque si en algún preludio él había intentado desabotonar, desabrochar, bajar una cremallera, estirar una manga, la prenda, el botón, los ojales, se le habían rebelado, a la par que sentía miedo a quebrar y romper.

¿Cómo no se les rompían a las mujeres sus ropas, tan frágiles, cómo no se rasgaban los tejidos tan inconsistentes y quebradizos? Su guerrera, el correaje, los forros, las costuras con las que estaba cosido, constituían algo sólido, compacto. Las hombreras y el armado de las mangas podían resistir cualquier tirón. Pero esa blusa transparente, que dejaba adivinar las puntillas del sujetador que ahora aparecía a la vista, parecía que podría romperse a la menor brusquedad. Y las medias, que después se enrollaba hacia las rodillas, luego de despegar la ancha banda de silicona de la parte central del muslo, eran una materia inconsútil, milagrosa, como un vaho que se hubiera pegado a la piel y se desprendiera y pareciera que se fuera a echar a volar. Lo

cierto es que cuando las dejaba extendidas sobre el respaldo de una descalzadora que había al pie de la cama, junto a la puerta, o cuando, en su casa, veía los *panty* de su mujer, tendidos en el cordón que él mismo había puesto sobre la bañera, parecían un soplo, como un suspiro que ha salido de la carne y añora volver a ella, un manto de mariposa que sueña con las piernas que envolvió.

—Sí, nos vamos —corroboró ella, ocupándose de la otra media, absorta en no rozar con un anillo regalo de su padre el suave tegumento de la media.

—¿Esta misma tarde? ¿Mañana? ¿Dentro de un mes?

—Cuando tú puedas —comentó, en tanto colocaba con mimo las dos medias sobre el respaldo, se volvía hacia él, le miraba a los ojos y se bajaba la cremallera lateral de la falda de lanilla.

Antonio ni siquiera se había desprendido del correaje y notaba la dificultad que entrañaba discutir con una mujer que se está desnudando. Pensaba que incluso era menos complicado hablar con ella si estuviera desnuda del todo, porque en la desnudez completa existía una naturalidad sin malicia, una inocencia anatómica. Pero ahora se había quedado con unas bragas blancas, altas de cintura, estrechas, que apenas ocultaban la boscosidad del monte de Venus, cuya mancha oscura se transfloraba con nitidez.

Comenzó a desabrocharse la guerrera, e intentó fijar la mirada en otra parte, pero ella parecía reclamarle e insistió:

—Si no puedes, no vamos. Pero creo que, después de tanto tiempo, te mereces ir a Venecia. Y yo seré tu guía.

Antonio conocía el gesto que venía a continuación, las manos que volarían a la espalda tanteando en busca del broche del sujetador, el encuentro con él, la torsión habilísima de los dedos de ella, y la inclinación del tronco hacia delante que facilitaba el desprendimiento del sostén a la vez que los pechos, en esa inclinación, cobraban más cuerpo, parecían poseer un volumen más contundente.

Antonio deseaba mirar hacia otra parte, pero ella le estaba hablando y parecía una falta de atención no mirarla, pero los ojos se le fueron a los pechos que, efectivamente, fuera de su andamiaje bamboleaban con esa suavidad de la carne blanda y acogedora, y notó el latigazo del deseo y consideró que no era momento de discutir.

Ella se metía siempre en la cama con las bragas puestas y él con los calzoncillos. Luego de los arrumacos preliminares, se ayudaban o se desprendían de las dos últimas prendas, y tras el amoroso combate, se apresuraban a buscarlas, ya sin asomos de pudor, enrojecida la piel de ella, algo sudoroso el cuello de él, e indagaban entre los pliegues de las sábanas y las mantas, mineros del lecho, detectives de ropa interior, y una vez ella se puso sus calzoncillos tras encontrarlos, y eso desencadenó en el sargento una nueva furia erótica, como si la visión incongruente, el vislumbre de la oscuridad del sexo de ella por la abertura central de prenda tan esencialmente

masculina, hubieran descubierto algún oculto tabú, que a ella le dejó anonadada y a él sorprendido por un vigor tan inusual.

Antonio se metió en la cama y se puso de lado, con la mano derecha sobre la almohada y la izquierda reposando sobre el vientre de ella, un reposo transitorio porque enseguida comenzaría una excursión hacia la cinturilla elástica, porque ésa era la puerta, la cortina que la mano quería ensanchar no para apartarla, sino para cubrirse con ella, para que las bragas fueran tienda de campaña, poncho protector que protegiera su mano, la cual, a la vez, cubriría con celo de guardián el umbral de la blanda gruta. No tan guardián, porque los dedos traviesos aventurarían indagaciones sobre el zaguán, pesquisas por los soportales, hasta que uno de los dedos falsamente guardianes, más osado que los otros, más curioso, se introdujera poco a poco, con tanto sigilo como determinación, y provocaran un primer y leve espasmo, adelanto mínimo de lo que podría venir después, prólogo de la gran ceremonia.

Aquella tarde la ceremonia no se celebró de manera tan rápida. Y aunque el deseo de él era más vivo, hasta el punto que ansiaba que la mano de ella hiciera una excursión análoga a la de él para que comprobara su rigidez y consistencia, al contrario, le apartó la mano del vientre, y le interrogó directamente sobre su proyecto y las posibilidades de que los dos realizaran un viaje.

El sargento notó cómo la robustez que hacía unos segundos era motivo de personal orgullo se diluía, y se dispuso a afrontar una cuestión para él mucho más compleja de lo que le parecía a la mujer que estaba a su lado en la cama:

—En primer lugar, hay un asunto que resulta humillante para mí. Y es el dinero. No puedo permitirme gastar dinero en un viaje de placer, porque lo necesita mi familia. En segundo lugar, no tengo una excusa para marcharme, ¿cuántos días? ¿Una semana?

—Un fin de semana —contestó ella rápida, satisfecha de que el primer inconveniente se soslayara en parte—. Podríamos salir un viernes y regresar el domingo por la noche.

El sargento no era un experto en mujeres, pero sabía que cuando una mujer está dispuesta a abordar un asunto, es muy difícil soslayarlo, así que se concentró en la cuestión, con la desencantada sensación de que podría estar ocupando el tiempo en algún quehacer mucho más placentero, y no tenía que discurrir mucho para saber en cuál.

—No soy una persona libre. No puedo decir: «Verás, creo que me voy a dar una vuelta por Venecia. Ya tengo edad. Volveré el domingo». No lo puedo hacer. No tengo otros permisos que los reglamentarios. Y no tengo excusas... A no ser que dijera que tengo que ir a Las Hurdes —concedió para no enfadarla del todo.

Esta posibilidad apuntada como cortesía fue atrapada por Licia con la alegría de quien encuentra un argumento incontrovertible:

—Eso es perfecto. Dijiste que querías vender un terreno que tenía tu padre. Podrías decir que tienes que entrevistarte con el posible comprador.

—Pero allí me conoce todo el mundo, y conocen a Juana. Se descubriría que no he estado allí.

—El comprador no tiene por qué estar en el pueblo. Puede saber del terreno y vivir en Madrid. En Madrid nadie te va a echar en falta. Vas a una entrevista... incluso en un lugar que no sea Madrid. Algún sitio que esté lejos y te permita marcharte dos o tres días... Bueno, del jueves por la noche al domingo por la noche.

—¿Y a quién le pido permiso? ¿Al Director General de la Guardia Civil?

Licia, entusiasmada con su plan, le aportó un nuevo considerando:

—A tu superior jerárquico. Como todo funcionario tienes cinco días de libre disposición para asuntos propios. Empleas dos de ellos. O tres.

Y, como observara que Antonio se quedaba mudo, le lanzó una frase, que en realidad era un reto:

—Si crees que merece la pena, claro.

Antonio, que estaba mirando al techo, se volvió hacia ella. Deseaba indagar si la expresión era el comienzo de un enfado, a la vez que consideraba que la propuesta, por muy apetecible que fuera, le obligaba a mentir, a falsear, a convertirse en un embustero, o sea, le provocaba conflictos interiores y exteriores. Le habían educado para la honestidad. Su padre era honesto. Sus profesores eran honestos. Había cumplido los cuarenta años y sabía que había gente importante que no lo era. En la propia Guardia Civil se daban casos. Compañeros que, de pronto, eran sorprendidos en un atraco. Suboficiales que se pringaban en los puestos fronterizos. Jefes involucrados en líos de poca monta, vales de gasolina, dietas y otras estupideces que manchaban un expediente limpio. Y hasta oficiales pringados con organizaciones dedicadas al tráfico de drogas. Pero eran casos puntuales, un pequeño porcentaje. La mayoría de las personas que componían el Cuerpo estaban educadas para decir la verdad, para intentar desentrañarla. Se habían acostumbrado a una vida austera, a un sueldo pequeño, al cumplimiento de un deber que no tenía vacaciones. Pero dormían tranquilos, mucho más que los mentirosos, los embusteros a los que tenían que interrogar y que, al final, tras unas pocas bribonadas de pequeño fuste, ascendían a una pillería mayor hasta que acababan con la vida arruinada. Se empieza por una pilatuna y se termina con un rastro de sangre. Antonio pensaba que esto era como el alcoholismo, que había quien sisaba dinero a su madre, sustraía dinero de la cartera del padre y ahí se detenía, de la misma manera que había personas que comenzaban bebiendo socialmente y se retiraban a la segunda borrachera, mientras otros seguían bebiendo a solas hasta que no podían vivir sin el trago. Algunos de la cartera del padre pasaban a la cartera del prójimo.

En el País Vasco había visto a chicos de quince años que comenzaron quemando contenedores de basuras, armando broncas en las fiestas de los pueblos, y luego habían pasado a formar parte de la banda terrorista, y estaban huidos, o condenados a muchos años de cárcel en plena juventud. Casi le parecía mentira que una juez, que tiene el deber de buscar la verdad, le incitara a él a que mintiera. Sí, sabía que eran

humanos, mucho antes de que hubieran concurrido las circunstancias que le permitían estar acostado con una juez. Aunque los jueces no lo supieran, ellos daban informes de su actuación a sus superiores de la Guardia Civil. Y los había conocido rectos, íntegros, y también parciales, inmorales y hasta prevaricadores. Eran humanos, claro. Como él, que no cumplía con sus deberes de esposo y de padre, y soñaba con volver a tener otra vida, y a vivirla con Licia, y poder mirarla como ^hora, pero todos los días, sobre todo por las mañanas, al levantarse, sin tener que hacerlo a escondidas, como un delincuente.

—¿Crees que merece la pena? —insistió ella.

Viajar a Venecia. Tomar un café en la esquina de la plaza de San Marcos donde había estado Napoleón. Perderse por esas callejas que había entrevisto en algún documental, en alguna película, y que invariablemente daban a un tramo de un canal. Una ciudad con más de mil años, construida sobre más de cien islas y atravesada por más de ciento cincuenta canales. Algunos datos se los sabía de memoria. Cuando preparó el viaje con Juana se compró una guía de Anaya y se la leyó de cabo a rabo. Así, al llegar allí, le pasaría como a ese director de cine que en la televisión dijo que no le había impresionado Manhattan, porque le parecía que ya había estado antes allí. Puede que a él le sucediera lo mismo el día que llegara a Venecia. En ocasiones, soñaba que paseaba por esa ciudad. Unas veces iba todo muy bien, y llegaba volando, no en avión, sino volando él mismo, con el cuerpo ingrávido, pero otras veces se encontraba a bordo de una góndola que se hundía, o que no avanzaba, o que era imposible que navegara sobre el agua, que no era agua, sino un pantanoso barrizal. También sucedía que el callejón veneciano sobre el que se perdía no daba a un canal, sino al tramo familiar de un cerezal, y su primo Arsenio le hacía la burla subido en un árbol, y él no se desconcertaba por el cambio de paisaje, de la misma manera que hubo ocasiones en que la carretera de Pinofranqueado daba a la isla de Lido, cosa rara, porque a las islas no se suele llegar por carretera.

Había momentos en que merecía la pena mentir, y olvidarse de quién era, y estar junto a esta mujer que lo espoleaba como no le había espoleado nadie, y volar hacia Venecia. Pero planear el viaje real, con folletos y calendario, con fingimientos premeditados, con la malicia con que se prepara un delito, eso era algo que le repugnaba, a pesar de que, en el fondo, deseaba dejarse convencer, encontrarse con razones que necesitaba para que el proyecto no le pareciera tan irrazonable e insensato como podría llegar a ser.

Licia interpretó el silencio en clave de aquiescencia, pero también le alarmó que Antonio reflexionara sin ayuda y tomara una decisión irrevocable, por lo que se adelantó a un inconveniente que sabría que se iba a plantear, tarde o temprano:

—Yo no te pago el viaje. Cada uno paga su parte. Lo adelanto yo, y me lo pagas cuando puedas.

La mujer se volvió y posó una mano acariciadora en el vientre de él. Reflexionar con aquellos dedos trémulos que se movían sobre la piel no era lo que debían

recomendar en los manuales de meditación, pero hubiera sido una grosería retirar la mano, por lo que Antonio se permitió un gruñido equívoco que podía significar que sí, que no, o que le gustaba la caricia.

—Déjame pensar. No me atosigues. Para mí es muy delicado. No te puedo dar la respuesta ahora.

—Está bien, está bien. Piensa todo lo que necesites —comentó ella con voz comprensiva, a la vez que salía de la cama y se vestía.

A Antonio no le sorprendió esta reacción. Estaba casado. El concepto femenino del sexo como premio parece arraigado en todas las clases sociales. Juana, por ejemplo, era incapaz de mantener una relación sexual si previamente mostraba una opinión contraria a la de ella, sobre cualquier cuestión, aunque no fuese importante. Para Juana todas las discusiones eran importantes, mejor dicho, importantísimas, por muy nimias que a él le parecieran. Su hija también daba muestras de poseer un gran pundonor al defender sus puntos de vista, y, a lo mejor, no era una casualidad ni un rasgo adolescente, sino un rasgo común. Intentaba comparar si la número Cabofrío reaccionaba de la misma manera, pero no era útil la comparación, porque él era su superior, y las ordenanzas no le permitían mantener discusiones.

—¿Me puedo quedar un momento? Con tu permiso. Estoy muy cansado.

—Por supuesto —dijo ella, cerrando ostensiblemente la puerta del baño.

Antonio pensó que la tarde se había arruinado, y ya fuera por la tensión del dilema planteado o por la del trabajo acumulado durante una jornada que había iniciado a las siete de la mañana, se le entrecerraron los ojos. Oyó la puerta del baño abrirse, y los tacones de ella clavarse firmes en las baldosas, pero no quiso abrir los ojos para no propiciar un nuevo enfrentamiento dialéctico para el que no se hallaba con fuerzas. Se fue hundiendo en un sopor del que le despertó un portazo.

Al principio, no asoció el sonido al lugar en el que se encontraba, pero enseguida presintió que le había dejado solo. Lo comprobó sin grandes esfuerzos, porque el apartamento era minúsculo y, justo encima del sofá, como una hoja de otoño blanca, como un rígido pañuelo olvidado, se encontraba un folio donde, con letra nerviosa, Licia había escrito: «Apaga el calentador de agua. Gracias». Nada más. No había añadido ninguna frase cariñosa, ni siquiera la socorrida palabra *besos*, que se podía emplear incluso para concluir el mensaje a un amigo.

Se vistió despacio y contrariado. No era fácil tomar una decisión. Le atraía — claro que le atraía— la escapada, y en compañía de esta mujer, que le desasosegaba y le excitaba hasta límites increíbles. Y le imponía. Se sentía fuerte y seguro en la cama, en los juegos eróticos, en las expansiones físicas y en las travesuras que propiciaba la intimidad, pero si estaban vestidos, y, mucho más, si acudía a los juzgados, no podía evitar una doble turbación. Por un lado, cuanto más recatada iba vestida la juez, cuanto más subía el cuello del jersey o más holgados eran los pantalones y menos se adivinaban las rotundas formas que él conocía y por las que sus manos habían transitado, más le excitaba la idea de desnudarla allí mismo e

introducirse en ella, hacerla suya. Y, por otro, o precisamente por lo mismo, se encontraba incómodo haciendo el papel de sí mismo, interpretando al comandante de puesto, al sargento, porque le hablaba en tercera persona, y eso le trastornaba hasta el punto de que le asaltaban miedos, desconfiados presentimientos de que todo era producto de una fantasía, o una circunstancia endeble que se quebraría como un cristal, como si el amor fuera una media tirante con el peligro de que la carrera la volviera desechable. Desechable. Ése era el término que le rondaba al sargento. Desechable. En Vallefrío, cerca del cuartel, habían puesto un recogedor de botellas de vidrio. Cada dos meses venía un camión grúa, elevaba el contenedor que tenía forma de quesera, desatornillaban la tapa, y se oía un estruendo de botellas, una catarata de cristales que se unían a los que ya había en el camión. Con ese vidrio fabricarían nuevas botellas en las que se volvería a repetir el proceso. La duda de si era un hombre desechable para la juez le atormentaba, y el tono seco de la nota que acababa de leer no le ayudaba demasiado a mitigar el temor.

Apagó el calentador de agua tras vestirse y, antes de abandonar el apartamento, ojeó distraído uno de los folletos. En una página se veía la reproducción del cuadro de un tal Canaletto que mostraba la plaza de San Marcos, vista desde el extremo enfrente de la iglesia, posiblemente desde las últimas galerías, porque parecía casi una vista aérea, como captada por un helicóptero que volara rasante. Aquel espacio grandioso, por el que transitaban media docena de personas desperdigadas, poseía esa magnificencia de los lugares singulares, no por las dimensiones, que eran majestuosas, puede que tampoco por la armonía del rectángulo rodeado de una edificación tan bella como uniforme, sino por la solemnidad que emanaba del conjunto, un esplendor que iba más allá de la propia fastuosidad y que sobrecogía e intimidaba. Se imaginó lo que sería pasear por allí, y se enfadó consigo mismo, y el enfado le duró hasta que llegó hasta su viejo utilitario, porque se daba cuenta de que lo que le había sucedido era mucho más profundo de lo que le parecía, puesto que eran ya demasiadas las ocasiones en las que no sabía quién era Antonio Marcopán.

En las fiestas de San Paulino de Nola, Juana, la mujer del sargento, le llamó puta a la juez. No se percató nadie, o casi nadie, porque lo hizo a la manera en que en el País Vasco le llamaban a ella perra, *txakurreme*: una mujer desconocida que entraba en la pescadería cuando salía ella, o un crío desconocido de quince o dieciséis años, que la alcanzaba por detrás en la calle, se lo soltaba, y se iba corriendo, o un desconocido y barbado joven, que al punto desaparecía entre la gente.

Nadie sabía muy bien por qué San Paulino de Ñola había llegado a patrón de Vallefrío. San Paulino de Ñola posiblemente fue uno de los pocos sacerdotes y obispos casados que tuvo la Iglesia Católica pasado el siglo III. Y no era costumbre, porque cuando vivía con su mujer en Ñola, fue a ver al Papa y el Papa no quiso recibirlo, precisamente por estar casado, aunque el suyo fue un matrimonio blanco.

No al principio, puesto que el futuro santo y su mujer, Teresa, tuvieron un hijo, que murió a los ocho días de nacer. Puede que otros padres hubieran intentado consolarse del dolor procurando engendrar más niños, pero Paulino decidió no tener nunca más relaciones sexuales, aunque siguió viviendo con su mujer. La concejala de cultura, que se sentó junto a la juez durante la misa, y mientras el cura en la homilía narraba este episodio de la vida de San Paulino, le dijo a Licia que a quien tenían que haber declarado santa era a su esposa, por aguantar una situación tan desairada.

El caso es que San Paulino era francés, porque había nacido en Burdeos, pero su mujer, la viuda blanca, era española. Se convirtió en sacerdote por aclamación, otra modalidad no muy usada en el seno de la Iglesia. Parece ser que en Barcelona el matrimonio llevaba una vida por la que pronto se hicieron muy populares, porque aunque Paulino era muy rico, se dedicó a repartir su patrimonio entre los pobres. Y debió repartir mucho, porque en el año 393 el pueblo barcelonés pidió al obispo que lo ordenase sacerdote, cosa que el obispo hizo a pesar de estar casado con Teresa. No sólo era rico, sino culto, y se fue a vivir a Ñola, donde prosiguió repartiendo riquezas. Lo que el sacerdote no explicó en el sermón fue el origen de que San Paulino de Ñola llegara a patrón de Vallefrío. De Burdeos a Ñola, pasando por Barcelona, tuvo oportunidad de transitar por este pueblo pirenaico, que celebraba fiestas en su honor el 22 de junio, pero no había datos que documentaran su presencia allí, o la llegada de algún devoto suyo, que difundiera sus virtudes o sus milagros.

El alcalde había decidido obsequiar al pueblo, que año tras año le votaba, con un pisco-labis al aire libre, mientras reservaba para las fuerzas vivas el mismo pisco-labis, pero algo mejorado, en el salón de plenos del Ayuntamiento. Allí llevó la concejala de cultura a la juez, y allí se encontró con el notario y su mujer, el sargento de la Guardia Civil y su mujer, el médico sin su mujer, porque no tenía y era misógino, una representación bastante completa de autoridades civiles y militares, excepto el anfitrión, el alcalde, que deambulaba por la plaza, saludando a unos y otros, yendo de mesa en mesa, aprovechando el dinero de los ciudadanos para invitarlos, y dando la impresión de que se trataba de una invitación personal, para que le siguieran votando periodo tras periodo.

Cuando el alcalde volvió de su permanente campaña electoral, se produjo un movimiento de corros y grupos que dispersaron los circunstanciales clanes y provocaron otros. De pronto, Licia se vio junto a la mujer del sargento, la mujer del alcalde y el secretario del juzgado, que en su clásica actitud nihilista miraba con tanto escepticismo a las personas como a las viandas que había sobre las bandejas. Como a los cuatro los habían arracimado los demás, y no se podía huir, porque el sitio era estrecho, y nadie hablaba, Licia se dirigió cortésmente a la mujer del alcalde, diciéndole que llevaba un vestido muy bonito, misericordiosa mentira a medias, porque era un vestido, pero no era bonito. La mujer del alcalde agradeció la atención y dijo que lo había elegido su hija, y el secretario del juzgado preguntó si lo habían comprado en Zaragoza o en Barcelona, y Licia se temió lo peor, porque cuando

dejaba de ser nihilista, tendía a ser cínico. Menos mal que llegó el alcalde, eufórico, como si en lugar de comer y beber en honor de San Paulino de Ñola, se hiciera en honor suyo, y la peña improvisada tomó una forma oblonga y Licia se quedó de lado, entre el veterinario y la mujer del sargento, y fue cuando Juana, con la técnica sufrida y aprendida, le dijo claramente, pero en voz lo suficientemente baja para que no fuera oída por los demás:

—Eres una puta. Una mala puta.

Cuando Licia quiso reaccionar, Juana se esfumaba por entre los cuerpos, y al poco observó que hablaba con su marido y se marchaban.

Había temido alguna mala cara, algún mal gesto, o el encuentro con la murmuración, pero no había previsto este ataque tan rápido y tan eficaz, este latigazo al que no había manera de responder, porque enseguida se habían esfumado el arma y quien la blandía.

Observó al secretario del juzgado, por si había escuchado algo, pero estaba hablando con el alcalde; intentó saber si la mujer del alcalde se había dado cuenta, pero también había desaparecido, con lo que se quedó atravesada por esa impotente y desairada sensación de no saber muy bien qué era lo más oportuno. No quería irse, porque tenía todo el derecho a permanecer allí; tampoco le apetecía quedarse, porque deseaba evitar un escándalo si la mujer del sargento pasaba del insulto discreto al insulto a voces. Finalmente decidió quedarse, haciendo frente a la desprotección de quien no puede defenderse.

Lo cierto es que había logrado vencer las incertidumbres de Antonio, ayudarle a planear los efugios del viaje, y, lo que parecía mucho más difícil de conseguir, obtener una colaboración ilusionada que, si al principio apuntó tímidamente, y se esfumaba en cuanto el sentimiento de culpa le roía por dentro, poco a poco, de una manera paulatina, le infundió seguridad, le ayudó a determinar que, en efecto, se lo merecía, y disfrutó de la parte más importante, más divertida y puede que más fundamental de un viaje: su preparación.

La complicidad contribuyó a estimular su vida amorosa que se aburguesaba en el apartamento, entre las liturgias de la comodidad. Para evitar las murmuraciones ya no iban a correr juntos por las mañanas, pero Licia seguía tomando la ruta de siempre por el camino forestal hasta llegar a la fuente de la Salud, y allí se mojaba la cara y las manos, descansaba cinco minutos y volvía de regreso.

Una mañana, ya amanecida, porque empezaba la época del año en la que eran más largos los días, le sobrevino un susto, o mejor dicho, dos sustos. El primero sucedió cuando estaba descansando en la fuente y oyó el chasquido de unas ramas secas. Podía ser un jabalí, que alguna vez bajaban hasta allí para beber, pero era raro porque Antonio le había explicado que acostumbraban a hacerlo al atardecer, avanzado el crepúsculo. Intentó escudriñar el lugar por el que había escuchado el ruido, pero sin moverse, porque le había explicado Antonio que los jabalíes no atacan, a no ser que les tapes el camino o vayan heridos. Se quedó más rato del

acostumbrado, con los oídos atentos, por si se volvía a repetir el sonido, algo tensa porque no estaba familiarizada con el bosque, hasta que decidió que habría sido alguna rama que se habría desprendido, una mentira con la que trataba de engañarse a sí misma, porque la rama hubiera provocado un rumor de hojas antes de caer al tapiz del suelo. El segundo susto, mucho más intenso, tuvo lugar cuando, apenas había penetrado por el estrecho sendero, sintió unos pasos detrás de ella, y, aunque al principio quiso tranquilizarse y creer que eran el simple eco de sus zancadas, pronto el descompás la obligó a volver el rostro aterrada, casi a punto de gritar, hasta que descubrió que la persona que corría tras ella, con el chándal gris de siempre, era Antonio, el mismo que había roto la rama seca del suelo, al acercarse a la fuente de la Salud, el jabalí que la abrazó con furia por delante, y luego por detrás, y la hizo apoyarse en el árbol, y allí mismo la tomó, como un toro salvaje, como una bestia lujuriosa, y a la juez le gustó, y el olor a la resina y a la sudorosa piel de él, que venía en vahos con las embestidas, esa mezcla de naturaleza y animalidad, de «flora y fauna» como hubiera dicho algo avergonzado el propio Antonio, la enardeció de tal manera que ella misma, al llegar al clímax, lanzó dos aullidos brutales, jabalí ella también, potra encendida, hembra saciada en sus ardores. Al segundo grito salvaje, Antonio, alarmado, le puso la mano en la boca y ella le mordió la mano, y le hizo sangre al principio del dedo gordo, demasiado exaltada, las palpitaciones del corazón a más de 120 pulsaciones, pájaro aleteante que parecía querer salir del pecho y volar por el aire en busca de libertad.

Cuando se marchó del Ayuntamiento, más que la inquietud provocada por el insulto, que perdía importancia a medida que consideraba que las reacciones de una mujer despechada no pueden seguir las normas de la etiqueta, se preocupó por si eso significaba algún nuevo impedimento para Antonio, precisamente en el momento en el que ya estaba todo listo, comprado el paquete en la agencia, en poder de ella los billetes de avión y los abonos para el hotel, remachadas las excusas, tejida la historia. Había sido una carrera de obstáculos que él solo no hubiera superado, porque en el fondo había una oficina de reclamaciones abierta día y noche, que le solicitaba visados continuos. Si no hubiese sido por ella, que estaba al quite y discurría, y proponía, y solucionaba, el viaje no lo habrían hecho nunca. Y, ahora, que estaban a un día, día y medio de partir, temió que un problema imprevisto —después de que a ella le pareciera que, menos el origen del mal y el cambio climático, se le habían planteado casi todos los problemas del mundo— apareciera dispuesto a destrozar el concienzudo y esmerado trabajo de casi dos meses, y a ella le tocara interpretar el papel de Sísifo.

No fue el único motivo de intranquilidad. Nada más llegar a casa, y cuando estaba preparándose para pasar el día tranquila y sola en el apartamento de Jaca, aprovechando la festividad de San Paulino de Ñola, sonó el móvil y observó en la pantalla que era el número de su padre. Se alarmó, porque no era habitual que la llamara, y por eso su saludo fue:

—¿Estás bien, papá?

—Sí. Sí, por supuesto. De salud, por supuesto. Licia no captó la matización respecto a la salud, y comentó:

—Me habías asustado.

—No, 110 me sucede nada. Pero tengo que hablar contigo.

Conocía ese tono de voz, la manera que tenía su padre de reclamar atención hablando más bajo, y el enronquecimiento, que significaba que iba a abordar algún asunto serio.

—¿Sucede algo?

Esta vez no negó que no sucediera algo, y añadió:

—Tenemos que hablar muy pronto. Mañana.

—¿Mañana? Mañana es día laborable. Tengo que estar en el juzgado.

—Puedes adelantar un día más las vacaciones que te ibas a tomar, y así hablamos mañana.

—¿¡Cómo lo sabes!?! No te había dicho nada. No lo sabe nadie... Me voy con una amiga... ¿Cómo te has enterado?

—Eso es igual. Mira, no me gusta hablar por teléfono, ni tampoco discutir por teléfono. Hay un asunto importante... Tenemos un grave problema que debemos solucionar. Y tenemos que hablar mañana.

Estuvo a punto de preguntar que de qué se trataba, pero conocía la paranoica manía de su padre de no mantener largas conversaciones por teléfono, y había advertido que no se trataba de una broma, y que, en efecto, si se refería a un asunto grave, lo sería.

Se dispuso a hacer las maletas un día antes de lo convenido. Volver a Venecia parecía mucho más enrevesado de lo que nunca se le habría ocurrido.

Capítulo Décimo

Comieron en la cafetería Riofrío casi en silencio. Al principio, Licia le preguntó qué era tan urgente, pero su padre dijo que hablarían en casa, después de comer. Licia estaba convencida de que los rumores de sus amoríos con el sargento habían llegado a oídos de su padre, y el motivo de la entrevista era echarle una bronca y plantearle un rosario de tópicos sobre lo perjudicial que aquello resultaría para su carrera. Era su padre y era magistrado del Supremo, pero ella era juez y mayor de edad. Es más, al principio se había asustado, porque había presumido que la urgencia se debía a algún problema relacionado con la salud, un cáncer, ese enemigo agazapado que no duele al principio, que permanece emboscado por algún pliegue celular hasta que se manifiesta con su inclemente crueldad. Pero cada vez más convencida de que la reunión era la penúltima lección de moralina, prefirió no mostrarse excesivamente risueña, evitar cualquier signo de fragilidad, y concentrarse en los argumentos que le opondría: su juicio, su mayoría de edad, por supuesto, y su derecho a la independencia y a tomar decisiones, preparada así para pasar el resto de la tarde contemplando cómo su padre exhibiría un rostro de ceñuda expresión y de abatimiento por creer que lo obvio no era comprendido.

Por la ventana de la cafetería se veía la plaza de Colón, de Madrid, como si fuera el resultado final de una disputa de urbanistas. En su límite cercano, el Paseo de Recoletos con sus vías y sus andenes y, a un lado de la plaza, como colocado a última hora por una anciana piadosa, la estatua dedicada a Colón, un monumento con aires decimonónicos y unas dimensiones que contrastaban con las masas ciclópeas del fondo, que parecían gigantescos fragmentos de un glaciar de cemento armado que cualquier día se desplazaría hacia el paseo y llegaría hasta la fachada de la misma cafetería en la que se encontraban.

A Licia le gustaba el sitio, impersonal y limpio, porque aquí había quedado muchas tardes de viernes y sábado con Bea y con Óscar, y en bastantes ocasiones apenas se habían desplazado muchos metros más, porque habían terminado en Cleofás, que por las tardes ofrecía una sesión de discoteca juvenil, y por las noches se vestía de largo y se transformaba en sala de fiestas. Incluso al lado se encontraba el cine Carlos III, pero el cine era más un recurso de tarde de entre semana, o de noche, si al otro día no había clases en la facultad a primera hora.

También era aquí donde, al término del verano, en la terraza exterior, tras el regreso de vacaciones, tenían lugar los primeros reencuentros, con esa añoranza de otoño que trae septiembre en su esplendor, y donde los exámenes parecen un aviso para revisar los armarios y cambiar la mentalidad adánica y libre por la calvinista, el paso del hijo pródigo a la parábola de los talentos.

Había algo mágico en esos días de camaradería satisfecha, la sensación de pertenecer a un club selecto, y Licia reflexionaba sobre la turbadora intromisión de la ropa de playa en la ciudad, de tal manera que lo que allí resultaba cotidiano e inadvertido, aquí llamaba la atención, y las grandes porciones de cuerpo descubiertas, que a la orilla del mar parecían convencionales, aquí se convertían en algo extraordinario, como si la ciudad del interior dispusiera de un vigilante moralista que se dedicara a imponer recato a través de reglas no enunciadas, pero que eran respetadas.

Licia, en esos días, se encontraba guapa y atrayente. Y eso le imprimía una seguridad que iría diluyéndose a medida que el bronceado de la piel se quedara en las toallas de baño, y las prensas invernales la comenzaran a cubrir, y las sandalias, donde a ella le gustaba contemplarse el empeine moreno y frágil, fueran sustituidas por botines, zapatillas deportivas, y los vestidos de tejidos sutiles dieran paso al pantalón vaquero, hasta que llegara la derrota definitiva con los chaquetones. Ya entonces los días del verano habían quedado arrinconados, formando parte de esos paraísos perdidos que se saben tan lejanos que no merece la pena recordar.

—¿Qué sabes de Alex? —preguntó Licia, porque le parecía que los silencios eran tan largos que casi alcanzaban la categoría de descortesés.

Su padre terminó de masticar un trozo de merluza rebozada, y dijo, mientras le servía a ella y se servía después él un poco más de vino de la botella:

—Si no le entendí mal, creo que está por Lisboa o por Coimbra, no sé muy bien, porque quiere abrir aquí, en Madrid, con unos socios, un restaurante portugués. Un restaurante donde canten fados. Ya sabes que a tu hermano las cosas sencillas y convencionales no le acaban de convencer.

A Licia no le pasó inadvertida la ironía crítica de las palabras de su padre. Y como le pareció injusta, y puede que como le pareciera a ella también injusta su propia convocatoria, le recriminó:

—Tengo la impresión de que nunca le perdonaste a Alex que no terminara la carrera de Químicas.

—Bueno... —y alargó el adverbio para pensar lo que decía, porque no deseaba contrariarla, antes de la discusión que preveía que tendrían más tarde—. Me sorprendió desagradablemente. Y no me pareció lo más oportuno que, a un año de terminar una carrera en la que iba francamente bien, la colgara para dar de beber a los trasnochadores.

—Albergas ideas muy antiguas, papá. Estás convencido de que la gente que no ha vuelto a casa a medianoche se dedica a emborracharse.

—No todos. Están los médicos de servicio, los controladores aéreos, la policía, los vigilantes de seguridad... muchas personas. Pero los que no tienen nada que hacer, normalmente beben. Te diría incluso, en defensa de ellos, que beben porque no pueden hacer otra cosa. No pueden ir a rezar a las iglesias, porque están cerradas; no pueden trabajar, por lo mismo. Incluso los gimnasios están cerrados a esas horas.

Menos en Nueva York. Pero no hay que discurrir mucho para darse cuenta —e hizo con el tenedor una media parábola— que esto no es Nueva York. En confianza te diré —y su semblante con fatiga pareció atravesarlo una chispa maliciosa— de que esto ni siquiera es Búfalo.

Licia sonrió a su pesar. Reconocía la habilidad dialéctica de su padre, que llegaba a irritar en algunos momentos, pero había que reconocerle su brillantez, cuando no estaba en juego el permiso de un ansiado fin de semana con una amiga, o un viaje anhelado, o el préstamo, que era una dádiva encubierta, para adquirir algún objeto tan prescindible para el prestador como imprescindible para la peticionaria.

—Gana más dinero que yo —arguyó Licia.

—Por supuesto —corroboró su padre—. Yo diría que gana bastante más dinero que tú. Pero también hay putas que ganan más dinero que tú, y eso no convierte su posición en algo envidiable.

—Tergiversas lo que yo digo. Mezclas una actividad lícita, como la del empresario de hostelería, con una actividad... turbia —concluyó por definir, tras un largo titubeo.

—Ahí has estado muy bien —concedió su padre—, porque la prostitución es tan legal como vender biblias.

—Pero las putas no pagan a Hacienda, y el vendedor de biblias abona sus impuestos.

Al pronunciar el adjetivo sustantivizado, Licia recordó la cara de Juana, de medio lado, a punto de alejarse, llamándole puta. Y reconoció que le había afectado.

—¿Te ha llegado algún caso hacendístico? Te confieso que para mí eran muy peliagudos, y que los informes de los abogados del Estado y los peritos mercantiles de la defensa siempre me parecieron farragosos.

Licia notó que su padre deseaba aplazar cualquier discusión, o que no se sentía cómodo hablando de Alex. Nunca había pensado detenidamente en la relación entre ellos dos; tal vez fuera habitual —pensó— que los hermanos no repararan en que las relaciones con los padres nunca son iguales.

Con ella, su padre se había mostrado benevolente. No afectuoso, porque no entraba en su carácter, pero mucho más permisivo que su madre y, desde luego, bastante más que la abuela. Con Alex, en cambio, le parecía que lo había seguido más de cerca y que, incluso, en ocasiones, le había agobiado. Recordaba una tarde de finales de primavera, próximo ya el fin de curso, en la que volvió Alex de la pequeña habitación que se había reservado el magistrado y que hacía las veces de despacho o de cuarto de trabajo, con el semblante contrariado y un gesto de enfado que, ante la mirada inquisitiva de su hermana, intentó explicar con una exclamación resumida y acalorada: «¡Me agobia, joder, me agobia!». No era frecuente encontrarse con un Alex enojado, y algo grave había sucedido en el pequeño despacho para que la irritación fuera tan evidente.

Luego, supo que su padre hacía un seguimiento puntilloso de los estudios de su hijo, y que le sometía a interrogatorios frecuentes, a un control riguroso que él sobrellevaba con paciencia hasta que llegaba algún momento, como el de aquella tarde, en que se producía la explosión.

Era curiosa la manera indiferente con la que acogió la decisión de Licia de estudiar Derecho —ella estaba convencida de que le habría causado parecida impresión si le hubiera dicho que deseaba ser concertista de viola o farmacéutica— y la decepción manifiesta que se evidenció en él cuando Alex dijo que estudiaría Químicas. Antes, en una etapa en que debía optar por ciencias o letras, el magistrado convenció a su hijo para que se decidiera por una opción intermedia que le permitiría una formación más amplia. En realidad, fue una maniobra dilatoria para impedir que eligiera ciencias puras, que era lo Alex deseaba, a la espera de que reconsiderara su postura y llegara a matricularse en Derecho, el gran sueño del magistrado.

Pero Alex, más allá de su carácter risueño, o junto a él y formando parte de él, era un tipo de convicciones, y no era fácil que se dejara arrastrar, si él no quería. Y no quiso. Y, por si fuera poco, como iba sobrado y parecía que la Química estaba hecha para él, comenzó con un préstamo de su abuela a alquilar un local en el que servían copas los viernes y los sábados.

Las discusiones entre Alex y su padre, respecto a los horarios, la aversión que sentía el magistrado por la vida nocturna, y el manido y repetido argumento de su hijo, razonándole que él no se pasaba la noche bebiendo copas, sino trabajando, formaban parte del paisaje del domingo por la tarde, ese espacio en medio de nada, que parece resumir el fracaso del fin de semana antes de un lunes sin esperanzas.

Salieron por la calle Génova y fueron andando despacio hasta el Consejo General del Poder Judicial. Subieron al despacho un momento, tomó el magistrado una cartera de cuero en la que introdujo varios documentos, y ordenó que avisaran al coche y al escolta, porque regresaba a casa y no volvería por la tarde.

Cuando entraron al piso de la calle Lagasca, Licia temió que la entrevista tuviera lugar en el cuarto de trabajo de su padre, una habitación estrecha, de luces demasiado cálidas, con una lámpara de mesa con adornos de piel verde que, por alguna razón desconocida, Licia odiaba. Pero su padre, tras colocar la chaqueta en el galán de su dormitorio, regresó al salón y tomó asiento en una de las dos sillas de la mesa camilla que había junto a la ventana, el sitio preferido por la abuela cuando vivía.

Le extrañó que le ofreciera algo de beber, porque se había acostumbrado a que fueran las mujeres las que estaban pendientes de sus deseos, y todavía le pilló más de sorpresa que se pusiera un dedo de *brandy* en una copa de coñac, porque apenas probaba el alcohol. Licia se sirvió una coca-cola, y al ir a la cocina a por hielo, notó la soledad del piso, mucho más agobiante que en la casa que ella ocupaba en Vallefrío, porque aquí era evidente la ausencia de otras personas, no sólo de su madre o de su abuela, o de su hermano, sino del personal doméstico que iba o venía y daba cuenta de los movimientos de los demás, de la mujer del portero que acudía por las

tardes, o de la interna —extremeña, andaluza, filipina, ecuatoriana, según las etapas — que formaba parte indisoluble del grupo.

—Lo que tengo que decirte es muy complicado para mí, y espero que entiendas mi postura, y que, antes de juzgarme, preguntes lo que no tengas claro —comenzó el magistrado de una manera demasiado solemne según el criterio de Licia.

Se mojó los labios con la copa, cruzó por su semblante fatigado un rictus que no era de placer, más bien la sorpresa de la contundencia del alcohol, y prosiguió:

—Hace unos días, me concertaron una entrevista con un alto cargo del Gobierno. Están muy preocupados en toda la Unión Europea con la actividad de las mafias rusas y la falta de control de la administración rusa para vigilar el plutonio y el uranio. Más que de falta de control, parece que se trata del poder persuasivo de las mafias sobre los militares encargados de su custodia. Les ofrecen unos sobornos tan apetitosos que logran que la vigilancia se relaje hasta el punto de poder robar tan preciada mercancía. Parece que el plutonio se carga en el Mar Negro, pasa por el Bósforo, se cambia en alta mar a un yate que puede estar aguardando en Mármaris, o en cualquiera de los puertos deportivos de la costa turca, y de ahí, el inocente yate de recreo recalca en Italia o en Francia, preferentemente en la Costa Azul, donde se descarga. De allí, en automóviles privados, pasa por los Pirineos y llega a Marbella, donde vuelve a ser cargado en otro yate de recreo. Y ahí se pierde la pista. Se supone que el destino es algún país árabe o el laboratorio de algún grupo terrorista árabe.

—¿Y por qué no aprovechan el primer yate para ir hasta el último destino?

—Parece ser que los barcos, como los aviones, están controlados, y llevan una hoja de ruta. Puede que no llame la atención que un yate salga de Marbella y llegue hasta Tánger. Pero es posible que las autoridades portuarias sospecharan de un yate de recreo que hace cientos de millas sin detenerse en ningún punto de la costa, salvo para repostar. Eso no es un yate. Eso es un barco de transporte.

—¿Y no sería más fácil entrar por Turquía o por Siria?

—Turquía y Siria se odian. Siria considera que Turquía tiene una porción de tierra siria, precisamente la más fértil, arrebatada gracias a la indiferencia de Occidente. Y del resto de la zona, qué te voy a decir. Me imagino que estará lleno de servicios de espionaje y de contraespionaje.

Hizo una pausa, como si se hubiera perdido, pero en realidad trataba de ordenar de nuevo el discurso:

—Como comprenderás, entiendo de esto tanto como tú, y lo único que hago es repetir los argumentos que me proporcionaron, seguramente tras alguna pregunta semejante a la tuya. El caso es que parece que están seguros de que el lugar de la descarga es la Costa Azul, por el gran número de yates y puertos deportivos que existen en la zona, y porque hay actividad durante todo el año.

Licia, sorprendida porque no salieran a relucir sus amores con Antonio, comenzó a intrigarse ante el giro por el que derivaba la conversación.

—Según me contaron, estaban muy satisfechos porque habían logrado introducir un topo en el grupo de transporte. Gracias al topo podrían seguir la ruta habitual y, a su tiempo, detener a la banda y sus ramificaciones. Repito que yo no entiendo de estas operaciones y que me limito a repetir lo que me han contado.

—¿Y los van a detener?

—No, no. No es probable. Al pasar a España, algo salió mal. El grupo se disgregó en dos facciones: unos siguieron con armas convencionales y otros con el plutonio, y el topo perdió el contacto con los que llevaban el plutonio. Más aún: la única persona detenida ha sido el topo.

—¡Pues sí que es mala suerte!

—Sí, desde luego. Y todavía peor: al topo lo detuvieron con armas, y se encuentra en prisión preventiva sin fianza. La Policía querría poder contar con él, que pagara una fianza, por alta que fuera, para que se uniera al grupo y averiguar dónde se encuentran o adonde han ido a parar los cinco kilos de plutonio, porque lo que lleva a todos de cabeza es no saber si están en Marbella, si se encuentran todavía en España, o si, a través de Marruecos, han pasado ya al continente africano.

Lo que, al principio, Licia había tomado por una mera casualidad, se fue convirtiendo en algo parecido a una certeza. Su padre no iba a hacerle venir hasta Madrid para explicarle un cuento de policías y ladrones, a no ser que... a no ser que ella tuviera algo que ver con la historia.

—No me digas que el topo es...

Su padre asintió con gesto suave.

—¡Joder! —exclamó Licia, enfadada por la sorprendente circunstancia.

—Antes no hablabas así.

—Antes, tú tampoco hablabas demasiado con los altos cargos de Interior —replicó Licia, enojada, no con su padre, sino con un problema añadido a los que tenía para escaparse a Venecia.

Quedaron ambos en silencio. El magistrado no deseaba atosigar a su hija, ni mostrar un afán desmedido por solicitarle una decisión que le sería difícil de tomar, y Licia estaba todavía demasiado desconcertada por la situación, como para hacer siquiera una pregunta. Estaba preparada para argumentar a favor de su libertad para tomar decisiones y relacionarse con quien le diera la gana, para defender su relación con Antonio, pero le pillaba de improviso un cambio tan brusco.

—Desde luego, la Policía ha tenido mala suerte —comentó después de un rato, con un punto de alarma, porque sabía que algo más vendría a continuación.

Su padre cruzó una pierna sobre la otra, tomó la copa de coñac en un gesto reflejo, pero antes de llevársela a los labios, arrepentido, volvió a dejarla sobre la mesa.

—Por algo me comentaron que iba a tener problemas con el detenido.

—¿Quién te lo comentó? —preguntó mucho más interesado su padre.

—El comandante de puesto de la Guardia Civil. Parece que, a los pocos días, comenzaron a llamarle algunos jefes y miembros de los servicios internos de información.

El magistrado pareció tranquilizarse con la procedencia del comentario y decidió entrar en el meollo del asunto:

—Esto, como te puedes imaginar, no es frecuente.

—¿Qué no es frecuente?

—Casi todo. Que estemos en una etapa de miedo colectivo al terrorismo, y con razón; que haya por ahí cinco kilos de plutonio en una pesada maleta forrada de plomo; y que un magistrado del Supremo colabore con el Ejecutivo...

—¿Colaboras con el Ejecutivo?

—Bueno, no exactamente. Se trata de una petición extraordinaria... Bien, ha habido alguna otra ocasión extraordinaria en el pasado... La vida no es tan simple como un reglamento y, en muchas ocasiones, has de transgredir el reglamento precisamente para ser justo.

—Pero a los jueces nos ordenan que vigilemos la aplicación de los reglamentos.

—Claro, claro, y lo hacemos. Y lo hacemos —repitió en una pausa donde el cansancio de su expresión habitual se acentuó todavía más—. Pero hay ocasiones en que, por la delgada y fina línea de la legalidad, caben interpretaciones que permitan un buen fin.

—Siempre y cuando el fin no justifique los medios —comentó Licia—. Te lo he oído decir muchas veces.

—Por supuesto, por supuesto. Las decisiones siempre son difíciles de tomar. Son difíciles para nosotros. Y también son difíciles para la Policía. Al poco de venir destinado a Madrid, me tocó uno de esos casos escabrosos y terribles que son tan frecuentes, pero que siempre nos parecen extraordinarios. Un frutero había sido asesinado a cuchilladas a primeras horas de la mañana por un crío de quince años. El botín eran los cambios que había en el cajón del mostrador, unos pocos cientos de pesetas... Entonces no existía el euro. El crío era un mozalbete con una cara guapísima, un chico que un poco mejor vestido y peinado, podría haber sido el hijo del vecino de la escalera. Pero era un homicida, que había matado a un hombre por codicia, por una cantidad de dinero ridícula hasta para matar a un ratón.

Esta vez sí se mojó los labios con el coñac antes de seguir:

—No creas que me encontré delante de un adolescente lloroso y arrepentido, ni de un drogadicto precoz, ni de una persona con escasas luces. Era un chico inteligente, despierto, que contestaba con seguridad, que mantenía la mirada, y que contó con detalles precisos la manera en que entró en la frutería para robar, cómo le había sorprendido el dueño, y cómo para zafarse le clavó la navaja varias veces a la altura del hígado, «para que no me pegara», me decía el pequeño monstruo, como una justificación evidente, como si fuera normal que, cuando alguien te va a pillar robando, te defiendas clavando la navaja en el hígado del sorprendido apresador. Me

estremeció aquella seguridad en la que el homicidio parecía un leve accidente, algo así como un empujón. Pero me estremeció mucho más la confesión particular de uno de los policías que lo había detenido, que pidió hablar conmigo, y que mientras me contaba cómo había conocido una semana antes al niño, se echó a llorar. Por un momento temí que fuera familia del menor, o que estuviera implicado en el crimen: ya sabes, a veces un menor se hace pasar por culpable... No era nada de eso. Me dijo que seis días antes lo habían pillado saliendo de la puerta de servicio de un bar, también de madrugada, con las monedas de la máquina de tabaco que había reventado con otro chico que se escapó. El chaval de quince años se echó a llorar, y le dijo que no lo denunciara, que no lo haría más, que le había convencido el otro, y que era la primera vez que hacía una cosa así, y que su padre le daría una paliza, y que si lo metían en el reformatorio se moriría de pena. El policía sintió lástima del muchacho y lo dejó ir. En efecto, en aquella época un menor que fuera sorprendido robando iba al reformatorio, y el reformatorio era más bien el *deformatorio*, porque salían de allí con la diplomatura en delincuencia. El policía tenía un hijo de la misma edad y lo dejó libre. «Si no lo hubiera dejado libre, me decía con los ojos llorosos, ese pobre hombre, ese frutero, viviría todavía». Le consolé como pude. Le hablé de experiencias mías. Es probable que le mintiera o le mezclara verdades y mentiras con objeto de suavizar su culpa. Le aseguré que yo, en su lugar, hubiera hecho exactamente lo mismo, y nació una amistad que se fue desflecando con los años y con los cambios de destino del policía, que fue trasladado a dependencias burocráticas.

Licia recordaba escasos momentos del pasado en que su padre contaba historias, y su hermano y él escuchaban. Habían sido tan pocas que se le habían quedado grabadas. Una ocurrió cuando una muchacha de la misma calle se suicidó a causa de un fracaso en los exámenes. En otra, a las pocas semanas de morir Alicia, su padre improvisó un monólogo en el que habló de su niñez, de sus amigos, de los abuelos que no habían conocido, una especie de deslavazada confesión que los mantuvo un buen rato con la boca abierta. Esta vez no estaba su hermano, y tenía la impresión de que nada era del todo inocente, ni improvisado.

—Lo mismo que le ocurre al policía, nos sucede a los jueces. Tienes delante a un estafador, que ha arruinado a otro socio. Es un vivales. Por lo poco que sabes del caso, el socio también era un vivales, pero el perjudicador está delante de ti. La ley te permite un margen en el que te puedes mover, y tan legal es meterlo en la cárcel, como imponerle una indemnización clemente. Si lo metes en la cárcel, un hombre sin antecedentes, todavía bastante joven, un pichón, como dicen allí, ya sabes lo que va a suceder. Tendrá que pagar protección sí quiere evitar las agresiones sexuales y va a conocer gente que no hubiera conocido en ninguna otra parte del mundo. ¿Qué haces? Si lo conviertes en un preso, es probable que contribuyas a que la sociedad a la que quieres defender del delito tenga el día de mañana, en cuanto salga, un delincuente mucho más experimentado y más ambicioso. Y, si eres demasiado

compasivo, es probable que, a la vuelta de tres o cuatro meses, haya arruinado a un pobre y modesto matrimonio, o se haya quedado con los ahorros de una pareja de ancianos.

—Nosotros no podemos contemplar todas las variables, porque eso es sociología. Nuestro papel es interpretar las leyes y aplicarlas. Y punto.

Sabía que a su padre eso de *y punto* le irritaba de manera especial. Decía que era una arrogancia dialéctica del que no dispone de más argumentos e intenta evitar que nadie aporte nada nuevo a la discusión.

—En términos administrativos, puede que tengas razón. Y nos sirve para poder dormir por las noches, y no llevarnos a casa el trabajo dentro de la cabeza. Pero hay muchas ocasiones en que los dilemas morales se mezclan de tal forma con la legalidad que no es fácil tomar decisiones.

—Al final, cada uno debe tomar la decisión que le dicta su conocimiento de los hechos y su conciencia —aportó Licia, que esperaba la segunda parte. Porque tendría que haber una segunda parte.

—Desde luego. Aunque las conciencias de algunos compañeros nuestros, si nos asomáramos, nos producirían pavor —ironizó el juez para evitar un rigor academicista en la conversación.

La luz de la tarde comenzaba a perder intensidad. A través de los dobles cristales de las ventanas —«¿cuándo se habían instalado los dobles cristales?», se preguntaba Licia, que recordaba los balcones abiertos y unos señores con mono azul manejando con cuidado las planchas transparentes, y los gritos de su abuela, que temía que fuera a lastimarse con la rotura de alguno— se percibía el rumor sordo de la circulación por la calle Lagasca, como el eco de una ciudad lejana, o no tanto, porque había vibraciones que recordaban el parque rodante que no cesaba de fluir a escasos metros más abajo.

—¿Por qué no han hablado conmigo?

—¿Quiénes?

—Los de Interior, el alto cargo, los que sean. ¿Por qué no han hablado conmigo? Porque me imagino que no me has llamado para tenerme al corriente de lo preocupados que están en Interior por un delincuente al que han detenido con dos pistolas automáticas y una metralleta.

El magistrado no se alteró. Estaba acostumbrado a negociaciones largas y difíciles. La elección de un nuevo cargo, por ejemplo, para el Tribunal Supremo, requería docenas de reuniones previas, crear intereses, poner en marcha expectativas, prometer ayudas futuras, negociar aspectos tan sutiles que casi se escapaban del concepto y, en caso necesario, si no cabía otro recurso, mentir con el aplomo del converso y la indiferencia del cínico. Luego, ganada la batalla, las reclamaciones eran imposibles y las falsedades siempre se podían desviar a traiciones de terceros, súbitos cambios de criterio de otros, decepciones en las que se podría proteger el propagador

de la mentira afirmando, dolido, que el más sorprendido había sido él. Nada es fácil en este mundo, ni siquiera convencer a una hija.

—Porque eres joven. No se fían de los jóvenes. No los conocen, y no saben cómo van a reaccionar.

—¿Y saben cómo vas a reaccionar tú?

—No creo, pero saben que, por edad y experiencia, no me voy a espantar de la propuesta que me vayan a hacer, ni correré a denunciar una intromisión en mis funciones, ni organizaré un escándalo. Saben que puedo rechazar la colaboración que me piden con tanta suavidad como firmeza, pero que no quedarán expuestos a reacciones inesperadas.

—Y has aceptado colaborar.

El magistrado vaciló una décima de segundo, pero apartó la tentación de introducirse en exquisiteces dialécticas:

—Sí, he aceptado. He aceptado porque no quiero inhibirme de un asunto grave, que afecta a nuestra seguridad... iba a decir nacional, pero el término lo han convertido los terroristas en un anacronismo.

—Los de ETA son locales.

—Bueno, los de ETA se entrenaron hace años en Palestina, siendo anfitrión Arafat, al que ahora, después de muerto, se le honra como si fuera un beato... Y se entrenaron en los campamentos de Gadhafi, como los del IRA, como todos... En fin, ésa es otra discusión. Acepté porque me convencieron, y porque no creo traicionar ningún principio sagrado, ni vuelvo la espalda a la deontología, si te informo de lo que me han informado, y trato de influir, claramente, en que al topo le levantes la prisión incondicional y le pongas una fianza razonable que le permita reintegrarse a la banda, y averiguar dónde se encuentran los cinco kilos de plutonio o cuál ha sido su destino. Porque se teme que antiguos físicos al servicio de Sadam Hussein, tras la guerra, se hayan dispersado por otros lugares y tengan como opción aliarse con otras bandas, ETA, por ejemplo, y ayudarles a fabricar ingenios nucleares.

—¿Y tú crees que unos pistoleros de ETA y un físico del antiguo Irak pueden fabricar una bomba atómica?

—No tengo ni idea. Pero creo que, hace años, unos estudiantes, no sé si británicos o estadounidenses, demostraron que se podía fabricar una bomba atómica, siempre y cuando se dispusiese de plutonio o de uranio enriquecido, simplemente recogiendo las publicaciones que existían en el mercado al alcance de cualquiera.

Licia se sentía atrapada y algo humillada. Su orgullo personal y profesional, por un lado, se sentía lastimado al ser la protagonista con la que ni siquiera merece la pena hablar, y por otro, si hacía caso a la sugerencia de su padre, por ser una especie de recadero sin entidad, de pelele que no plantea problemas. Y si se enfrentaba a su padre, que era lo que le apetecía por razones de soberbia, también quedaba excluida. Eso, sin entrar en el fondo del asunto que, tal como se presentaba, parecía bastante peliagudo. De cualquier manera, decidió ponérselo difícil a su padre:

—Me alegro de que me hayas contado la historia del policía, porque me siento exactamente igual. Temo que, si le concedo la libertad bajo fianza al que yo creo que es un delincuente y vosotros llamáis topo, mañana haya un frutero con el que tenga que cargar mi conciencia.

—Al detenerlo, le incautaron las armas.

—Es un habitual. Como su padre. Por cierto, a su padre lo tengo llamado a declarar.

—Por lo de su hijo, supongo.

—No, por otra cosa. Son una familia ejemplar. He tenido la mala suerte de que hayan aparecido restos humanos en una laguna. Según el forense, la muerte debió ocurrir hace cerca de treinta años. Pero he recibido unos anónimos y le he llamado a declarar, creo que para dentro de una semana.

El magistrado no mostró ninguna emoción. Ya se imaginaba que ningún perspicaz guardia civil habría relacionado al Coreano con unos huesos humanos. *Ellos* no desperdiciaban ninguna baza. Pero casi se podía decir que se trataba de un problema lejano, frente a otro más inmediato como era convencer a su hija.

—No voy a forzarte a hacer lo que no creas que debas hacer. No puedo, además. Y, aunque pudiera, no lo haría. Mi opinión es que, en este caso, creo que servimos mucho mejor a la sociedad que nos paga aceptando la sugerencia policial que manteniendo una posición firme, celosos de nuestra independencia. No creo que quieran atacar nuestra independencia. Me parece que lo único que desean es encontrar cinco kilos de plutonio.

—Y presionan, claro.

—Bueno, todos presionamos en la medida de lo razonable. Cuando instruimos, también presionamos a nuestra manera. Y, aunque no lo hagamos, el que está al otro lado sabe que sólo nosotros podemos mandarlo a la cárcel o dejarlo en libertad. Y nunca se dirigirá a nosotros con naturalidad.

—Lo que no acabo de entender es que, si todo fuera tan sencillo, hayan montado todo este número. Molestarte a ti... Al fin y al cabo, eres un miembro del Tribunal Supremo. No me imagino que sea frecuente que un cargo del Ministerio del Interior se ponga a pedir favores a los magistrados del Supremo... Luego, lo que contó Antonio... El comandante de puesto se llama Antonio —añadió dándose cuenta de que había cometido una indiscreción—. Un par de agentes de los servicios de información haciendo preguntas... No es normal.

—No es normal que unos aviones se estrellen contra los dos edificios más simbólicos del estado más poderoso de la Tierra, y los destruyan, y maten a miles de personas. No es normal que unas mochilas exploten en unos vagones de tren, en la capital de España, y maten a cerca de doscientas personas... Y tampoco es normal que los delincuentes, que antes se dedicaban al juego, a la prostitución y al tráfico de drogas, se dediquen a transportar plutonio. Ya nada es normal.

Licia observaba el armario del fondo, sin dejar de escuchar a su padre, y recordaba que allí se hacían las fotos de navidades, hasta que Alex descubrió que los cristales de las vitrinas y los de los vasos y copas de las estanterías, reflejaban la luz del *flash* y en las fotografías siempre aparecía una lechosa mancha blanca y deslumbradora. A partir de ese descubrimiento óptico, cambiaron de escenario y se hicieron las fotografías en la pared lateral, frente al gran tresillo, y donde aparecía de fondo siempre el retrato de su madre, un óleo de un pintor argentino que pasó por España y la inmortalizó con un vestido de seda azul, el rostro en escorzo y la mirada brillante. No tenía necesidad de volverse para saber que una mano falsamente lánguida sostenía un abanico cerrado, mientras la otra se sujetaba el codo del brazo contrario. Familiarizada con el cuadro desde muy pequeña, no cayó en la cuenta de que la postura era falsa hasta después de la muerte de su madre. Miraba el cuadro todas las mañanas antes de ir al colegio, y comenzó a chocarle esa mano lánguida, hasta que descubrió que había sido una imposición del pintor, una exigencia del gusto del momento. El rostro, en cambio, reflejaba toda la viveza de su mirada y una vaga melancolía al fondo, propia de alguien que tiene su alma dividida entre dos continentes o entre dos mundos lejanos.

—¿Te han pedido una decisión rápida?

—No se trata de un contencioso administrativo. Ni siquiera saben si están a tiempo de recuperar la pista... De todas maneras, es una decisión que debes tomar tú.

Licia no dijo nada. La propuesta le parecía razonable. Lo que no le parecía razonable era interpretar el papel de peón, de mero peón.

—Creo que no. Que te voy a decir que no. Me he ganado a pulso mi carrera, he sacrificado parte de los años de mi juventud. Mientras los demás salían a otros países, ampliaban estudios o se incorporaban a la normalidad que significa desempeñar un trabajo, yo estaba metida entre códigos, memorizando como una máquina, sometiéndome a un proceso que casi se podría denominar deshumanizador; mientras los demás disfrutaban de sus fines de semana, de sus vacaciones, de sus viajes de placer, yo estaba en esta casa. Aunque viera la luz del verano y sintiera unos enormes deseos de irme, no ya a la playa, sino a la modesta piscina de unos amigos para sentir el sol en la piel, la frescura del agua... Creo que me he ganado el derecho a decidir, sin que me impongan los demás su criterio. No le debo nada a nadie.

Al magistrado le dolió esta última observación. Le sonó demasiado desabrida y sintió una salpicadura de desprecio, que le ayudó a decir sin reflexionar demasiado:

—Dos mil cuatrocientos veintisiete.

—¿¡Cómo!?! —se extrañó con rapidez Licia.

El magistrado había sentido, antes de terminar de pronunciar el número, esa sensación de error irremediable que se produce instantes después de que notemos que hemos atrapado con inseguridad el asa de un objeto que va a caer al suelo, o la percepción en la pista de tenis de que el raquetazo a la pelota que venía ha sido propinado demasiado fuerte y saldrá más allá del límite reglamentario.

—Era una tontería —se refugió el magistrado.

—No sueles decir tonterías, papá.

—Te agradezco la confianza, pero te aseguro que digo muchas tonterías. Incluso más de las que quisiera.

—Te he oído, papá.

—Olvidalo.

—No, no lo puedo olvidar. He olvidado la matrícula del Peugeot, y nunca la digo de manera correcta. He olvidado el número del documento de identidad. Y olvido con frecuencia los números de teléfono de los amigos. Por ejemplo, si quiero llamar a Bea, tengo que consultar la agenda. Pero hay algunos números que se quedan para siempre en la memoria... No sé, porque significaron mucho, o porque fueron trascendentes en su momento... Y el dos mil cuatrocientos veintisiete es un número que creo que no se me olvidará nunca. Es más, cuando alguien comienza, aunque sea refiriéndose a otro asunto, a decir dos mil... lo completo mentalmente con el cuatrocientos, no lo puedo remediar. Y tú has dicho de manera clara dos mil cuatrocientos veintisiete: mi número de opositora.

—A mí también se me quedó grabado.

—No es verdad. No lo sabías. O me dijiste que no lo querías saber. Que, fiel a tus principios, debería afrontar mis fuerzas y mi saber con limpieza. Y yo creí que había sido así —terminó de decir Licia con un matiz de derrota en la voz.

—Y así fue.

—No.

Licia se levantó y puso los brazos en jarras, y comenzó a pasear, y, luego, se pasó las manos por la cara, como si procediese a alguna operación lustral que le permitiera ver el mundo con ojos acabados de estrenar. Estaba confundida y dolida. Los Reyes Magos no ponen los juguetes porque seas buena, sino porque papá los compra, soborna a los Reyes, o a quienes hacen de Reyes, y te hace creer en un mundo irreal, demasiado maravilloso y escasamente semejante con el auténtico.

—¿Llamaste al tribunal? —preguntó parándose delante de él.

—Lo único serio que queda en este país puede que sean las oposiciones. No te pongas dramática. No hay nadie capaz de lograr que una persona que no esté debidamente preparada logre una plaza. Si tu ejercicio escrito no pasa el primer corte y, si en la exposición oral, no te ajustas a lo exigido, ni la hija del ministro de Justicia, ni la hija del presidente del Gobierno, pueden conseguir que su intervención sea declarada apta.

Licia no se dejó engañar por el tono conciliador y persuasivo, casi ligero, que empleaba su padre, y volvió a preguntar, esta vez precisando un poco más:

—¿Llamaste a algún componente del tribunal de oposición?

—Aunque lo hubiera hecho, mi querida escrupulosa, aunque hubiera llamado a todos y cada uno, y todos y cada uno fueran amigos míos, circunstancia en verdad

imposible, no hubiera servido de nada si tu ejercicio y tu examen no hubieran sido buenos.

—En unas oposiciones no se triunfa por ser bueno: hay que ser de los mejores.

—Claro. Y tú lo fuiste, no te quepa la menor duda.

—Pero llamaste.

El magistrado inició un encogimiento de hombros que se transformó en un escéptico desaliento que se apoderó de su rostro.

—No seas quisquillosa. Llama mucha gente. Llaman interesándose por el cincuenta por ciento de los presentados. Y no significa nada. Yo formo parte de los tribunales de oposición. Y me llaman. Altos cargos, compañeros de judicatura, amigos, conocidos, conocidos de amigos y amigos de amigos. Casi te podría decir — y comenzó a esbozar una media sonrisa— que el auténtico principio de igualdad de oportunidades de este viejo país consiste en ser recomendado, porque todo el mundo busca recomendación.

—No todo el mundo. Has dicho al principio que viene a ser la mitad.

—Es la mitad que ha encontrado a alguien que les pudiera recomendar. La otra mitad se han quedado con las ganas, pero te aseguro que lo han intentado.

Licia no podía evitar sentir algo así como una vejación. Tampoco culpaba a su padre. A los padres no se les puede echar la culpa de la mentira de los Reyes Magos. Pero era demasiado adulta para que le empezaran a explicar que las hadas madrinas no transforman calabazas en carroza, que todo eso se hace con un talonario de cheques, o con un buen equipo de producción de películas. O con la llamada telefónica de una persona influyente.

El magistrado dibujó un arco con la mano, intentando desplazar hacia fuera una preocupación inexistente:

—Por favor, no tengas dudas. Fuiste de las mejores. Y es verdad: llamé a un miembro del tribunal, pero no me dio tiempo a pedirle nada, ni dejó que se lo pidiera. Antes de que empezara a hablar me dijo: «No te preocupes. Ha sido uno de los mejores ejercicios y ha estado excelente en el oral».

—¿Me lo juras?

—Te lo juro por la memoria de tu madre. Así fue.

Al magistrado no se le mueve ninguno de los casi trescientos músculos que se concentran en la cara. Sabe muchas cosas y, por supuesto, sabe mentir con aplomo y jurar en falso con tanta convicción como los encausados que han estado delante de él, sentados en el banquillo. Respeta la memoria de los muertos, pero es un pragmático que sabe que quien necesita ayuda ahora es su hija, que está viva, y en una crisis de confianza perjudicial para el objetivo de esta reunión, objetivo que no se le olvida.

Licia, ante el juramento, se siente arrepentida. Tiene la impresión de haber empujado la cómoda silla en la que se sienta su padre, e incluso la misma mesa camilla, hasta el borde de un precipicio, en el que han estado a punto de caer, ella también, por un exceso de desconfianza. Se vuelve a sentar frente a él, extiende una

mano con intención de posarla sobre el dorso de la de su padre, que descansa en la rodilla, pero le parece un gesto excesivamente teatral y la deja sobre la mesa, donde siente las texturas del mantel de ganchillo que tejió su abuela:

—Perdona —le dice quedo, no por vergüenza de pedirle perdón, sino por insuflar en la expresión un grado de intimidad que le parece necesario.

—Perdona, tú —ataja el magistrado—, nunca debí decir ese número... Ya sé que no soy un hombre dotado para las efusiones y las ternuras. Tu madre me lo reprochaba con frecuencia. Por ejemplo, me censuraba que no le dijera que la quería... ¡Dios mío, cómo la quería! ¡Y la admiraba! Admiraba su energía, su buena disposición para todo, su optimismo... Pero siempre he sido parco, y tenía razón, no se lo sabía explicar, o, mejor dicho, ni siquiera se lo decía.

Licia está sorprendida. Nota una húmeda emoción en los ojos de su padre, que ni siquiera advirtió en los funerales de mamá. Recuerda que incluso sintió una enemistad secreta hacia él porque, mientras Alex, y la abuela, y ella misma, apenas podían sostenerse cuando salió el ataúd del tanatorio, camino del cementerio, su padre parecía un funcionario ajeno que dirigiera y pusiera orden en aquella tropa demasiado emocional.

—Cuando tu madre me dijo que estaba embarazada de ti, no sentí ninguna impresión especial. Me alegré por ella, porque lo deseaba, pero no hubo en mí ninguna exaltación interior. Es más, cuando naciste estaba mucho más preocupado por el estado de tu madre que por el tuyo. Y, durante el primer año, esa ternura que he oído que brota en otros hombres con el nacimiento de su primer hijo, no surgió en mí. Es más, llegue a inquietarme por si yo era un individuo sin sentimientos, casi me sentía raro al escuchar a los compañeros, hombres de mi edad, hablar en unos términos y de unas sensaciones que a mí me eran ajenas. Pero las dudas se me desvanecieron cuando cumpliste un año y, sobre todo, cuando rompiste a decir las primeras palabras. Comencé a venir a casa más temprano. Me gustaba observarte. Y sentía la rareza de la reproducción, esa manera de perpetuarnos, ese misterio de la vida tan lógico como incomprensible.

—Pocas veces me tomaste en brazos.

—Pocas —corroboraba el magistrado sin vacilar, casi más dándose la razón a sí mismo que a su hija—. Por los mismos motivos que no le decía a tu madre que la quería. Por esa incapacidad que tengo para mostrar el afecto. Pero te aseguro que te quiero. Y mucho.

Ha dicho esto último algo envarado, como si temiera adentrarse en una zona desconocida.

Licia percibe con esta declaración la singularidad de que está recibiendo el homenaje que le hurtó a su madre. Y le desconcierta. Está tan acostumbrada a contemplar a su padre afectuosamente lejano, que comprobarlo cariñosamente cercano le confunde.

—Bueno, tampoco yo soy la campeona de las efusiones.

—Alex salió a tu madre y tú eres una mezcla, pero tienes más de mí.

Licia percibe una especie de orgullo en esta afirmación, que le suscita una punzada de vanidad.

—Si me hubieran dicho... —el magistrado parece perder el hilo del discurso, pero es más bien un truco oral—, si me hubieran dicho que aquella cría que se sentaba muy formal en una *tea shop* de Chelsea, o que salía cargada de libros hacia el colegio, en las mañanas de invierno, iba a mantener conmigo una discusión sobre deontología profesional no me lo hubiera creído. Creo que ni siquiera me habría creído que iba a volverme un hombre viejo.

—No eres un viejo.

—O mayor. Da lo mismo. Los eufemismos no ocultan la verdad. Si tuviera que correr para coger el tranvía de Moncloa, como me sucedía en los primeros años de Universidad, nunca lo alcanzaría. Desaparecieron los tranvías, y desapareció con ellos mi juventud. En algún museo del transporte puede que haya un trozo de mi juventud, sentada en un asiento de ventanilla... Hace poco vi una película francesa. Nunca me gustó mucho el cine francés, porque tengo la impresión de que abren las puertas y las cierran con más lentitud que en ningún otro cine. O me lo parece a mí. El caso es que trataba de un delincuente que llega a una ciudad y se aloja en casa de uno de esos eruditos provincianos, que nunca han tenido una vida aventurera. Y surge entre los dos una amistad imposible. El caso es que uno de ellos dice que la gente se preocupa mucho más del tiempo que hace que del tiempo que pasa. Y es verdad. Los meteorólogos concitan la atención de los telespectadores, como si fueran profetas que van a anunciar nuevas extraordinarias. En realidad se limitan a decir en verano que va a hacer calor y en invierno que seguirá haciendo frío. No hay muchas variables. Las de la temperatura y las de la lluvia. Pero esos elementos combinados son suficientes para crear un grado de expectación que no se corresponde con la rutina diaria de los partes meteorológicos. Y, sin embargo, no nos preocupamos del tiempo que pasa. Y que nos va devorando, poco a poco, como si fuéramos una *delicatessen*, un exquisito manjar que se consume masticándolo despacio y con mucho cuidado.

—Tienes una posición que muchos envidian. Y proyectos. Leí en unas páginas culturales que te iban a proponer como académico de la de Ciencias Morales.

—¡Ah! Sí, una de esas recompensas que llegan cuando empiezas a tener problemas con la próstata.

—¿Tienes problemas? —preguntó algo alarmada, Licia.

—Los normales en un hombre de mi edad.

Anocheía. Licia encendió una lámpara de pie que había junto a la mesa camilla, y la luz pareció barrer la intimidad que se había construido al hilo de la confesión en voz alta de su padre. Volvió a envolverla esa sensación de soledad, a pesar de que allí había pasado muchos ratos a solas, escuchando música o leyendo: su padre fuera, como siempre; su abuela con algunas amigas, no muy lejos, en California 47, estropeándose el hígado con tortitas de nata y hablando pestes de la juventud,

precisamente la formada por unos nietos a los que ella adoraba; Alex, jugando un partido de fútbol sala, u organizando algún paso del Ecuador; y la filipina, o la marroquí, o la ecuatoriana, o la que tocara aquel año, puchereando por la cocina, ecos apagados de metales y cristal, ese cuarteto para acero, loza, vidrio y porcelana que formaba una sonata doméstica, familiar y acogedora, salvo cuando algún plato, algún vaso, debido a la inevitable fuerza de la gravedad, caía al suelo acompañado del estrépito de reglamento. La soledad, pues, era una información consciente, racionalista, la certeza de que la abuela no volvería, de que Alex no vivía allí, de que mamá... A veces, pensaba que de no ser por el cuadro que estaba colgado allí detrás y por una fotografía tomada en Buenos Aires, antes de nacer ella, donde su madre aparecía en la terraza de la casa de los tíos, con una diadema que le recogía la melena y una sonrisa subyugante, y que Licia llevaba consigo, era muy probable que se hubiera olvidado de su rostro, que se hubieran desvanecidos sus rasgos. En la Universidad, a los dos o tres años de su muerte, intentaba reconstruir su rostro y se le difuminaba, y sentía un pánico terrible, que se somatizaba en la boca del estómago y que le producía unas náuseas comprometidas e inoportunas. Es probable que su padre se hubiera comportado de otra manera de vivir su madre, y que no hubiera ahondado todavía más en su peculiar manera de relacionarse con la familia, porque salvo aquellos primeros intentos de vida social, donde ella, todavía una adolescente, fue promovida a primera dama de la casa, el resto constituyó una relación tan educada como lejana, tan cortés como distante.

El magistrado se siente arrepentido de haberse mostrado frágil. Cree que en estas circunstancias lo peor es la fragilidad, porque no hay negociación que no requiera fortaleza, pero, si ha mentado con lo de las oposiciones, ha sido casi sincero en su lamento por la falta de afectividad hacia su hija.

Lo que más le sosiega es que no tendrá que enseñar el sobre de papel marrón que está bajo llave en el segundo cajón de su escritorio, con ese montón de fotografías vejatorias, ese último y miserable recurso que le producía pavor, tanto por el dolor que iba a infringirle como porque ignoraba cómo reaccionaría ella, o qué desesperados cambios le iba a producir.

—Bueno, papá, seré una niña buena y le pondré una fianza razonable al traficante de armas, mejor dicho, al topo.

—No ironices.

—No ironizo. Eres la única persona capaz de hacerme cambiar de opinión. Lo deben de saber en el Ministerio. Puede que por eso hayan hablado contigo... En fin, firmaré antes de irme de viaje.

—¿Te vas de viaje?

—Sí. Un largo fin de semana. Me voy a Venecia.

El magistrado no pregunta si va sola o en compañía de otros. «Sola o en compañía de otros» es una frase hecha de los sumarios, uno de esos recursos que se aplican casi de manera mecánica a la hora de redactar.

—Unas pequeñas vacaciones —explica Licia, con la satisfacción de haber cerrado un enojoso capítulo y estar en vísperas de otro mucho más grato.

Poco después llama a Bea, y quedan en una cafetería de Serrano. Las gitanas pedigüeñas han sido sustituidas por las rumanas. Aquéllas llevaban un niño en brazos y éstas llevan *La Farola*, una publicación que sirve de efugio para solicitar limosna con cierta dignidad.

Bea parece un poco más gorda, y Licia pronto descubre que está de nuevo embarazada. Tras un repaso rápido sobre amigos comunes, Licia advierte que no le puede contar lo de Antonio. Bea le habla de ginecólogos, de molestias de la preñez, de los problemas del niño, de las dificultades para encontrar una buena guardería infantil, de algo de su suegra, y de que su marido viaja mucho. De pronto, Bea mira el reloj y dice que debe marcharse, porque son casi las ocho y media, y tiene que bañar al niño. La invita a que le acompañe a casa, pero Licia se ha sentido ya separada de su amiga íntima, y no cree que la visión de un niño bañándose, puede que impertinente y malcriado, vaya a devolverle a su amiga de otro tiempo. Cuando se despiden en la puerta con dos besos rápidos como dos picotazos, Licia siente un oscuro alivio mezclado con una cierta culpabilidad. Bea era osada, ingeniosa, traviesa y divertida. Ahora, le parece una máquina reproductora, encerrada entre horarios de baño y viajes a la guardería. Recuerda vagamente a su marido, un chico de Santander —Bea y su familia veraneaban en Santander— al que conocieron el día de la boda, y se lo imagina yendo y viniendo a Barajas con un maletín y un teléfono móvil que suena a menudo.

Deja que desaparezca Bea en su vehículo y se acerca hasta Serrano 50, una cafetería situada en los bajos de El Corte Inglés. Antes, estos locales estaban ocupados por Marks and Spencer y, mucho antes, por Celso García, unos grandes almacenes que conocieron su apogeo y, luego, su decadencia hasta la desaparición. Aquí reparaba fuerzas con su madre y su abuela cuando le dejaban que les acompañara de compras, y eso le hacía sentirse mayor, más que al comenzar a sustituir los ásperos leotardos de lana azul del uniforme por los *pantys* de los viernes por la noche, y unas faldas que a su abuela siempre le parecieron excesivamente cortas. Su abuela prefería California 47, más espaciosa, con numerosas mesas, pero a su madre le agradaba esta barra estrecha y larga para tomar algo rápido, de pie, y seguir con las compras.

Tanto tiempo fuera de Madrid se detiene ante los escaparates como una paleta, y recuerda que ha traído una maleta vacía para meter algunas cosas del guardarropa madrileño. Se ha comprado en Jaca unos pantalones de pana y unos zapatos deportivos, pero necesita un par de blusas y un par de jerseys que debe localizar en el armario, y algún vestido para salir a cenar. Cae en la cuenta de que no se ha ido de su

casa de Madrid. Que Vallefrío es un destino provisional. No se había dado cuenta. O no había reflexionado sobre ello.

Muy al fondo se vislumbran las amarillentas luces de la Puerta de Alcalá, pero retrocede y camina hacia Jorge Juan para evitar convertir el corto paseo en un recorrido melancólico. No le apetece enredarse en añoranzas con las que acabaría sintiéndose triste y vulnerable. De pronto, se nota cansada, y cuando vuelve a casa se encuentra a su padre, con una chaqueta de punto, calentándose un vaso de leche en el microondas de la cocina. El coñac le ha debido estimular la acidez gástrica.

—Has vuelto muy pronto —le dice sin mirarla, mientras contempla el plato interior que gira, en tanto se escucha el ronroneo de la radiación, esa metamorfosis de las cocinas en laboratorios asépticos, donde no se sabe si se acometerá la labor de un guiso, o todo es un simple decorado para publicar en los catálogos o en las revistas de decoración.

Sabe que será muy difícil reanudar el ambiente íntimo de antes, y que su padre se llevará el vaso de leche hasta su cuarto de trabajo, encenderá la lámpara de pantalla verde, que a ella le suscita tristeza, y se pondrá a leer algún grueso sumario.

—Me espera un sumario —dice mientras saca el vaso de leche del interior del pequeño horno.

—Te acompaño hasta tu cubil. Creo que voy a escuchar un poco de música o a leer, pero en la cama. Mañana tengo que madrugar y me espera un viaje. Bueno, dos viajes.

Ella va delante y, al atravesar el salón, se para ante la moneda bizantina que hay en un diminuto atril y la toma entre las manos.

—¿Te acuerdas? —le pregunta a su padre.

Es una pregunta obvia que formula por prolongar algo más la despedida, pero el magistrado se la quita de la palma, y recrea la sorpresa, la inmensa sorpresa que se llevó aquellas navidades, cuando junto al árbol, cerca del belén que Alicia preparaba como si fuera una decoradora teatral, precisamente sobre esta superficie despejada de bibelots y bandejas de plata, abrió el regalo en el que ponía con letras mayúsculas «papá», y lo abrió sin ninguna emoción, esperando encontrarse con unos gemelos, o un sujetacorbatas, o alguna de las chucherías propias de las fechas de regalo obligatorio y ritual. Pero, al abrir el estuche, un destello dorado hirió sus ojos y apareció la efigie de Filípico, la moneda que le habían ofrecido por 12 000 libras esterlinas en Chelsea. Se quedó estupefacto. ¿Cómo había llegado hasta sus manos? Él se mantenía al margen de los asuntos financieros de su mujer, y sabía por inesperados viajes o celebraciones repentinas que la larga estela de la amistad con Jorge Antonio deparaba inesperadas intermediaciones de sus cuñados, que, por los resultados, parecían rentables. Nunca se quiso inmiscuir, en parte por un cierto orgullo, y en parte, también, por razones precautorias. Le aterraba que le pidieran recomendaciones, incluso que ante terceros mencionaran su nombre, sin ninguna inocencia, porque eso suponía entrever una complicidad que no existía. No obstante,

a pesar de que su mujer pudiera disponer de 12 000 libras esterlinas, ¿cómo había logrado la pieza? ¿Cómo se había enterado de dónde estaba? Entre risas gozosas y triunfales ella le explicó que, cuando lo dejó con los niños, a la salida de la *tea shop*, volvió a la tienda de anticuario que encontró más cercana, y preguntó si había estado un hombre de sus características, y al responderle que sí, le contó una historia que el numismático no debió entender muy bien, pero que sirvió para dejarle una señal y comprometer la venta. Alicia había visto hacía mucho tiempo a su marido con catálogos de monedas y, tan lanzada en las iniciativas como prudente en el dinero, sabía que las monedas eran una inversión segura a largo plazo. Al magistrado le conmovió tanto el valor económico del regalo como la astucia de su esposa, la atención que suponía adivinar sus gustos y adelantarse a sus deseos. Veía su cara risueña, y le contaba, entre satisfechas sacudidas de cabeza, lo mal que lo pasó cuando volvió al mercado al aire libre, y los encontró vagabundeando, y ella sentía un inmenso júbilo interior por haber acertado con el anticuario y haberle salido bien la treta, y a la vez, la frustración de no poder explicárselo ni a él, porque le rompería la sorpresa, ni a los niños, porque no iban a guardar el secreto.

Aquellas navidades el magistrado declaró solemnemente que sería un egoísmo imperdonable guardar aquella valiosa pieza con otras de escaso valor, y hurtarla a la admiración de todos, así que se quedaría allí, tras desmontar el belén.

Pasaron las navidades, se desmontó el belén, y la pieza seguía guardada. Un domingo por la mañana, Alex preguntó por la moneda, y su padre explicó que no había tenido tiempo de acercarse hasta la tienda de la calle Mayor para comprar un pequeño atril de numismas.

Lo trajo a la semana siguiente, y llamó a toda la familia, como si se acometiera una entronización. Desde entonces ha estado ahí, entre una bandeja de plata, un encendedor también de plata que dejó de funcionar hace años, y una pequeña escultura de bronce que trajo Alicia, tras la visita de una exposición, en la que se ve a una niña, con sombrero, sentada de manera desganada en una silla. A veces, Licia giraba el pequeño soporte para que Filípico mirara a la niña, y hubo alguna ocasión en que estuvo así casi un día entero, pero no faltaba quien advertía que la moneda no estaba de frente y la volvía a colocar en su posición habitual. Es probable que haya doblado su precio, pero a nadie, ni siquiera al magistrado, precisamente por haber estado siempre allí, se le ha ocurrido que casi constituía una provocación, y, desde luego, una imprudencia.

Tras ser nombrado miembro del Supremo, la primera vez que subieron los de seguridad para inspeccionar el piso, le preguntó uno de ellos si la moneda era de oro y, de una manera refleja, el magistrado dijo que no, que era una imitación. El de seguridad no pareció muy convencido, pero no comentó nada.

Su padre deja la moneda en su sitio con gesto delicado, como si colocara una virgen muy frágil sobre una peana. Licia le da un beso en la mejilla y se va hasta su habitación. Se marchará muy temprano, todavía de noche, llegará a Vallefrío al

mediodía, firmará la orden fijando la fianza, y conducirá hasta Zaragoza para tomar el tren a Barcelona. Allí se tiene que encontrar con Antonio.

Licia no se enterará hasta el regreso de dos noticias que, a la mañana siguiente, dejarán a su padre tan aturdido como preocupado, porque se acostó sin ver los noticiarios de televisión. La que ocupa más espacio, la que viene en primera página y de la que hablan en todas las emisoras de radio, es la dimisión del ministro de Interior. La otra, de la que nada se dice en los boletines informativos de radio, y ocupa un pequeño espacio en las páginas interiores de uno de los periódicos de la mañana, es el suicidio en la cárcel de un preso preventivo, que ha aparecido ahorcado con una de las sábanas. El magistrado miró con aprensión y deseo de no confirmar sus sospechas el apellido que venía escrito, pero los deseos nunca pueden nada frente a la realidad, y a la primera ojeada pudo leer un nombre que tampoco se le había olvidado. El suicida era el hijo del Coreano.

Capítulo Undécimo

¿Por qué son cada vez más grandes los aeropuertos? Licia recorría las inmensas distancias del aeropuerto del Prat, semejantes a las inmensas distancias del aeropuerto de Barajas, que, a su vez, eran semejantes a las inmensas distancias de cualquier aeropuerto de primera categoría, llámese Frankfurt, Orly, Heathrow, Kennedy o Fuimicino. A veces, se cruzaba con alguna anciana poco previsora al no procurarse una silla de ruedas, y no podía evitar una compasiva mirada sobre el angustiado rostro de la mujer a la que nadie había preparado ni advertido de que ir a tomar un avión lleva implícita una larga excursión más propia de *boys scouts* que de señoras de la tercera edad, porque al kilometraje había que sumar las escaleras mecánicas, los ascensores con vocación de desarreglo crónico, los obstáculos para carritos portaequipajes, es decir, el centón de trampas que, amén de las longitudes, contribuyen a que el viajero llegue hasta su asiento sin ánimo para exhalar la menor protesta, aterrorizado por la experiencia y sólo confortado por la evidencia de que el resto del pasaje ha debido pasar por lo mismo, sin que se hayan registrado numerosas bajas, puesto que los aviones suelen ir completos.

Pero antes de alcanzar su objetivo, Licia y Antonio estuvieron a punto de no encontrarse, porque el *punto de encuentro* que para Licia se encontraba antes del control de seguridad, para Antonio era el que figuraba una vez pasado el control, lo que provocó ansiedades inútiles que se calmaron gracias a los móviles. Cuando Licia le dijo que estaba a cincuenta metros de una escultura hidrocínética y Antonio le contestó que él se encontraba a doce metros de una tienda de licores y tabaco, Licia llegó a la conclusión de que algo no iba bien y de que era evidente que se había producido una confusión, porque a unos cien metros había un estanco, era cierto, pero ningún rastro de licorería.

Luego, cuando ella llegó al *punto de encuentro*, a la vez que sintió la natural alegría del hallazgo, la satisfacción alborozada de haber superado el problema, percibió, —e inmediatamente envió al subconsciente— el intranquilizador efecto de encontrarse con alguien distinto, no por lo más esencial, sino por lo más superficial, algo tan pueril como la visión de Antonio vestido de paisano. Acostumbrada a verle con uniforme, con chándal o desnudo, o desnudo a medias o a medias uniformado, observarle, de pronto, con los pantalones vaqueros —ella también llevaba unos vaqueros—, una cazadora de corte antiguo, de serraje, y una camisa a cuadros grises que no se conjuntaba con la cazadora, le suscitaba la extraña sensación de estar en compañía de alguien más vulgar y anodino que el Antonio con el que estaba citada.

Otro aspecto que se acumularía en su subconsciente, por mucho que también fuera rechazado con rapidez, fue la diferencia entre el Antonio seguro de sí mismo, concedor de las aves que volaban y las plantas que pisaban y los árboles que

crecían, y el Antonio inseguro, vacilante, que se sobresaltaba cada vez que por la megafonía se anunciaba la salida de un vuelo.

Licia había dormido la noche anterior en Barcelona, mientras Antonio había venido con su coche desde un Vallefrío anochecido a las tres y media de la madrugada, y todavía no se había desprendido de un cierto sentido de culpabilidad, porque su mujer se había levantado un poco antes que él, y le había preparado una tortilla de jamón, que le había puesto en un panecillo, y le había dado un abrazo de despedida que, de no ser porque Antonio ya no sabía quién era desde que estaba encandilado por la juez, le habría hecho retroceder y desbaratar un plan cuidadosamente trazado desde dos meses antes. También es cierto que nada más ver a Licia, esos remilgos se diluyeron y las aprensiones quedaron sofocadas por la alegría de tenerla al lado y de saber que iban a pasar tres largos días juntos, y una exaltación desconocida, tal que si hubiera bebido un sorbo de la fuente de Juvencio le alborotó por dentro y le incitó a creer que no tenía muchos más años que su compañera de viaje y, desde luego, ninguna responsabilidad familiar.

Como Antonio había insistido en que la excursión estuviera acomodada a su economía, el vuelo no era directo, e hicieron escala en el aeropuerto de Milán, y luego tomaron otro avión a Venecia, a la que llegaron cuando la tarde se despedía y el sol se escondía frente al Lido, y ponía, sobre el azul oscuro de la Laguna, los cárdenos tonos del crepúsculo.

A Licia le deprimían los hoteles baratos. Sabía que no era rica, porque su padre y su madre, y muchísimo más su abuela, se habían encargado de advertírsele con frecuencia casi excesiva, pero desde niña se le había desarrollado una intuición natural que le permitía distinguir si estaban en un establecimiento de dos, tres o cuatro estrellas, no digamos de cinco.

Había elegido, pues, un hotel de tres estrellas, pero mucho más acogedor que cualquiera de los de cuatro, gracias a su ubicación y a su decoración cuidada.

El hotel Torino ocupaba un viejo palacio en la calle Ostreghe que, por un lado, conectaba con la calle Larga XXII de Marzo, la cual arrojaba al peatón a la plaza de San Marcos, justo enfrente de la Basílica, y por otro, en un tramo algo más largo, pero que no sobrepasaba los diez minutos, dejando siempre a la izquierda el teatro de La Fenice, y luego el Goldoni, te llevaba hasta el Gran Canal, justo a un lado del puente de Rialto.

Lo que había sido un palacio del siglo XVI se había convertido en un hotel del XXI, con decoración del XVIII y del XIX, uno de esos hoteles pequeños y caros, que bajo la aparente humildad de sus tres estrellas ofrecían el confort de los hoteles de cuatro, pero con el encanto de ser muy pocas las habitaciones —debía de tener unas veinte— y el cristalizado esfuerzo decorativo que les permitiría recordar, nada más entrar o al despertarse, que se encontraban en una ciudad histórica.

Licia había tenido la malicia de abonar aparte el sobrepago del paquete turístico para que en las cuentas que Antonio se había empeñado en repasar se reflejara una

cantidad aceptable, y comprobó a la llegada, a pesar del cansancio del trasbordo y de las horas de espera en el aeropuerto de Malpensa, que su elección había sido acertada.

La profesionalidad de la hostelería veneciana, esa mezcla de afecto fingido y distanciamiento, estaba representada por una chica más joven que Licia que les dio la bienvenida, les deseó una feliz estancia como si su propia felicidad dependiera de ello, y, nada más verlos dirigirse a las escaleras, tomó el teléfono y soltó un «*Pronto*» neutral, quizás porque de la misma manera que no se puede estar todo el tiempo en la excelencia, es imposible permanecer en la afabilidad y el amor al prójimo de una manera crónica.

No obstante, el efecto profesional ya se había producido, y el encuentro con la habitación, pequeña, pero decorada con gusto, no desmereció de la buena impresión recibida en el vestíbulo y en los trámites de recepción.

Antonio comenzó a abrazar a Licia por detrás, como si el largo viaje hubiese sido un expediente de procedimiento para lograr un abrazo íntimo, pero Licia, más pragmática, fue desgranando el adverbio *luego*, con esa habilidad mujeril para convertir los aplazamientos íntimos en zanahorias que los hombres siguen con obediente excitación y complacida esperanza.

No habían tomado dos vuelos para darse revolcones en una cama, que cama ya tenían en Jaca, así que pasó rápida por el baño, le dejó sitio a él, y aunque la tarde ya era avanzada y comenzaba a anochecer, salieron a la animada calle y, tomados del brazo como dos chiquillos que han logrado escaparse de casa, llegaron a la Piazza.

Si para Licia fue la emoción de encontrarse de nuevo con el agrisulce paquete de los recuerdos, esa imposibilidad que tenemos ante los lugares que ya hemos visitado para desprenderlos de las grabadas impresiones de la primera vez, Antonio disfrutó de un paisaje urbano que iba mucho más allá de la simetría o de la magnificencia, de la suntuosidad o la armonía, porque esa belleza de fachadas y soportales que parecían pedir excusas por su opulencia para dejar limpia la plaza le produjeron un golpetazo superior a lo que sentiría, al día siguiente, cuando desembocaran en el puente de Rialto.

Ese intento de las plazas por apresar lo más inaprensible, que es el espacio, produce resultados contradictorios. Hay ágoras que en su esplendor han atrapado un espíritu burlón, que convierte el tránsito en un paseo desasosegante; las hay que, pese a su inmenso espacio abierto, poseen un aire claustrofóbico que llega a molestar; existen plazas falsamente recoletas que son mucho más inquietantes en su interior de lo que haría pensar su visión desde una esquina, y las hay solemnes y familiares a la vez, como la plaza de San Marcos, un lugar que podría avasallar, pero que exhibe tal voluntad de acercamiento que hasta una estúpida gacela de quince años, más pendiente de sus hormonas que de lo que se presenta ante sus ojos, siente ese llamamiento histórico y doméstico que convierte a cada viajero en un potencial súbdito del Dux.

Se tomaron de la mano y se acercaron hasta la fachada del fondo por medio de la plaza y, aunque comenzó a lloviznar, un calabobos que a Antonio le recordó sus días de destino en el País Vasco, siguieron caminando mientras la progresiva humedad de las baldosas y la iluminación artificial ponía inesperados reflejos, destellos inusitados que a Antonio le llegaron a arrobar, hasta que Licia tiró de él hacia los soportales y se sentaron en el Florián.

A Licia casi se le suelta la risa cuando Antonio tomó la nota y comenzó a poner cara de incredulidad al leer lo que allí valían dos capuchinos, e incluso consultó con ella, que sin mirar *il conto*, hizo dos movimientos afirmativos de comprensiva solidaridad.

—Ten en cuenta que aquí tomó café Napoleón —le comentó ella.

—Estoy seguro que sí. Pero le invitaría algún general o fue después de que requisaran el café como botín de guerra.

Esta vez sí que Licia se echó a reír, y, aunque no tenía una carcajada escandalosa y campanilleante, Antonio casi llegó a sentir cierta incomodidad y a observar de soslayo al camarero que les había servido, por si aquella risa era desproporcionada con el distinguido ambiente del local. Algo debió advertir Licia, porque la risa no se diluyó con esa apostilla de pequeños y postreros gorjeos, como si se suscitara una lucha interna entre los partidarios de volver a la formalidad y los prosélitos convencidos de prolongar la situación, sino que cesó bruscamente, casi tanto como brusca fue su puesta en pie, como si ya no le agradara aquel lugar y tuviera prisa por marcharse. Tan evidente había sido su cambio de humor, que Antonio pronunció esa irritante pregunta que jamás debe hacerse a una mujer. —«¿Qué te pasa?»— lo que provocó un recrudecimiento del malestar. Antonio ignoraba que, cuando a una mujer su pareja masculina le pregunta qué le pasa, lo considera vejatorio por dos razones: por ser tan estúpido como para no haberlo adivinado, y por considerar que la pregunta es una acusación de rareza. En el primer caso, está claro que el hombre ha pecado de distraído y desatento; en el segundo, todavía peor: intenta destruir las ricas complejidades de la personalidad femenina y transformarlas en las aburridas y previsibles simplezas masculinas. Si un tipo que acaba de apuñalar a otro no le pregunta a la sangrante víctima de la cuchilla qué le pasa, a qué venía —se decía Licia— esa excoriante pregunta, que azuzaba todavía más su desabrimiento interior, el empeño de los hombres en apagar los pequeños fuegos con gasolina preguntadora. Sabedora de que no podía despeñarse por la estúpida pendiente de los diálogos imbéciles —«No me pasa nada», «Pues yo creo que te pasa algo», y así hasta la extenuación—, le apretó la mano y lo llevó hasta la calle de Fabbri cuyas luces comenzaban a atenuarse, porque los comerciantes procedían a cerrar sus tiendas, y buscaron un sitio para tomar algo, una pequeña taberna, un *trattoria* modesta en la que pudieran procurarse una cena ligera.

Evitaron los carteles que indicaban el camino hacia el puente de Rialto, después de decidir que momento tan trascendental había que reservarlo para la luz del día, y

atravesaron Mercerie y llegaron a Salizada San Lio, asistiendo al despoblamiento de las calles, al apaciguamiento de los sonidos, de tal manera que en algunas callejas se podían percibir los lametones de agua del canal en las fachadas o el eco de los pasos de algún transeúnte al pasar por zonas abovedadas, esos pasadizos que nunca sabes si acaban en el portal de una casa o en una plaza mucho más amplia de lo intuido.

Cuando su horario estomacal les indicó que ya era hora de entrar en algún sitio, se encontraron con la rigidez de los turnos de comidas, no ya de Venecia, sino de toda Italia, un rigor que comprobaron en su peregrinaje, porque pasadas las nueve de la noche no les dejaron cenar en ninguno de los restaurantes del camino. Además, se perdieron. Perderse en Venecia es muy difícil, porque las flechas indicando «San Marco» y «Rialto» están repartidas por esquinas y muros con generosidad previsor, pero fuera de las rutas acostumbradas puede llegar un momento en que, tras cruzar dos canales y torcer por dos callejas, el visitante se encuentre en un lugar donde no existan carteles, ni personas a las que solicitar orientación.

Y eso fue lo que les sucedió a Licia y Antonio. Habían rechazado caminar hacia Campo San Bortolomio, porque llevaba implícito dirigirse hacia Rialto, y habían vuelto sobre sus pasos, pero más que sobre sus pasos habían marchado en otro sentido y llegaron a un callejón sin salida que terminó por desconcertarles, porque estaban convencidos de que allí nunca habían estado.

A Licia le recordó el día en que, cerca de La Fenice, dieron una vuelta con Oscar y su hermana, y ella se perdió, pero en aquella ocasión tuvo miedo auténtico, esa percepción del desamparo que causa una inquietud ancestral y que pone alerta todos los resortes del instinto de conservación con sus correspondientes descargas de adrenalina. Con Antonio al lado, en cambio, no sintió ningún temor. Se consideraba protegida por él, y esa sensación de refugio le diluyó el malestar que le había provocado su ausencia de desenvoltura en el café Florián, y le devolvió la alegría del viaje y la aventura.

En un momento habían pasado de la molestia de no encontrar un sitio para cenar a la inminente necesidad de no continuar perdiéndose en el laberinto de callejas y canales. Se impuso esta última cuestión sobre la primera, y cuando encontraron a un hombre bastante mayor, que caminaba con el sosiego de quien tiene varias vidas por delante, y les dijo que para volver a la plaza de San Marcos sólo tenían que retroceder y andar «*sempre dritto*», le sonrieron agradecidos y se dispusieron a cumplir con las indicaciones hasta que se percataron de que *sempre dritto* era algo imposible de cumplir en Venecia.

Venecia no ocupa ni siquiera nueve kilómetros cuadrados, muchos menos que cualquier capital de provincia o cualquier ciudad pequeña, pero una vez en su interior, la falta de horizontes, los retorcimientos a los que obligan la unión del centenar de islotes sobre los que se asienta, las maniobras necesarias para no desviarse del sentido elegido, la intranquila sensación, bien de haber pasado ya alguna vez por un lugar o, al contrario, la no menos turbadora impresión de

encontrarse en un sitio ignoto y desconocido, agitan la nerviosa impaciencia de todo náufrago, y pueden transmutar el placentero callejeo en una nerviosa búsqueda entre la consternación y el agobio progresivo.

Antonio se puso algo más nervioso que Licia y, quedó apresado de una cierta destemplanza que ella nunca se había imaginado hasta que, al encontrar una salvadora señal que indicaba el camino hacia «San Marcos», no sólo se calmó su impaciencia, sino que quedó preso de una alegría ingenua que Licia contempló con afectiva misericordia, con maternal indulgencia.

Dispuestos a que las tripas no ayunaran, perseveraron por Mercerie en busca de algún establecimiento que les acogiera, hasta que en una especie de *pub*, nada veneciano, lograron una cerveza y un pan con mortadela, que les supo a gloria, mientras el teutón que les servía y que parecía dueño y señor del establecimiento, ponía en el equipo megafónico un ortodoxo *heavy metal* de los noventa que, en el desolado y vacío local, sonaba a fracaso nocturno.

Reconfortados con sus respectivas pintas de cerveza, indemnes del desastre que hubiera supuesto perderse en el laberinto, aunque el minotauro fuese una frágil canoa deslizándose por el tramo de un desconocido canal, se sintieron inexpugnables, lo que aumentó el júbilo que venía instalado desde el aeropuerto del Prat, y que explotó cuando Antonio —que no era muy dado a los juegos de palabras o a las ironías— dijo que lo que más le gustaba de Venecia, aparte de la Piazza, era el poco trabajo que había aquí para los agentes de tráfico. Licia volvió a reír, como cuando estaban en el Florián, y llegaron al final de la calle Larga, abrazados por la cintura, bamboleándose con mecedura de embriagados, más que contentos, felices, más que alegres, reconfortados en la especial dicha encontrada en Venecia.

Se durmieron abrazados tras los ejercicios amorosos, fatigados de Mercurio y Venus, transidos de viaje y amor, su primera noche completa, mientras tras el pesado cortinaje de la ventana del antiguo palacio, quería entrar una azulada claridad que no era la luna, sino las luces artificiales de la calle Ostreghe.

El comedor del desayuno, pequeño como el de una pensión pero acogedor y amueblado con piezas de estilo, con sus mesas cubiertas por un mantel de suave rosa sobre otro de faldones de discreto estampado con fondo amarillo, les ofreció su muda hospitalidad y la esperanza de un cielo sin nubes que se vislumbraba a través de la cristalera del mirador, y que, desde el lugar en que se sentaron, se reflejaba en un gran espejo situado sobre la repisa de una chimenea con aspecto de no haberse encendido desde la lejana fecha en que restauraran el palacio. La lámpara de Murano que colgaba del techo estaba apagada, y por sus arabescos y circunvoluciones había una procesión de brillos y refulgencias que distrajeron la atención de Licia, a pesar de que no era una entusiasta de los barroquismos, ni siquiera en el vidrio.

La excursión al puente de Rialto se inició con la solemnidad que requería el momento —andares pausados, nada de prisas— y mientras Licia se sentía protectora y madrina del encuentro, Antonio notaba un amago de recelo, porque tenía la edad suficiente para saber que las cosas largamente esperadas —el amor, los galones, el ascenso, la paternidad, las simples vacaciones— no suelen responder a las expectativas concentradas. Hay un genio maléfico de la verdad que, o bien se encarga de agrandar en exceso las esperanzas, o es el encargado de rebajar esplendores en el momento de la cristalización, como si los dioses estuvieran convencidos de que alcanzar un deseo ya es suficiente premio como para que, además, vaya acompañado de otras satisfacciones.

Sin embargo, tras llegar al Gran Canal, cuando comenzaron a andar por la Riva del Ferro, camino del puente, y su perfil se recortó entre los dos azules del canal y del cielo, a medida que se iban acercando y se hacían más visibles los contornos, se distinguían los arcos que parecían en su declive a punto de desfilar hacia las orillas, y su magnífica hechura se volvía nítida y reconocible, Antonio vio el puente de Rialto, pero vio también al niño que veía una lámina de metal en la que se había reproducido aquella imagen, y que era él, y a la vez otro, porque cuando nos contemplamos a nosotros mismos, años atrás, nos reconocemos, sí, pero no nos identificamos, como si esa otra persona más joven fuera alguien que usurpó nuestro nombre y nuestra identidad en el pasado, un enajenador inconsciente que llevó a cabo cosas que es probable que volviéramos a repetir y otras en las que nunca se nos ocurriría reincidir. Quiso explicárselo a Licia, pero fiel a su espartana manera de ahorrar en expresiones no solicitadas, quedó callado y abrumado por el recuerdo.

No hay reglas, ni leyes, ni siquiera hipótesis aproximadas que permitan saber por qué una imagen, una frase, un gesto, una música, prenden en el cerebro y se quedan ahí para siempre, trabadas, retenidas hasta que la mente deje de funcionar. Antonio intentaba recomponer la historia de un fotógrafo que toma una vista del puente de Rialto, y alguien la reproduce en un calendario lujoso o en un libro ilustrado, A un laminador artesano le llama la atención y prepara una reproducción con tintas adecuadas que en su combinación, más o menos exacta, quedarán prendidas para siempre en una serie de cuadros iguales. Uno de ellos es transportado hasta un comercio, donde los amigos o los parientes de los futuros tíos del niño lo adquieren y lo entregan como parte de un regalo de boda. Y, luego, el niño comienza a soñar en que hay un país imaginario que no existe, que no está en ningún lugar de la Tierra, donde los puentes son hermosos y las embarcaciones raras y elegantes. Pasa el tiempo y, en un recinto tan serio como en la clase de una escuela, en un espacio tan prestigiado como un libro, aparece el puente de ninguna parte que resulta que sí existe, en una ciudad llamada Venecia, dentro de un país conocido como Italia. Y no sólo eso, sino que ese puente se construye en un momento de esplendor, cuando la ciudad es rica, porque antes había un puente de madera, tan frágil que se hundió en una ocasión en que el gentío se amontonó para ver los fastos del desfile acuático que

acompañaba a una señora. Los que murieron aplastados y ahogados sólo sirvieron para dar una solución definitiva, una construcción que tardó tres años en rematarse, tantos que los comerciantes, enfadados porque la prolongación de la apertura del puente perjudicaba sus negocios, llegaron a decir que el puente no concluiría hasta que no le crecieran uñas al sexo del arquitecto y constructor.

Antonio atendía a las explicaciones de Licia y las mezclaba con la lectura de la guía que había estado hojeando tras el desayuno, pero salían Las Hurdes, y sus primos, y los veranos de ansiada libertad, lejos de Carabanchel, lejos de Madrid.

Sintió una punzada de remordimiento al no poder compartir eso con Juana o con su hija, y un punto de contrición, porque ese pensamiento también era desleal con la mujer que estaba a su lado, sin cuya presencia y ayuda es probable que no hubiera cumplido su sueño.

Se asombró de que dentro del puente hubiera tiendas y comercios —«como en el puente Vechio, de Florencia», le explicó Licia—, pero él no había estado en Florencia, ni poseía el ánimo para establecer comparaciones entre algo que desconocía y algo que acababa de conocer, mejor dicho, de reconocer, puesto que había bajado del granero, mordisqueaba una manzana, tenía diez años, y vivía en Las Hurdes. ¡Qué difícil es transmitir las emocionadas reflexiones a la persona que amas, aunque esté junto a ti! Antonio deseaba poder decirle a Licia que era un niño que había dejado de serlo, justo ahora, pero ni encontraba las palabras precisas para decirlo, ni aunque las hubiera hallado podrían llevar con fidelidad el cúmulo de emociones que le envolvían en un momento memorable, sí, memorable, porque esto era el despertar de un sueño que venía arrastrando desde hacía treinta años. No una obsesión, no, con su perturbada monomanía que impedía reflexionar sobre otras cuestiones, sino ese sueño que asalta en los momentos más inesperados, que hurga en una noche de invierno, en una tarde calurosa, en medio de una clase, porque una palabra —Venecia, por ejemplo— se pronuncia con relación a otro asunto, y eso basta para que la imaginación adormecida y el sueño amodorrado se desperecen, y la proa de la góndola avance unos metros más hacia el arco del puente que alberga tiendas en sus arcos —¡quién lo iba a decir!— donde se venden joyas y sedas, como hace quinientos años, cuando se construyó ante la impaciencia del espíritu fenicio, cuando Venecia era capital de un imperio que iba mucho más allá de sus límites, por las sendas del agua, por las azules praderas del mar, que llegan mucho más allá que el ejército a caballo del emperador más ambicioso.

Había demasiada gente. En Venecia siempre hay demasiada gente, no importa la estación, la época o el clima. Había japoneses, claro, porque los japoneses forman parte de la plantilla de cualquier ciudad turística. Y franceses de andar lento y mirada despectiva; e ingleses altos y atentos a la guía, que exhibe delante de ellos un paraguas rojo para que no se le pierdan; y alemanes en dobles parejas, y españoles de cinco en cinco o de siete en siete —los grupos de españoles suelen ser impares—, y sudamericanos de reloj de oro y aspecto de alojarse en el Danielli, el Baglioni, el

Bauer, o alguno similar; y señores altos y con mucha menos ropa de la que llevaría un europeo del Mediterráneo, y que por su talla, el azulado de los ojos y el cabello rubio, está claro que no son del norte de África, sino de las tierras de más arriba que lindan con los hielos eternos. Pero también hay gentes de piel oscura, y mujeres con el cabello oculto por un pañuelo, y personas que andan deprisa y no parecen visitantes, porque en Venecia, aunque a primera vista no lo parezca, también hay venecianos. No hace mucho sobrepasaban los cien mil, pero ahora deben andar por la mitad. Venecia es una ciudad maravillosa para visitar, pero terrible para residir. Los taxis acuáticos son caros, y el *vaporetto* no te deja en la puerta de casa, sino a unos cientos de metros, que nunca son lisos, porque hay que subir las escaleras de un par de puentes, y bajarlas, y sortear a los turistas que lo invaden casi todo y con su constante demanda impiden que un vecino de la ciudad pueda tomarse un café en el Florián, salvo raras excepciones y nunca a precios razonables.

La mayoría de los venecianos duermen en Mestre, o trabajan en Mestre y duermen en Venecia. Las antiguas fábricas de relojes, de pasta, de cigarrillos, de pianos o de cerveza han desaparecido o se han marchado a tierra firme. Hay una rivalidad que se diluye, porque son unos pocos miles los que, además de trabajar en Venecia, viven allí. Los pisos son caros, a veces prohibitivos. Los mercados locales que había en cada barrio y los convertía en territorios autónomos han ido languideciendo, a medida que la oferta se orientaba hacia el turista. Llevar un par de bolsas de compra desde el mercadillo más próximo hasta la vivienda requiere salud y energía. En Mestre hay apartamentos asequibles, hipermercados y supermercados abiertos a cualquier hora, transporte más barato, y... la vulgaridad de cualquier otra ciudad europea. Si no se puede ser sublime todo el tiempo, es muy costoso ser veneciano a tiempo completo. Y, sin embargo, cuando conocieron a Guido, que era un veneciano para incorporar a las rarezas antológicas, descubrieron que había un orgullo profundo, casi ancestral, de ser veneciano en Venecia, a la vez que parecía asomarse un disimulado desprecio por los traidores que habían abandonado la balsa de puentes y tierra, y huido hacia el suelo firme de Mestre.

Pero antes de eso, antes de que se produjera la catarsis, a través de la presencia del elemento acelerador, pasaron al otro lado, hacia San Giacomo, volvieron de nuevo hacia San Bartolomeo, y tornaron a pasar a la otra orilla para contemplar la magnificencia de Fondaco dei Tedeschi, hoy central de Correos, y fundada para amparar las actividades de la colonia alemana, de la misma manera que, al contrario, contemplaron la perspectiva del palacio de los Camerlenghi, uno de los primeros edificios de Europa construidos de manera expresa para oficinas. Y, aunque Licia —guía en mano— insistía en que ambos edificios se habían construido en el siglo XVI, a Antonio le parecía mágica la aparente uniformidad trescientos, en cuatrocientos años, sin imposiciones de ningún tipo, se hubieran atenido a unos patrones tan semejantes, que de no ser cierto, de no tener constancia de que eso se había formado poco a poco,

con la unión de un islote con otro, pudiera parecer un gigantesco decorado, levantado para deleite de las cámaras y placer de los iluminadores.

A Antonio le llamaba la atención la blancura del correa de la policía, el bullicio permanente, la sociabilidad mediterránea que adoctrina al visitante y parece que le invita a la extroversión y al parloteo, puede que incluso una cierta complicidad en las miradas, como si estar en Venecia supusiera un privilegio, cuya asunción y consciencia proporcionara la complicidad de pertenecer a una secta iniciática.

Dejaron la excursión al Lido para la tarde y Licia lo arrastró hacia la Academia, donde vagaron por las salas en busca de un cuadro que ella no encontraba. A Antonio le gustó el *Banquete en casa de Leví*, de Veronese, mientras Licia, fracasada en su búsqueda, se quedó un buen rato, —demasiado, para gusto de Antonio— delante de *La tempestad*, de Giorgione, esa escena inquietante y extraña a la que se le han atribuido tantas explicaciones que es probable que el discípulo de Bellini, si hubiera podido escuchar o leer sólo una parte de ellas, se habría quedado asombrado de las fascinantes hipótesis suscitadas por la obra. En realidad, Antonio se aburría ante la pintura. No le excitaba como la arquitectura exterior y, cada vez que Licia le señalaba una tela de Tintoretto, de Tiépolo o de Carpaccio, intentaba concentrarse, pero se distraía con la presencia de nuevos visitantes, con la estática figura de las vigilantes, con cualquier detalle fuera del lienzo y que era capaz de ayudarlo a huir de una concentración que no le divertía.

Licia lo notó. Incluso comprobaría más tarde, en la excursión al Lido, que había un Antonio diferente fuera de los recintos museísticos, y en el *vaporetto*, y en la isla, se animaba tanto como se amustiaba delante de un cuadro.

A la vuelta, ya de noche, les sorprendió lo pronto que se vaciaban las calles. La ciudad se preparaba para el ajetreo del día siguiente. Casi les sucede como la primera noche, pero encontraron un *ristorante* en una calleja que daba a Campo San Estéfano, donde en una mesa en la que apenas cabían los dos, un camarero dicharachero que hablaba español porque había estado trabajando en Mallorca, aunque les confesó que en Mallorca lo que se aprendía de verdad era el alemán, les ayudó a componer el menú y a sentirse acogidos y relajados.

Antonio, que se había erigido en interpretador del plano, eligió la ruta para llegar al hotel Torino. No tuvieron que andar mucho. Como era demasiado pronto se acercaron al embarcadero de Santa María del Giglio y se quedaron mirando el Gran Canal, que también parecía descansar de las agitaciones provocadas por las embarcaciones a motor, recuperando lisuras y sosiegos. El agua, al llegar a las oquedades de la orilla, provocaba ruidos sordos y misteriosos. Se tomaron de la cintura. Y se sintieron felices, aunque ninguno se lo dijo al otro en voz alta.

La mañana del sábado Licia decidió que había que visitar el palacio del Dux, realizar la casi obligada excursión a Murano y Burano, y, al atardecer, permitirse el

tópico de un paseo en góndola.

A Antonio le hubiera dado vergüenza plantearlo, porque le parecía algo infantil, pero se alegró de la propuesta, y salieron por la ya animada calle Ostreghe con la sensación de que aquél iba a ser un gran día.

Y lo fue hasta que, a la salida del palacio, una voz exclamó «¡Licia, Licia!», y Licia se volvió, entre temerosa y asombrada, porque si no era una confusión —y su nombre no se prestaba a confusiones— debía tratarse de alguien que la conocía bien, o tenía confianza para llamarla.

Delante de ella, sonriente, complacida, como si tropezarse con Licia hubiera sido lo más relevante sucedido en los últimos días, se encontraba Patricia, una amiga más de Bea que de Licia, aunque al vivir en la calle Hermosilla y haber compartido juegos infantiles en El Retiro, siempre había demostrado en sus encuentros una intimidad que no había existido nunca.

Antonio se quedó a una prudente distancia, mientras las dos mujeres intercambiaban saludos. Mucho más comedidos los de Licia, exultantes los de Patricia, que en su alborozo, se volvió hacia un lado, y gritó: «¡Guido!», y se encaminó hacia ellas un hombre joven, apenas llegado a la treintena, muy bien vestido, que resultó ser amigo de Patricia, un amigo bastante íntimo por lo que les revelaría después.

Ante la pregunta directa y nada diplomática sobre si Licia estaba sola en Venecia, no le quedó más remedio que llamar a su Guido, o sea, a Antonio, que acudió con una gran desgana y con la sospecha de comenzar una etapa no exenta de complicaciones.

Guido era veneciano. Patricia y él se habían conocido en Edimburgo, durante una estancia con arreglo al programa Erasmus. Patricia comenzó a contar cómo se habían conocido, en español. Guido no entendía bien el español y hacía observaciones en italiano, lengua que no era muy comprendida por las mujeres, hasta que decidieron hablar en inglés, con lo que ahora el único que no se enteraba de nada era Antonio. Patricia, que poseía una de esas inteligencias tan agudas como erráticas, que saltan de un asunto a otro con sorprendente facilidad, interrumpió el relato del inicio de amistad con Guido en una noche de humo y cerveza en Edimburgo, y propuso conversar en algún local cercano. Licia, que al principio se había mostrado renuente, pero que empezaba a dejarse seducir por la simpatía arrolladora de Patricia, y ante la perspectiva de conocer de cerca a un veneciano auténtico, en una ciudad donde parecía que todo el mundo era forastero, ni siquiera consultó con la mirada a Antonio para adherirse a la propuesta.

Guido los guió hacia el Campo Santa María Formosa, torció por un par de callejas, y se encontraron en un local agradable, a medias café, a medias *trattoria*, donde en un italiano menos rápido que el romano, pero ágil y suelto, le explicó a la señora de carrillos tan redondeados como la esponjosa cintura que lucía lo que querían tomar.

A esas alturas Antonio se había refugiado en un silencio digno, ni amable, ni agraviado, más bien distante, mientras los tres seguían su conversación en inglés, del que el guardia civil sólo comprendía vocablos sueltos y específicos.

Guido era tan veneciano que incluso trabajaba en el departamento de arquitectura del Ayuntamiento de Venecia. Su familia se había marchado a Mestre, como tantos otros, pero él había reformado un piso en el que habían vivido sus abuelos, lo había convertido en dos apartamentos independientes, y se había quedado a vivir en uno de ellos. Patricia preguntó a qué se dedicaba Antonio, esta vez en español, volviendo hacia él su semblante risueño y, antes de que Antonio pudiera articular ninguna frase, dijo Licia con gran aplomo y convicción:

—*He's dedicated to the business.*

Antonio no era políglota, pero es probable que las tres palabras en inglés que todo el mundo que no sabe inglés conoce sean *beautiful*, *time* y *business*.

—Los que os dedicáis a los negocios no os tenéis que preocupar por los idiomas. Pagáis un traductor y su sueldo lo incluís en los gastos generales. Te notaba un aspecto raro. Los que ganáis mucho dinero tenéis un aspecto distinto —consideró Patricia halagadora.

—Yo no gano mucho dinero —comentó Antonio con voz neutral.

Licia, inquieta, le tomó de la mano, algo que no hacía nunca en público —en Vallefrío, porque le estaba vedado y, luego, aquí, porque no estaba acostumbrada—, pero Antonio se desasíó sin brusquedad, y sintió que estaba siendo tratado como un caballo al que se le pasa la mano por el cuello en un intento de evitar su encalabrinamiento. Lo cierto es que estaba un punto irritado, pero volvieron a intentar una babel entre español e italiano, para que participara Antonio, una mezcla que resultaba divertida, porque el cercano parentesco latino induce a supuestos que son auténticos y a gruesos errores.

Curiosamente, entre Guido y Antonio se estableció una peculiar solidaridad masculina, y no ajeno a ella fue la cortesía de Guido, el primero en percatarse del aislamiento a que le sometían, y que le impelía a mirarle con frecuencia y a esforzarse por construir frases sencillas en español. En una de estas ocasiones, al preguntarle si le gustaba el pescado, Antonio, que era más bien carnívoro, asintió para devolver el cumplido, y esa amabilidad provocó un cambio drástico de planes, porque Guido dijo que no podían marcharse de la ciudad sin probar los espagueti con *capparossoli*, unas almejas de la Laguna, pequeñas y sabrosas, a ratos en un español con agolpamiento de infinitivos y ausencia de preposiciones, a veces con su fluido inglés, y puso tanto afecto en la exaltación de la comida que iban a tomar —se suponía que los cuatro iban a comer juntos, nadie pareció discutir la premisa— que ni siquiera Antonio se atrevió a esbozar un reparo. A continuación, con un señorío elegante, pidió excusas y se apresuró a no querer influir en los planes de la pareja, pero Licia, arrastrada por el entusiasmo de Guido, excitada por apartarse de las rutas tópicas, ante el estímulo de atisbar algo del secreto de Venecia, dijo que sí con

energía, y mientras asentía miró a Antonio, que la contemplaba un poco extrañado de tan repentino contento estimulado por unos simples fideos con almejas.

Convertido, pues, Guido en *capitano*, los guió hacia la iglesia de los jesuitas, tras confesar Licia que no la conocía. Les explicó que los jesuitas habían tenido siempre unas relaciones tensas con las autoridades de la República de Venecia, pero que aunque la Orden y la Serenísima se contemplaran con recelo y desconfianza, lo cierto es que los nobles, a la hora de decidir quién se iba a dedicar a la educación de sus cachorros, elegían a los hombres de San Ignacio.

El barrio era silencioso y apagado. Antes, por los alrededores, había muchos conventos, pero al desaparecer se habían convertido en escuelas o en cuarteles. Al ser sábado, ni siquiera se escuchaba ese murmullo infantil o esas voces de los profesores que se elevan sobre el silencio a medias conseguido. Antes de entrar en la iglesia, Guido los condujo por la calle Larga di Botteri —luego verían la calle Legnami, o sea, como les explicó el veneciano, la calle de los carpinteros, porque la zona había albergado diversos oficios durante tres siglos—, se metió por una calleja, luego, por otra y llegaron al Campo de Tiziano. Los llevó hasta la casa señalada con los números 5181 y 5182 y les señaló una pequeña placa, una placa sin ninguna pretensión, muy austera, en la que se decía que allí estuvo la casa y el estudio de Tiziano.

Licia le habla a Guido del retrato ecuestre que Tiziano le hizo a Carlos V, que ella recuerda de El Prado, habiéndolo visto la primera vez en compañía de sus padres, y Guido, que parece un buen conocedor de Tiziano, le explica la historia de la relación con el emperador:

—Tiziano conoce a Carlos V a través de un mecenas suyo, Federico Gonzaga, Duque de Mantua. Cuando Carlos V viene a Bolonia para su coronación, el duque lleva a Tiziano para que le haga un retrato al emperador. A éste no le debió gustar mucho el retrato, porque le pagó por él un solo ducado, y Federico Gonzaga, al enterarse, muy abochornado, le recompensó al pintor con ciento treinta ducados. Es muy curioso que con estos antecedentes volvieran a tener relación, y no sólo eso, sino que fuera nombrado pintor de la Corte española, aunque Tiziano siempre prefirió no salir de Venecia —concluye con un orgullo local, que no intenta en esta ocasión disimular.

—Me narró mi padre —interviene Licia— que se contaba que el retrato pertenece a una batalla y que, según dice la leyenda, el sol se detuvo para que las tropas de Carlos V pudieran pasar el río antes de que anocheciera.

—Sí, es cierto... Bueno, es cierta la leyenda, no que el sol se detuviera —aclara Guido con una sonrisa—, pero sí es histórico que venció a los príncipes rebeldes protestantes en la batalla de Mülberg. Ocurrió que el emperador se detuvo frente al río Elba, dudando si cruzar o no cruzar, porque estaba anocheciendo, y cruzó y venció, en lugar de hacer como César, que no se atrevió a pasar el Rubicón. Tiziano aprovecha la leyenda para pintar un cielo extraordinario y para dejarnos un Carlos V heroico, decidido, con la barbilla adelantada y la expresión determinante. Vi el cuadro

cuando estuve en Madrid, hace tres años, y me pareció impresionante... Tiziano —y torna de nuevo el orgullo veneciano— establece aquí una moda: la de los retratos ecuestres de reyes y emperadores, que tanto se prodigaron en el Barroco... Y, hablando de Barroco, vamos a la iglesia de los jesuitas.

Esta vez, los desplazados habían sido Patricia y Antonio, aunque Antonio había seguido con interés la peripecia histórica, y Licia, temerosa, lo tomó cariñosa del brazo camino de la iglesia.

Se notaba que los nobles venecianos habían pagado sumas importantes a los tutores de sus hijos, porque la magnificencia de los mármoles, intentando y, a veces, consiguiendo que la piedra pareciera tapiz, así como todos los excesos del Barroco, se mostraban aquí en todo su esplendor. Licia no era una entusiasta del Barroco, pero había que reconocer que las diez columnas salomónicas de mármol verde que sostenían el baldaquín del altar mayor producían un efecto deslumbrador. Antonio estaba impresionado, y cuando se pararon ante un inmenso cuadro de Tiziano, *El Martirio de San Lorenzo*, no mostró la resignada frialdad de otros momentos de la mañana.

Guido, satisfecho de la impresión causada por el interior de la iglesia, y de la que tenía experiencias anteriores, señala los efectos dramáticos de la hoguera y las antorchas, puede que el primer intento del pintor de reflejar una escena nocturna.

—¡Pero este cuadro está en El Escorial! —exclamó Licia sorprendida.

—Sí, sí, hay uno parecido en El Escorial.

—¿No es el mismo?

—No, exactamente. El primer cuadro es éste, pintado por encargo de los jesuitas. Más tarde, Carlos V le pide a Tiziano un retablo para el altar mayor de la iglesia de El Escorial, dedicada a San Lorenzo. Como ya ha pintado este cuadro dedicado a San Lorenzo, decide repetirlo, con algunas variantes, pero básicamente es el mismo. Al emperador le gustó mucho y dicen que encargó un pequeño grabado que reproducía el cuadro para tenerlo en sus habitaciones.

Guido mira el reloj, propone salir y, todavía en el templo, dice:

—Es el momento ideal de los *cichetti*.

—¿Qué son los *cichetti*? —pregunta Patricia.

Y Guido, simulando un enfado que no es cierto, le explica:

—¿Cómo decís en España? ¿Las tapas? Estuvimos comiendo *cichetti* ayer mismo.

—¡Ah, sí! —exclama Patricia. Pero ese sitio está muy lejos.

—El sitio en el que estuvimos, sí, pero los *cichetti* están en todas partes... si se conoce Venecia.

El entusiasmo de Guido por la ciudad y sus ofertas era auténtico, y logró contagiar a Licia, pero no a Antonio, que permaneció al margen sobre la amistosa discusión que iniciaron las dos mujeres respecto a las tapas del barrio de Salamanca. Hablaban de bares en los que él nunca había estado. De algunos, como José Luis,

tenía referencias, pero al escucharlas parecía que se habían pasado media vida tapeando por el barrio.

Hasta Licia se dio cuenta de que habían dejado a Guido al margen, hablando las dos en español, y se dirigió al veneciano, pero en realidad lo que quería era explicarse ante Antonio, en el sentido de que no pareciera que habían estado toda su juventud apoyadas en las barras de los bares. La barra de los bares, dicho en inglés, era un pleonasma, y los tres comenzaron a reírse. Antonio, pasado el interés suscitado por las peripecias de Carlos V, se había vuelto a refugiarse en una aparente frialdad.

¿Cómo es posible que Licia no se percatara de que Patricia la arrastraba hacia una recreación del pijeísmo? Antonio, desde la distancia de Carabanchel, con sus bares de obreros rebosantes los sábados por la tarde y los domingos por la mañana, escuchaba a las dos jóvenes con la lejanía con la que se observa el comportamiento de alguien perteneciente a un país extranjero de costumbres exóticas. La disquisición de Patricia y Licia sobre si los solomillitos de José Luis eran superiores o no a los medallones rebozados de merluza, le pareció el colmo de la superficialidad. Si podía sentirse desplazado ante sus conocimientos de pintura, no era menos cierto que dicho desplazamiento también comportaba una admiración por los conocimientos de Licia en esta materia. La ignorancia de un asunto nunca le había llevado a su desprecio, pero distinguía las cuestiones serias de las superficiales. El desplazamiento que se había iniciado en la plaza de San Marcos había tenido momentos de recuperación, pero se recrudecía a medida que avanzaba la jornada. No le caía mal Guido, pero Guido era también un pijo, en este caso un pijo veneciano. Cuanto más a gusto se encontraban los tres, más desplazado se sentía Antonio, como si reaccionara de una manera refleja ante la complicidad de ellos. Por otro lado, sentía que el resto de los planes en los que se había ilusionado como un chiquillo —la excursión a Murano, el paseo en góndola— se disipaban a medida que transcurría el tiempo.

Cuando entraron en un *bacari*, una de esas vinerías venecianas que parecen esconderse ante el turista, Antonio ya estaba dando vueltas a una decisión que aplazó, porque las albondiguillas a las que Guido llamaba *polpette*, y las alcachofas con ajo, y los taquitos de mortadela, y las aceitunas con un aliño especial, y el vino que salía de una botella de Valpolicella, no invitaban a marcharse. Ahora bien, cuando *il capitano*, convertido al parecer en anfitrión perpetuo, dijo que había llegado el momento de probar los *capparossoli*, Antonio, con una gran determinación, miró el reloj y dijo que tenía que volver al hotel, porque esperaba una llamada. Y como Licia le mirara con asombro, y los otros con una cierta sorpresa, dijo encogiendo los hombros en un gesto resignado:

—Los negocios.

Guido intervino enseguida proponiendo que Licia se quedara con ellos, y que luego recogerían a Antonio, pero Licia barruntaba la crisis y dijo que ella también tenía que recibir una llamada, que no se había acordado, con lo bien que lo estaban pasando, y alguna que otra coletilla de dudosa credibilidad.

Patricia no percibió ninguna maniobra, y le pareció tan verosímil la ruptura como desencantado quedaba su ánimo. Propuso verse al día siguiente. Y entonces Antonio explicó que precisamente el domingo tomaban el avión de regreso. Guido extendió una tarjeta del Ayuntamiento de Venecia con la elegancia con la que los embajadores de la Serenísima habían presentado sus cartas credenciales ante las otras potencias. Guido prometió que llamaría a Licia si iba a Madrid a ver a Patricia. Patricia comentó que no estaba bien que para verse ellas tuvieran que viajar a Venecia. Y Antonio quedó aparte, porque los otros dieron por hecho que el hombre de negocios no iba a ser fácil de localizar.

—¿De verdad esperas una llamada? —le inquirió Licia, en cuanto se separaron de la pareja.

—Los hombres de negocios siempre estamos esperando llamadas. Ganamos dinero por teléfono.

—Eres injusto, Antonio. ¿Qué querías que les explicara? ¿Qué eras el comandante del puesto de la guardia civil del pueblo en que yo soy la juez, y que le has engañado a tu mujer para venir conmigo? ¿Te hubiera parecido eso más correcto? ¿O tenía que haber dicho que eras policía? ¿O militar? Bueno, en realidad — reflexionó Licia casi para sí, pero hablando en voz alta—, eres las dos cosas.

—Puede que este viaje haya sido una equivocación —comentó él suavemente.

A Licia esa observación le produjo un daño profundo. Le pareció injusta, y se lo dijo:

—Me parece bastante injusto lo que dices. Y, desde luego, si ha existido una equivocación habrá sido cosa tuya. Me he limitado a intentar realizar un sueño que me habías confiado, porque creí que era un anhelo tuyo...

He pasado horas en la agencia de Jaca, combinando días, a la espera de que pudieras encontrar unas fechas, y lo he hecho no para ofrecerme un placer a mí, por mucho que sea siempre un placer volver a Venecia, sino sobre todo por ti. Y, desde luego, si ha sido una equivocación mía, si me he equivocado y te he empujado, y he insistido, sin darme cuenta de que te estaba presionando, te pido disculpas.

Tenía ganas de llorar, pero se las aguantó. Le parecía tan inmerecido lo que le había dicho, tan infundado el reproche, y todo por la cortesía de haber atendido la invitación de una vieja amiga, tan inmerecido que, de repente, le parecía imposible estar junto a una persona así, tan tosca y tan insensible, tan grosera a la hora de valorar la ilusionada preparación a la que se había dedicado durante más de dos meses.

Anduvieron en silencio camino de ninguna parte. Ni Licia pretendía humillarse con reproches, ni Antonio creía que debiera mortificarse por nada, y ese transitar en silencio por las calles, más animadas que a ninguna otra hora del día, fortificaba los

reproches de cada uno, a la vez que la alegría y despreocupación del entorno contribuían a resaltar de manera más evidente el malestar respectivo.

Hubo un momento en que Licia se paró, y preguntó:

—¿Se puede saber a dónde vamos?

—Donde tú quieras —contestó Antonio, siempre tranquilo.

—Está bien. Necesito estar sola.

Y se marchó, mientras Antonio, algo desconcertado al principio, dudó si seguirla o no, y decidió que lo mejor era no contradecirle, pero de cualquier manera el viaje ya estaba arruinado, sucediera lo que sucediera después.

Antonio tomó un tentempié en una franquicia impersonal, y llegó al hotel pasadas las tres. Le dijeron en recepción que la señora estaba en su habitación, y que había rogado que no le pasaran llamadas. Él asintió como si fuera un plan preconcebido entre los dos, y pidió un sobre para dejar una nota. La nota era muy breve, y en ella sólo constaba un «por si me necesitas», y el número del móvil, que Licia se sabía de memoria.

Se reunieron un poco antes de la cena, distantes y serenos. Se preguntaron con civilizado interés por dónde habían estado, y sin demasiada animación por seguir la velada, regresaron al hotel en silencio.

Antonio había estado paseando a solas y había pensado en su situación, en el presente y en el futuro. Licia había sido la inesperada renovación que llega cuando parece que la vida es una pendiente que comienza a inclinarse cuesta abajo, el estímulo que renueva la alegría vital y recupera los entusiasmos por la mera existencia. Pero Antonio, que comenzaba de nuevo a saber quién era, después de un par de meses confundido y desorientado, creía que este atisbo de ruptura —dolorosa como todas las rupturas— debería ahondarse, porque cualquier arreglo iba a significar un mal apaño. Él era un hombre casado, con responsabilidades familiares y profesionales, que no se podía permitir ser el causante del escándalo en una pequeña población, porque por mucho que intentaran disimular, por muy discretos que hubieran sido, Vallefrío era un lugar lo suficientemente pequeño y con un número de incidencias tan limitado, que no podía pasar inadvertida una relación tan deslumbrante y poco frecuente como la de ellos dos. Y le gustaba Licia, claro, y le excitaba la sola idea de saber que iba a reunirse con ella, y le agradaba verla, aunque fuera en el frío ambiente del juzgado, y de no ser por su hija, de no ser porque no podía contribuir todavía más al despiste de la adolescente, hubiera estado dispuesto a romper con Juana, a intentar iniciar una nueva vida, aunque ya sabía que eso en el Cuerpo sería un problema, porque cualquier heterodoxia en la vida particular repercutía de manera inmediata en la profesional. Y le costaba renunciar a un acercamiento, a una petición de venia, a una solicitud de indulgencia, porque tampoco era hombre dominado en exceso por el orgullo, aun en la intuición de que eso llevaría a la reconciliación, y no hay nada más dulce en el amor que las reconciliaciones.

A veces —pensaba Antonio— el destino te ofrece soluciones sencillas a problemas complicados. Ninguna solución está exenta de dolor, claro. Ningún desenlace es gratuito. Siempre hay que pagar un peaje en especie, llámese renunciación, sacrificio, o cualquier otro padecimiento, y éste era el momento para... ¿para huir? Sí, para huir de una aventura que no tenía una salida lógica, ni un final feliz. Ni siquiera a ella le convenía proseguir en su relación con él; y aunque aquí intervinieran las justificaciones y apologías subjetivas que todos necesitamos, esas excusas a las que nos asimos al saber que nuestra conducta hará daño a la persona querida, se aferró a una lectura conservadora y tradicional para solidificar sus argumentos.

No entraron juntos en la habitación. Antonio prefirió remolonear y, cuando subió las escaleras y entró en el cuarto, Licia estaba leyendo una de los dos guías que se habían llevado. Él se desnudó en el baño, se puso allí el pijama, y se metió en la cama. Nada más hacerlo, Licia apagó la luz de su lamparita de mesa.

Las camas de matrimonio son propicias para las reconciliaciones de pareja. Ofrecen oportunidades que no se dan en las camas separadas, donde las visitas son evidentes peticiones sobre algo que no es un poco de azúcar, un limón o algo de sal. Pero las camas de matrimonio también pueden ser de una desoladora frialdad cuando los dos ocupantes subrayan su intención de refugiarse en el lado de la cama que les corresponde, y dejan un tremendo vacío en el medio, como si estuvieran esperando a una tercera persona. Entonces no hay ninguna posibilidad de que el roce de un pie, el codo involuntario que avanza hacia un flanco, el leve y pasajero masaje que se produce sobre el otro cuerpo al cambiar de postura, produzcan la pasividad de un futuro asentimiento o la respuesta exigua y discreta, pero suficiente, como para proporcionar esperanzas de cara a una aproximación más explícita. Ahora bien, cuando entre un cuerpo y otro se establece un territorio de sábanas de nadie excesivamente ancho, entonces queda mucho más patente el disgusto, y cuanto mayor sea la separación, mayores las dificultades para una componenda, ni siquiera transitoria.

Antonio se durmió enseguida, mientras Licia, quieta y callada, atisbando la respiración del otro, se quedó despierta hasta pasada la medianoche. Le desconcertaba que Antonio no hubiera tenido una palabra amable con ella, ni siquiera una excusa, o un comentario que intentara romper la tensión. No tenía mucha experiencia con los hombres, pero le asombraba este orgullo desmesurado y, sobre todo, esta dejación, esta desidia, teniendo en cuenta que no habían existido ni grandes ofensas, ni agravios irreparables. A medida que avanzaba la noche y seguía desvelada, lo que laceraba sus sentimientos, ya no era la egoísta reacción de él, por haber correspondido a la invitación de unas personas amables y acogedoras, sino este empecinamiento en derrumbar una relación sin otro motivo aparente que haber tomado un aperitivo en compañía de una pareja que no estaba prevista en los planes de viaje, algo que, narrado a un juez, por ejemplo, le llenaría de estupefacción, a

cualquier juez, puesto que ella en este asunto —y no pudo evitar el consolador efecto de la ironía— era juez y parte. Decirse a sí misma que era juez y parte casi le produjo el censurado estremecimiento de una carcajada que no llegó a soltar, que reprimió con inusitada severidad, hasta que las convulsiones continuaron, pero no eran debidas a la risa, sino al llanto que se le desató de manera repentina, y que le hizo abandonar la cama y refugiarse en el cuarto de baño, con la luz apagada, lo que le deprimió todavía más, al percatarse de que con sus esfuerzos y con sus ilusionados preparativos lo único que había conseguido era no poder ni siquiera llorar en su habitación.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Antonio se había marchado. Los lloros de la madrugada la habían dejado lasa y sosegada, y se arregló con parsimonia, antes de bajar a desayunar. Desayunó sin darle vueltas a la situación, con el deseo premeditado de convertirse en un corcho en la tempestad, sin ganas de pelea, ni siquiera de análisis sobre lo sucedido.

Después de desayunar, hizo la maleta, y se fijó que la de él estaba abierta y en desorden. Como no era asunto suyo, revisó el baño y los cajones, comprobó que en los colgadores no quedaban otras prendas que las de Antonio y decidió darse una vuelta, puesto que faltaba todavía hora y media para que los vinieran a recoger y los llevaran al aeropuerto de Marco Polo. Al regreso, encontró a Antonio en la habitación ordenando su equipaje. No le preguntó dónde había estado. Se limitaron a cambiar un «buenos días» formalista.

Si la situación hubiese sido como antes, Antonio le habría explicado que venía de despedirse de su infancia. Que había pasado dos veces por Rialto, que se había asomado a uno y otro lado del Gran Canal, que esa mañana había estado en Las Hurdes caminando por un mercadillo veneciano, de la misma manera que había estado en Venecia, muchos años antes, mientras miraba con ojos de niño la lámina metálica colgada de la pared de una casa de Las Hurdes.

—Lamento que no hayas visto más cosas —comentó sin cortesía Licia cuando iban camino del embarcadero.

—Habrá que volver a Venecia —repuso él, sin saber que esa expresión hurgaba en algo que había estado oculto para ella durante todo el viaje o, al menos, delicadamente escondido, la frase de Óscar, su promesa osada y juvenil, su atrevido vaticinio con esa audacia de la poca edad que permite profetizar, porque el futuro es una propiedad y no un frágil paquete que reposa en la rodilla de los dioses. Y aunque los rasgos de Óscar se habían quedado desdibujados, y se difuminaba su expresión, sí que recordaba la procesión de góndolas camino de la isla de San Miguel, y la mano cálida de él, sin saber que al cabo de muy poco tiempo Óscar sería el doloroso protagonista de una ceremonia parecida, pero terrestre y en Madrid.

De repente, se sintió mayor y experimentada. Hay ocasiones en que parece abrazarnos la ciencia infusa de un conocimiento tan total como indefinible, y Licia se

arropó en esa sensación, ni maravillosa ni espectacular, pero que le proporcionaba una serenidad que hasta entonces no había sentido.

El tránsito al aeropuerto de Marco Polo, la escala en Malpensa y la llegada al Prat se adecuó a los horarios previstos. Se despidieron en la terminal, uno camino de su automóvil, otra camino de un taxi para ir hasta Sants. Ella adelantó la mejilla para evitar un beso en los labios —porque le parecía demasiado teatral darse la mano, mejor dicho, ridículo— y le frotó la cara con levedad.

—Hasta mañana —dijo con cierta disciplina recuperada el jefe de puesto de Vallefrío.

—Hasta mañana —contestó ella.

Fue una despedida sin pájaros, ni llanto, sin flor y sin reproches. Podrían haber venido de un viaje profesional. De levantar un cadáver en Venecia. De un interrogatorio en Italia. De cualquiera de las misiones rutinarias en las que no tenían más remedio que coincidir.

Y Licia, aunque más serena, todavía notaba unos residuos de estupefacción, ese asombro del fin de una relación, cuando desde lo más íntimo —y no hacía ni cuarenta y ocho horas en que su intimidad había sido absoluta— se pasaba al saludo ligero que se prodigaba con las personas a las que se conoce de manera superficial.

Hasta los músicos más desaseados preparaban unos compases en los que se adivinaba el colofón. Hasta los guionistas de las historias más baratas se esforzaban en que la ruptura de las relaciones tuviera unos ciertos atisbos épicos o formalmente importantes.

Y en la vida real, en el escenario de una ciudad irrepetible y maravillosa, se interrumpía una historia de amor con la brusquedad rutinaria con la que se interrumpe una clase o el turno de una fábrica.

En aquella noche misteriosa, en aquella madrugada en la que tomaron un café con leche en la cocina del hotel, cuando ella notó que comenzaba el brote, porque entendió que el guardia civil que estaba frente a ella sólo era un disfraz que ocultaba a una persona a la que deseaba conocer, no sabía que los brotes se cercenaran de manera tan brusca, tan inesperadamente áspera.

Llegó de noche, cansada y con deseos de meterse en la cama. Hasta la mañana siguiente no se enteró de que la persona a la que le había firmado la orden de libertad condicional, antes de marcharse a Venecia, no había podido beneficiarse de la medida porque se había suicidado.

Capítulo Duodécimo

¿Suicidio u homicidio?, se preguntaba el magistrado, tras enterarse a través de una discreta pesquisa por medio de terceros de que el forense había acudido, al parecer, casi doce horas después de que descubrieran el cadáver, y la torpeza de un funcionario había dificultado su tarea, puesto que encontró el cadáver tendido en el camastro, sin la sábana al cuello, y con síntomas de que lo habían lavado.

Pero eso no constituía el eje de sus preocupaciones, sino otros factores mucho más inquietantes, que en el amueblado cerebro del magistrado eran los siguientes: *a)* Fernández Arbeloa no aparecía por ningún lado; *b)* la dimisión del ministro de Interior había provocado una remodelación del gabinete mucho más amplia, que afectaba a media docena de carteras; y *c)* el caso del comisario volvía a primer plano, porque el protagonista de un oscuro y confuso caso de corrupción, un comisario mezclado en un turbio asunto de confidentes, había salido en libertad, bajo fianza, es decir, había tenido una presencia de ánimo mayor, mejores padrinos o unos protectores más eficaces que el hijo del Coreano.

No era preciso estar dotado de un coeficiente intelectual muy alto para llegar a la desoladora conclusión de que le habían hecho jugar con el equipo perdedor —porque el ministro saliente y los que le acompañaban pertenecían a una misma corriente del partido gobernante y, sin duda, eran los perdedores—, y a él le habían engañado como a un principiante con el cuento del plutonio. El hijo del Coreano debía tener la información que el grupo perdedor precisaba para esclarecer el caso del comisario —que seguramente arrastraría a la facción enemiga del gabinete— con lo que su actuación no sólo había sido inútil, sino que en el peor de los casos podría haberle procurado enemistades entre los vencedores de la muda lucha fratricida.

Tantos años sirviendo al Estado, tendiéndole ayuda al Ejecutivo para que fuera más eficaz, deslizándose por las peligrosas lindes de la legalidad, esquivando las guerras internas de la judicatura, no menos cruentas y feroces que las de los partidos políticos, y todo eso podía terminar por un ministro de Interior que quiso jugar a aprendiz de brujo, quién sabe si prepararse para sustituir al presidente del Gobierno, si éste tenía que dimitir por razones de escándalo, y que lo había engañado como se engaña a un chiquillo, y él se había dejado engañar, porque estaba por medio Fernández Arbeloa, conspirador experimentado, veterano adiestrado en las batallas político-sociales más brillantes, y persona de fiar. De hecho, porque una prueba de lo delicado de la situación era que el abogado no se ponía al teléfono y nadie sabía dónde se encontraba.

El magistrado había salido hasta la cercana cafetería Riofrío sin el escolta, y desde el teléfono público le había dejado un mensaje en el buzón de voz, con un tono neutro, impersonal, que ningún técnico podría jurar que era la suya. Regresó y

aguantó el nerviosismo. Sabía que lo peor era perder la calma, y que sin información nada podía hacer, ni siquiera demostrar un inusitado interés por encontrarla. Lo que hizo fue promover una ronda de llamadas a los compañeros de otras salas, con el pretexto de pasar a consultar naderías, en realidad con la intención de recoger lo que se rumoreaba a través de radio macuto, porque en las cuestiones de Estado y de Gobierno todos echaban mano de la rumorología y de datos más o menos verosímiles, acompañados de hipótesis más o menos descabelladas.

A la vuelta de la ronda, que no hizo sino confirmar sus sospechas sobre la batalla interna que había provocado la crisis, le informó la secretaria que había llamado su hija, y sintió el viejo temor de que se abriera allí otro frente.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó con tono neutral.

—Bien, bien —dijo rápidamente, Licia—. Te supongo enterado.

—Sí, sí —corroboró el magistrado pensando en la dimensión política de los sucesos.

—Le he pedido al instructor que me tenga al tanto del informe del forense.

El magistrado cayó en la cuenta de que su hija le hablaba del encarcelado, y sintió un vago temor, que se apresuró a zanjar.

—Este tipo de cuestiones es mejor que no las hablemos por teléfono. ¿Me entiendes?

Licia se notó medrosa, pero por diferentes motivos. Su ingenuidad no le permitía sospechar que estuvieran intervenidos otros teléfonos que los que autorizaba el juez, y creía que el raro y, de momento, sospechoso suicidio, se podía deber a oscuras fuerzas mañosas que podían tener su origen en los traficantes de plutonio. Así que el *comprendo* con el que se dio por aludida, antes de colgar, era una complicidad derivada de planteamientos muy distintos.

A última hora de la mañana llamó Fernández Arbeloa para tranquilizarle. No le tranquilizó demasiado. En la mente del magistrado se activaba una alarma en cuanto alguien le pedía tranquilidad, puesto que él era un hombre tranquilo. En realidad, los que se entronizan como repartidores de serenidad son gente desasosegada, y no le gustó nada esa petición, que le inquietó más de lo que estaba.

En Vallefrío las cosas no estaban mejor. Había una pintada, en una tapia larga que prolongaba un huerto anejo a la iglesia, donde podía leerse: «La juez es una puta». No era muy ingenioso, pero lo que más le dolió a Licia fue que ni el alcalde, ni ninguno de los concejales, había tenido demasiada prisa en borrar el insulto. La ausencia coincidente del sargento y la juez no había pasado inadvertida, o alguien se había encargado de señalarlo con malicia a quienes no habían reparado en ello.

Licia le expresó su malestar a la concejala de cultura por la tardanza en borrar la pintada calumniosa, pero ella expresó tal ignorancia por su existencia, que Licia se arrepintió del tono empleado y admitió que era inocente.

El secretario, de vuelta de casi todo, le hizo un comentario ambiguo, que no sabía si considerar como unas palabras de ánimo o como un aviso de que él también estaba

al tanto del viaje:

—Esto es un pueblo. Con sus virtudes, pero también con todos sus inconvenientes.

Licia no agregó nada. Ni podía darle las gracias, ni estaba dispuesta a dar explicaciones sobre algo que pertenecía a su intimidad, pero cuando comió en el hotel nuevo, el que habían construido a la entrada del pueblo, fuera porque se hallaba suspicaz, fuese porque en efecto las voces bajaban de intensidad a su paso, o se hacía silencio, se notó observada, escudriñada, vigilada.

El suicidio de aquel pobre desgraciado no contribuía a mejorar su ánimo. Recordaba las renuencias ante su padre, su resistencia puede que más basada en la soberbia que en un razonamiento objetivo, y se sentía culpable. Repasaba otra vez los hechos, la detención, el interrogatorio, las pruebas flagrantes encontradas en el maletero, y se recriminaba a sí misma por un sentimiento de culpabilidad que no tenía fundamento, porque con arreglo a las leyes, tendría que hacer lo mismo si volviera a repetirse el suceso. Pero eso, en lugar de neutralizar cualquier atisbo de pecado de negligencia, la desasosegaba todavía más, porque encontraba egoísta perder el tiempo en tranquilizarse, cuando una persona había perdido la vida.

Si la situación no estaba nada bien para la juez Licia Basantes, tampoco las cosas se presentaban esplendorosas para el sargento Antonio Marcopán Iglesias, comandante de puesto de la Guardia Civil. Recibió la visita de un teniente, pero no un teniente cualquiera, sino adscrito a la Subdirección General de Personal, que se desglosaba en varias secciones, y una de ellas era Asuntos Internos. El teniente, claro, pertenecía a Asuntos Internos.

Era más joven que él, de aspecto jovial, casi demasiado jovial a gusto de Antonio, y vino vestido de paisano, otro detalle que al comandante de puesto no le gustó. Mantuvieron una primera entrevista rutinaria en el cuartel, a puerta cerrada, donde con amabilidad le preguntó si eran ciertos los rumores que habían llegado hasta la Dirección —y pronunciaba la palabra *Dirección*, como si en lugar de pertenecer a la Guardia Civil formaran parte de la General Motors o de la IBM—, de que mantenía una relación íntima con la juez de instrucción. Antonio dijo que eso era un asunto terminado.

—¿Cuánto hace que terminó? —preguntó el teniente, mientras apuntaba con un rotulador de fina punta en una libreta de tapas de plástico, tamaño bolsillo.

—Hace dos días —contestó el sargento.

Se había terminado la jovialidad, pero tornó en la explicación de que debía hacerle unas preguntas muy concretas y específicas, pero que rogaba que no se sintiera incómodo ante las preguntas, que se trataba de un simple trámite.

Antonio asintió en silencio, mucho más desconfiado que al principio.

—Esa ruptura, ¿es definitiva?

—Definitiva.

—¿Es consciente de que la relación ha sido conocida en el medio en que se desarrolla su autoridad, y que ello ha podido provocar escándalo?

Antonio dudó, antes de responder, lo que provocó que el teniente mostrara un aparente compañerismo, y le dijera:

—Le aconsejaría que respondiera que no, porque si responde que sí, podrían interpretarlo como una acción ejecutada sin tener en cuenta o no importándole el daño que pudiera hacerle al Cuerpo.

Antonio volvió a vacilar, pero ante la mirada inocente y afable del teniente, hizo caso de su recomendación y dijo que no.

—¿Ha repercutido esa relación en su vida familiar?

—Lo normal.

—¿Qué entiende por lo normal?

—Pues lo que sucede en estos casos: reproches, cierta tensión...

—¿Su mujer y usted han protagonizado discusiones escandalosas que hayan trascendido a los otros miembros de la Casa Cuartel?

—No.

—¿Cree que su acción se encuadra dentro de las normas de comportamiento del Cuerpo?

—No.

El teniente volvió a repasar las notas, hizo un gesto de alzado de hombros que parecía indicar que no había mucho más que inquirir, pero prosiguió:

—¿Está arrepentido de esta relación?

—Mire, teniente, yo no miento. Desde el punto de vista profesional, sí, por supuesto. Pero desde el punto de vista personal, creo que ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

—Si volviera a presentarse una situación semejante, ¿volvería a mantener una relación extramarital?

—Cuando he dicho que ha sido una de las mejores cosas que han pasado en mi vida, significa que eso es irrepetible.

El teniente se le quedó observando con interés y un punto de envidia, y añadió como si no tuviera importancia:

—¿Se planteó alguna vez abandonar la familia y el Cuerpo?

—No, el Cuerpo, no.

—¿Significa que la familia, sí?

—No de una manera consciente, mi teniente. Y, desde luego, nunca de una forma fría. Si lo pensé en algún instante, jamás planifiqué ningún tipo de acción.

—¿En qué punto están las relaciones con su mujer?

—Deterioradas.

—¿Se arreglarán?

—Espero que sí.

El teniente cerró la libreta, guardó el rotulador, miró su reloj de pulsera, un cronómetro deportivo, y propuso:

—Le invito a comer.

Y, ante la expresión algo renuente del sargento, añadió:

—Digamos que nos invita la Subdirección General de Personal. Y no lo considere una orden, pero acabada esta parte reglamentaria, me gustaría charlar con usted, Antonio.

El sargento sabía que cuando un superior subrayaba que su sugerencia no era un orden, significaba que no acceder se consideraría no una desobediencia, pero sí una grosería, así que no opuso ningún reparo.

Era curioso que, mientras en Venecia había tomado la decisión de romper la relación, aun sabiendo que hacerlo de la manera que lo estaba llevando a cabo significaba que quedaba ante Licia como un tipo burdo y grosero, aquí, en Vallefrío, donde parecía que iba a ser más fácil perseverar en esa postura, sentía vacilaciones que no permitía que se prolongaran demasiado, pero que lo trastornaban. Vallefrío no era Madrid, y salir a patrullar, o caminar por el pueblo, o dirigirse a llevar a cabo cualquier tipo de gestión, significaba recordar ese mismo lugar en compañía de Licia.

No salía a correr por donde lo había hecho siempre, precisamente por miedo a encontrársela, y si antes cualquier excusa era buena para acercarse al juzgado, ahora delegaba esas gestiones en alguno de los números, medroso de que, en algún momento, se pudiera encontrar frente a ella.

—Parece abstraído, sargento.

La voz del teniente detuvo sus meditaciones, y le sonrió con disculpas y una explicación que no le había pedido.

—Hay mucho lío en esta zona. Perdone. A veces, se lleva uno los asuntos del cuartel.

El teniente asintió sin creérselo y tomó asiento en una mesa junto a la ventana. El sitio en el que entraron había sido mesón, luego un restaurante algo más fino y, al cabo de los años, debido al gusto de los forasteros, había vuelto a ser decorado de manera rústica, esa falsa autenticidad de lo rural que les gusta a los urbanitas, siempre y cuando no falte el aire acondicionado.

—Quiero decirle, sargento, que yo también tuve un tropezón sentimental, y estuve a punto de no poder casarme con la que hoy es mi mujer. Quiero decir que le comprendo.

Antonio no se lo creyó, o se lo creyó a medias, pero asintió como si agradeciera la comprensión. De pronto, empezó a hacerle preguntas sobre el Coreano y su hijo.

—He redactado varios informes. Está todo por escrito.

—¿Sabe que la juez es hija de un magistrado del Supremo?

—Creo que se lo oí mencionar.

—¿Venía con mucha frecuencia su padre a visitarla?

—No, que yo sepa. O sea, no creo que haya estado aquí. Y ella me lo hubiera dicho.

Al decir *ella* siente una nota de traición. La está mencionando como si se tratara de un sujeto más de un informe, y tampoco está seguro de lo que desea el teniente, y qué tiene que ver todo esto con el caso que le ha traído.

—¿Sabe si hablaban por teléfono con frecuencia?

—Lo ignoro.

Ha estado a punto de añadir que no le gustaba demasiado el teléfono y que no era de esas mujeres que están colgadas del móvil, pero se ha abstenido y se ha recordado a sí mismo que sólo responderá de manera estricta, sin añadir detalles innecesarios.

—¿Notó usted, en sus relaciones, algún... desvío?

Antonio se queda observando al teniente. Le ha comprendido, pero quiere ganar unos segundos para reflexionar:

—No entiendo a qué se refiere.

—Si su conducta sexual era normal, o si notó usted algunas desviaciones.

Antonio se queda observando la mirada premeditadamente cándida del teniente, y responde:

—Perdone, mi teniente, pero creo que eso corresponde a la intimidad de las personas, y la intimidad está protegida por la Constitución. No creo que sea un factor cuyo conocimiento sirva para luchar contra el crimen y la delincuencia.

El teniente afirma con la cabeza, pero añade:

—La selección de los factores la determinan sus superiores. Le ruego que me conteste.

—Sé a lo que me expongo, pero no le voy a contestar, porque además de mi honor como guardia civil está mi honor como hombre. No le voy a revelar detalles que pertenecen a mi intimidad, ni a la de ella. Y no me puede obligar.

Por la mejilla izquierda del teniente cruza una tensión pasajera, pero vuelve a relajarse, al menos en apariencia:

—No se enfade, sargento. De ninguna manera quiero forzarle a realizar ningún acto bochornoso. Pero hay cosas que usted no sabe, y nosotros sí sabemos. Y, a veces, y usted tiene constancia de ello, informaciones que parecen no tener importancia, luego la tienen.

—Me imagino que sí, pero no le voy a hablar de mis relaciones sexuales, ni con ella, ni con mi mujer, ni con nadie. Me imagino que usted, en mi caso, haría lo mismo.

El mesonero, obsequioso con Antonio, se acercó para tomarles nota. Como la otra persona iba de paisano, apenas le hizo caso. El sargento entonces indicó que era un superior, sin añadir otro detalle, y entonces el mesonero cambió de actitud y les recomendó unos platos algo más sofisticados que los que Antonio, la mayor parte de las veces, había tomado allí.

—No, no —corrigió el teniente—. El sargento que tome lo que quiera, pero yo deseo lo que sea más típico del lugar.

Antonio se dio cuenta de que la comida apenas había comenzado, y quedaba un largo y tenso espacio de tiempo por delante.

No obstante, fuese porque sus palabras firmes habían neutralizado el fisgoneo del teniente, o porque éste considerara que no debía insistir, el caso es que el resto del tiempo se lo pasó hablando con el mesonero de los vinos del valle situado un poco más abajo, y de comida, lo que a Antonio le recordó el duelo erudito entre Patricia y Bea, en Venecia, sobre las tapas del barrio de Salamanca. ¡Qué lejos quedaba Venecia! Apenas habían transcurrido setenta y dos horas desde su regreso, y parecía que el viaje se inscribía en ese espacio lejano en el que se confunden las realidades con lo imaginado.

En algunos momentos, sobre todo cuando el mesonero, desatendiendo a las otras mesas, se acercaba para intercambiar pareceres sobre el vino y la comida, Antonio se alejaba del lugar, y tras considerar si el teniente pertenecería también al sector de los pijos, ahondaba en lo incómodo de su situación, en la hosca expresión de Juana, en los cuchicheos de los componentes del cuartel, en las dos ocasiones en que había estado a punto de marcar en su móvil el número de Licia para pedirle perdón, para indicar que lo que estaba haciendo, lo que seguramente ella consideraría una cobarde retirada, no era sino el sacrificio debido a una situación que, como esos callejones de Venecia que concluyen en un culo de saco, no tenía tampoco una salida airosa.

Consideró que el Cuerpo le influía en el carácter. La disciplina, la obediencia, formaban un dúo que aherrojaba cualquier tendencia fantástica, que machacaba, como la horquilla de un cascanueces, cualquier desvío de los cauces trillados de la regularidad.

No hubo más intentos del teniente por acercarse a asuntos que no fueran los normales. Volvió a pedirle que le diera detalles sobre la detención del hijo del Coreano, y le preguntó de una manera directa si sospechaba que hubiese, entre los miembros a sus órdenes, algún caso de corrupción.

—Si lo supiera, lo hubiera investigado —comentó el sargento con naturalidad y sin esfuerzo.

El mesonero les obsequió con un postre que hacía, precisamente su hija, que Antonio conocía y que le resultaba excesivamente empalagoso, y que el teniente alabó con demasiada insistencia para que fuese sincero.

Tras el forcejeo del teniente, que logró pagar la cuenta, no sin que Antonio le hiciera al mesonero una disimulada señal de asentimiento, y cuando estaban a punto de traerle el recibo de la tarjeta de crédito, se atrevió Antonio a plantear una cuestión, que venía rondándole desde antes de la comida:

—Ya sé que no es una cuestión que esté en sus manos, pero me gustaría saber qué consecuencias va a tener esto. Y no lo digo por mí, sino por mi hija, que se encuentra en una edad difícil, por mi mujer, en fin...

Y dejó la frase colgada, esperando que el teniente no le hiciera añadir nada más.

—Mire, sargento, como usted sabe, yo me limitaré a redactar un informe con lo que usted me ha dicho e incluiré mis impresiones. El informe se añadirá al expediente, y éste seguirá su curso.

—Eso ya lo sé. Es el procedimiento. Le había hecho una pregunta amistosa, no una pregunta reglamentaria —añade el sargento un poco dolido.

El teniente se da cuenta de que ha estado demasiado frío y comenta:

—No es bueno tener abierto un expediente, aunque se cierre sin sanción, porque ya sabe que los expedientes no se borran nunca. En el mejor de los casos, lo que ocurrirá es que los ascensos a sargento primero y a brigada, que son por razones de antigüedad, sobrevendrán sin ningún problema. Pero no creo que llegue a subteniente, porque llegado el caso no faltará quien airee lo ocurrido, aunque para entonces hayan pasado ya muchos años. Es decir, que no creo que alcance la estrella de subteniente, si es eso lo que me quería preguntar. —¿Me trasladarán?

—Es casi seguro. La situación de usted en Vallefrío no es muy airosa. La mayoría de las personas que residen aquí están al tanto de su relación y algunas de ellas podrían emplear esa información para zaherir su autoridad o para ejercer coerciones sobre usted...

Y, ante el gesto de protesta de Antonio:

—Ya sé, ya sé que usted no admitiría ningún chantaje, pero convenga en que la situación de usted aquí no es muy cómoda.

Hay un silencio largo. Antonio no quiere caer en la debilidad, pero vuelve a preguntar:

—¿Cree usted que volverán a destinarme al País Vasco?

El teniente hace un gesto de incredulidad, como si le pareciera demasiado raro. Ha leído de arriba abajo el expediente personal del sargento, sabe de sus buenos servicios allí, y de las numerosas instancias que envió para solicitar su traslado. Y, también sabe que no es descabellada esa medida, a pesar de que el sargento tiene ya una edad que no lo aconsejaría.

—No creo —dice el teniente, un poco incómodo, y se levanta porque desea salir, no ya del restaurante, sino de Vallefrío, y volver a Madrid.

Fernández Arbeloa ha salido bien de la crisis. Se lo explica al juez en el bar del hotel Crowne Plaza, y le asegura que nada ha cambiado en sus relaciones. En efecto, ha sido milagroso que ese pobre desgraciado se suicidara, porque podría haber revelado detalles que hubiesen inculpado al comisario excarcelado y llegado hasta las cercanías del presidente del Gobierno. Se podría haber desatado una crisis sin precedentes con un grave deterioro de todo el aparato policial, tanto del Cuerpo General de Policía como de la Guardia Civil.

Fernández Arbeloa, por lo que colige el magistrado, ha estado jugando con dos barajas. Si por un lado ello suscita su admiración de agente doble vocacional, por el otro le fastidia y le crispa haber sido tratado como un conejo de laboratorio. Está a punto de decírselo, pero sabe que es inútil, y que las excusas serán tan verosímiles que casi tendrá que darle las gracias por haberse dejado utilizar como cebo para engañar más arteramente a los perdedores. Pero sí que existe una cuestión que no puede dejar de tratar. Ignora si Fernández Arbeloa está o no al tanto, pero siente el deber de informarse:

—Hay unas fotos... digamos, poco convencionales, que afectan al honor de una persona. Me interesan mucho esas fotos. No estoy muy al corriente de las tecnologías, pero me consta que las fotos se digitalizan y lo que antes llamábamos originales son archivos de ordenador. Pero querría que esos archivos fueran destruidos.

—No sé muy bien a qué te refieres, pero estoy en condiciones de asegurarte que el equipo que hizo esa tarea es de confianza —le comunica el abogado.

—Ningún equipo es de confianza —dice sombrío el magistrado.

—Por supuesto. Quiero decir que no están con los perdedores, que sería lo peligroso. Es todo lo que te puedo decir.

El magistrado asiente y queda en silencio. No le sorprende la respuesta. El abogado aprovecha la pausa para abrir su cartera y sacar un pequeño paquete de El Corte Inglés, que deposita en el sector de la mesa que está junto al magistrado.

—Se trata de una pequeña compensación por las molestias —informa con neutralidad profesional.

El magistrado se queda mirando la pequeña bolsa de El Corte Inglés, avanza primero el tronco, luego lleva la mano hasta el paquete y lo empuja hacia el lado del abogado:

—Esta vez, no, por favor.

Fernández Arbeloa se queda algo preocupado, porque no ha previsto esta reacción.

—Te pido disculpas, si en algún momento te has podido sentir molesto. Te aseguro que he trabajado en este asunto sin ninguna intención de perjudicarte. Al revés. Y tú lo sabes.

—Sí, me lo imagino —contesta el magistrado con esa expresión de cansancio que esta mañana parece más acentuada—. Pero esta vez, no. Podríamos decir que invitó *la casa*, aunque *la casa* interviniese de manera involuntaria, o puede que precisamente por ello.

Fernández Arbeloa se resiste a recoger el paquete y aporta una consideración:

—Me planteas un problema.

—Has resuelto problemas más graves.

—Es posible, pero este recado tenía un destinatario. ¿Qué hago?

—Entrégales el recado a alguna institución que lo necesite. Hay muchas.

—Está bien.

El abogado toma el sobre con lentitud y lo vuelve a introducir en el fondo de la cartera. Se siente incómodo, y no sabe qué añadir antes de marcharse. De pronto, se acuerda de un elemento que se le había olvidado y vuelve a su rostro la sonrisa campechana de reglamento que no le cuesta nada ensayar, incluso en los momentos más tensos:

—Se me olvidaba. El nuevo ministro de Cultura tiene varios asuntos pendientes, y, entre ellos, están las subvenciones a las academias. Creo que tu candidatura a la Academia de Ciencias Morales va a ser recibida con una especial atención.

El magistrado sabe que se trata de otro sobre de distinta naturaleza, y siente un desaliento profundo sobre un aviso que hace unas semanas le hubiera ilusionado. No se esfuerza en añadir nada, ni hace ademán de levantarse cuando el abogado se yergue y le tiende la mano. La estrecha con educado mecanismo y se queda allí, solo, no sabe cuánto rato, porque no se ha dado cuenta de que unas damas hispanoamericanas han ocupado la mesa de al lado, cercadas por bolsas de compras, algunos de cuyos contenidos se muestran, mientras un castellano seseante se adueña del bar.

El magistrado recuerda que eso significa que estamos ya en una primavera avanzada, la época en que las familias acomodadas del otro lado del Atlántico eligen con preferencia para darse una vuelta por España. En esta época, no sabe por qué, hay menos japoneses, y más ricos venezolanos, mejicanos y chilenos. Ha venido tanto a este hotel, ha recogido tantos paquetes similares al que acaba de rechazar, que ha terminado por establecer asociaciones entre el calendario y los clientes.

El desaliento se mezcla con la impotencia, porque no puede hacer nada por unas fotografías que espera que duerman para siempre, y porque nota esa duda punzante que asalta hacia el término de una carrera, de una profesión, y en la que se abre paso la insidiosa hipótesis de si las cosas hubieran podido ser de otra manera, de haber cambiado la conducta en determinados momentos. A lo mejor le sucede también al gran Lama, o al Papa, o al dueño de una próspera tienda, o al contable que se jubila, después de la cena que le han ofrecido los compañeros.

El magistrado toma conciencia de que le faltan todavía muchos años para jubilarse. Al fin y al cabo, la situación se ha resuelto de una manera mucho mejor de la esperada. Debe comenzar a tejer la trama y la urdimbre que evite que a Licia le trasladen a un lugar de menor categoría. Este verano irá a Suiza, como siempre, y va a invitar a Licia, no sabe si con el propósito de hacerle alguna confidencia, o con la pretensión de saber de ella. Por cierto, se llevará la moneda bizantina. Tiene demasiado valor para estar encima de un aparador, en una casa en la que ya ha comprobado que *ellos* pueden entrar cuando quieran, y no porque se la vayan a llevar —son muy profesionales— sino porque alguno posea conocimientos numismáticos y se extrañe de que una pieza tan extraordinaria pueda estar encima de una repisa como si fuera un simple cenicero de plata. O puede que se la regale a Licia.

Cuando sale del hotel, el conductor aparece rápido para abrirle la puerta del coche, en tanto el escolta vigila sin ningún disimulo mientras el magistrado se acomoda en el asiento. Luego, el escolta se coloca en la parte delantera junto al conductor, y el automóvil negro, con los cristales levemente oscurecidos enfila por la calle Princesa, de vuelta al despacho.

Al llegar, la secretaria le informa de que ha llamado dos veces Antonio Méndez Chang. Como siempre que oye el nombre civil que corresponde al apodo del Coreano, tarda unos segundos en saber de quién se trata. Una vez identificado el sujeto, le explica a la secretaria que le diga que está de viaje.

—¿Estará alguna vez de vuelta para este señor? —pregunta de manera condicionada la perspicaz secretaria.

—No, nunca. Siempre estaré de viaje.

—Entendido —comenta con eficacia, y, luego, en el ordenador, pondrá un asterisco junto al nombre, que formará parte de la larga lista ordenada alfabéticamente, un procedimiento que le evita importunar al magistrado y distraerle en consultas que ella misma decide. Una buena secretaria debe saber siempre si el jefe está o no está reunido, si está ocupado y contestará a lo largo del día o de la semana, o, por el contrario, si va a atender de manera inmediata a quien pregunta por él.

El escolta es nuevo, pero después de que el magistrado haya entrado en su despacho y haya cerrado la puerta, se sirve el café en un vaso de parafina.

—Hay tazas —dice ella con tono claramente censorador.

—Ya lo sé, pero así no tengo que ir al lavabo a limpiar la taza.

Aunque había ido aplazando la decisión por esas sinrazones que se visten de razonamientos, era absurdo mantener alquilado el apartamento de Jaca. Sin embargo, a medida que el Peugeot se iba acercando a la ciudad, y entraba en la población, y rodeaba la Ciudadela para aparcar al final de la calle San José de Calasanz, sentía una leve pero incómoda desazón que le recordaba las escasas veces en que se había presentado a un examen sin estar concienzudamente preparada o había mentido a su abuela sobre las razones para quedarse a dormir en casa de Bea, o, al contrario, cuando Bea le avisaba de que, oficialmente, se quedaría a dormir con ella.

Los convalecientes de una enfermedad suelen avanzar hacia la recuperación con mayor o menor rapidez, y, una vez dados de alta, es raro que se produzcan inesperados retrocesos, pero los convalecientes de las batallas sentimentales suelen ser más vulnerables y les asaltan agravamientos inesperados y, por eso mismo, imposibles de prever.

No es que hiciera mucho tiempo que no hubiera estado allí, pero al entrar le pareció que había permanecido ausente una larga temporada, esa percepción de las

habitaciones que hemos ocupado, no en función de la visión objetiva, sino condicionada por nuestro estado de ánimo.

La visita no tenía ningún planteamiento morboso, tan sólo el objeto de observar sobre el terreno si alguna de las cosas adquiridas durante los apenas tres meses transcurridos desde la firma del contrato eran rescatables y merecía la pena llevárselos, pero era inevitable que nada más entrar le salieran al encuentro las semanas pasadas allí. Y a pesar de que se había administrado reflexivas dosis de orgullo como una vacuna para evitar repentinos ataques de melancolía, no pudo evitar esa sensación de nostalgia que causan todas las despedidas, esa impresión de que nunca nos vamos completos de los lugares en los que hemos vivido, porque algo nuestro se queda —imperceptible, inmaterial—, pero algo que se adhiere al suelo, a las paredes, a las materias que nos albergaron.

Había subido una maleta en la que había previsto recoger el botín de la retirada, pero cuando comenzó a poner algunos objetos dentro —un cenicero, un abrebotellas, una manta con la que se cubría cuando le esperaba tumbada en el sofá, leyendo o viendo la televisión— detestó lo que estaba haciendo, consideró que parecía que se estaba heredando a sí misma, y consciente de que cada una de las cosas sobre las que posaba sus ojos le traían recuerdos mucho más próximos de lo que había presentado al salir de Vallefrío, decidió dejarlas allí y recoger sólo un par de libros.

Nada más tomar esta decisión, sintió unos pasos en el exterior, pasos firmes, pasos que parecían los de Antonio, esos sonidos que no hace tanto le alteraban el ritmo cardíaco, e intuyó que era él. No era posible que la hubiera logrado engañar de una manera tan profunda, y que fuera el tipo de persona que corta con una relación, como si dejara inconclusa una compra por teléfono. ¿No sucedía eso en las películas? En los metros finales, cuando parece que ya nada tiene arreglo, y los protagonistas se han despedido, y el público se queda con una sensación de frustrado dolor, un poco antes de que surja en la pantalla la palabra *fin*, se abre una puerta, o deja de pasar el tren y nos permite contemplar que la persona que parecía que se había marchado en él, ha bajado por el otro lado y está en el andén, esa decisión tomada en el último minuto y que cambia el rumbo de dos vidas, ese golpe de timón que hace que, arrepentido, alguno de los protagonistas vuelva sobre sus pasos y nos podamos levantar de la butaca con la sensación de que el mundo es una serie de historias felices, a pesar de todas las dificultades.

A los críticos no les gustan estos finales. Los aborrecen y los acusan de comerciales. A los críticos les gusta que las historias terminen mal, o sea, que suceda como sucede en la vida real donde, al final, siempre muere el protagonista, sea de viejo y jubilación o de enfermedad y accidente.

A Licia, como a la mayoría de los espectadores, le gustaban los finales felices. La historia de su madre y ella, o de su madre y su padre, habían terminado mal. La de Oscar y ella había concluido de la peor manera. ¿Por qué no tenía derecho a un final feliz su historia con Antonio?

Los pasos se iban acercando. Dentro de un momento sonaría el timbre y ella abriría la puerta, y se encontraría con Antonio, su expresión serena pero un punto compungida, y no le dejaría hablar, ni permitiría que la soberbia reclamara sus derechos de una explicación, ni quería pausas. Se abrazarían en silencio, y así, abrazados, con algún que otro tropezón en los brazos del sofá, en el pequeño armario al que nunca le dieron utilidad, o en el marco de la puerta, llegarían hasta la cama del dormitorio, su cama, el tálamo de muchas tardes felices a pesar de las premuras del reloj, el puerto donde se podía atracar con algo más de sosiego, el acuartelamiento de la pasión, a cobijo de miradas indiscretas, guardas rurales y otros sobresaltos.

Los pasos se detuvieron y llamaron al timbre. Licia se sobresaltó más de lo previsto, si tenemos en cuenta que lo estaba esperando, y se quedó inmovilizada durante unos segundos, como si dudara en acudir o no a abrir la puerta. Cuando lo hizo, había un ligero temblor en la mano que descorrió el pestillo. Al otro lado del umbral, el hombre la miró con cierta turbación.

—¿Señora viuda de...?

Licia se le quedó mirando de manera fija, absorta en sus elucubraciones, y el hombre volvió a formular la pregunta.

—Es en el piso de abajo.

Después de cerrar la puerta se dijo a sí misma que era posible que los críticos de cine tuvieran razón.

Como si el incidente le hubiera renovado las energías, pasó al baño y recogió en un neceser los diversos utensilios que se habían ido almacenando. Hizo lo mismo con el contenido del armario, donde encontró una rebeca, un jersey de cuello alto, un par de blusas, unos pantalones de pana y un par de camisones.

Como si se tratara de un hotel abrió todos los cajones para comprobar que no se quedaba nada que no quisiera dejar e inspeccionó por el suelo. Debajo de la cama encontró un sobre que le llamó la atención. Era un sobre blanco y no recordaba que ella lo hubiera manejado. Estaba abierto. En su interior había un folleto turístico de Venecia. Se lo habría dejado la chica de la agencia, durante los primeros días, en los inicios de los preparativos. Se quedó pensativa con el folleto en la mano. Luego lo empezó a romper despacio, juntando cada porción resultante y volviéndolas a romper hasta que se hizo tan grueso que ya no podían sus manos rasgar el conjunto. Entonces, metió los pedacitos en el sobre, disgregados, revueltos, y dobló la pestaña, y lo dejó encima de la única mesilla, como si alguien lo hubiera olvidado.

Epílogo

La ceremonia estaba anunciada para las ocho de la tarde, pero veinte minutos antes el salón de plenos estaba abarrotado, y más de la mitad del público ya había tomado asiento, a pesar de que en el vestíbulo principal, en los dos salones aledaños e incluso en la puerta, eran muchos los que se paraban a saludarse, intercambiaban información y cortesías o alargaban el encuentro a la espera de reconocer a alguno de los que llegaban y se apeaban de los coches oficiales, de los taxis o incluso venían a pie.

En la mayoría de los semblantes se expresaba esa satisfacción implícita de pertenecer a un club selecto de difícil acceso. Si estaban invitados al acto es que pertenecían a los estamentos distinguidos, y esa prueba irrefragable proyectaba una suerte de complacencia más difícil de encontrar en otro tipo de ceremonias, puede que más importantes desde el punto de vista social, pero también mucho más abiertas y heterogéneas, sin ese toque tácito de excelencia que se respiraba en la Academia de Ciencias Morales, en los momentos previos al ingreso, como miembro de número, del eximio jurista, magistrado del Tribunal Supremo, Excelentísimo Señor don Fernando Basantes Ortiz.

La Academia fue fundada por la Reina Isabel II, y en su discurso inaugural, el presidente nombrado por la Reina, el Excelentísimo Señor don Pedro José Pidal, que había sido presidente del Congreso, senador y embajador de España en Roma, dijo que «las ciencias morales y políticas, tomadas en su mayor extensión, son el más necesario e importante complemento de ese gran todo que llamamos Ciencia y que es la guía de la Humanidad en su peregrinación sobre la Tierra».

Había tenido su primera sede en un piso alquilado, luego en la plaza Mayor, de Madrid, en la Casa de la Panadería, hasta que se asentó en la Casa de los Lujanes, en la plaza de la Villa, justo enfrente del Ayuntamiento. La Casa de los Lujanes era uno de los edificios civiles más antiguos de la capital del reino de España, rehabilitado varias veces desde su lejana fecha de construcción, allá por el siglo xv.

En este edificio estuvo prisionero el rey de Francia, Francisco I, tras sufrir una derrota en la batalla de Pavía, aunque parece que no por mucho tiempo, y Carlos V ordenó enseguida su traslado.

Por el vestíbulo se veía la figura ancha de Fernández Arbeloa, que saludaba con grandes aspavientos, el ministro de Cultura, con ese séquito alrededor que circunda a las jerarquías y que sólo osan romper los cámaras de televisión, quizás porque ellos observan el mundo de una manera democrática y lo que les parece digno de enfocar con el objetivo posee ese rasero igualitario de los elementos de trabajo, de tal forma que la misma categoría adquiere un accidentado, un cantante o un ministro.

Licia se había sentado hacía unos minutos en las primeras filas, en compañía de Bea, que había logrado dejar a buen recaudo a sus hijos con la última niñera ecuatoriana, que todavía aguantaba sin despedirse, y las dos mujeres comentaban y cuchicheaban sobre las personas conocidas que habían acudido a la solemne sesión, y Licia, que había estado más alejada de los ambientes madrileños, le inquiría a Bea, que tampoco estaba muy al tanto de las andanzas de unos y otros, lo que corroboraba la impresión de Licia de que Bea se había convertido en un ama de casa, y casi en un ama de cría.

Renuentes, como si les costara someterse a la sesión puramente académica, como esos colegiales que abandonan el patio de recreo donde han sido felices con cierto aspecto taciturno, con esa pesadumbre de tener que enfrentarse al esfuerzo y al estudio, así iban dejando el vestíbulo y sentándose los más rezagados que habían sido también los más joviales saludadores.

Comenzó la sesión con la lectura, por parte del Secretario de la Academia, del acta en la que los académicos decidieron el ingreso del nuevo miembro, y a continuación el vicepresidente tomó la palabra y pronunció una loa sin disimulos sobre las cualidades morales del nuevo académico. Para ello se sirvió de su biografía, deteniéndose en los aspectos más halagüeños de su admirable currículo profesional, y luego trazó una semblanza más humana, más íntima, cercana y afectuosa de sus virtudes personales.

Si en la lectura del acta por parte del secretario se había notado un esbozo de aplauso que, finalmente, no llegó a romper, cuando el vicepresidente concluyó su intervención sonó una ovación sin fisuras.

Por fin, en medio de un silencio expectante, fue llamado a la tribuna el nuevo académico, que se levantó de manera pausada, tomó una carpeta negra que tenía sobre las rodillas, y, lentamente, caminó hasta el atril, donde sin perder la compostura abrió la carpeta y ordenó las cuartillas que había en su interior. Antes de leer su contenido, dio las gracias a los miembros de la Academia, a los asistentes al acto, a las personas que le habían ayudado a lo largo de su carrera, tuvo un emocionado recuerdo para su mujer ausente, definitivamente ausente, que le sorprendió a Licia por lo inusual en su padre, y a su familia. El hermano de Licia, Alex, no había querido sentarse en las primeras filas, y se había situado al fondo, lejos de la fiscalizadora mirada paterna de la que siempre había intentado huir.

El nuevo académico inició su lección, recordando a Charles-Louis de Secondat, barón de La Bréde y de Montesquieu, y su *Espíritu de las leyes*. Dijo que, a pesar del tiempo transcurrido, las perspicaces observaciones de Montesquieu estaban vigentes y, mejor aún, no se aplicaban en su totalidad.

Lleno de un espíritu liberal que a Licia tampoco le resultaba familiar, el magistrado comenzó a ahondar en la grave separación que existía, nada menos que a principios del siglo XXI, entre el administrador y el administrado, en la más que

distancia, terrible lejanía que llevaba en su seno el peligro de convertirse en disyunción.

Con un lenguaje claro y, a la vez, no exento de belleza, descendió a los detalles de la vida cotidiana de un ciudadano en cualquier democracia y, con una mezcla de ejemplos domésticos y palpables, reconocibles para cualquier persona, unida a citas eruditas y comparaciones históricas, caminó hacia la conclusión de que las modernas sociedades complejas se pretendían administrar como las sociedades rurales anteriores a la Revolución Francesa. Llevó a cabo un recorrido por la manera de comunicarse entre administradores y administrados, coligiendo de manera brillante que, precisamente en la llamada era de la comunicación, la incomunicación ganaba terreno. Recordó que, aun cuando la ignorancia de las leyes no exime de su cumplimiento, existía una desequilibrada manera de entender la información y divulgación de las leyes. Había casos, como en las reformas de los códigos de circulación de vehículos de automoción, en los que cualquier cambio meramente normativo era publicitado hasta el exceso, mientras reformas legislativas mucho más profundas y trascendentales pasaban de puntillas casi como si la intención fuera exactamente la contraria: que el administrado no se llegara a enterar del contenido de las leyes.

Se remontó a la *gazzetta* veneciana, y recordó que, al principio, lo que llegaría a ser *Boletín Oficial del Estado* se denominó *Gaceta de Madrid* en recuerdo a la hoja informativa de Venecia, a la que se le conocía con ese nombre porque valía una moneda de escaso valor que se llamaba *gaceta*.

Aquí Licia se perdió la continuación del discurso. La palabra Venecia logró agitarla, y, a pesar de los esfuerzos que hizo, de la voluntad por concentrarse en las palabras de su padre, del sostenido impulso por mantener su mente distanciada de esa ciudad, comenzaron a llegar encadenados de imágenes, unas veces conexas, otras unidas de manera arbitraria, mezcladas sin orden ni en el espacio, ni en el tiempo, que le fueron dejando un poso de mortificada decepción, la constatación de que ningún viaje era gratuito y ninguna relación inocente. Y cuando se había resignado a la importuna añoranza, cuando ya había decidido dejarse llevar por los asaltos y no resistirse, sonó una ovación cerrada, tan cálida como estruendosa, que logró rescatarla del largo periplo que había consumido en la parte final de la conferencia, y que le libró o, más bien, le hizo regresar, porque se acercaron gentes que ella no conocía a felicitarle, y le mencionaban que la habían conocido de muy niña, y le comentaban cosas de su madre o de su abuela, e incluso se tropezó con un antiguo discípulo, del cual había estado enamorada un poco antes de lo de Oscar, y que le produjo enseguida una leve decepción, al presentarle a la mujer que le acompañaba como su esposa.

Tomó conciencia del papel que debía representar, e intentó localizar a Alex, pero sabía que no le gustaban estos ambientes y que se habría marchado enseguida. Resistió de pie más de media hora hasta que ya los parabienes menudearon tanto

como el público y, en compañía de unos amigos de su padre, del vicepresidente de la Academia y de sus esposas, se encaminaron al comedor de Casa Ciriaco, una taberna abierta en 1917, donde su padre había reservado una mesa para dos docenas de personas.

Desde este edificio el anarquista Matías Morral tiró una bomba al paso de la comitiva del rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia, precisamente el día de su boda, aunque tan siniestro regalo no cumpliera su objetivo al ser desviado el paquete con la bomba por un cable del tendido del tranvía.

A Licia le agradaba esta parte del Madrid de los Austrias, y sintió una punzada de tristeza porque debería volver a Vallefrío, no por mucho tiempo, porque había un concurso de traslados y, guiada por su padre, había presentado una solicitud para un lugar muy diferente, pero todavía tendría que permanecer allí todo el verano.

Precisamente en Vallefrío, a la hora en que dos docenas de personas se sentaban en una taberna típica de Madrid, un guardia civil vestido de paisano acababa de introducir diversos enseres en una furgoneta alquilada. Prefería conducir por la noche. Quería entrar de una manera discreta en el nuevo puesto al que había sido destinado, a quinientos kilómetros de Vallefrío, no muy lejos de donde ya estuviera no hacía mucho cuando permaneció varios años en el País Vasco. El sargento de paisano viajaría solo. Su suegra se había puesto enferma y su mujer y su hija habían acudido a cuidarla. En realidad, su suegra ya estaba mucho mejor, pero las dos mujeres prolongaban su estancia, a pesar de que se acercaba la época de los exámenes. El sargento intuía los motivos, por eso no insistía en reclamar el regreso. El sargento sabía muy bien quién era y con quién trataba. Los tiempos de Venecia y de desorientación, de confusión y aventura, habían quedado atrás. Y sabía que sería muy difícil que retornaran. Incluso sería bastante improbable que, alguna vez, volviera a Venecia.



LUIS DEL VAL (Zaragoza, España, 28 de junio de 1944), periodista y novelista español por entregas.

Está casado. Ha realizado el Magisterio en la Escuela Nacional, y ha completado su formación con estudios de Publicidad en su ciudad natal. Su labor periodística la inició publicando trabajos en el diario *Pueblo* y en el semanario *Sábado Gráfico*.

En 1976 fundó en Zaragoza el PSDA (Partido Social Demócrata Aragonés). Al año siguiente fue elegido Diputado a Cortes por esta ciudad. En 1978, y hasta 1980, fue Director General de Cooperativas y Empresas Comunitarias.

Entre este último año y 1982 se desempeñó como director general de Radiocadena Española. Desde 1983 hasta 1986 trabajó en la Cadena SER; fue comentarista en los programas *Cita a las cinco* y *Las mañanas*.

Asimismo, trabajó como colaborador asiduo de *Interviú* y *Diario 16*. Durante ocho años fue crítico de televisión en el semanario *Tiempo*. También se dedicó a escribir los guiones de los programas de televisión *Viva el espectáculo* (TVE-1), *Con ustedes Pedro Ruiz* (A3-TV) y *Encantada de la vida* (A3-TV). Entre 1988 y 1992 dirigió y presentó, en la COPE, el programa *Sé que estás ahí por el que*, en 1990, ganó el Premio Ondas al mejor programa de radio nacional.

También fue presentador del programa *En tela de juicio* e intervino en *Telenoticias*, ambos de Telemadrid.

